

ENRIQUE DE GANDÍA

HISTORIA CRÍTICA
DE LOS MITOS DE
LA CONQUISTA
AMERICANA

EDITORES
JUAN ROLDAN Y COMPAÑIA
FLORIDA, 359.-BUENOS AIRES

Para el ilustre historiador, el Doctor
D. José Coribio Medina,
con toda la admiración de su amigo

Enrique de Gandia =

Buenos Aires, 6 diciembre de 1929

Casilla de Correo, 644.
Buenos Aires

HISTORIA CRÍTICA DE LOS MITOS
DE LA CONQUISTA AMERICANA

OBRAS DE ENRIQUE DE GANDIA

LITERARIAS

- I.—Sombras de amor.
- II.—Sin fe y sin paz.
- III.—El encanto del recuerdo.
- IV.—El secreto de los tiempos.
- V.—La ilusión errante.

HISTÓRICAS

- VI.—Dónde nació el fundador de Buenos Aires.
- VII.—Nuevos datos para la biografía de Juan de Garay.
- VIII.—Historia del Gran Chaco.
- IX.—Historia crítica de los mitos de la conquista americana.

EN PREPARACIÓN

- Los gigantes de la Patagonia.
- América precolombiana y los navegantes del Cantabrico.
- La escultura de las peregrinaciones.
- En el país de los santos y de las leyendas.
- Historia Universal del Erotismo.

ENRIQUE DE GANDÍA

HISTORIA CRÍTICA

DE LOS

MITOS

DE LA

CONQUISTA AMERICANA

Contra lluvias y nieves,
Contra el furor del perpetuo viento,
Entre la niebla umbría,
Sin tregua ni descanso un sólo instante.
¡Adelante, adelante!

GOETHE.

JUAN ROLDAN Y COMPAÑIA

Editores

BUENOS AIRES || M A D R I D
FLORIDA. 359 || ALCALA. 123

Es propiedad del autor.

CAPITULO PRIMERO

LAS ISLAS FANTÁSTICAS DEL OCEANO TENEBROSO Y EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

De aquí atrás no hay más que sucesos prodigiosos y trágicos, materia propia de poetas y mitólogos, en la que no se encuentra certeza ni seguridad.

PLUTARCO. *Vida de Teseo.*

SUMARIO: *La isla Antilia. Su origen histórico mítico. La Atlántida, visión idealizada del Asia, presentida hacia Occidente. Las islas de San Brandan, de las Siete Ciudades, del Brasil, de las Mujeres y de los Hombrés. El Príncipe Madoc, Estotilandia y los Hermanos Zeni. Las islas Fantásticas en los mapas anteriores al descubrimiento de América y posteriores a él. El mapa misterioso del infante Don Pedro. Los navegantes que intentaron el descubrimiento de las islas al Occidente de Africa. El "Torrente del Mar". El viaje de Juan Scolno. El descubrimiento de la Antilia por Cristóbal Colón. La profecía de Séneca. La pretendida búsqueda del Oriente por el Occidente. Martin de Behaim y su mapamundo. La carta al Gran Kan. El preste Juan. La obsesión del Asia y el origen de los mitos de la conquista americana. Resumen y comentario del Capítulo primero. El Fu-Sang. Las expediciones clandestinas y los mapas precursores. Expediciones de los escandinavos y viajes al extremo Oriente.*

Cuando en los siglos oscuros de la remota Edad Media, el ensueño de la Atlántida se desvaneció entre las sombras que envolvían los estudios clásicos, comenzó a adivinarse, al fondo del Océano tenebroso, una isla fantástica, jamás visitada, que en las cartas antiguas lleva el nombre de Antilia. (1)

(1) Según R. Cronau ("América, Die Geschichte seiner Entdeckung, von der ältesten bis auf die neueste Zeit", Leipzig, 1892), el

nombre Antilia es corrupción de Altántis. En realidad, la etimología más lógica sería la del griego *anthinos, florido*, especialmente si se piensa en una "Isla Florida o de las Flores"; pero el prefijo *anti, contrario-a*, resume claramente los conocimientos físico-geográficos de los antiguos, que como lógico contrapeso, suponían hacia los *antipodas* una hipotética *Antilia*.

Históricamente, la Antilia, mito que fué y es una realidad, surgió de la Atlántida. Permitásenos ahora una digresión acerca de los orígenes del célebre continente platoniano.

La Atlántida no debe interpretarse como un mito, sino como la sombra de una verdad olvidada. La ciencia moderna juzga absurda la existencia de la Atlántida según las descripciones de algunos teósofos (Scott-Elliot, *Histoire de l'Atlantide*) y de no pocos arqueólogos y mitógrafos (Auguste Le Plongeon, Brasseur de Bourbourg, etc.), que la sitúan en pleno Océano Atlántico, esplendorosa de civilización, precisamente donde las investigaciones oceanográficas revelan mayores improbabilidades de haber ocurrido el cataclismo cuya reminiscencia nos ha conservado Platón. Ningún testimonio en favor de la Atlántida ofrecen las islas Azores, Madera, Canarias y de Cabo Verde, consideradas como restos del Continente desaparecido por Mentelle (en la *Encyclopedie*, artículo "Atlántica Insula") y Bory de Saint Vincent (*Essai sur les îles fortunées*). Más científicas son las suposiciones de algunos modernos, como el Sr. De los Ríos, que inspirados por los estudios de Adolfo Schulten sobre Tartesos, limitan la Atlántida a esta región española.

La bella *alegoriae storiæ* creada por Platón en el "Timeo" y en el "Critias", siguiendo su costumbre de imaginar sociedades ideales para exponer con ellas sus enseñanzas, tiene un fondo científico, muy difícil de descubrir. No nos referimos a discutidas convulsiones geológicas, sino a la posibilidad de presentir allende los límites occidentales del Atlántico la existencia de la civilización oriental. Las ideas pitagóricas sobre la esfericidad de la tierra, así como las de Tales de Mileto, y las relaciones comerciales que desde antiguo Europa sostuvo con la India y la China por intermedio de los fenicios, de los árabes y de los egipcios, favorecen y casi prueban esta hipótesis. Estúdiese el derrotero de Hippalo, descrito por el alejandrino Arriano en el "Periplo del Mar Rojo", con el cual comenzaron a comunicarse directamente con la India los griegos y los egipcios, los viajes de Ctesias, de Xenofonte y de Alejandro Magno, y el "Astronomicon" de Manilio, en que se defiende la existencia de países y habitantes antipodas, y se llegará al convencimiento de que los griegos tenían serios fundamentos para imaginar al otro lado del Atlántico las comarcas deliciosas de la más remota Asia. El Senado de Cartago, según Aristóteles, había prohibido a sus navegantes, bajo pena de muerte, las expediciones a una lejana isla del Atlántico, y Diodoro de Sicilia también refiere que los cartagineses tenían proyectado, en caso de un desastre en Africa, trasladar su Imperio a otra isla al Occidente del Océano tenebroso. Coleo de Samos, arrojado fuera del Estrecho por una tempestad, volvió con la maravillosa relación de Tartesios. Posiblemente estas islas eran las

Viejas leyendas irlandesas, al adquirir forma cristiana, dieron origen a la isla de San Brandan (2), en tanto que una antigua tradición portuguesa creaba el mito de las Siete Ciuda-

Hespérides, o sea, Occidentales, también llamadas Afortunadas, tal vez las mismas a las que pensó trasladarse Sertorio para hacerse independiente de Roma; pero lo indudable es que el país del cual Platón tuvo noticia por su abuelo Critias, el cual lo supo de Solón, y éste de un viejo sacerdote egipcio de Sais, no puede identificarse ni con las Canarias ni con las Azores, así como tampoco tienen relación con dichas islas la "Gran Tierra" misteriosa, el mítico continente regido por Chronos, y el Eliseo de Homero, que en el mar occidental se encontraba más allá de las tinieblas cimerianas. Estas regiones fantásticas no son más que la idealizada visión del Asia presentida hacia el Occidente. Hermius ("De Originibus americanis") y Ortelius ("De Orbe terrarum") anduvieron cerca de la verdad al creer que el continente croniano del cual hablaba Plutarco era la actual América, y López de Gomara también se equivocó al afirmar que el descubrimiento de las Indias aclara llanamente lo que Platón escribió de la Atlántida. Lo mismo decimos de Mariano Soler ("América precolombiana", 1887), quien se inclinaba a identificar América con el continente platoniano.

(2) Véase K. Meyer y A. Nutt, "The Voyage of Bran, son of Febal", London, 1903, y Arbois, de Inbainville, "Cours de litterature celtique", Paris, 1897. El Mag-Meld, País de la Eternidad, había sido visitado por Condle, Maelduin y Bran, que el cristianismo convirtió en San Brandan. La isla de San Brandan ya aparece en los mapas de Fra Mauro, de 1460, y de Toscanelli, de 1484; perdura en el de San Martín de Behaim, de 1492, y continúa en los del siglo XVI (por ejemplo, en el de Ortelius y en el de Gerard Mercator, Duisbourg, 1569). Más tarde se retiró al mar de la India, y en 1721 tenemos el caso rarísimo de que la buscó D. Juan de Mur y Aguirre, capitán general de las Canarias. En el globo de Behaim acompaña a la isla de San Brandan esta inscripción: "El año 565 después del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, llegó San Brandan con su navío a esta isla, en donde vió cosas maravillosas, y pasados siete años volvió a su país." Esta isla, según Cladera ("Investigaciones históricas sobre los principales descubrimientos de los españoles..."), debió llamarse Ima. Juan de Bos, en su "Biblioteca Floriacense", capítulos V y VI, y los "Actos de los Santos", día 16 de mayo, relatan el viaje fabuloso de San Brandan. De él se ocupó también en una docta disertación, el académico español don Joseph Viera y Clavijo. La historia de San Borondón anduvo unida a la de las Ballenas y a la de los Gigantes resucitados. El jesuita Godofredo Henschenio, después de analizar la vida de San Brandan, dijo de él: "Cujus historia ut fabulis referta omittur." Según D'Avezac ("Les îles fantastiques de l'Océan occidental au Moyen Age", Paris, 1846) San Brandan no era más que "la isla de Palma reflejada por nubes especulares amontonadas al Noroeste", definición que no encuadra con el remoto origen céltico del mito brandiano.

des (3) y en los mapas surgían, misteriosamente, las islas del Brasil (4), de las mujeres y de los Hombres (5). Poemas medievales cantaban los viajes del príncipe Madoc a regiones desconocidas del lejano Occidente (6), y el nombre de Estotilandia (7) evocaba excursiones fabulosas de episodios maravillosos (8).

(3) Dejamos su estudio para el capítulo correspondiente.

(4) La Isla Brazil aparece por primera vez en el Atlas Médicis, de 1331, y sigue en el Pizigani, de 1367, con el nombre de "Insula de Bracir" (Kunstmann, "Entdeckung Americas", opina que las islas de Pizigani equivalen a Madera y a las Azores). La vemos aún en la carta náutica de Becario, de 1435, y en otras posteriores, como en la de Fra Mauro, de 1460, y aun en la de Juan de la Cosa, de 1500. Leemos en Fernández de Navarrete ("Colección de los viajes...", t. III) y en De Angelis ("Colección de documentos..."), el cual hace suyas las citas de Navarrete, que el palo tintorio llamado brasil ya era conocido en Ferrara, en 1193, y en Módena, en 1306, por unos aranceles de Aduana publicados por Muratori ("Antiq. Italic. scriptorum", t. II, Disert. XXX). Otros documentos de 1221, 1243, 1252 y 1271 dados a luz por Capmany en sus "Memorias sobre la antigua marina, comercio y artes de Barcelona", también mencionan el palo Brasil. Ya se sabe que el nombre Brasil fué aplicado por los portugueses a la región del Continente sudamericano, primitivamente llamado Santa Cruz.

(5) Véase el capítulo dedicado a las Amazonas.

(6) Sobre la expedición de Madoc, Príncipe de Gales e hijo de Owen Gwynedd, consúltase lo escrito por Hakluyt y el estudio de Th. Stephens, "Madoc, an Essay on the Discovery of America by Madoc and Owen Gwynedd in the 12 th. Century", London, 1893.

(7) Estotilandia, *East-Out-Land*, Tierra Oriental Exterior, correspondería a Terranova. El nombre verdadero es Stillanda, o Scillanda, que es el que se inscribe por primera vez en el mapa catalán de 1375, en el de Bianco, de 1436; en el Fredici d'Ancona, de 1497, y en diversos publicados por Santarem en su magnífico "Atlas". Stillanda fué confundida con Frislanda. M. Lucas demostró que en el mapa original de Juan de la Cosa no se halla escrito Frislanda, sino Stillanda. El nombre de Frislanda se leyó en 1558 al publicarse las relaciones de los Zeni. Henry Vignaud ("Etudes critiques sur la Vie de Colomb avant ses de couvertes") demuestra que la mención de Frislanda viene del P. Bartolomé de las Casas (libro I, cap. III), quien la aplicó al transcribir y traducir estas líneas de Colón: "E bene il vero, che Tile, quella di cui Tolomeo fa mentione, giace dove egli dice; e questa da moderni e chiamata Frislandia". Al mismo tiempo prueba Vignaud la falsedad del pretendido viaje de Colón a Islandia, coincidiendo en esto con las opiniones de Humboldt, Ruge y el geógrafo holandés Thoddsen.

(8) Nos referimos al viaje de los venecianos Nicolás y Antonio

De todas las islas imaginarias del mar Océano, la más buscada fué la Antilia. Comenzó a figurar en el mapa de Pizigani, de 1367. Luego aparece en el Portulano de 1424, en el del genovés Becario, de 1435; en el de Andrea Bianco, de 1436; en el de Fra Mauro, de 1460, y en el del mallorquín (según Hamy) Gracioso Benicasa o Benacaza, hecho en Ancona en 1463. Siempre en diferentes posiciones perdura en el de Toscanelli de 1484, y en el de Behaim, de 1492. Después del descubrimiento de América, la vemos en el Mapamundi de Ruysch, de 1508, y en el Globo de Schöner, de 1523 (9).

La "Isla de la mano de Satanás", que en el mapa de Bianco se descubre al Norte de la Antilia, se esfumó tan misteriosamente como había nacido.

Desde muy antiguo existió en Portugal la creencia de que el estrecho de Magallanes fué descubierto antes del año 1428.

Zeno, que estando al servicio de un príncipe de las islas Feroe, llegaron entre 1380 y 1405 a Frislandia y Estotilandia, alcanzando probablemente también el Canadá. F. W. Lucas, "The Annals of the voyages of the brothers Nicolo and Antonio Zeno", London, 1899, fué el primero en intentar demostrar lo apócrifo del viaje de los Zeni. R. H. Major, siendo secretario de la Sociedad Geográfica Hakluyt, defendió contra Zurla la autenticidad de la relación aparecida en 1558, en su disertación "The Voyages of the Venetian brothers Antonio and Nicolo Zeno to the Northern seas in the 14th Century", London, 1875. También defendió la posibilidad de la expedición de los Zeni, Nordenskjöld, "Studien och Forksmingar", Estocolmo, 1884. Existen, además, las siguientes publicaciones: "Les voyages des frères Zeni dans le Nord", por J. Steenstrup (Congreso de Americanistas de Copenhague, 1885), "Nautical remains about the Zeni voyage", por Irminger (Idem), y "Om Zeniernes rejser", por G. Storm, en "Norske geografiske Selskabs Aarbog", Kristiania, 1891.

(9) Para la carta Portulana que se conserva en la Biblioteca Granducal de Weimar, consúltese: Baldelli, "Del Portulano mediceo", en la "Storia del Milione", y D'Avezac, "Iles de l'Afrique".

La isla Antilia no figura en la Carta Náutica y Geográfica de Gabriel de Valseca, mallorquín, de 1438, por la que Américo Vespucci pagó ciento treinta ducados de oro de marca. (Véase Antonio Raymundo Pasqual, Cisterciense, "Descubrimiento de la Aguja Náutica...", Madrid, 1786). Tampoco se la encuentra en una carta de 1430 que cita Christóbal Cladera ("Investigaciones históricas sobre los principales descubrimientos de los Españoles...", Madrid, 1794, págs. 124-125), y en la del valenciano Antonio Ortis, algo posterior a la de 1430.

Antonio Galvao, en 1563, recogió la tradición y la transmitió así: "No anno de 1428 diz q'foy o Infante dom Pedro a Inglaterra, França, Alemanna, a casa sancta et a outras de aquella bâda, tornou por Italia, esteve em Roma, e Veneza, trouxe de lá hum Mapamundo q'tinha todo ambito da terra, e o estreito do Magalhães se chamaua, Cola do dragom, o cabo de Boa esperança, fruuteira de Africa, e q'deste padrom se ajudara ho Intante dom Anrrique em seu descobrimento" (10).

En 1431 el príncipe Enrique, el Navegante, envió a Gonçalo Velho Cabral en busca de las islas señaladas en el mapa que el infante don Pedro, hijo de João I, había traído de Italia en 1428 (11).

(10) Antonio Galvao, "Tratado dos diuersos e desuayrados caminhos", Lisboa, 1563. Numerosos historiadores portugueses han admitido seriamente la existencia de este mapa. Véase Ribeiro dos Santos, "Memoria sobre dois antigos Mappas Geográficos do Infante Don Pedro e do Cartorio de Alcobaça", en "Memoria de Litteratura Portugueza", publicada por la Real Academia das Sciencias de Lisboa, 1814, vol. VIII, pág. 281. Henry Harrisse, "The Discovery of North America", estudia rectamente la cuestión. Ferdinand Denis, "Portugal", París, 1846, sólo hace mención del supuesto mapa del Infante don Pedro.

(11) Martin de Behaim menciona esta expedición en su globo, anotando que ella tuvo como resultado el descubrimiento de las Azores. Harrisse ("The Discovery of North America") demuestra el error de Behaim, pues las Azores fueron descubiertas en 1437 por Diego de Sevilla (D'Avezac, "Notice des decouvertes faites au Moyen Age").

Para la expedición de Velho Cabral, consúltese Antonio Cordeyro, "Historia Insulana", Lisboa, 1719; José Freire Candido Lusitano, "Vida do Infante Don Henrique", Lisboa, 1758, y Antonio Galvao, "Tratado dos diuersos e desuayrados caminhos".

¿No sería este mapa misterioso el que Martín Alonso Pinzón y su hijo Arias Pérez vieron (Navarrete, vol. III, págs. 559 y 560) en el Vaticano? Harrisse lo buscó infructuosamente. Algunos, como Carlos Bosque ("El Vaticano y América", en "El Diario Español", de Buenos Aires, 29 de junio de 1928) comparando los descubrimientos de los normandos en América, creen que en el mapa del Vaticano podía hallarse figuradas las costas del Vinland. Nosotros suponemos que en él se vería únicamente la Antilia y alguna otra de las islas legendarias. Arias Pérez declara que su padre "determinó armar dos carabelas para buscar las islas vistas en el mapamundo conservado en los archivos de Roma"; no habla de continentes, y dichas islas sólo podían ser las que los mapas de la época señalaban en el Océano.

El P. Las Casas (12) refiere que estando Colón en el Convento de La Rábida, un tal Pedro de Velazco, piloto de un noble portugués llamado Diego de Teive, le contó que éste había avanzado ciento cincuenta leguas al Sudoeste de Fayal, en busca de la Isla Antilla (13).

En 1457, Alfonso V otorgó cartas patentes a su sobrino Fernán, duque de Beja, para el descubrimiento de las islas del Océano (14).

Según tradición, en 1460 un navío portugués había abordado a la isla Antilia (15).

En 1462, Alfonso V otorgó a João Vogado dos islas que éste pretendía haber descubierto (16), y en el mismo año, Gonçalo Fernández de Tavira aseguraba a Don Fernão haber visto una isla al Noroeste de las Canarias (17).

Once años más tarde, en 1473, Ruy Gonçalvez da Camera consiguió de Alfonso V unas cartas patentes que le otorgaban las islas que se proponía descubrir en el Océano (18).

Desengañado de sus esfuerzos, el noble portugués Diego de Teive cedió a su compatriota Fernão Téllez los derechos que obtendría del descubrimiento de la isla de las Flores. Alfonso V confirmó esta cesión en 1474 o 1475 (19).

(12) "Historia de las Indias", lib. I, cap. XIII. Ernesto do Canto, "Arquivo das Açores", vol. I, núm. 3, pág. 250.

(13) Dejamos para el capítulo correspondiente la supuesta llegada de un navío portugués, en 1447, a una de las siete Ciudades.

(14) José de Torres, "Memoria acerca da originalidade da Navegação do Oceano Atlântico", en "Revista dos Açores", Ponta Delgada, 1851.

(15) Las Casas, "Hist. de las Indias", lib. I, cap. XIII, dice que Colón aseguraba este hecho.

(16) B. F. de Senna Freitas, "Memoria histórica sobre o intento do descobrimento de uma supposta ilha ao norte da Terceira".

(17) Idem

(18) José de Torres, "Memoria acerca da originalidade da Navegação do Oceano Atlântico".

(19) El acta confirmatoria de la cesión lleva como fecha el 28 de enero de 1474; pero José de Torres (ob. cit.) dió buenas razones, según Vignaud ("Histoire critique de la grande entreprise de Christophe Colomb", Paris, 1911, cap. IV, "Fernao Telles et son privilege"), para admitir el año 1474 en vez del 1475.

El acta del 28 de enero (20) establece que Téllez llevaría a cabo él mismo sus descubrimientos y que obtendría la donación de las islas o tierras "incultas y no habitadas" que descubriese. Ignoramos lo actuado por Téllez hasta el 10 de noviembre de 1475, en que el rey le otorga una nueva concesión confirmando la primera y agregando la donación de las islas o tierras "cultivadas y pobladas" que pudiese hallar, incluyendo las siete Ciudades. Sólo se dejaba en pie la prohibición relativa a los mares de la Guinea. La segunda carta patente en la cual se prevé el descubrimiento de islas o tierras "cultivadas y pobladas", que Téllez tuvo especial empeño en conseguir, como si quisiese asegurar la posesión de algún lugar habitado, es indicio seguro de que Téllez debió haber llegado a alguna de las Antillas en el espacio de tiempo que va desde el 28 de enero de 1474 o 75, y el 10 de noviembre de 1475, porque las demás islas del Atlántico ya se hallaban descubiertas y ocupadas (21).

En 1476, los hermanos João y Alvaro da Fonte, habitantes de las Azores, consumieron su fortuna en busca de las islas inacanzables que se hallaban al Oeste del Océano (22), y de las cuales Antonio Leme, de Madera, pero escandinavo de origen, aseguró en el mismo año haber descubierto tres al Oeste de la Terceira (23).

(20) Fué publicada por M. de Canto en el "Archivo dos Açores", vol. I, y por Varnhagen en la "Verdadera Guanahani". También apareció en "Alguns documentos do Archivo Nacional da Torre do Tombo acerca das navegações e conquistas portuguesas publicados por ordem do Governo de Sua Majestade Fidelissima ao celebrar-se a commemoração quadricentenaria do descobrimento da América". Lisboa, MDCCCXCII.

(21) Brito Rebello, "Livro de Marinharia...", Lisboa, 1903, y H. Vignaud, "Histoire critique de la grande entreprise...", han dado forma a esta sospecha trascendental. Para el viaje de Téllez, véase también B. F. de Senna Freitas, "Memoria histórica sobre o intentado descobrimento de uma supposta ilha a norte da Terceira".

(22) Gaspar Fructuoso, "Historia genealógica de San Miguel", en "Saudades da Terra", Ponta Delgada, 1876.

(23) Bartolomé de las Casas, "Historia de las Indias", lib. I, capítulo XIII. A esta época pertenece el discutido viaje de Juan Scolno, nombre que Lelewel traduce por Skolny o Kolmo, pequeña ciudad de

Desde Bristol salió, en 1480, Thomas Lleyde o Lloyd al descubrimiento de la isla de Brasil (24), y cuatro años después, mientras un portugués de Madeira pedía a João II una carabela para alcanzar una isla que juraba haber visto al Oeste de las Azores (25), Fernando Domínguez de Arco era nombrado gobernador de la isla que pensaba descubrir en el Océano (26). También Fernão d'Ulmo, en 1486, recibió de João II

Mazovia. López de Gomara, en 1553, escribía: "También han ido allá (a la Tierra del Labrador) hombres de Noruega con el piloto Juan Scolno." En 1597 Cornelio Wayffliet dijo que "Johannes Scolus, Polonus, en 1476 (fecha que no trae Gomara, por lo cual no puede decirse que Wayffliet lo haya copiado) estuvo en el Labrador y Estotilandia". L'Ecouy, en su globo, inscribe entre los 70° y 80° Norte de latitud y 320° de longitud: "Quii populi ad quos Johannes Scovvis danus pervenit. Ann. 1476." ¿Por qué L'Ecouy menciona a Scolno como danés y no como polaco? En 1671, unos setenta u ochenta años después de la época en que L'Ecouy construyó su globo, George Horm ("De originibus americanis") consignaba: "Joh. Scolnus Polonus auspiciis Christiani I Regis Daniae fretum Aniam et Terra Laboratoris detexit A. 1476." Aunque en Dinamarca no se tiene noticia de un viaje de un Scolnus emprendido bajo los auspicios del rey Kristian I, la comparación de citas de L'Ecouy y de Horm demuestra que ambos debieron haber tomado sus datos en fuentes distintas. HARRISSE, "The Discovery of North America", cree que el viaje de Scolno debe haber sido en busca de la Groenlandia, que los navegantes habían perdido, y no con el fin de llevar a cabo nuevos descubrimientos. Humboldt duda del descubrimiento de Scolno, y parece extraño que Gomara, que trataba de disminuir la gloria de Colón y conocía el viaje de Scolno, no haya hecho observar que éste llegó a América antes que el Almirante. Sin embargo, aunque Gomara atribuya el primer descubrimiento del Nuevo Mundo a un piloto español que luego comunicó su viaje a Colón, es lógico que no haya querido anteponer a la proeza de un español la de un polaco. Por esto el viaje de Scolno, anterior a la empresa colombiana, tenga tal vez alguna realidad.

(24) William Botoner, alias De Worcester, "Itinerarium", en el "Iteneraria", de Nasmyth, Cambridge, 1778. (Botoner nació en 1415 y fué contemporáneo de Thomas Lloyd.) C. De Simoni, "Intorno a Giovanni Caboto scopritore del Labrador", Génova, 1881.

(25) "Diario de Colón", en Fernández de Navarrete, "Colección de los viajes y descubrimientos...", vol. I. Pedro Martir de Angleria (Dec. III, t. II, pág. 493) discurre del "Torrente del Mar" (el Gulf Stream), que a veces arrastra hasta las Azores grandes troncos de árboles. Ante estos hallazgos misteriosos, los habitantes de las Azores no podrían pensar más que en próximas tierras occidentales.

(26) José de Torres, ob. cit.

cartas patentes que le concedían la posesión de la isla que se proponía hallar hacia el Oeste (27).

En torno al año 1486, Pedro Vázquez de la Frontera, según aseguró a Colón y a Pinzón, acompañó a un Infante de Portugal hasta el Mar de los Sargazos, de donde tuvieron que voivarse por el obstáculo de las hierbas (28).

Llegamos a la época del descubrimiento de América. En los años que precedieron y sucedieron al hallazgo de Colón, numerosos aventureros se lanzaron en busca de la Antilia y de las otras islas fantásticas del Océano tenebroso (29). Desde antiguo hemos visto que las supuestas islas imaginarias, que existían al Oeste del Océano, fueron buscadas empeñosamente por navegantes cuyos fracasos los hicieron considerar como ilusos. Sin embargo, aquellas islas no eran un mito. Hacía siglos que el presagio de América punzaba el alma de los marinos, llamándolos desde la lejanía del Oeste. La historia de las exploraciones demuestra que el descubrimiento de América estaba predestinado para la fecha en que se realizó.

Colón fué uno de tantos enamorados de la florida Antilia. Sus lecturas habíanle fortificado en la creencia de una gran

(27) B. F. de Senna Freitas. "Memoria histórica sobre o intentado descobrimento de uma supposta ilha ao norte da Terceira", Lisboa, 1845. Para realizar su empresa, Dulmo se asoció a Juan Alfonso, vecino de Madera. Poco antes, en 1480, Dulmo había conseguido del Rey de Portugal la conquista de la isla de las Siete Ciudades. Bartolomé de las Casas ("Hist. de las Ind.", lib. I, cap. XIII) llama a Dulmo Hernán Dolinos.

(28) Declaraciones de Alonso Vélez de Allid y de Alonso Gallego, en la "Probanza" de noviembre de 1532. Alonso Vélez en 1535 era alcalde mayor de Palos. (Harris, "The Discovery of North America".)

(29) Con fecha 25 de julio de 1498, el Ministro español en Londres, Pedro de Ayala, informaba a los Reyes Católicos que en los últimos siete años los pobladores de Bristol equipaban cada año dos, tres y cuatro carabelas para ir en busca de las islas del Brasil y de las Siete Ciudades (H. Harris, "Jean et Sebastian Cabot", Paris, 1882, documento XIII, pág. 329.)

Para ampliar la historia de las expediciones hacia el Oeste del Atlántico, es imprescindible la consulta de las siguientes obras de Henry Harris: "Christophe Colomb, sa vie, ses voyages, sa famille et ses descendants", Paris, 1884, y "The Discovery of North America", Paris, 1892. P. Caffarel, "Histoire de la decouverte de l'Amerique depuis

isla occidental que sólo podía ser alguna de las que figuraban en los mapas del Océano tenebroso (30).

Claramente lo expresa López de Gomara en la *Hispania Victrix*: "Quieren también otros, porque todo lo digamos, que Cristóbal Colón fuese buen latino y cosmógrafo, y que se movió a buscar la tierra de los antipodas y la rica Cipango de Marco Polo, por haber leído a Platón en el *Timeo* y en el *Critias*, donde habla de la gran isla Atlante y de una tierra encubierta mayor que Asia y Africa; y a Aristóteles o Teofrasto, en el *Libro de maravillas*, que dice cómo ciertos mercaderes cartagineses, navegando del estrecho de Gibraltar hacia Poniente y Mediodía, hallaron, al cabo de muchos días, una gran isla despoblada, empero proveída y con ríos navegables; y que leyó alguno de los autores por mí atrás acotados."

El mito de la Antilia había exaltado la mente de Colón, y de no haberle favorecido las excepcionales circunstancias con que llevó a cabo su transcendental aventura, su nombre se

les origines jusqu'à la mort de Christophe Colomb", Paris, 1892; O. Moosmüller, "Europäer in Amerike vel Columbus", Regensburg, 1879, y Jaime Cortesão, "Do sigilo nacional sobre os descobrimentos". Asimismo se impone la consulta de la Colección de los libros inéditos de la Historia de Portugal, publicada por la Real Academia das Sciencias, de Lisboa, en 1790. Para el estudio cartográfico, aparte del "Atlas" de Santarem, puede utilizarse la "Racolta Colombiana", t. II, parte IV; "Les Monuments de la Géographie", publicados por M. Jomard; los "Atlas", de William Hughes (Paris, 1877), y de Stieler (Gotha, 1909), y el estudio crítico de J. G. Kohl, "Die beiden ältesten General-Karten von Amerika". Weimar, 1860.

(30) Todas las páginas de las obras anotadas por Colón, han sido reproducidas en facsímiles en la "Reccolta Colombiana". El autor de este trabajo, M. de Lollis, llega a la conclusión "que l'ensemble de son erudition n'excedait pas de beaucoup ce petit nombre de volumes qu'il annota de ses mains sur les marges et que les soins de sons fils nous ont conservés: l'*Historia rerum ubique gestarum* de Pie II (1477), l'*Imago mundi* de Pierre d'Ailly, un resumé latin du livre fameux de Marco Polo (1486), la traduction italienne de l'*Historia* de Plíne, la traduction en castillan des *Vies de Plutarque*, et la *Géographie* de Ptolomée, edition de Rome, 1478." ("Qui a decouvert l'Amerique", en "Revue des Revues", 15 de enero de 1899, págs. 155-156. Véase también, "Etudes critiques sur la vie de Colomb", por H. Vignaud, Paris, 1905.) Las *Vidas* de Plutarco no contienen ninguna nota importante de Colón, y la *Geografia* de Ptolomeo sólo lleva su firma.

habría hundido entre las sombras como el de todos aquellos navegantes que le precedieron en los sondeos del Occidente tenebroso.

La Antilia fué el primer móvil que guió la gran empresa colombina. López de Gomara, para quien el descubrimiento del Nuevo Mundo no había tenido como origen más que las revelaciones de un piloto anónimo fallecido en casa del futuro Almirante, vuelve a hablar con desdén de "los que tienen por gran cosmógrafo a Colón (y) piensan que las llamó Indias por la India Oriental, creyendo que cuando descubrió las Indias iba buscando la isla Cipango, que cae a par de la China o Cataio, y que se movió a ir tras el Sol por llegar más aína que contra él; aunque muchos creen que no hay tal isla (de Cipango). De cualquier manera—concluye Gomara—en fin, que fué, ellas se llaman Indias", y el éxito de la expedición colombina probó al mundo que la leyenda medioeval de las tierras occidentales era la más grande realidad.

La profecía de Séneca

*Venient annis
Seacula seris, quibus Oceanus,
Vincula rerum laxet, e ingens
Pareat tellus, Tiphisque novos
Detegat orbes.
Nec sit terris ultima Thule* (31)

se había cumplido.

Fué después del descubrimiento cuando Colón, no habiendo hallado la Antilia en el lugar que suponía, o identificándola con Cipango, se creyó en Asia y trató de probar, hasta el fin de su vida, que la tierra descubierta era la India, y que él había hallado el Oriente por el Occidente (32).

(31) "Vendrán siglos, de aquí a muchos años, en que el Océano aflojará las ataduras de las cosas y aparecerá gran tierra y Tifis (la navegación) descubrirá nuevos mundos, y no será Tile la última tierra." (En "Medea".)

(32) H. Vignaud, en "Le vrai Christophe Colomb et la Légende", París, 1921, presenta los siguientes testimonios en favor de su tesis: Un testigo que se hallaba en Moguer cuando Colón partió "para ir a descubrir las Indias", dice que aquellas islas antes se llamaban Antilia: "que entonces nombraban Antilia". (Declaración de Juan de Agrón

Los conocimientos geográficos de la época, sintetizados en

en el "Cristóbal Colón", de Torres Asensio, Barcelona, 1892, vol. I.) Vesputio escribió en la relación de su segundo viaje: "Partimos por falta de provisiones y llegamos a la isla Antilia, Española, es decir, a Haití, que Cristóbal Colón había descubierto unos años antes." En Lisboa, Ruy de Pina y García de Resende declararon que Colón volvía de la Antilia y de Cipango. En su contrato con los Reyes Católicos, Colón habla de islas a anexar a la Corona de Castilla; no menciona en absoluto las Indias. Antes de partir, Colón se dirigió a las Canarias para tomar el paralelo de la Gomera, el 28°, que no era el que conducía a las Indias, sino a la Antilia, y del cual no se apartó nunca. El Diario de a bordo consigna que el 17 de septiembre Colón consultó un mapa en el cual, según Las Casas, estaban señaladas las Indias, o sea la Antilia. Comunicó con Pinzón, y después de buscar la isla durante varios días, se siguió la ruta. Fernando Colón, en la "Historia del Almirante", repite que la Española era la isla que su padre buscaba y estaba seguro de hallar. Oviedo dice que Colón hizo su expedición para ir en busca de las Hespérides. Antes de Herrera, todos los geógrafos contemporáneos de Colón ignoraban la leyenda de la búsqueda del Oriente por el Occidente. Las Casas, López de Gomara, Garibay, Acosta, Fructuoso, Mariana, el P. Simón, Vasconcellos, Garcilaso y otros, suponen que Colón conocía la existencia de la isla descubierta por un piloto que había sido arrojado a ella. Antes del descubrimiento nunca pensó Colón de ir a las Indias Asiáticas. El sistema cosmográfico, basado en la supuesta proximidad de las costas Orientales del Asia, lo expuso Colón por primera vez en 1498. De las Indias Orientales recién comenzó a hablar en las cartas de 1498 y 1503. En la Cédula de los Reyes Católicos, acordando las armas a Colón, se enumera sus servicios, pero no se recuerda el camino de las Indias. En el "Memorial de agravios del Almirante" a los Reyes Católicos, de 1501, tampoco se menciona su descubrimiento de la ruta de las Indias ("Nuevos autógrafos...", publicados por la Duquesa de Alba, Madrid, 1902). La expresión de "las Indias", en el Diario de Colón, fué empleada por Las Casas en su análisis de dicho Diario. No se aplica a las Indias Orientales, sino a las Occidentales, pues tal expresión era la única con que se indicaba los nuevos descubrimientos. Respecto a la carta de Toscanelli, en la cual el sabio florentino indicaba a Colón el camino de la India por el Oeste, hay serias presunciones para creer que es apócrifa: Primeramente, es la misma expresión de las ideas de Colón, no representa la opinión de los sabios italianos, pues Vogliente aconsejaba a los portugueses la dirección del Este; fué desconocida a todos los contemporáneos de Alfonso de Portugal, al cual fué enviada en 1474, y a los de Colón, y ningún rastro de ella se encontró entre los papeles de Toscanelli. Además, aunque su autenticidad se probara, ya se ha visto que el fin primordial de la empresa de Colón fué el descubrimiento de la Antilia.

el mapamundi de Martín de Behaim, parecían recibir la más amplia confirmación (33).

(33) Alrededor del globo que Behaim construyó en Nuremberg en 1492, se halla escrito que está "sacado todo con mucho cuidado de los libros de Ptolomeo, de Plinio, de Strabón y Marco Polo, y reunido así tierras como mares, según su forma y situación..." En la parte inferior del globo, bajo la línea equinoccial, se agrega que también se utilizaron las relaciones del "respetable Doctor y Caballero Juan de Mandevilla en un libro sobre los países desconocidos a Ptolomeo en el Oriente", y que se incluye los descubrimientos hechos en 1485 por orden del Rey don Juan de Portugal.

Behaim, según Mr. de Mur (*Noticias del Caballero Martín Behem, célebre navegante portugués del siglo XV, con la descripción de su globo terrestre*) debió haber nacido en Nuremberg, entre 1430 y 1433. Los portugueses llamaban a Behaim, Martín de Bohemia (vease la "Vida de Juan II", por Manuel Téllez de Silva). Sus obras latinas eran conocidas por Martinus Bohaemus o de Bohemia. Herrera (Dec. I, libro I, cap. II) creía que Martín de Bohemia era portugués y que había nacido en la isla de Fayal. Roberston aceptaba la opinión de Herrera y no faltó quien asegurase que el Martín de Behanira, de Garcilaso, era vasco.

Un pasaje de Garcilaso, donde dice que Behenira comunicó ciertas revelaciones a Colón, y otro de la Crónica latina de Hartman Scheld, existente en la Biblioteca de Nuremberg, en la cual se lee que Behaim y Santiago Cano, en 1485, por orden de Juan II de Portugal, pasaron la línea equinoccial y que navegaron hasta una altura en que, mirando hacia el Oriente, caía su sombra a la derecha, hicieron suponer a Riccioli y a Benzón que Behaim hubiese descubierto el Nuevo Mundo y pasado el Estrecho de Magallanes. Igual tesis sostuvo el norteamericano Mr. Otto, contra el cual escribió Christobal Cladera en 1794 sus "Investigaciones históricas sobre los principales descubrimientos de los españoles en el mar Océano", demostrando principalmente el error en que había incurrido Otto de confundir el globo de Behaim con el de Schöner, que también se halla en Nuremberg. Las actas antiguas de Nuremberg y los diplomas consultados por Wuelfer, Wagenceil, Stuenio y Doppelmayer, no dan indicios para sostener el pretendido descubrimiento de Behaim, y respecto a la observación de la sombra a la derecha, es sabido que se verifica apenas se pasa la línea. (Véase Guebauer, "Historia de Portugal", pág. 123.) Aún podría recordarse que Magallanes declaró haber visto el paso al mar del Sud en un mapa de Martín de Bohemia; pero se ha probado que Magallanes quiso indicar el de Fra Mauro, en el cual el Estrecho hállase señalado al Sud de Africa, o, con más probabilidad, el Schöner.

Behaim fué uno de los que formaron la Junta ordenada por Juan II para perfeccionar el arte de navegar. ("Compendio de las Historias de los Descubrimientos, Conquistas y Guerras de la India Oriental y sus Islas...", por don Joseph Martínez de la Puente, Madrid, 1681.)

Se buscó al Gran Kan (34), se pensó en los dominios fabulosos del Preste Juan (35), y en un acta célebre, todos los tripulantes de las carabelas de Colón firmaron que la isla de

(34) Colón consintió en llevar una carta dirigida al Gran Kan para obtener la ayuda de Pinzón, el cual pensaba llegar directamente a Cipango (véase Vignaud, "Le vrai Christophe Colomb et la Légende"). Todavía en el primer cuarto del siglo XVI perduraba la creencia en el Gran Kan. Caboto representaba la figura del Gran Kan en plena "Terra incógnita", con esta leyenda: "Del gran can Emperor de los Tartaros q. se intitula el rey de los reyes y senor de los sennores..." De la isla de Cipango dice: "...el rey desta isla tiene palatio muy grande, muy maravilloso, todo cubierto de oro, hecho de pasta de grosura de dos reales y las uentanas y colunas deste palatio son todas de oro, tienen piedras preciosas y perlas en mucha cantidad. el gran can oyda la fama de la riqueza desta dha isla quisola conquistar y embió a ella una grande armada y nunca la pudo soyuzoar segun marco polo mas largamente lo cuenta y dize en su libro capitulo ciento y seys."

Sin embargo, las sospechas de Vespuccio, el viaje de Vasco de Gama, terminado en 1499, y el descubrimiento del Pacífico en 1513, habían permitido a Leonardo de Vinci figurar a América como a una gran isla (¿reminiscencias de la Antilia?) entre el *Oceanus Indicus Meridionalis* y el *Oceanus Occidentalis*, a equidistancia de Europa y de Asia, y a Schöner, en 1515, delinear a América como a un continente distinto del Asiático.

(35) Este Preste Juan nació de las Cruzadas y de las relaciones de los cristianos con los Mogoles. Se decía que era un príncipe mogol convertido al cristianismo, por lo cual los cruzados lo buscaron creyendo hallar en él a un aliado. En 1145 un Obispo de Gobul, en Siria, se presentó al Papa Eugenio III, contándole maravillas del Preste Juan, que señoreaba en el Asia Oriental. El Emperador de Bizancio, Manuel Commeno, también contribuyó a divulgar el renombre de este Juan en una carta famosa, y en 1219 el Obispo de Tolemaida, Jaime de Vitri, también escribió una carta, dirigida al Papa Honorio III, refiriendo curiosos detalles de la vida del Preste Juan.

Según Scaligero, el nombre de Preste Juan viene de Preste Chan, o sea, rey cristiano. Müller entiende chan, rey o emperador, y preste, apelativo que se daba a los cristianos. Otros traducen prester por esclavo e interpretan Rey de los Esclavos. También se pensó en las palabras persas Preschteb Cehan, Angel del Mundo. Lo probable es que los nombres Wans Khan, Wang Khan y Hung Khan se cambiasen en Shoan y Juan. Fray Guillermo de Rubruquis, en su "Relación del viaje a Tartaria" (el P. Bergeron la publicó en París, en 1629, y en 1839 volvieron a imprimirla Michel y Wright), dice que el Preste Juan "era muy nombrado en todas partes, aunque cuando yo pasé por su país

Cuba era el principio de las Indias, y que por aquella tierra, caminando a pie, podía llegarse a España (36).

En Europa, en tanto que unos creían en el descubrimiento de la India por el Occidente y otros lo desechaban, presintiendo, con razón, un Nuevo Mundo, nadie ponía en duda el

nadie sabía de él, excepto algunos Nestorianos que contaban de él maravillas y cosas inverosímiles..." Rubruquis piensa que el Preste Juan fué un sacerdote nestoriano que realmente conquistó un trono Mosheim ("Hist. Tartarorum eccl.") adopta ésta opinión. Juan II de Portugal quiso hacer alianza con el Preste Juan y le envió dos caballeros llamados Pedro Covillán y Alonso de Paiva. Estos vagaron por el Asia hasta que en Egipto tuvieron noticia del Emperador de Abisinia, cristiano jacobita. Lo visitaron y aseguraron en Portugal que aquél era el verdadero Preste Juan. Según Angel de Altolaguirre, solamente a la vuelta de Vasco de Gama, en 1499, se comenzó a colocar en Africa los estados del Preste Juan. ("Cristóbal Colón", pág. 139.) Vignaud ("Hist. critique de la grande entreprise...") prueba que existen por lo menos doce documentos anteriores a la muerte del príncipe Enrique, en 1460, que sitúan en el Africa Austral y Oriental el Preste Juan. (El más antiguo es el "Mirabilia descripta", del hermano Jourdan; cita también el mapamundi de Fra Mauro, de 1460. Cf. Uzielli, "Il prete Giani"; D'Avezac, "Relations des Mongols"; Santarem, "Recherches...")

En tiempos del descubrimiento de América, los estados del Preste Juan, con su mitra cargada de piedras preciosas, oscilaban entre el Sud de Africa, la Etiopía, la India y la Tartaria. Para López de Gomara, la existencia del Preste Juan era un hecho positivo: "La Etiopía...—escribía en su "Historia de las Indias"—que agora posee el Preste Gian..."

Es interesante, aunque malamente rimada, la disertación en verso de Julián Dati, "La gran magnificencia del Preste Juan, Señor de la India y de la Etiopía", publicada a fines del siglo XV. Puede ampliarse la historia del Preste Juan, mediante los trabajos críticos de Oppert, "Des Presbyter Johannes in Sage und Geschichte"; Abel Remusat, "Memoires sur les relations politiques des princes chretiens avec les empereurs Mongols" (en "Memoires de l'Acad. des Inscriptions, 1822). P. Bergeron, "Recueil des voyages faits en Asie dans le XII-XIV siècle"; "Il Milione di Meser Marco Polo, illustrato e commentato dal Conte Giovanni Battista Baldelli Boni"; "La Legende du prete Jean" (en las "Actas de l'Acad. des Sciences, de Bordeaux", 1876-1877); y Ulises Chevalier, "Repertoire des Sources Historiques du Moyen Age".

(36) El 12 de junio de 1494, Colón ordenó al escribano Fernández Pérez de Luna que recorriese las tres carabelas del segundo viaje, recogiendo las declaraciones de que aquella tierra (Cuba) era la India. También hacía conocer las penas que se aplicaría al que creyese lo contrario. (Navarrete, Doc. núm. 76.)

hallazgo verdadero de la Antilia, la isla fabulosa de los mapas de la Edad Media, que por fin se había descubierto, y cuyo nombre perdura hasta nuestros días (37).

La obsesión del Asia y del Oriente clásico creó espejismos e hizo ver falsas apariencias. Los mitos de los autores griegos y latinos se reprodujeron en América por la convicción de que aquella tierra era la India y el afán de explicarlo todo con la autoridad de los sabios antiguos.

Así germinaron los principales mitos de la conquista americana: las siete ciudades encantadas de Cibola, los gigantes, los caribes y las amazonas.

La ilusión del oro, que desde el primer viaje de Colón acompañó siempre todas las visiones maravillosas y todos los ensueños de los conquistadores del Nuevo Mundo, creó de entre los vestigios y reminiscencias de las destruidas civilizaciones, la quimera más deseada, el arcano más hechicero: El Dorado.

Resumen y comentario del capítulo I.

La visión idealizada del Asia, que los antiguos presentían hacia Occidente, por las ideas pitagóricas sobre la esfericidad de la tierra y las relaciones de los antiquísimos viajeros y comerciantes que habían alcanzado la India, estableciendo una comunicación constante entre el lejano Oriente y la Europa Mediterránea, dieron origen al ensueño de las tierras occidentales, allende el *non plus ultra* del Océano tenebroso, que Platón supo aprovechar para su alegoría histórica de la Atlántida (38).

(37) El 27 de octubre de 1501, Alberto Cantino escribía al Duque de Ferrara: "Alli cinque del presente, giunse nel porto di Calice (Cádiz) una caravella de la Maiestà del Re di Spagna, la quale havea mandate più mesi fanno alle sue *insule Antile*, et ha portato sexanta schiavi, trecento cantara de braxilio, et trecento de verzino, et cinquanta marchi de perle, dele quale ne son sta portate alcune in questa terra, et io le ho vedute et toche..." (Archivo de Modena, Cancelleria Ducale, Dispacci dalla Spagna, cit. por Harrisse en "The Discovery of North America").

(38) Creemos necesario decir algo de Fu-Sang, el país que durante largo tiempo se supuso fuese América visitada por los chinos.

En la Edad Media sucedió al desvanecimiento de la Atlántida la intuición de islas fantásticas, que los geógrafos situaban, con diferentes nombres, en las regiones ignotas del inexplorado Oeste.

La aparición de tales islas constituye un misterio en los estudios histórico-geográficos. Su origen lo mismo puede buscarse en las viejas leyendas y tradiciones de los navegantes que en la meditación sobre las leyes de la gravitación, que hacían suponer, como contrapeso, a los geógrafos y físicos medioevales, lógicas tierras al Occidente de las orientales.

Las primeras suposiciones de De Guignes, en 1761; los pasajes de la enciclopedia china Yuen-Kin-Lui-Han, divulgados por Marsters, y las traducciones, en 1857, del intérprete chino Jacobo Hanley, en el "Echo du Pacifique", forjaron la historia de un inmenso país situado a veinte mil li, unas nueve mil millas, al Oriente del Océano, y cuya descripción parecía corresponder a la costa occidental de Méjico. Decíase que algunos sacerdotes budistas habían alcanzado aquellas costas en el año 459 después de Cristo, y que existían itinerarios y relaciones que diferían muy poco de las que escribieron los primeros conquistadores españoles. En confirmación de esta creencia, se invocó la semejanza de los ritos religiosos y de las arquitecturas de Asia y América. Hasta se pretendió haber hallado en Vancouver antiquísimas monedas chinas, y se recordó el testimonio de López de Gomara, quien habla de restos de buques procedentes de Catay, descubiertos en las costas de Quivira y de Cibola. Véase Paravey, "La América, bajo el nombre de país de Fou-Sang, ha sido conocida en Asia desde el s. V de nuestra Era" (en los "Anales de la Filosofía Cristiana", París, 1884). Luciano Adam, "El País de Fou-Sang" ("Congreso de Americanistas", acta de la primera sesión celebrada en Nancy, 1875). Scherer, "Investigaciones históricas y geográficas sobre el Nuevo Mundo"; Carrey, "El Perú". Las analogías religiosas entre Asia y América fueron principalmente estudiadas por Humboldt, "Vues des Cordilleres"; Barthelemy Saint Hilaire, "Buda et sa religion"; D'Eichthal, "Estudios sobre los orígenes búdicos de la civilización americana"; Cantú, "Historia Universal", etc. Escribieron sobre las similitudes arqueológicas: Charnay, "Las ciudades antiguas del Nuevo Mundo", 1885; D'Eichthal, "Memoria sobre el carácter asiático búdico de algunos bajorrelieves de Palenque", 1864; etc. Sin embargo, estudios críticos demostraron que el Fu-Sang nada tiene que ver con América y que corresponde a una región del Asia Oriental (Japón, Corea, Sajalin). Así lo demostró por el primero Klaproth, en 1831, siendo sus afirmaciones confirmadas por E. Nauman, G. Schlegel y todos los modernos investigadores. Véase H. Beuchat, "Manual de Arqueología Americana", quien trae una abundante bibliografía.

A nuestro juicio, las expediciones clandestinas deben haber sido el germen de las más remotas tradiciones, transformadas posteriormente en leyendas, y por último en mitos (39). Las reminiscencias entre fantásticas y científicas que nos quedan de raras expediciones clandestinas, prueban que en el fondo de

(39) Para dar una idea de la importancia de las expediciones clandestinas o que no han pasado a la historia, recordamos que en el planisferio de Sanuto, de los primeros años del siglo XIV, aparece dibujada la extremidad triangular del África, y que en el mapamundo de Fra Mauro, concluido como se lee al dorso, el 25 de agosto de 1460, se señala con notable precisión el Cabo de Buena Esperanza con el nombre de Cape di Diab (Zurla, "El mapamundi di Fra Mauro descrito e ilustrado", Venecia, 1806). Encierra este mapa un descubrimiento asombroso: la extremidad Sud del Continente Africano hallase separada de una gran masa boreal "por un canal rodeado de altas montañas y frondosas selvas"; en él reina "la profunda oscuridad y los remolinos que forma el agua hacen peligrar los barcos". Esta descripción y otros detalles corresponden al Estrecho de Magallanes, y su situación al Sud de África únicamente se explica por la revelación de algún marino arrojado a aquellas lejanas regiones. El hecho de no existir en aquel entonces la más mínima idea del Nuevo Mundo, y la igualdad de configuración de los continentes africano y americano, obligó a situar aquel estrecho helado en el único lugar entonces posible: el Sud de África.

La Isola di Legname, llamada después Madera, figuraba antes de su descubrimiento en mapas de 1351 y 1384. En cuanto a la extremidad meridional del continente Sudamericano, la vemos alargarse hasta más abajo del paralelo 40, mucho antes de los viajes de Solís y de Magallanes, en el Hauslab Gores, de 1509, y en el mapa de Stobnizka, de 1512. Esto no quiere decir que aquellas regiones estuviesen entonces descubiertas, pues después de la expedición de Diego de Lepe, en 1500, como hizo notar Humboldt, ya podía conjeturarse en Europa la forma piramidal de la América del Sur. Una excepción debe hacerse con el mapa de Schöner, de 1515, en que el continente Sudamericano aparece partido en dos por un amplio estrecho. Schöner dió forma gráfica a las relaciones de los compañeros de Cristóbal de Haro (1513-1514), que en su expedición hasta las costas patagónicas pasaron frente al Paranaguazú y lo supusieron un paso interoceánico. (Véase el prólogo de J. Capistrano de Abreu a la "Historia topográfica e bellica da Nova Colonia do Sacramento", Río de Janeiro, 1900.)

Respecto a la isla Stokafixa, del mapa de Bianco, de 1436—palabra alemana adoptada por el antiguo dialecto genovés—, y las ignoradas expediciones de los pescadores vascos a las costas de Terranova, de las cuales no hacen ninguna alusión las antiguas tradiciones y sagas escandinavas, nos ocuparemos en nuestra obra "América precolombiana y los navegantes del Cantábrico".

las leyendas de los viajes fabulosos de la Edad Media existe la realidad de empresas cumplidas que se perdieron en el olvido, dejando como vestigios una tradición confusa y oscura de tierras occidentales (40).

Durante los siglos XIV y XV numerosos navegantes se lanzaron incansables a la exploración del Océano, persiguiendo la sombra de las tierras misteriosas, hasta que, en 1492, Colón obtuvo de los Reyes Católicos los medios para hacer un viaje en busca de las islas occidentales del Atlántico.

La Antilia fué la isla que Colón se propuso descubrir. Al no hallarla en el lugar en que suponía y al arribar por fin a una tierra tropical, creyó haber descubierto Cipango y realizado el sueño de su socio Martín Alonso Pinzón (41).

(40) De los descubrimientos realizados por escandinavos desde Islandia y Groenlandia a las actuales costas septentrionales de los Estados Unidos, y que Jorge Bancroft ("Hist. de los Estados Unidos") injustamente supone apócrifos por considerar mitológicas las antiguas tradiciones escandinavas, no se tuvo ninguna noticia hasta la publicación, tiempo después de la muerte de Colón, de los escritos de Adán de Bremen, geógrafo del siglo XI. Carlos Bosque ("El Vaticano y América", en "El Diario Español", de Buenos Aires, 29 de junio de 1928) es de parecer que en Roma debía conocerse la existencia del Vinland por los Obispos católicos de Groenlandia, que recibían su nombramiento y consagración en Roma, y por el dinero de San Pedro que de Groenlandia y las colonias escandinavas de América se pagaba a Roma en dientes de elefante marino. Sin embargo, de tal conocimiento no existe la más leve reminiscencia. (Para el estudio de la colonización escandinava en América es fundamental la Relación de Carlos Cristián Rafn a la Sociedad de los Anticuarios del Norte, establecida en Copenhague, y el precioso tomo de documentos publicados por dicha Sociedad con el título de "Antiquitates americanas, sive scriptores septentrionales rerum antecolumbianarum in America".

(41) Alfonso Reyes, en "El presagio de América", literaria disertación sobre los antecedentes del descubrimiento, interpreta acertadamente la mitología del primer viaje como una lucha entre el Cipango y la Antilia. Repetimos que sólo después del descubrimiento, Colón afirmó haber partido con el propósito de llegar a la India. Así se atribuyó siempre a Colón el rasgo de haber ido en busca del Oriente por el Occidente. El Duque de Medinaceli escribía, cinco días después de llegar a Palos el Almirante: "Este Cristóbal Colomo partió hace ocho meses en busca de las Indias, y ahora ha vuelto a Lisboa después de haber hallado lo que buscaba." (Carta del 19 de marzo de 1493 al Gran Cardenal de España don Pedro González de Mendoza.)"

Desde aquel momento, la absoluta certeza de hallarse en Asia (42), en las tierras de Marco Polo y del fantástico Mandeville, de las cuáles habían hablado durante la Edad Media numerosos frailes enviados por los Papas a los Kanos de Tartaria, y viajeros osados que habían llegado hasta los extremos de la enigmática China (43), hizo buscar los palacios llenos

(42) "...homen fallador e glorioso em mostrar suas habilidades, e mais fantástico e de imaginações, com sua ilha Cypango..." Así hablaba de Colón, en 1552, mordido por la envidia, el historiador portugués Juan de Barros.

Los sueños de Colón, de confundir la Española con Ofir, de buscar la Sichinchina, el Quersoneo Aureo, la Malaca, la Trapobana y creerse próximo al Paraíso al llegar al Orinoco, perduraron en los mapas, como una certeza indiscutible, hasta mucho tiempo después de su muerte.

(43) A principios del siglo VI, un mercader griego que residía en Egipto, viajó hasta Ceilán y nos dejó una "Topografía cristiana del Universo". A mediados del siglo IX, el intérprete Julia, enviado por el Califa Vatek Billah en busca de los descendientes de Og y Magog, llegó hasta Samarcanda. Entre los años 851 y 877, Wahab y Abusaid recorrieron la China, trayendo la noticia de que en Can-Fué residía un Cadi musulmán. Massudi, el autor de las "Praderas de Oro", llegó hasta Ceilán. Ebn Haukal visitó las costas de la India y escribió las "Rutas y Reinos". El tangerino Ibn-Batuta, en el siglo XIV, recorrió la India, el Malbar, Calicut, Ceilán, y en China halló mercaderes musulmanes, con sus jueces y jeques, y hasta mezquitas en no pocas ciudades. El judío navarro Benjamín de Tudela también llegó a la India. Los frailes cristianos Alejandro y Alberto Aselín, Juan de Piano Carpigno y Rubruquis, fueron enviados por los Papas a los Kanos de Tartaria. Oderico de Pordenone dió noticias del Gran Lama. Juan de Monte Corvino, enviado por Nicolás IV a predicar el Evangelio en Asia, se presentó al Gran Kan de Catay, y al cabo de once años se le unió el franciscano Arnaldo de Colonia. Por la misma época, el fraile Ricoldo de Montecroce viajó por toda el Asia. Nicolás Conti, en la primera mitad del siglo XV, llegó a Cambaya, y el genovés Jerónimo de San Esteban fué a vender sus mercancías al rey del Pegú. Marco Polo viajó por China y Japón. En 1433, Bertrand de la Brocquiere atravesó el Asia Occidental. Enrique III de Castilla envió a Ruy González de Clavijo con una embajada a Tamerlán, y el alemán Schiltberger, tomado prisionero por los turcos al derrotar a Segismundo de Hungría, siguió los ejércitos de Bayaceto, de Tamerlán y del príncipe Zegra, recorriendo la Tartaria y los confines de la Siberia.

El Oriente no era, por tanto, desconocido en Europa, y los escritos de los viajeros mencionados prueban que en todo tiempo existió un gran tráfico comercial entre los árabes musulmanes y los pueblos del Asia.

de oro de Katay, en tanto que la obsesión de las maravillas del Oriente reproducía en América los mitos clásicos y tomaban forma imperecedera los fantasmas errantes que enloquecieron la epopeya de la conquista.

CAPITULO II

LA FABULA DE LOS GIGANTES Y DE LOS PIGMEOS

Nel tempo ch'era nuovo il mondo ancora.

LUDOVICO ARIOSTO.

SUMARIO: *Los gigantes en la mitología y en la Edad Media. Antes del descubrimiento de América se pensaba hallar en las tierras incógnitas "hombres monstruos". La isla de los gigantes en las narraciones medievales y en los mapas anteriores y posteriores al descubrimiento de América. Américo Vespucio y sus escritos. Las relaciones de Pedro Martir de Angleria. Los gigantes de la Patagonia. La capitulación de Lucas Vázquez de Aillón. Los gigantes del Perú, del Amazonas, de Méjico y del Yucatán. Los monstruos de pies al revés y de pies de avestruz. Los enanos del Amazonas. Los pigmeos del Chaco y los del mapa catalán de 1375. Los Comechingones y los Caaiguás. Los "peces cantores". Invasiones prehistóricas de supuestos gigantes venidos de Oceanía. Expediciones de los indios peruanos a las islas del Pacífico. Los huesos de animales prehistóricos. Formación de la leyenda de los gigantes y elementos constitutivos. Resumen y comentario del Capítulo II.*

La vieja fábula de los gigantes, tan antigua como la Biblia, la Teogonía de Hesiodo y los mitos romanos (1), per-

(1) El Deuteronomio, el Libro de los Números y el Libro de Josué, hablan de los gigantes que los israelitas debían exterminar. El Génesis nos refiere el nacimiento de los gigantes de la unión de los hijos de Dios con las hijas de los hombres. En el libro de los Reyes hallamos al gigante Goliath, que tenía seis codos y un palmo. El fabuloso Og, rey de Basan, alcanzaba nueve codos de alto. (Cf. E. Garnier, "Enanos y gigantes".) Henrion publicó en 1718 una especie de escala cronológica, según la cual, Adán debía tener más de cuarenta metros, y así descendía hasta Alejandro el Grande, al cual le atribuía

dura durante la Edad Media en los mapas y narraciones maravillosas de viajes a lejanos países (2) y se reproduce en América con los albores del descubrimiento.

Era creencia general que las tierras que se iba a descubrir estarían habitadas por seres extraños y deformes. "En estas islas, hasta aquí no he hallado hombres monstruosos como muchos pensaban...", escribía Colón a los Reyes Católicos, desde Lisboa, al regresar del primer viaje, en marzo de 1493.

seis pies. Hesiodo, en el preludio de la Teogonía, describe las Musas cantando primero el nacimiento de los Dioses y luego el de los hombres y de los gigantes. Según Hesiodo, Gea dió a luz las Erinias, los gigantes y las ninfas Melias, impregnada por las gotas de sangre que cayeron sobre ella al ser mutilado Urano por su hijo Kronos. Apolodoro hace la historia de la lucha de los gigantes contra los Dioses ayudados por Hércules. No hay que confundir a los Titanes, gigantes hijos de Urano y Gea, con los Cíclopes, precipitados por Kronos en el Tártaro y puestos en libertad por Zeus. Los Cíclopes dieron el Trueno y el Rayo a Zeus para que venciera a los Titanes y los encerrara en una caverna debajo del Tártaro. Los Titanes son Dioses, y los Gigantes, mortales. Ambos hijos del Cielo y de la Tierra. Para Calimaco, los galos eran los últimos descendientes de los Titanes. Numerosas son las obras de arte, como el friso de Pérgamo, que representan la *gigantomaquia* de Apolodoro cantada por Píndaro. Las más antiguas representaciones de los gigantes se remontan al siglo VI antes de Cristo y se hallan en los vasos griegos. (Consúltense: Mayer, "Die Giganten und die Titanen in der Antiken Sage und Kunst"; Preller Rober, "Griechische Mythologie"; W. Mannhardt, "Antique Wald und Feldkulte"; Stais, "De variis gigantum formis in fabula et arte graecorum"; Spindler, "Der Gigantenmythus in seiner alter Ueberlieferung"; B. Stark, "Gigante machie auf antiken Reliefs und der Tempel des Jupiter Tonans in Rom"; Kopp, "De gigantomachiae in poeseos artis monumentis usu"; L. R. Farnel, "The cults of the Greek States".

(2) En el Mapamundi Catalán trazado en Mallorca en 1375 para el Rey Carlos V de Francia, y que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, figura al Sud Este de Asia la "illa Tropobana... (Ceilán), derrera de Orient. En alguns munes de aquesta illa ha homens de gran formaço es de XII coldes axi com a gigants..."

La isla Tropobana se halla también en varios otros mapas, como por ejemplo en el de Behaim.

A mediados del siglo XV, el inglés Juan de Mandeville, entre los hechos sorprendentes que refería haber visto durante su supuesta permanencia al servicio del Gran Kan de Catay, mencionaba tierras de pigmeos e islas de gigantes.

Los primitivos mapas americanos inscribían la "isla de los Gigantes" (3); Américo Vespucio (4) divulgaba en Europa la leyenda de su existencia (5), y el primer historiador del Nuevo Mundo, Pedro Mártir de Angleria, refería hechos sorprendentes que sobre la estatura de los indios le confiaban los conquistadores que volvían de los países descubiertos (6).

(3) El mapa de Cantino, hecho en Lisboa antes de 1502, trae una "Ilha do gigante". El mapa de Juan de la Cosa, del 1500, igualmente figura otra "y. de gigantes". En la primera mitad del siglo XVI volvemos a hallar una isla de "Gigant y Canibales" en el globo terrestre conservado en Franfort sur le Mein (núms. 15 y 16 provisorios de "Les monuments de la Geographie...", por Jomard).

(4) Vespucio murió en Sevilla el 22 de febrero de 1512 (Juan Bautista Muñoz, Prólogo a la "Historia del Nuevo Mundo"). El 6 de agosto de 1508 le fué entregado el título de Piloto mayor "con extensas facultades" (Fernández de Navarrete, "Colección de los viajes...", t. III, pág. 129), y no comprendemos cómo Paul Groussac pudo olvidarse de ello, así como de lo dicho por Herrera en la Dec. I, lib. VI, cap. XVIII, y escribir en los "Anales de la Biblioteca", de Buenos Aires (t. VIII, pág. 383, núm. 2) burlándose de J. T. Medina, que Vespucio no fué nunca Piloto mayor.

La más antigua colección de viajes titulada "Mondo Novo e paesi nuovamente ritrovati da Alberico Vespuzio Florentino...", se publicó en Vicenza en 1507 (Camus, "Memoria sobre las colecciones de viajes de Bry y de Thevenot", 1802). Otras ediciones de esta obra se hicieron en Milán en 1508 y 1519 (la primera en latín y la segunda en italiano), y en París en 1516, habiendo sido traducida también al alemán. La edición de las dos primeras navegaciones, traducida del italiano al francés y de este idioma al latín, e impresa por Juan Gruniger en Estrasburgo, en 1509 (Navarrete da la traducción castellana de las "Quatour Americi Vesputii Navigationes" en el t. III de su "Colección"), únicamente fué conocida por Barcia ("Biblioteca Oriental y Occidental"), siendo ignorada por Camus (ob. cit.), Bandini ("Vita e lettere d'Americo Vespucci...", Firenze, 1745) y Canovai ("Viaggi d'Americo Vespucci...", Firenze, 1817). También fué impresa en Rotterdam, en 1616, el "Novus orbis id est, Navigationes primae in Americam", que contiene las relaciones de Vespucio (Navarrete, loc. cit.).

(5) Vespucio habló de la isla de los Gigantes en la segunda navegación. Esta isla, según la relación del primer viaje de Hojeda, al sentir de Navarrete, debe ser la de Curazao.

(6) En la Dec. VII, lib. III, cap. II del "Orbe Novo", Pedro Mártir nos habla del rey gigante Datha, de la provincia de Duhare. A Mártir le refirieron que sólo el rey y la reina alcanzaban una estatura superior porque mientras eran niños, "los maestros de esa arte" les untaban los miembros "con medicamentos de ciertas hierbas", y así

Entretanto, Sebastián de Elcano llegaba a Sevilla el 8 de septiembre de 1522 (7) y en seguida se esparcía la relación de los gigantes que todos los compañeros de Magallanes habían visto en la Bahía de San Julián (8). Los Doctores del

podían estirarlos a voluntad. Según el Deán de la Concepción, con el cual Pedro Mártir discurría seriamente estos prodigios, "eso no se hace torturando los huesos, sino comiendo cierto embutido de muchísima substancia, que se saca majando varias hierbas a propósito, en particular cuando comienzan a crecer (los que lo comen), el cual tiempo la naturaleza propende al crecimiento, y las comidas se convierten en carne y huesos".

Respecto a Pedro Mártir de Angleria puede consultarse "Del risorgimento d'Italia negli studj, nelle arti e ne'costume dopo il mille", por Bettinelli, Bassano, 1775.

(7) "Lunedì agli otto settembre (de 1522) gettammo l'ancora presso il molo di Siviglia e sparammo tutte l'artiglieria" ("Primo viaggio intorno al globo terraqueo", por el Caballero Antonio Pagafetta, edición de Carlos Amoretti, Milán, 1800).

(8) Los cinco buques de Magallanes invernarón en la bahía de San Julián durante cinco meses del año 1520. En aquel tiempo, según Pigafetta, se tuvo conocimiento de los Gigantes. En el Río de la Plata, casi un siglo después, Ruy Díaz de Guzmán refería de este modo los detalles del encuentro de la gente de Magallanes con los gigantes patagones: "...reconocido el Río de la Plata fueron costeanado lo que dista para el estrecho hasta 50 grados, donde saltando siete arcabuceros a tierra, hallaron unos gigantes de monstruosa magnitud, y trayendo consigo tres de ellos, los llevaron a las naos, de donde se les huyeron los dos. Y metiendo el uno en la capitana, fué bien tratado de Magallanes, asentando con algunas cosas, aunque con rostro triste: tuvo temor de verse en un espejo. Y por ver las fuerzas que tenía, le hicieron tomase a cuestras una pipa de agua, el cual se la llevó como si fuera una botija perulera. Y queriendo huírse, cargaron de él ocho o diez soldados, y tuvieron bien que hacer para atarlo; de lo cual se disgustó tanto que no quiso comer y de puro coraje murió. Tenía de altura trece pies y algunos dicen quince."

Reservamos para nuestro estudio "Los gigantes de la Patagonia" todo lo relativo a este tema. Aquí sólo recordamos que Sarmiento de Gamboa dijo haber visto gigantes en la "isla de la Gente", próxima a la Bahía de San Simón, y en la Ensenada de la "Gente Grande". En 1587, Cavendish vió huellas humanas impresas en la arena, de 18 pulgadas de largo. En 1598, Van Noort y De Weert vieron, separadamente, hombres de diez a doce pies de altura en las proximidades del Estrecho de Magallanes. Spilbergen, en 1614; Narborough, en 1670; Freizer, en 1714, y Shervock, en 1719, volvieron a ver gigantes, pero que no excedían de nueve a diez pies. Byron (1764), Wallis y Carte-

Consejo de Indias, ante la multitud de los informes, no dudaban de los gigantes y de las maravillas del Nuevo Mundo, y en la capitulación con Lucas Vázquez de Aillón para proseguir el descubrimiento principiado con buques suyos y de otros por los 35° a 37° Norte Sud de la Isla Española, y buscar un Estrecho (9), le recordaban que "asimismo tenéis relación que la mayor parte de la dicha tierra está señoreada de un hombre de estatura de gigante, e que hay en ella perlas e otras cosas con que contratan e que Nos seríamos muy servidos de que la dicha tierra se descubra e se sepa el secreto della..."

La fábula de los gigantes perduró largo tiempo en América. En la conquista del Perú se creía que se debía luchar contra gigantes (10), y como corroborando esta ilusión, Fray Pedro Simón (11) escribe en el capítulo III de la Primera Noticia, que "hállanse gigantes en las Provincias del Perú. Hanse hallado también sepulcros y huesos de gigantes"; y nos refiere la historieta de un gigantón que mataron los españoles; pero que al ir poco después a buscar su cadáver, vieron que se lo habían llevado otros gigantes. A mediados del siglo XVII, el P. Christóbal de Acuña (12) todavía daba cré-

ret (1766) y Bougainville (1767), también hablan de gigantes que no pasaban de seis pies y algunas pulgadas. Posteriormente, la estatura de los patagones fué reduciéndose a las proporciones normales.

(9) Real Cédula expedida el 12 de junio de 1523 y publicada por Navarrete en el t. III, pág. 153 de su "Colección..."

(10) "...por cartas del adelantado don Diego de Almagro se ha sabido que está poblado ciento y sesenta leguas adelante del Cuzco... adonde se detendrá aguardando tiempo y socorro... para pasar un brazo de mar que tiene por delante, y dicen que de la otra banda están los gigantes, gente muy crecidas y en mucha cantidad y que tienen muchas más armas y ánimo y pulicia en su república..." (Carta del Licenciado Gaspar de Espinosa, del 25 de febrero de 1536. Arch. de Ind. 2-2-2-15. Publicada por Medina en su "Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile", t. IV, pág. 341.)

(11) Las "Noticias historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales", de Fr. Pedro Simón, se publicaron en Cuenca en 1626. El autor comenzó a escribirlas en 1623 con materiales copiados durante largos años.

(12) "Nuevo descubrimiento del Gran Río de las Amazonas", año 1641.

dito a la existencia de gigantes (13) y de pigmeos (14), que debían hallarse ocultos en lo profundo del Amazonas, así como de los Mutayus, "gente que todos ellos tienen los pies al revés, de suerte que quien no conociendo los quisiese seguir sus huellas, caminaría siempre al contrario que ellos" (15).

La creencia en pigmeos, monstruos y seres con pies deformes, subsistió largamente en las regiones del Plata. Caboto tuvo noticia de unos indios "que de la rodilla abajo tienen los pies de abestruz y también dixerón de otras jeneraciones extrañas a nuestra natura, lo qual por parecer cosa de fabula no lo escribo..." (16). En Córdoba había los Comechigones, que

(13) "...los Curiguerés, que según las informaciones de los que los auían visto, y que se ofrecían a lleuarnos a su tierra, son Gigantes de diez y seis palmos de altura, muy valientes, andan desnudos, traen grandes patenas de oro en las orejas y narizes, y para llegar a sus pueblos son necesarios dos meses continuos de camino desde la boca del Cuchiguará." (Núm. LXIII. Río de los Gigantes.)

(14) "Dizen que cercanos a su habitación, a la vanda del Sur en Tierra firme, viuen, entre otras, dos naciones, la una de enanos, tan chicos como criaturas muy tiernas, que se llaman Guaycazír..." (Número LXX. Noticias que dieron los Tupinambás.)

(15) Idem.

(16) "Carta de Luis Ramírez", reproducida por Eduardo Madero, "Historia del Puerto de Buenos Aires", Apéndice 8; por Medina, "Sebastián Caboto", y otros autores.

Nos inclinamos a suponer, con Madero, que los indios de que habla Luis Ramírez, debían ser los que a cada muerte de un hijo o pariente se cortaban un dedo hasta quedarse, a veces, sin ninguno. Se les conoció con el nombre de Cullus, y de ellos dice el P. Pedro Lozano en su "Descripción chorográfica... del Gran Chaco" (cap. XI): "...los Mataguayos, que dieron esta relación. Cullus, que explicaban en la lengua quichoa con el nombre Suripchaquin, que es en nuestro castellano lo mismo que pies de avestruz..." El P. José Guevara ("Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán") no admitía la existencia de los Cullus, pero entretanto decía que son "hombres en la substancia, pero en la apariencia y figura imitan las propiedades de animales. En la cabeza tienen cuernos no muy prolongados, pero tales que sobresalen del cabello y se distinguen a competente distancia. Las piernas sin pantorrillas, por la parte posterior rematan en figura de talón humano, y por la anterior en dedos largos abiertos desde el empeine y gruesos algo más que los del avestruz. Son tan ligeros en la carrera que exceden la del caballo, y tan diestros en seguir la caza,

vivían bajo tierra (17), y en el Chaco se hablaba de ciertos enanos que nadie había visto (18); pero que figuraban en los mapas de fines de la Edad Media (19). Entretanto, en el Paraguay, la vida miserable de unos pobres indios siempre escondidos en la selva, daba origen a los fantásticos Caaiguás. "Su nombre en guaraní quiere decir gente silvestre", escribía el P. Guevara (20) convencido que de su existencia "no se puede negar", y proseguía: "Hombres con narices de monos; gibados que miran a la tierra como si para ella sola y sus bienes perecederos hubiesen nacido: El Cuello corto y tan ceñido que no sobresale del hombro... Viven en los montes y persiguen los monos, saltando de rama en rama y de árbol en

que con dificultad se les escapa animal que siguen para cogerlo". Habitaban "al Norte del Chaco, hacia el Pilcomayo".

(17) Ruy Díaz de Guzmán los menciona varias veces en "La Argentina", explicando "que viven bajo de tierra y que llaman Comechingones, y son los de las cuevas, que hoy día están repartidos a la ciudad de Córdoba". El Deán Funes negaba la existencia de cuevas en la provincia de Córdoba, a lo cual contestaba De Angelis en una nota a "La Argentina", publicada en su "Colección de documentos y obras...", que "es precisamente lo que más abunda en su sierra". También consignaba que "es probable que los últimos descendientes de estos antiguos moradores de la provincia de Córdoba, sean los que forman en el día las poblaciones de Soto y Pueblito".

(18) Una carta del P. Nicolás del Techo, escrita en Miraflores en 1757, hizo suponer que en el Chaco existiesen pigmeos. "En ella dice —comenta el P. Guevara— que los Chiriguano sacaron un pigmeo muy chico; no quisieron decir en qué parte del Chaco habitaban; pero añaden que sólo de noche salen a buscar que comer, temiendo que si de día desamparan sus cuevas, serán acometidos de los pájaros grandes. Después de toda esta autoridad, dudo mucho de la existencia de los pigmeos. El Chaco está muy trasegado de los españoles y misioneros jesuitas... y era natural que en tantas entradas algún pigmeo se hubiese descubierto..."

(19) En el Mapamundi Catalán de 1375 se ve en el Asia Oriental unos pigmeos que luchan contra unos pajarracos, y junto a ellos esta inscripción: "Aci hexen homens pochs que non han sinon 5 palms de long... e valantament se defenden de les grues e les prenen e les manjen."

¿Qué fe puede prestarse a la supuesta revelación de los indios del Chaco inventada por el P. Techo?

(20) "Hist. del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán", lib. I, parte I.

árbol con extraña ligereza y agilidad admirable" (21).

Sólo como curiosidad recordamos los "peces cantores", que en los primeros años del descubrimiento de América, Pedro Mártir creyó que encantasen a los navegantes. He aquí sus palabras: "A Arias le dijo Gil González, y lo confirmaron sus compañeros, que a unas cien leguas de la colonia de Panamá encontraron una anchura de mar de color negro, en donde andaban peces del tamaño de los delfines, que cantaban con armonía, como cuentan de las sirenas, y que adormecen del mismo modo... Cada uno crea lo que le acomode: yo pienso que la Naturaleza puede hacer cosas grandes."

Estudiando las tradiciones indígenas, vemos que los pueblos americanos conservaban el recuerdo de una invasión de gigantes llegados por el Pacífico a las costas occidentales (22).

(21) También se ocupan de los Caaiguás el P. Techo (lib. IX, cap. XXIV), Charlevoix (lib. VIII) y Lozano ("Hist. de la Conquista...", tomo I), a quien copia en parte el P. Guevara. Azara ("Descripción del Paraguay", t. I) los llama Coaiguas y los supone "guaranis nómadas, habitantes entre el Paraná y Uruguay, sobre las misiones que doctrina la Compañía de Jesús". Aguirre ("Diario de la Demarcación" publicado en los "Anales de la Biblioteca" de Buenos Aires), refiriéndose a los Caaiguas, pero sin mencionarlos por su nombre, escribe: "Hoy mismo se dice en el Paraguay que hay una generación de indios monteses, pequeños de cuerpo, que viven saltando de unos árboles a otros, sin bajar de ellos. Sólo falta que digan andan Casales y tienen co'a con que agarrarse, como los monos, para que los tengamos por entes raros de su especie o se acabe de demostrar la mentira." Mucha verdad había respecto a los pobres Caaiguas, raza de indios degenerados. He aquí la explicación de todo: el Provincial del Paraguay, P. Francisco Vázquez Trujillo, en la Relación dirigida al general de la Compañía y fechada en Itapuá, el 30 de octubre de 1629, le dice que en la reducción del Acaraí (alto Paraná) vió unos indios que "llaman Caiguaras. Son de una nación que anda siempre por los montes, que parecen unos corderitos Siempre andan mirando al suelo; y el P. Juan de Porras, que tiene a su cargo esta reducción, con su buena traça los ha sacado del monte..."

(22) En el Perú y en el Ecuador es donde mayormente se conservaba una tradición de gigantes llegados en balsas de cañas y madera seca. Pedro Gutiérrez de Santa Clara, Montesinos y Garcilaso, nos hablan de ellos. Transcribimos el testimonio de Cieza de León ("Crónica del Perú", cap. LII) "...cuentan los naturales por relación que oyeron de sus padres, la cual ellos tuvieron y tenían de muy atrás, que vinieron por la mar en unas balsas de juncos a manera de gran-

El verdadero fondo de estas leyendas es la reminiscencia de antiquísimas invasiones polinésicas (23).

Sin necesidad de abordar el campo de las relaciones prehistóricas entre Oceanía y América (24), citaremos los testimonios de Cavello Balboa, según el cual, los indios de Chile recordaban una invasión de Nayres, piratas venidos de las Indias Orientales, y de Gutiérrez de Santa Clara, el cual habla de dos negros oceánicos, que vivían en el pueblo peruano de Quareta y habían llegado allí "en balsas de hacia el Po-

des barcas unos hombres tan grandes que tenía tanto uno de ellos de la rodilla abajo como un hombre de los comunes en todo el cuerpo...". Cavaron unos pozos en la peña viva y "vivieron en grande aborrecimiento de los naturales; porque por usar con sus mujeres las mataban, y a ellos hacían lo mismo por otras causas". Comían enormemente, y por causa del "pecado nefando de la sodomía", Dios los exterminó por medio de "un ángel resplandeciente" y una lluvia de fuego. En el Titicaca habíanse visto en tiempos remotos hombres barbados, a los cuales los indios atribuían la construcción del edificio de Vinaque. (Cap. CV.)

(23) Cf. Paul Rivet. "Relaciones comerciales precolombianas entre Oceanía y América", conferencia pronunciada en la Junta de Historia y Numismática Americana. No es de extrañar que los indios americanos viesen como seres sobrenaturales los invasores oceánicos y diesen al relato de su permanencia los visos de un mito religioso. Aparte de los siglos transcurridos, durante los cuales la tradición pudo tomar formas fantásticas, sábase que es propio de la psicología indígena—como de todos los pueblos que viven en estado primitivo—ribetear los sucesos para ellos inexplicables con agregados maravillosos, que a veces tornan hasta irreconocible el hecho originario. Véase, por ejemplo, cómo los indios de la Florida dieron noticias a Alvar Núñez de unos cristianos que acababan de pasar por sus tierras: "En este tiempo, Castillo vió al cuello de un indio una evilleta de talabarte de espada, y en ella cosido un clavo de herrar; tomósela y preguntámosle qué cosa era aquella, y dijéronnos que habían venido del cielo. Preguntámosle mas que quién la había traído de allá, y respondieron que unos hombres que traían barbas como nosotros, que habían venido del cielo y llegado a aquel río, y que traían caballos y lanzas y espadas, y que habían alanceado dos de ellos; y lo más disimuladamente que podimos les preguntamos qué se habían hecho aquellos hombres, y respondiéronnos que se habían ido a la mar, y que metieron las lanzas por debajo del agua, y que ellos se habían también metido por debajo, y que después los vieron ir por cima hacia puesta del Sol." ("Naufragios", cap. XXXII).

(24) Además de la conferencia citada de Paul Rivet y de las pro-

niente por esta mar del Sur, que hoy día se llama la Nueva Gumea" (25).

nunciadas por el mismo en la facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires con los títulos "El origen del hombre Americano" e "Inmigraciones oceánicas hacia América", aconsejamos la lectura de "La esfinge Indiana", por J. Imbelloni, quien investiga eruditamente la influencia oceánica en la población y cultura americanas.

(25) Paul Rivet corrobora la tradición del arribo de hombres venidos del Oeste, con documentos históricos que prueban el conocimiento que los indígenas americanos tenían de las lejanas regiones occidentales. Pedro Cieza de León refiere que "los moradores de los valles que están entre los arenales confinantes a la mar Austral "tenían noticia muy grande" de "islas pobladas de gentes ricas y abastadas de muchos metales de oro y plata y bien proveídas de arboledas fructíferas..." y que en Acari "se vido un gran pedazo de estas canoas o piraguas" con que aquellas gentes venían "a la tierra firme a sus contrataciones trayendo gran cantidad de oro..." En el cap. LXXXVI vuelve a escribir que "algunos indios y cristianos dicen que por el paraje de Hacari, bien adentro en la mar, hay unas islas grandes y ricas, de las cuáles publica la fama que se traía mucha suma de oro para contratar con los naturales de la costa. En el año de 1550 salí yo del Perú, y habían los señores del Audiencia real encargado al capitán Gómez de Solís el descubrimiento destas islas. Créese que serán ricas, si las hay". Jiménez de la Espada publicó una carta de Gómez de Solís al emperador, fechada el 16 de agosto de 1550, en la cual dice: "Muchos días ha que por más servir a V. M. me incliné a ir a descubrir a mi costa ciertas islas de que se tiene noticia hay en este mar del Sur." Las "Relaciones de las islas que llaman de Salomón", dadas a luz por Jiménez de la Espada, contienen el interrogatorio de un indio llamado Chepo, según el cual los indios navegaban durante dos meses desde Arica e Ilo hasta una isla desierta llamada Coatu, y que de allí, rumbo a la derecha, llegaban a la isla Quen, muy poblada, de donde alcanzaban, en diez días, otra isla llamada Acabana. En 1594, Alonso de Fuentes escribía al Rey, desde Lima, sus proyectos de descubrir las "islas situadas desde altura de doce a treinta grados para el Sur, llamadas la Fontasia y Fontauria, islas de las mujeres y las islas de Monchilco", que el virrey D. García Hurtado de Mendoza había concedido en 1572 a Roldán Dávila (la carta de Fuentes fué publicada por Jiménez de la Espada). En 1732 volvemos a hallar la tradición de las islas Fontasias en el poema de Pedro de Peralta Barnuevo, "Lima fundada". También cita Rivet la fabulosa expedición de Tupac Inca Yupanqui en balsas sobre el Pacífico; expedición que, según los cronistas Cavello de Balboa y Sarmiento de Gamboa, duró más de un año y tiene todas las apariencias indudables de la realidad, pues fué en busca de unas lejanas islas del Pacífico conocidas en el Perú por los informes de mercaderes. La relación de Gamboa, además, há-

En el fondo del Chaco, al Oeste de los Xarayes, los indios dieron a Hernando de Ribera, en 1543, exacta noticia y descripción de la civilización incaica, de las Virgenes del Sol y Casas de Escogidas, que los españoles llamaron Amazonas, "y que adelante de las poblaciones que están pasados los pueblos de las mujeres, hay otras muy grandes poblaciones de gentes, los cuales son negros y a lo que señalaron, tienen barbas como aguleñas, a manera de moros. Fueron preguntados cómo sabían que eran negros. Dijeron que porque los habían visto sus padres y se lo decían otras generaciones comarcanas a la dicha tierra, y que eran gentes que andaban vestidos, y las casas y pueblos las tienen de piedra y tierra, y son muy grandes, y que es gente que poseen mucho metal blanco y amarillo..." (26).

Otro elemento importantísimo en la formación de la fábula de los gigantes, es el hallazgo de huesos de animales prehistóricos, confundidos, invariablemente, con restos humanos por el desconocimiento absoluto de la ciencia paleontológica (27); de manera que, sintetizando, vemos que el mito de

llase confirmada por la aprobación de cuarenta y dos indios del Cuzco, descendientes de los Incas, reunidos expresamente el 29 de febrero de 1572 para analizar dicho relato por orden del virrey don Francisco de Toledo.

(26) "Relación", de Hernando de Ribera, fecha en la Asunción el 3 de marzo de 1545. Hállase al final de los "Comentarios" de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Fué reproducida por Charlevoix en los Apéndices a su "Historia del Paraguay", y por Manuel Domínguez en "El alma de la raza", pág. 102.

(27) Constantemente se ha verificado que todas las tradiciones de gigantes han tenido origen en lugares abundantes en restos paleontológicos (terrenos terciarios y cuaternarios), lo mismo en Grecia, en Sicilia, al pie del Etna, morada de los Cíclopes y en América. En la punta de Santa Elena, situada en la costa del Perú, en Lima y en México, focos de la leyenda de los gigantes, abundaban huesos enormes (Cieza de León, cap. LII). Lo mismo en el Yucatán. Restos paleontológicos eran los huesos que Cortés envió a España, los que encontró Diego de Ordás (Pedro Mártir, Dec. V, lib. IX, cap. IV), y los que menciona el P. Tomás Falkner en su "Descripción de la Patagonia". Refiere que tres o cuatro leguas antes de entrar en el Paraná halláanse muchos "huesos de un tamaño extraordinario, que parecen humanos; algunos son mayores que otros y con proporción a personas diferen-

los gigantes americanos nació de tres influencias distintas, que son:

Primera. La influencia de las leyendas clásicas y medioevales. En el Nuevo Mundo debía hallarse todo lo extraordinario que habían referido los viajeros antiguos.

Segunda. Las tradiciones indígenas de la llegada a las costas del Pacífico de hombres providenciales, comerciantes e invasores venidos de la Oceanía.

Tercera. El descubrimiento de huesos de gran tamaño pertenecientes a animales prehistóricos y confundidos con restos humanos (28).

La mezcla de estas tres influencias constituyó el mito de los gigantes americanos, mito harto explicable si no olvidamos que todo cuanto hay de divino y de maravilloso hállase formado por hechos sencillos, oscurecidos por los siglos y mal entendidos por los hombres.

Resumen y Comentario del Capítulo II

Con el descubrimiento de América divulgóse en el Nuevo Mundo la clásica fábula de los Gigantes y de los Pigmeos.

El mito de los Gigantes corrió desde el Golfo de Méjico hasta los extremos de Patagonia, siendo originado, según los lugares, por la influencia de los relatos de la Edad Media, la tradición de remotas invasiones oceánicas y el hallazgo de huesos de animales prehistóricos, que parecían confirmar de un modo indudable lo dicho por las viejas narraciones. También contribuyó a formar la fábula, la estatura exageradamente

tes en edad...". Es conocida la propiedad que se atribuía a la tierra de Luján y de Tarija, de acrecentar los huesos de los cadáveres.

(28) En la Patagonia no influyó la tradición de las emigraciones transoceánicas. La leyenda fué formada por la elevada estatura que en realidad tenían los indios y por los huesos prehistóricos, que hacían suponer seres excepcionales. En las costas del Perú se complementaron la reminiscencia de las remotas invasiones y los restos paleontológicos. En el golfo de Méjico obró principalmente la obsesión de ver en las tierras descubiertas lo relatado por los viajeros medioevales. Influyeron también los depósitos paleontológicos.

elevada de algunos indígenas, cuando no la fantasía calenturienta de los conquistadores.

La creencia en pigmeos y seres deformes tiene su origen en razas de indios miserables, perfectamente identificados, algunos de los cuales practicaban el rito de amputarse los dedos según iban muriendo los miembros de su familia.

CAPITULO III

EL MITO DE LOS CARIBES

E per l'inferno il nome tuo si spande.

DANTE.

SUMARIO: *Los calibes de la historia clásica y su discutida antropofagia. Origen del mito de los Caribes antillanos. La fábula de la "Covada" y de las deformaciones craneanas en América. El Diario de viaje de Colón y los Canibales, o "gente del Gran Kan". La isla de antropófagos de los mapas medievales y de los posteriores al descubrimiento de América. Los nombres de los indígenas antillanos hacen evocar la existencia de los antiguos Calibes. Disquisiciones sobre el nombre Cari. Los hipotéticos Caras de Brasseur de Bourbourg. Los indios llamados Caribes y su repugnancia por la carne. Resumen y comentario del capítulo III.*

La existencia histórica de los antiguos Calibes sojuzgados por Creso (1) pasa a América con las naves de Colón y renace como mito en el mar de las Antillas.

(1) Los supuestos Caribes americanos han sido estudiados por Juan Ignacio de Armas, "La fábula de los Caribes", La Habana, 1884. No diferimos, en tesis general, de las conclusiones alcanzadas por este autor y sólo ampliamos la investigación de puntos dudosos.

Herodoto es quien nos dice que los Calibes, entre otras naciones asiáticas, fueron sojuzgados por Creso. Durante la retirada de los Diez Mil, Jenofonte, en el "Anabasis", refiere que atravesó el país de los Calibes. También los sitúa en la Armenia, y habla de ellos como de gente numerosa y guerrera. Plinio hace una distinción entre los Calibes y Armenocalibes. Pomponio Mela y otros geógrafos mencionan Amiso y Sinope, patria de Diógenes, como ciudades de los Calibes. Según Estrabón, los Alibes citados por Homero en la Iliada son los mismos Calibes. El grupo más importante de los Calibes asiáticos hallábase comprendido entre el promontorio de Jasón, al Oeste; el Ther-

La pretensión de interpretar las cosas americanas con los textos de los autores clásicos, por la seguridad que se tenía en los primeros años del descubrimiento de hallarse en Asia, es el origen, entre otros mitos, de este de los Caribes antillanos (2).

Colón fué el creador de la falsa existencia de los Caribes

modonte, al Este; el Ponto Euxino, al Norte, y el Asia, al Sur. Virgilio, en sus "Georgicas", asegura que los Calibes fueron los primeros en extraer hierro de la tierra, y según Justino, había en España otros Calibes que trabajaban las minas. Es de suponer, por tanto, que el nombre Calibe, que en griego significa hierro, fuese común a los pueblos conocedores de la industria de este metal.

La antropofagia de los Calibes asiáticos parece ser igualmente una confusión histórica. Próximos a los Calibes habitaban los Escitas, que, según Estrabon, Solino, Pomponio Mela y otros geógrafos, eran antropófagos. Solino, hablando de los Calibes, dice que son crueles y que mucho se asemejan a los Escitas. De ello, según Bartolomé de las Casas ("Apologética Histórica", cap. 205), puede deducirse que los Calibes fuesen tan antropófagos como los Escitas. Faltan, como se ve, las pruebas directas de la antropofagia de los Calibes asiáticos.

(2) Hasta los dioses americanos eran comparados con los de los paganos. Véase la "Historia general de las cosas de Nueva España", por Fr. Bernardino de Sahagún, lib. I, cap. VII. De la diosa Chicomeatl, o sea otra Ceres; cap. VIII, De la diosa Centeotl, o sea otra Cibeles; cap. XI, De la diosa Chalchiuthliene, o sea otra Juno; cap. XII, De la diosa Tlaculcutli o sea otra Venus carnal; cap. XIII, De los dioses menores Xiuhhtecutli, o sea Vulcano, etc. No nos ocupamos en esta obra de las religiones de la América precolombiana, de sus difusas analogías con las orientales y de las yuxtaposiciones cristianas, pues tal vez pronto le dediquemos un largo estudio histórico crítico.

Es curioso notar cómo se trasplantaron al Nuevo Mundo las costumbres atribuidas a antiguos pueblos del Asia y de Europa. Hipócrates y Galeno hablaron de un pueblo asiático que se deformaba el cráneo artificialmente, y esta noticia la repiten Las Casas, Oviedo, Gomara y Garcilaso, no de las regiones que ellos conocían, sino de otras donde nunca habían estado. Después de un análisis de estas tradiciones, Juan Ignacio de Armas llega a la conclusión de que tales deformaciones eran científica y prácticamente imposibles, y que "la variedad craneana observada en las Lucayas, Santo Domingo, Cumaná, la Florida, Quito y el Perú, está uniformemente descrita como semejante a los cráneos de la raza mongólica". Con la "covada", que Estrabón atribuye a algunos pueblos bárbaros ocurrió lo mismo que con otros mitos americanos; Las Casas se la aplica a los antillanos, y los etnógrafos modernos se entretienen en disertar sobre la universalidad de una costumbre primitiva que probablemente jamás ha existido.

en el Nuevo Mundo. Su fantasía y el convencimiento de haber llegado realmente a las costas de Cipango y de Catay hacíanle imaginar, ver y creer hechos que sólo existían en su cerebro lleno de extrañas visiones. Un rápido examen del Diario de su primer viaje nos probará que los Caribes americanos surgieron de la mente de Colón, sin más realidad que la de una idea preconcebida.

"23 de noviembre.—Decían que era muy grande (la isla de Bohío o Santo Domingo) y que había en ella gente que tenía un ojo en la frente (3) y otros que se llamaban *canibales*, a quien mostraban tener gran miedo. Y desque vieron que llevaba este camino, *diz que no podían hablar porque los comían*, y que son gente muy armada. El almirante... creía que habían capturado algunos y que porque no volvían a sus tierras dirían que los comían..."

"12 de diciembre.—Porque todas estas islas viven con gran miedo de los de *Caniba*, y así tornó a decir como otras veces dije, dice él que *Caniba no es otra cosa sino la gente del Gran Can*, que debe de ser aquí muy vecino, y terná navios y vernán a captivarlos, y como no vuelven creen que se los han comido."

"13 de diciembre.—El indio que llevaban los cristianos corrió tras de ellos diciendo que no hobiesen miedo, que los cristianos no eran de *Caniba*, más antes eran del cielo."

"26 de diciembre.—El almirante *le dijo por señas* que los Reyes de Castilla mandarían destruir a los *caribes*, y que a todos se les mandarían traer las manos atadas..."

"13 de enero.—Juzgó el almirante que debían de ser *los caribes que comen a los hombres*... (4). Dice más el almirante—

(3) Los monstruos con un solo ojo en la frente o en el pecho, abundan en los mapas medievales, comenzando desde el siglo IX. En "Les monuments de la Geographie", de Jomard, pueden verse numerosos ejemplos.

(4) En una llamada anota el P. Las Casas en este lugar: "No eran Caribes, ni los hubo en la Española jamás". La seguridad de Colón respecto a *los Caribes que comen a los hombres* recién se forma en esta fecha y no lo abandonará en ningún momento. Anteriormente nótase alguna vacilación respecto a la antropofagia de los Cari-

te, que en las islas pasadas estaban con gran temor de *Carib*, y en algunas le llamaban *Cariba*, pero en la española *Carib*; y que deben de ser gente arriscada, pues andan por todas estas islas y *comen la gente que pueden haber...*"

Entretanto, la isla de antropófagos que en las lejanas costas de Asia situaban los mapas anteriores al descubrimiento del Nuevo Mundo (5) no aparecía ni en San Salvador, ni en Santo Domingo, ni en Puerto Rico. Los Caribes no existían, pero la fábula de su existencia pronto se reprodujo en otros lugares de América (6).

bes y de los *canibales*, que a su juicio debían ser la gente del Gran Kan; comprende que, "como no vuelven, creen que se los han comido"; pero al último termina por convencerse "que *debían* ser de los Caribes que comen a los hombres".

(5) La isla Trapobana, según el mapa catalán de 1375, estaba habitada por gigantes "e molt negres" que "mangen los homens blanchs estranys, sils poder aver". En el mismo mapa, al Sur de los Dominios de Gog y Magog, perdidos al fondo del Asia, hay "aquí molts diverses generacions de gens quino dupten a manjar tota carn crua aques es la generation ab que vendrá Antichrist". Colón identificó las islas Masculina y Femenina del mapa de Behaim (véase el capítulo dedicado a las Amazonas) como de Carib y Martinino.

(6) Desde el descubrimiento de América, todos los mapas, casi sin excepción durante los siglos XV, XVI y XVII, han inscripto los nombres Caribes y Canibales en distintos lugares del Golfo de Méjico y en otros del continente. En el mapa de la Biblioteca Real de Turin, de 1523, aparece tantas veces en el mar de las Antillas el nombre Caribes, que HARRISSE ("The Discovery of North America") supone que los españoles darían ese nombre a todos los lugares donde hallasen indios guerreros. En el Globo Dorado de la Biblioteca Nacional de París, que aún conserva en las actuales regiones de Norteamérica los nombres de Cathay, Asia Orientalis, etc., se ve el Amazonas con las inscripciones "R. Grande" y "Canibale". SCHÖNER, en su mapa de 1515, sitúa los Canibales al Norte de la América meridional, y años más tarde, en su "Opusculum geographicum", Norimbergae, 1533 (HARRISSE lo describe en la "Biblioteca Americana Vetustissima", núm. 178), en el cap. XX, hablando del golfo de Méjico, dice "deinde uersus ortum Temiscamata, Parias, Dariena, Vrabe, Pariona, Canibales ac alias quam plurimae regiones...".

El Islario general del Mundo, de Alonso de Santa Cruz, terminado en 1541, según Franz R. V. Wieser ("Die Karten von Amerika in den Islario general des Alonso de Santa Cruz", Innsbruck, 1908), y que en opinión de Félix F. Outes ("Notas para el estudio de la Geografía histórica rioplatense") es un derivado del mismo prototipo que sirvió

Llegados a este punto cabe preguntarse si además del renacimiento de la tradición clásica, pudo alguna influencia local contribuir a la formación del mito caribe.

A nuestro juicio, la única influencia capaz de hacer evocar la antigua geografía asiática, fué el nombre de los indígenas antillanos.

En efecto, tenemos en el mar de las Antillas indios de origen netamente *Guarani*, y cuyos nombres son *Galibi*, *Caraibe* y *Carina*. Este último es el que, según las observaciones de Humboldt, los Caribes se daban a sí mismos (7).

Pedro Mártir de Anglería (8) decía que "Carib, en todas las lenguas de aquellos países, es lo mismo que más fuerte que los demás; Caribes, lo mismo, y ninguno de los insulares pronuncia este nombre sin miedo."

Afirma Bachiller y Morales (9) que el afijo *Car*, en el anti-

para construir el planisferio anónimo de Weimar, de 1527, y el de Diego de Ribero, de 1529, comprende en la tabla primera del mar de las Antillas, las islas de los Canibales. El Atlas de Guillaume Le Testu, fechado el 5 de abril de 1555 "en la ville François de Grace", y que se conserva en la Biblioteca del Depósito de la Guerra, de París, inscribe al Oeste del Brasil, comenzando sobre la orilla derecha del Marañón, la leyenda "Partie des Canibales". En 1604, el cosmógrafo toscano Maffeo Neroni de Pesciola, dibujaba un "río de Caribes" entre el "Río Grande de Orellana" y el "Marañón" (sic). Roberto Dudley, duque de Northumbria y conde de Warwick, que anduvo por América entre el 5 de noviembre de 1594, y la fin de marzo del año siguiente, escribiendo un relato para Haklyut, se retiró a Italia, donde redactó en italiano su tratado de navegación titulado "Arcano del Mare" (Florencia, 1661. Hay una edición anterior, de 1646). En el mapa XVI de América, Dudley anota debajo del nombre de Petaguar: "le genti sono Caribe e cattive" (Cf. D'Avezac, "Considerations géographiques sur l'histoire du Brésil"). No podemos estudiar aquí la antropofagia de los pueblos americanos, que no negamos totalmente. Sólo recordamos que se atribuyó a razas que jamás la conocieron, como, por ejemplo, a los pobladores del Plata, de los cuales se dijo que habían asado y comido a Solís.

(7) Humboldt, "Voyage", y Alcide d'Orbigny, "L'homme américain", tomo II. Véase entre los modernos los estudios de Moisés G. Bertoni, "Influencia de la lengua guaraní en toda América y Antillas" y "Comparación entre la lengua caribe y guaraní".

(8) Dec. VIII, lib. IV, cap. I

(9) "Cuba primitiva".

guo idioma antillano, significa *alto, excelente*, en tanto que *Cari*, en la misma lengua, quiere decir *hombre* (10).

Carios llamábanse también los guaraní, que como veremos en otro lugar, llevaron sus migraciones hasta la península de la Florida. Más de mil nombres de pueblos, de tribus, de ciudades y lugares con los afijos *car*, *cal* y *gal*, todos de la época de Colón, logró anotar Brasseur de Bourbourg (11).

El descubrimiento de nombres indígenas en apariencia tan similares al de los *Calibes* de las historias clásicas, y lo lógico que parecía el encontrarse con aquel antiguo pueblo en aquellas regiones que se suponían el Asia, crearon, por medio de la autoridad de Colón, el mito de los antropófagos caribes ame-

(10) Según el vocabulario haitiano-francés puesto por Brasseur de Bourbourg a su edición francesa de la "Relación de las cosas del Yucatán", por Diego Landa, *Cari* es palabra de la lengua llamada Caribe y pertenece al idioma de los primitivos pobladores de las Antillas y al dialecto de los indios de Bouquen y Puerto Rico.

Federico González Suárez, en su "Historia general de la República del Ecuador" (Quito, 1890), demuestra que la palabra *Cari* no se encuentra ni en el quechua ni en el aymara. En el idioma del Cuzco, hombre se dice *runa*, en tanto que en el dialecto del quechua, hablado en Quito, existen las dos voces, *cari* y *runa*, con idéntico significado de hombre, por lo cual González Suárez se pregunta si los *Caras* del Ecuador no serían una remota inmigración de Caribes (debería decir *Carinas*). Confirma esta suposición el hecho de que el término *Cari*, tan usado en Quito, según Tschudi ("Die Kechua Sprache", Diccionario en el tomo III), no pertenece al idioma puro de los quechuas (véase también el "Vocabulario de la lengua aymará", por Bertonio, Leipzig, 1879). En aymará, *Cari* es una interjección que se emplea para pedir. Tal se lee en la "Breve instrucción o Arte para entender la lengua común de los indios según se habla en la provincia de Quito" (anónimo impreso en Lima, en 1753: *Apud* González Suárez, Ob. cit.).

(11) Hay en Brasseur de Bourbourg algunas suposiciones que, aunque muy racionales, la prehistoria moderna no puede admitirlas por falta de pruebas científicas. Tal es su opinión de que los *Caras* llegados al Ecuador podrían pertenecer a un pueblo remotísimo cuyos descendientes, según él, serían los *Carios* de Europa y Asia y los *Caribes* (sic) y *Guaraníes* de América. (Brasseur de Bourbourg, "Popul Vuh, o El Libro Sagrado y los mitos de la antigüedad americana"). Con idéntica desconfianza debemos considerar su afirmación de que entre los numerosos nombres de pueblos, ciudades, etc., americanos, principiantes en *car*, *cal* y *gal*, "encontraréis todos los que los *Carios* habían dejado en Asia".

ricanos, mito que ciegamente aceptaron y repitieron los geógrafos e historiadores, aleccionados por las erróneas relaciones de algunos viajeros amantes de la tradición y de lo fantástico, y que no obstante, no tiene más bases que la fantasía de un visionario y la ignorancia de unos milloneros (12).

Resumen y Comentario del Capítulo III

El mito de los Caribes americanos nació de la identidad de algunos nombres de razas indígenas antillanas, principiantes en *car*, *cal* y *gal*, con el de los remotos antropófagos del Thermodonte.

Colón fué el creador del mito de los Caribes americanos. Para él los indios guerreros de las Antillas no podían ser más que *Canibales*, gente del Gran Kan y *Caribes*, comedores de carne humana.

De acuerdo con las revelaciones de Colón, los primitivos geógrafos de las Indias Occidentales siguieron señalando en sus mapas la isla de antropófagos que ya figuraba en las cartas medievales de las Indias Orientales.

El mito de los Caribes fué llevado a distintos lugares de América, e igualmente se reprodujo, en los primeros años del descubrimiento, la leyenda de la "covada" y de las artificiales deformaciones craneanas que acostumbraban remotos pueblos del Viejo Mundo.

(12) Las Casas nos dice que los primeros conquistadores creían restos de festines los huesos que los indios conservaban, como reliquias, de sus muertos. López de Gomara atestigua que en numerosas islas de las Antillas no había carne, ni los indios la comían, y que en Cuba y en Santo Domingo los indios "se morían en comiendo carne, y por eso los españoles no se la daban, o les daban muy poquito". Fernández de Enciso igualmente asegura que los indios no tienen en las islas "ninguna carne; su comer es pescado, raíces y pan de raíces, y cogollos de hierba, si los llevan a otras partes y los dan carne a comer, muérense si la carne no es muy poca". Washington Irving ("Life of Columbus", lib. XI, cap. III) tampoco admitía la antropofagia de los Caribes; y no hablamos de los banquetes de carne humana que, según los españoles, los indios preparaban con ollas, asadores y cuchillos que nunca habían visto ni poseído.

El testimonio imparcial de los primitivos cronistas de Indias prueba que los indios llamados Caribes eran tan refractarios a la carne, por costumbre secular de no probarla, que si la comían en alguna cantidad se morían.

CAPITULO IV

LA FUENTE DE LA ETERNA JUVENTUD

Insensés! Vous courez après l'instan de vivre
Sans saisir cet instant qui vous fuit sans retour.
Et tuojours malhereux pour être hereux un jour.

CLEMENT, *Sat.* VII.

SUMARIO: *El elixir de larga vida en la antigüedad. La fuente de la juventud en los viajes fabulosos de la Edad Media. Origen del mito de la fuente de la eterna juventud en América. El árbol de la vida y las leyendas del Orinoco. Colón confunde el Orinoco con el río que riega el Paraíso. El árbol de la inmortalidad, el xagua, el palosanto y las maravillosas virtudes que comunicaban a los ríos. La fama de los árboles de la eterna juventud divulgada por los indios Caribes. Migraciones de los Guaraní o Caribes. Los ríos rejuvenecedores. Exploraciones de los Caribes en busca del río que rejuvenece. El río rejuvenecedor transformado en Fons Juventutis por el recuerdo de la leyenda clásica. Los cronistas posteriores a Pedro Mártir de Angleria hablan de un río y de una fuente de la juventud, y por último, solamente de la fuente. Resumen y comentario del capítulo IV.*

Desde los tiempos más remotos, el hallazgo de un elixir que mantuviese en una eterna juventud fué el sueño de los magos y alquimistas. Durante largas generaciones, los emperadores chinos buscaron pacientemente árboles cuyos frutos aseguraban la inmortalidad y elixires de larga vida. La Mitología griega enseñaba que los dioses bebían un néctar que los hacía inmortales, y Homero nos cuenta la historia de la maga Medea, hija de un rey de Cólquide, que con artes hechiceras

rejuveneció a Esón, padre de su esposo Jasón, jefe de los Argonautas (1).

En tiempos medioevales, el mapa catalán de 1375 situaba al Norte de Catayo y al Sur de los dominios de Gog y Magog, al "Rey Allexandri gran e poderoso a qui cuida morir sino que Satanat lengita per la sua mort".

Juan de Mandeville, que, sin pasar de la Palestina, se hizo célebre por un viaje fabuloso a los confines del Asia, describió la fuente de la eterna juventud con un relato que excitó las esperanzas de los cansados viajeros. Dice: "Junto a una selva estaba la ciudad de Polombe, y junto a esta ciudad, una montaña, de la que toma su nombre la ciudad. Al pie de la montaña hay una gran fuente, noble y hermosa; el sabor del agua es dulce y oloroso, como si la formaran diversas maneras de especiería. El agua cambia con las horas del día; es otro su sabor y otro su olor. El que bebe de esa agua en cantidad suficiente, sana de sus enfermedades, ya no se enferma y es siempre joven. Yo, Juan de Mandeville, vi esa fuente y bebí tres veces de esa agua con mis compañeros, y desde que bebí me siento bien, y supongo que así estaré hasta que Dios disponga llevarme de esta vida mortal. Algunos llaman a esta fuente *Fons Juventutis*, pues los que beben de ella son siempre jóvenes" (2).

(1) Entre los medios antiquísimos inventados por los hombres para recuperar la perdida juventud, hallábase también el llamado *gerocomia*, que consistía, como hizo el viejo rey David, en unir a los ancianos bellas mujeres jóvenes.

(2) *Apud* Carlos Pereyra, "Historia de América Española", t. I, página 285.

Juan de Mandeville, cuyo verdadero nombre era Juan de Bourgo-gne, afirmó haber estado al servicio del Gran Kan de Catay, y, anteriormente, treinta y cuatro años con el Soldán de Egipto. En sus relatos campea una exageración candorosa de hechos ya referidos por otros viajeros. Entre sus fábulas y errores hállase la afirmación de que toda la tierra es habitable y que puede ser rodeada enteramente. Tal vez esta proposición fué dicha con la misma seriedad con que habló de la fuente de la juventud, de los gigantes y de los pigmeos. A su muerte, en Lieja, en 1372, se le hicieron notables honores y se conservó los estribos y las espuelas que había usado en sus supuestos viajes. La Relación de sus aventuras, escrita en francés en 1356 y pu-

En América, el mito de la fuente de la eterna juventud nació de la mezcla de tradiciones indígenas con el recuerdo de la leyenda medioeval traído por los conquistadores.

Los eruditos, más tarde, immortalizaron la fabulosa *Fons Juventutis* del Nuevo Mundo.

En la región del Orinoco los indios profesaban veneración a un árbol que ellos llamaban "el árbol de la vida" (3), y que modernamente ha sido identificado con la palmera "moriche" (4). De los frutos de este árbol, contaba una leyenda indígena, había vuelto a nacer el género humano, destruido por un gran diluvio (5).

Se supone que, al llegar Colón, en 1498, al golfo de Paria, la admiración del gran río del Orinoco y el culto que los indígenas profesaban a la palmera moriche, debieron hacerle evocar los versículos bíblicos que hablan del simbólico árbol de la vida y del río que riega el Paraíso (6), convenciéndolo

blicada en Lyon en 1480, pronto fué traducida a numerosos idiomas. Véase Vogels, "Untersuchungen über Mandeville"; Bovenschen, "Untersuchungen über Johann von Mandeville und die Quellen seiner Reisebeschreibung" (en la Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde", Berlin, 1888); Cordier, "Jean de Mandeville"; Roxburgh, "Buke of Mandeville", etc.

(3) *Apud* "El árbol de la vida de la región del Orinoco. La leyenda de Amallvaca en Venezuela", por Jules Humbert, en "Cultura Española", Madrid, 1906, núm. III.

(4) Según los estudios del Dr. Ernest, Director del Museo Nacional de Venezuela, "moriche" es vocablo indio-tupí, corrupción de "muriiti", el cual hallase compuesto de "mbur", alimento, e "iti", árbol elevado, o sea: árbol del alimento o de la vida. El P. Gumilla, en su "Orinoco ilustrado", llama a este árbol "Pan de Vida".

(5) De este diluvio sólo se habían salvado un hombre y una mujer, refugiándose en lo alto de la montaña Tamacú, cerca de las orillas del Asirerú, por consejo de Amallvaca, padre de los tamanocos y conocido como padre de los hombres en todas las naciones caribes. (P. Gilli, "Saggio di storia americana", Roma, 1780-84.) Como nuevos Deucalión y Pyrrha, ellos repoblaron el mundo arrojando por encima de sus cabezas los frutos de la palmera moriche. (Humboldt, "Voyage aux sources de l'Orenoque".) No creemos en estas tradiciones tal como nos son expuestas. Deberíamos hacer de ellas un estudio especial.

(6) "...y en donde el Señor Dios había hecho nacer de la tierra misma toda suerte de árboles hermosos a la vista y de frutos suaves

que realmente había llegado al Paraíso Terrenal (7).

Además de la palmera moriche, había en el Nuevo Mundo otros árboles que comunicaban a las aguas prodigiosas virtudes curativas. Tales eran, entre otros, el "árbol de la inmortalidad" (8), el "palo santo", llamado por los indios guayacan, del cual había "muchos bosques llenos de ellos, así en la Española como en otras islas de aquellos mares; pero en Tierra Firme yo no le he visto ni he oído decir que haya estos árboles (9); y el árbol Xagua, que beneficiaba a los ríos, por lo

al paladar, y también el árbol de la vida en medio del Paraíso... De este lugar de delicias salía un río para regar el Paraíso" (Génesis, II, 9, 10.)

(7) "Y así afirma y sostiene (Colón) que en la cima de aquellos tres montes que hemos dicho vió desde lejos el marino vigía desde la atalaya, está el paraíso terrenal, y que aquel ímpetu de aguas dulces que se esfuerza en salir desde la ensenada y gargantas sobredichas al encuentro del flujo del mar que viene, es de las aguas que se precipitan de las cimas de aquellos montes. Basta ya de estas cosas que me parecen fabulosas." (Pedro Mártir de Angleria, Dec. I, lib. VI, capítulo IV.)

(8) "Del árbol de la inmortalidad" nos habla el P. Bernabé Cobo en su "Historia del Nuevo Mundo" (t. II, pág. 100, cap. XCVI): "Este nombre dan en la Nueva España a un árbol grande que se hacen bordones y vasos al torno en que beber, por la virtud que comunica al agua, que es ésta. En henchendo de agua un vaso de éstos, en menos de una hora se tiñe de azul, la cual agua bebida aprovecha contra la retención de orina; por lo cual, los que padecen este mal, suelen beber en vasos de esta madera; y el mismo efecto de teñir el agua hace una raja de este árbol echada en ella. La madera de este árbol es muy buena para labrar, de un color morado y linda tez, y así es tenuta y contada entre las más preciosas de esta tierra." Sería pueril hablar de las propiedades tánnicas de este "árbol de la inmortalidad". El P. Cobo escribió su obra en 1653, después de permanecer cincuenta y siete años en Indias, y no debía ignorar que los españoles habían aprendido de los indios los secretos curativos de las plantas.

(9) Hernández de Oviedo, "Sumario de la Natural Historia de las Indias", cap. LXXV. "La principal virtud de este madero es sanar el mal de las buas—nos dice Oviedo—, y es cosa tan notoria, no me detengo mucho en ello, salvo que del palo de él toman astillas delgadas, y algunos los hacen limar, y aquellas limaduras cuécenlas en cierta cantidad de agua, y según el peso o parte que echan de este leño a cocer; y desde que ha desmenuado el agua en el cocimiento las dos partes o más, quitanla del fuego y repósase, y bébenla los dolientes ciertos días por las mañanas en ayunas, y guardan mucha dieta, y

cual "también a los que por aquellas partes andamos, a causa de los muchos ríos que se pasan, es muy provechosa la dicha Xagua para las piernas desde las rodillas abajo" (10).

La fama o superstición de estos árboles rejuvenecedores fué divulgada por los indígenas hasta las lejanas costas de la Florida. Siempre hubo una corriente migratoria que de las cuencas amazónicas y costas del mar de las Antillas se expandió hacia el Norte, llevando su idioma y creencias a las islas y tierras del golfo de Méjico (11).

entre día han de beber de otra agua cocida con el dicho guayacán; y sanan sin ninguna duda muchos enfermos de aqueste mal."

(10) Oviedo, "Sumario de la Natural Historia...", cap. LXXVI.

De la fruta del Xagua "sacan agua muy clara, con la cual los indios se lavan las piernas, y a veces toda la persona, cuando sienten las carnes relajadas o flojas, y también por su placer se pintan con esta agua; la cual, demás de ser su propia virtud apretar y restringir, poco a poco se torna tan negro todo lo que la dicha agua ha tocado como un muy fino azabache, o más negro, la cual color no se quita sin que pasen doce o quince días o más..."

(11) El P. Gumilla, en el "Orinoco Ilustrado", cap. VI, decía: "La nación sobresaliente y dominante en Oriente es la nación Caribe, que se extiende por la costa oriental hasta la Cayana, y aun hoy vive mucha gente de ellos en la Trinidad de Barlovento y en las tres islas de Colorados que están junto a la Martinica..." La existencia de los Caribes o Guaranis en las Antillas y Sud de la Florida igualmente fué atestiguada por Hervás ("Catálogo de las Lenguas...", t. I, pág. 389). Varnhagen en su "Historia Geral do Brazil" escribe que los Caribes o Guaranis extendieron sus conquistas hasta la isla de Cuba y Honduras. Pruébalo en las Antillas el nombre *inca* dado como entre los Caribes, a la *farinha*, lo mismo *mandioca*, algo degenerada, y la abundancia de *guas* con que terminan los nombres de las bahías de Cuba y Honduras. No sólo había nombres geográficos idénticos, sino también de plantas y animales. Las variaciones se explican por la influencia de los dialectos menores, que no obstante no borran el mismo origen de numerosas palabras. "Guazzáguara", el grito de guerra de los indígenas, que los españoles hicieron sinónimo de ataque o combate (Pedro Mártir, Dec. III, lib. X, cap. I) era común a los indios que se extendían desde el Golfo de Méjico al Río de la Plata. Rochefort, en su "Histoire naturelle des Antilles" (Amsterdam, 1665) creyó que los Caribes eran originarios del continente septentrional y que descendían de los *Apalachites* de la Florida (pág. 351). Sin embargo, en otros lugares (pág. 374) hizo observar la identidad de sus costumbres y de su lengua con los Caribes de la tierra firme y (pág. 349) anotó que los Caribes se acuerdan de descender de los Galibis de las Guayanas, (Cf. D'Orbigny, "L'homme Americain...", París, 1839.) Bory de Saint

Hemos visto que la palmera moriche, llamada por los indios "el árbol de la vida", hallábase principalmente en las márgenes del Orinoco, y que el "árbol de la inmortalidad", el "palo santo" y el "Xagua" comunicaban sus propiedades a las aguas y ríos que permanecían a su contacto.

No es de extrañar, por tanto, que hubiese, no uno, sino numerosos ríos cuyas aguas encerrasen virtudes al parecer sobrenaturales y su existencia fuese conocida por todos los indios de las Antillas.

En efecto, recordamos aguas maravillosas en la Florida y en la isla Boyuca, así como un pueblo llamado Xagua, a doce leguas de la Trinidad (12), sin pensar en los manantiales que en distintas direcciones habrán señalado los indios, todo lo cual contribuyó a aumentar la confusión e incertidumbre geográfica que reinaba en torno de la decantada fuente.

Vincent también se equivocó al afirmar que los Caraibes y los Galibis vinieron de la Florida. Pedro Mártir de Angleria conviene en la expansión de los caribes desde el continente hacia las grandes y pequeñas Antillas: "Pero hay que decir de dónde viene el origen particular de ellos (de los Caribes) y cuál fué su suelo natal, que abandonándolo se propagaron tanto, cual enfermedad contagiosa. En la primera frente que se entre en el mar, en cuyo trecho dijimos que tomó tierra Hojeda, hacia el ángulo, a nueve millas, está el pueblo de Caribana, llamado Futeracá; a tres millas de él cae el pueblo de Urabá, del cual se cree que tomó nombre todo el golfo, porque en algún tiempo fué cabeza del reino; a seis millas de ese pueblo está Feti, y a nueve millas de Feti, Zerema; a doce millas de él, Sorache. Estos pueblos los encontraron los nuestros llenos de gente que se dedica a la caza de hombres, y si las faltan enemigos con quien guerrear vuelven contra sí mismos su crueldad, y se destruyen o se ponen en fuga. De ahí provino plata grande sobre los miserables habitantes del continente y las islas." (Dec. III, lib. X, cap. II.)

Para ampliar el estudio de las inmigraciones de los Caribes o Guaranis, debe consultarse los escritos de Pero de Magalhães de Gândavo ("Historia de Santa Cruz", Lisboa, 1576). Gabriel de Soares, el P. Joao o Daniel, Humboldt, D'Orbigny, Brasseur de Bourbourg ("Introducción o Comentario al Popul Vuh"); Varnhagen ("Hist. Geral do Brazil" y "Los americanos Tupis-Caribes"), y Ballet ("Los Caribes", en Actas del Congreso de los Americanistas celebrado en Nancy en 1875, t. I).

(12) Alvar Núñez menciona el puerto de Xagua en los capítulos I y II de sus "Naufragios y Relación de la Jornada que hizo a la Florida".

La historia nos relata que los indios de Cuba emigraban en busca de un río cuyas aguas rejuvenecían, y que Juan Ponce de León, después de oír las confidencias de los indígenas, también se decidió a buscar el río de la vida en que, bañándose en él, "los Hombres viejos se volvían moços" (13).

Originariamente, siempre se habló de un río rejuvenecedor, no de una fuente. El mito americano de la fuente de la eterna juventud fué creado por el erudito y latinista Pedro Mártir de Angleria, a quien debían ser familiares los relatos medioevales de la *Fons Juventutis*. "Entre ellas—decía—, a la distancia de trescientas veinticinco leguas de la Española, cuentan que hay una isla, los que la exploraron en lo interior, que se llama Boyuca, alias Ananeo, la cual tiene una fuente tan notable que, bebiendo de su agua, rejuvenecen los viejos. Y no piense Vuestra Beatitud que esto lo dicen de broma o con ligereza; tan for-

(13) El cronista Herrera, que consultó los documentos originales de la expedición de Ponce de León y conocía también los escritos de Pedro Mártir, da cabida en su relato al elemento histórico y al fantástico, representado uno por el río que rejuvenece y el otro por la fuente de la juventud. Dice: "Es cosa cierta, que demás del principal propósito del Juan Ponce de León, para la navegación que hizo... que fué descubrir nuevas Tierras... fué a buscar la Fuente de Bimini, i en la Florida un Río, dando en esto crédito a los Indios de Cuba, i a otros de la Española, que decían que bañándose en él, o en la Fuente, los Hombres viejos se volvían moços: i fué verdad, que muchos Indios de Cuba, teniendo por cierto que había este Río, pasaron, no muchos Años antes que los Castellanos descubriesen aquella Isla, a las Tierras de la Florida, en busca de él, i allí se quedaron, i poblaron un Pueblo, i hasta oi dura aquella generación de los de Cuba. Esta fama de la causa que movió a estos para entrar en la Florida, movió también a todos los Reies, i Caciques de aquellas comarcas, para tomar mui a pechos, el saber que Río podría ser aquel, que tan buena obra hacía, de tornar los viejos en moços; i no quedó Río, ni Arroyo en toda la Florida hasta las Lagunas, i Pantanos, adonde no se bañasen: i hasta oi porfían algunos en buscar este misterio; el qual, vanamente algunos piensan, que es el Río que ahora llaman Jordan, en la punta de Santa Elena, sin considerar que fueron Castellanos los que dieron el nombre el Año de veinte, quando se descubrió la Tierra de Chicora." (Dec. I, lib. IX, cap. XII, año 1512.) Tal vez no estuviesen muy equivocados los que pensaban que aquel río, que antes de su descubrimiento por los españoles ya era conocido por los indios de las Antillas, podía ser el de la juventud.

malmente se han atrevido a extender esto por toda la corte, que todo el pueblo y no pocos de los que la virtud o la fortuna distingue del pueblo, lo tienen por verdad. Pero si Vuestra Santidad me pregunta mi parecer, responderé que yo no concedo tanto poder a la naturaleza madre, de las cosas, y entiendo que Dios se ha reservado esta prerrogativa..." (14).

Desde entonces, los cronistas de Indias, olvidándose del río cuyas aguas rejuvenecían, origen inicial de la seductora leyenda, repitieron la fábula de la *Fons Juventutis*, que tan bien encuadraba con el clásico mito (15).

Así se transmitió, de siglo en siglo, el bello cuento de la fuente encantada; ensueño erudito nacido de la reminiscencia de historias fantásticas y de las relaciones palpitantes que ha-

(14) Dec. II, lib. X, cap. II. En la corte del Rey Católico, a 4 de diciembre de 1514. Pedro Mártir, en el fondo de su escepticismo, creía buenamente en las virtudes ocultas de la fuente de la juventud. En la Dec. VII, lib. II, cap. I, recuerda un "milagro" citado por "el deán", de un tal Andrés Barbudo, hijo de "un hombre muy viejo", que se había rejuvenecido en la fuente de la juventud, yendo a ella "desde su isla natal, como los nuestros van de Roma o de Nápoles a los baños de Puteoli..." Discurre sobre ciertos animales, que a su juicio se rejuvenecen; enumera algunas hierbas curativas y concluye por decir: "Así, pues, yo no me maravillaría de que las aguas de la tan asenderada fuente tuvieran alguna virtud aérea y acuosa, desconocida para nosotros, de templar el entristecimiento aquel restaurando las fuerzas..."

(15) Por ejemplo, López de Gomara ("Hist. General de las Indias...", cap. CIV), quien platica de "La fuente que tornaua moços a los viejos...", y, anteriormente, Fernández de Oviedo (lib. XVI, capítulo XI), según el cual la fama de la fuente de la juventud se divulgó después del descubrimiento de las islas Bimini: "Johan Ponce acordó de armar, e fué con dos caravelas por la banda del norte, e descubrió las islas de Bimini que están de la parte septentrional de la isla Fernandina. Y entonces se divulgó aquella fábula de la fuente que hacía rejuvenecer e tornar mancebos los hombres viejos: esto fué el año de mil e quinientos y doce. E fué esto tan divulgado e certificado por indios de aquellas partes, que anduvieron el capitán Juan Ponce y su gente y caravelas perdidos y con mucho trabajo por más de seis meses por entre aquellas islas, a buscar esta fuente..."

Ponce de León descubrió la Florida el 27 de marzo de 1513.

La noticia dada por una revista norteamericana, según la cual se había identificado la "Fuente de la Juventud" con un manantial situado sobre supuestos yacimientos de radio, es absurda y pueril.

blaban de un río misterioso del Nuevo Mundo, sombreado por árboles de la inmortalidad.

Resumen y Comentario del Capítulo IV

Al arribar los españoles al Nuevo Mundo hallaron que los indios profesaban cierta veneración a unos árboles de extrañas virtudes curativas, llamados "de la vida", "de la inmortalidad", "xagua", "palo santo" o "guayacán" (16).

Estos árboles tenían la propiedad de transmitir sus maravillosas cualidades a los ríos y fuentes que se deslizaban junto a ellos.

De ahí nació la fama, divulgada por los indios, de un río lejano cuyas aguas rejuvenecían a los que se bañaban en ellas (17).

(16) El "guayacán" abunda también en el Continente, y en el Chaco se le conoce con el nombre de palo santo negro. Durante la colonia se creía que podía sanar la tuberculosis. (Véase para las virtudes curativas de algunos vegetales, la obra de Félix Garzón Maceda, "La Medicina en Córdoba".

(17) No debe olvidarse que las primeras noticias que formaron la leyenda de la Fuente de la Juventud, fueron las de un río cuyas aguas rejuvenecían. Se advierte asimismo al leer el relato de Wáshington Irving sobre Ponce de León ("Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón", "Juan Ponce de León, cap. VI). "Aseguráronle que muy lejos, hacia el Norte, había un país abundantísimo en oro y en toda clase de delicias; pero lo más sorprendente que poseía era un río con la singular virtud de rejuvenecer a todo el que se bañaba en sus aguas..." La fuente de Bimini, "que poseía las mismas maravillosas y apreciables cualidades" del río, se hallaba en cierta isla del grupo de la Bahamas.

Cuando Juan Pérez de Ortubia, comisionado por Ponce de León para buscar la isla Bimini, volvió a Puerto Rico después de haberla hallado siguiendo las indicaciones de una vieja que vivía sola en una isla de las Lucayas, "dijo que era grande, fértil y cubierta de magníficos arbolados; que tenía hermosas y cristalinas fuentes y abundantes arroyos que la mantenían en perpetua verdura; pero que no había agua ninguna con la virtud de transformar los entorpecidos miembros de un anciano en los vigorosos de un joven". (Irving, quien se basa en los primitivos cronistas de Indias. Ob. cit., cap. VII.) El río rejuvenecedor, flanqueado por xaguas, palo santo y árboles de la inmortalidad, sin duda habrá existido en aquella isla conforme indicaban los indios, pero no siendo tan milagrosas sus cualidades como suponían los castellanos, Pérez de Ortubia no lo habrá sabido reconocer.

En busca de este río—sobre cuya existencia ellos no se engañaban—partieron muchos indios de la isla de Cuba antes de que llegasen los primeros conquistadores. También el viejo Ponce de León oyó la noticia de un río rejuvenecedor, y se lanzó a su descubrimiento soñando con la clásica *Fons Juventutis* de las narraciones medioevales.

Desde entonces, los eruditos, olvidándose de los ríos que se deslizaban por entre bosquecillos de xaguas, palo santo y árboles de la inmortalidad, hablaron siempre de una fuente imaginaria, tan maravillosa y fantástica como la que había descrito el farsante caballero inglés Juan de Mandeville.

CAPITULO V

LAS SIETE CIUDADES ENCANTADAS

I'non so ben ridir com'io v'entral...

DANTE.

SUMARIO: *La leyenda de la Edad Media de los Siete Obispos huidos de Portugal. La isla de las Siete Ciudades en los mapas anteriores y posteriores al descubrimiento de América. Expediciones marítimas en busca de las Siete Ciudades. El mito mejicano de las Siete Ciudades de Cibola. Primer descubrimiento de Cibola y de las Siete Ciudades, anterior al viaje de Fray Marcos de Niza. El negro Estebanico de Orantes. Probables influencias originarias del mito de las Siete Ciudades de Cibola. La expedición de Fray Marcos de Niza. Muerte de Estebanico. Fin de Fray Marcos. Expediciones a Cibola de Melchor Díaz, Vázquez Coronado y Hernando de Alarcón. La fama de Quivira. Resumen y comentario del capítulo V.*

Cuenta una vieja leyenda portuguesa de la plena Edad Media, "que el tiempo que se perdió España, reinando el Rei Don Rodrigo", siete Obispos portugueses huyeron de la invasión de los árabes, y embarcándose con mucha gente, aportaron a la isla Antilla, "adonde cada uno hizo su pueblo; i porque la Gente no pensase en tornar, pusieron fuego a los Navios..." (1).

(1) Antonio de Herrera, "Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas i Tierra firme del Mar Océano". Dec. I, lib. I, capítulo II.

El mapamundi de Martín de Behaim, hecho en 1492, anota junto a la "Isla Antilla, llamado Septe Ritade" (sic por Siete Ciudades) esta inscripción: "El año 734 después del Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, en que toda la España se sujetó a los Paganos que vinieron

En sus oscuras expediciones, los navegantes medievales soñaban con la misteriosa Antilia y los Siete Obispos que la poblaban. Algunos hacían de la Antilia y de las Siete Ciudades dos islas distintas e igualmente perdidas en la inmensidad tenebrosa del Océano ignoto. Durante largo tiempo los mapas señalaron la Antilia o Isla de las Siete Ciudades, al Occidente del Atlántico (2); los geógrafos creían ciegamente en su existencia (3) y los navegantes sondaban los confines del Océano con la ilusión de arribar, algún día, a las costas olvidadas de *los Siete Obispos* que habían huído de Portugal (4).

de Africa, dicha isla Antilla llamada Septe Ritade, fué habitada por un Arzobispo de Porto en Portugal, y otros seis Obispos, con un número de Christianos, hombres y mujeres, que habían pasado huyendo de España con sus ganados y bienes."

Aún no han sido estudiados, críticamente, los orígenes medievales de la leyenda de las Siete Ciudades. Tal vez algún día le dediquemos una monografía. Entretanto, recordamos que Estrabón situó en las proximidades de los Calibes asiáticos los Heptacómetas, o habitantes de Siete Ciudades. También creemos útil anotar que las islas Canarias son siete (como dice López de Gomara en su "Hist. de las Indias", cap. "Costumbres de los Canarios"): Lanzarote, Fuerteventura, Canaria, Tenerife, Gomera, Palma y Hierro.

(2) El mapa de Gracioso Benincasa, terminado en Ancona en 1463, anota en la isla Antilia estos siete nombres enigmáticos: Anna, Antioul, Ansell, Anseto, Ansolli, Ansoldi, Cori. (Véase Kohl, "Repport upon the United States Geographical Surveys west of the one hundreth meridian", Washington, 1889, vol. I, pág. 498). Tales nombres deben ser los de los siete Obispos. Próximas a la Antilia descúbrese dos grandes islas llamadas Rosellia y Salvaga.

Todo lo relativo a la isla Antilia lo hemos examinado en el primer capítulo de esta obra.

(3) Así el cosmógrafo Pedro de Medina, en su "Grandeza de España", Sevilla, 1549.

(4) Behaim afirma en su mapamundi que "en 1414 el que más se arrimó (a la isla de las Siete Ciudades) fué un navío Español". En 1447 se aseguró que un navío portugués había sido arrastrado a una de las Siete Ciudades (G. Horn, "De Originibus Americanis", 1652). Herrera (loc. cit.) refiere esta bella leyenda: "que en tiempo del Infante D. Enrique de Portugal, con tormenta, corrió un navío que había salido de Portugal, i no paró hasta dar en ella (la isla de las Siete Ciudades), i los de la Isla llevaron a la Gente del Navío a la Iglesia, por ver si eran Christianos, i hacían las ceremonias Romanas; i visto que lo eran, les rogaron que estuviesen allí, hasta que viniese el Señor; pero que los Marineros, temiendo que les quemasen el Na-

Realizado el descubrimiento de América, en tanto que algunos suponían haber llegado a la India y otros a la Atlántida o a las Hespérides, la leyenda de los Siete Obispos refugiados en una tierra desconocida, se mantuvo latente hasta mediados del siglo XVI. La Antilia, perdida en el Océano, figuraba en los mapamundis de Ruysch, de 1508, y de Schöner, de 1523, y aun en tiempos de Enrique II de Francia, la isla de "Sete citades... poboada de jointe de por gall", aparece en un mapa pintado por orden de este Rey (5).

En el año 1539, se divulgó enormemente en la Nueva España la fama de Siete Ciudades misteriosas que había visto un fraile franciscano llamado Fray Marcos de Niza (6).

vio, i los detuviesen, se bolvieron a Portugal mui alegres, confiando de recibir mercedes del Infante, el qual los maltrató por haverse venido sin más razón, i los mandó bolver; pero que el Maese i los marineros no lo osaron hacer i salidos de el Reino, nunca más bolvieron." En el cap. III, "Que continúa las causas que movieron al Almirante para creer que havia Nuevas Tierras" (Dec. I, lib. I). Herrera agrega que, "Dicen más, que los Grumetes del Navío Portugués cogieron cierta Tierra o Arena para su fogón i hallaron que mucha parte de ella era oro." Recordamos también que, según los informes de Pedro de Ayala, Ministro Español en Londres, los habitantes de Bristol habían enviado hasta cuatro carabelas anuales, desde 1491 a 1498, en busca de las islas del Brasil y de las Siete Ciudades.

(5) Véase "Les monuments de la Geographie..." por Jomard.

(6) La leyenda de las Siete Ciudades de Cibola o del Nuevo Méjico, al igual que todos los mitos de la conquista americana, ha sido objeto de un olvido e indeferencia injustificados. El mito de las Siete Ciudades se confundió constantemente con las relaciones de las ricas Cibola y Quivira. Bernal Díaz del Castillo ignora hasta la cronología de las primeras expediciones: "...y después de ciertos meses que hubo llegado (Vázquez Coronado) a las siete ciudades, pareció ser que un fraile franciscano que se decía fray Marcos de Niça había ido antes a descubrir aquellas tierras, o fué en aquel viaje con el mismo Francisco Vázquez Coronado, que esto no lo sé bien..." López de Gomara equivoca el año de la expedición, suponiendo que fué en el de 1538 en vez del 1539; y el cacareado Carlos F. Lummis ("Los exploradores españoles del siglo XVI") afirma que Fray Marcos "fué el primero en explorar las tierras desconocidas de que Cabeza de Vaca había oído a los indios cosas estupendas que él no había visto, como las siete ciudades de Cibola llenas de oro". Esto es completamente falso. Los "Naufragios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Relación de la Jornada que hizo a la Florida con el Adelantado Pánfilo de Nar-

En realidad, según Jerónimo de Mendieta, Fray Marcos no hizo más que confirmar lo que otro fraile ya había descubierto (7); y estudiando la expedición del mismo Fray Marcos, vemos que las primeras noticias de las Siete Ciudades nacieron de la fantasía del negro Estebanico (8). Sin pretender, con estos detalles, amenguar la "gloria" del incansable Fray Marcos, entramos directamente en el análisis de la génesis del mito.

Hallamos tres influencias originarias, capaces de dar principio, aisladas o conjuntas, a la leyenda americana de las Siete Ciudades de Cibola.

La primera es la antigua tradición de los Siete Obispos

váez", no mencionan ni una sola vez las Siete Ciudades de Cibola, no hablan de países maravillosos ni confirman su existencia.

(7) Fray Jerónimo de Mendieta, en su "Historia Eclesiástica Indiana" (cap. XI), refiere que en el año de 1538 el Provincial Fray Antonio de Ciudad Rodrigo envió tres frailes en unos navíos del Marqués del Valle a descubrir por la mar del Sur, y que en el mismo año "envió a otros frailes por tierra y por la misma costa del mar del Sur la vuelta hacia el Norte por Jalisco y la Nueva Galicia". Sólo uno de estos dos frailes logró andar "más de doscientas leguas, y cuasi en todo este camino tuvo noticia de una tierra muy poblada de gente vestida, y que tiene casas de terrado, y no sólo de un alto, sino de muchos sobrados... Y que de aquellos pueblos traían muchas turquesas... En demanda de esta tierra habían ya salido muchas y gruesas armadas por mar y ejércitos por la tierra, y de todas la encubrió Dios y quiso que un pobre fraile descalzo la descubriese primero que otros..." Luego Mendieta atestigua cómo Fray Marcos, "por certificarse de lo que aquel fraile había publicado, quiso ponerse a todo trabajo tomando la delantera, antes que otros se determinasen, y fué con la mayor brevedad que pudo. Y hallando verdadera la relación y señales que había dado el fraile por las comarcas donde había llegado, dió la vuelta a México y confirmó lo que el otro había dicho". En el cap. XLV repite que Fray Marcos "con el cargo de provincial partió en demanda de la tierra nueva de Cibola, de que tuvo noticia por relación de otro religioso". Es de advertir que Mendieta fué contemporáneo de Fray Marcos y lo conoció personalmente.

(8) Este Estebanico de Orantes había sido compañero de Alvar Núñez en sus pintorescas aventuras por la Florida, y de él se dice al final de los "Naufragios": "El cuarto se llama Estebanico; es negro alárabe, natural de Azamor." Había sido uno de los cuatro, con Alvar Núñez, Alonso del Castillo Maldonado y Andrés Dorantes, "que nuestro Señor fué servido de escapar de estos trabajos".

huidos de Portugal, y cuyas ciudades—según las creencias de entonces—muy bien podían hallarse ocultas al fondo de aquellas regiones incógnitas, que día a día revelaban sorpresas cada vez más grandes e inesperadas.

Los cartógrafos no dudaron de su existencia hasta mediados del siglo XVI, y en el alma de los conquistadores punzaba la esperanza de descubrir algún día aquellos siete pueblos perdidos.

La segunda es el mito religioso de los indios mejicanos, el *Chicomoztot*, o siete cuevas, de donde habían traído su origen las siete tribus de los Nahuas (9). La relación de estas siete cuevas misteriosas pudo ser confundida con siete ciudades o evocar la leyenda de las siete ciudades medioevales.

La tercera es la que tal vez se haya originado de las mismas declaraciones de los indígenas y del aspecto fantástico que en la lejanía presentaban las casas construidas en las rocas. Las primeras relaciones de la tierra de Cibola nos hablan de casas de hasta cuatro y cinco sobrados o altillos sobrepuestos (10), y lo lógico es que tanto Estebanico como Fray Marcos creyeran poblaciones maravillosas las aldeas que divisaban a la distancia y de las cuales los indios les contaban detalles asaz vulgares, pero que a los oídos del negro y del fraile debían parecer indicio seguro de cosas extraordinarias. En cuanto al número siete, no es de extrañar que en realidad

(9) Cf. Carlos Pereyra, "Historia de América Española", t. III, "Méjico".

(10) Refiere Jerónimo de Mendieta que el primer fraile que anduvo por tierras de Cibola, "Cuasi en todo este camino tuvo noticia de una tierra muy poblada de gente vestida, y que tienen casas de terrado, y no sólo con un alto, sino de muchos sobrados..." Más adelante veremos el testimonio de Fray Marcos. López de Gomara igualmente decía: "Es Sibola de hasta doscientas casas de tierra y madera tosca; altas cuatro y cinco sobrados, y las puertas como escotillones de mao. Suben a ellas con escaleras de palo que quitan de noche y en tiempo de guerra." Vázquez Coronado también halló en "la primera población de Cibola, adonde mataron a Estevanico... cinco Pueblos de adoscientos Vecinos, con Casas de Açoteas, i Piedra, i Lodo". (Herrera, Dec. VI, lib. IX, cap. XI.)

existieran siete aldeas principales, como en efecto se comprobó al conquistar la tierra de Cibola (11).

Ahora, refiramos sintéticamente la expedición de Fray Marcos:

"Con el aiuda de Dios Nuestro Señor, i de la Virgen su Madre, i de el Seráfico San Francisco, Fr. Marcos de Niça partió de la Villa de San Miguel de Culiaçan, a siete de Março de este año (1539) llevando a su compañero Fr. Honorato, i a Estevanico con los referidos Indios domésticos, i ladinos, i los de Petarlan, al qual pueblo se encaminó, llevando todos gran contento i alegría..." (12). En Petalán, Fray Marcos dejó enfermo a Fray Onorato y siguió "por donde me guió el Espíritu Santo sin merescello yo". Pasó un despoblado de cuatro días, y al cabo de otros cuatro llegó a una población llamada Vacapá, "que está quarenta Leguas de la Mar". En ella se detuvo hasta la Pascua de Resurrección, enviando entretanto a Estebanico y a otros mensajeros a explorar en dis-

(11) Después de la expedición de Vázquez Coronado, se vió que "estando Cibola el rostro al Nordeste, un poco menos, a cinco jornadas está una Provincia que llaman Tuccuyan, que tiene Siete Pueblos de Açoteas más abundantes que estos otros... i estas debieron de ser las Siete Ciudades, que entendió el P. Fr. Marcos de Niça". (Herrera, Dec. VI, lib. IX, cap. XI.)

(12) Antonio de Herrera, Dec. VI, lib. VII, cap. VII. La fecha indicada por Herrera es la que se halla en la misma "Relación" de Fray Marcos (copiada en la "Colección" Muñoz existente en la Real Academia de la Historia, de Madrid, t. LXXXI, y publicada en la "Colección" de Torres de Mendoza, t. III, pág. 325). Dicha "Relación" lleva como fecha el 2 de septiembre de 1539 y comienza diciendo que partió de la villa de San Miguel, de la provincia de Culucan, el viernes 7 de marzo de 1539. En los lugares citados de las Colecciones de Muñoz y Torres de Mendoza, hallanse también la "Instrucción de Don Antonio de Mendoza, Visorey de Nueva España", dada a Fray Marcos para el camino, acompañamiento, etc., y las "Certificaciones" del Ministro Provincial Fray Antonio de Cibdad Rodrigo, el cual atestigua que Fray Marcos "fué aprobado y habido por idoneo y suficiente para hacer esta jornada y descubrimiento, así por la suficiencia arriba dicha de su persona, como por ser docto, no solamente en la teología, pero aun en la cosmografía, en el arte de la mar, y etc." Aquí extractamos principalmente la "Relación" escrita por Fray Marcos, sin perder de vista lo referido por Herrera, quien sigue punto por punto la dicha "Relación".

tintas direcciones. Cuatro días después de haber partido Estebanico, llegó un indio enviado por él, el cual "me dixo tantas grandezas de la tierra, que dexé de creellas para después de habellas visto o de tener más certificación de la cosa". Decía el indio "que en esta primer provincia hay siete ciudades muy grandes, todas debajo de un señor, y de casas de piedra y de cal, grandes; las más pequeñas, de un sobrado y una azutea encima, y otras de dos y de tres sobrados, y la del señor, de cuatro, juntas todas por su orden; y en las portadas de las casas principales muchas labores de piedras turquesas, de las cuales, dijo, que hay en abundancia".

Despedidos los mensajeros que había enviado al mar, Fray Marcos se puso en camino siguiendo la derrota de Estebanico. A los tres días otros mensajeros de Estebanico vinieron a confirmarle la grandeza de la tierra de Cibola, que era la primera de las Siete Ciudades. Aquellos indios traían "todos turquesas colgadas de las orejas y las narices, finas y buenas, y dicen que dellas están hechas labores en las puertas principales de Cibola". También se enteró Fray Marcos que, pasadas las Siete Ciudades, había tres reinos llamados Marata, Acús y Totonteac. Más adelante "halló una cruz grande, que Estevanico había dexado en señal de que crecía la nueva de la buena Tierra" (13). Pasado un gran despoblado, dice Fray Marcos que allí "había tanta noticia de Cibola, como en la Nueva España de México y en el Perú del Cuzco". La gente de aquellos lugares hablaba de Cibola y de las Siete Ciudades con la más grande naturalidad, sin referir en sustancia nada de maravilloso: que había casas de piedra y cal y que la gente vestía de paño. La principal de las ciudades parecía ser Ahacus, aunque Cibola debía tener también cierta importancia comercial, pues "todo dicen que viene de la cibdad de Cibola, de la cual tienen tanta noticia, como yo de lo que traigo entre manos..."

De esta manera Fray Marcos prosiguió el viaje, informándose de las guerras y costumbres de los habitantes de las

(13) Herrera, Dec. VI, lib. VII, cap. VII.

Siete Ciudades, en tanto que Estebanico, siempre a la vanguardia, le enviaba mensajeros repitiéndole "que desde que caminaba solo, nunca havia tomado a los Indios en mentira, por lo cual se les podía creer lo que decían de las grandes Tierras que havia, i así afirmó el Padre, que en ciento i doce Leguas que havia caminado, desde el Lugar adonde tuvo la primera nueva de Cibola, siempre halló puntualmente quanto le decían" (14).

Cierto día los indios trajeron a Fray Marcos la triste nueva de que los habitantes de la ciudad de Cibola habían muerto a Estebanico. Sin desesperar, Fray Marcos siguió adelante su camino hasta llegar a vista de la deseada ciudad. "Está asentada en un llano, a la falda de un cerro redondo—nos dice en su "Relación"—. Tiene muy hermoso parecer de pueblo, el mejor que en todas partes yo he visto; son las casas por la manera que los indios me dixeron, todas de piedra con sus sobrados y azuteas, a lo que me pareció desde un cerro donde me puse a vella. La población es mayor que la cibdad de México... Diciendo yo a los principales que tenía conmigo, cuan bien me parecía Cibola, me dixeron que era la menor de las siete ciudades, y que Totonteac es mucho mayor y mejor que todas las siete ciudades y que es de tantas casas y gente, que no tiene cabo. Vista la disposición de la ciudad, parecióme llamar aquella tierra el nuevo reino de San Francisco... la cual posesión dixe que tomaba allí de todas las siete ciudades y de los reinos de Totonteac y de Acús y de Marata, y que no pasaba a ellos, por volver a dar razón de lo hecho y visto. Y así me volví con harto más temor que comida..."

Ya de retorno y lejos de Cibola, dejando tras de sí dos despoblados, vuelve a repetir que "solamente vi, desde la boca de la obra, siete poblaciones razonables, algo lexos, un valle abaxo muy fresco y de muy buena tierra, de donde salían muchos humos; tuve razón que hay en ella mucho oro y que lo tratan los naturales della en vasijas y joyas, para las ore-

jas y paletillas con que se raen y quitan el sudor..." Ni un recuerdo para el pobre Estebanico, que nunca más había de volver de las Siete Ciudades encantadas, y Fray Marcos termina su relación: "solamente digo lo que vi y me digeron, por las tierras donde anduve y de las que tuve razón..." (15).

Divulgada la existencia de las Siete Ciudades de Cibola, la fantasía de los conquistadores tejió sueños de oro en torno de las torres imaginarias. El Virrey don Antonio de Mendoza comisionó al capitán Francisco Vázquez Coronado para la conquista de Totonteac, Acús y Marata. Este envió por delante a Melchor Díaz (16) y se lanzó a la conquista de Cibola empleando unos dos años en explorar aquellas frías regiones hasta los límites de Dakota y Nebraska.

Las Siete Ciudades fueron vistas y su espejismo disipado. "Las riquezas de su reino es no tener que comer ni que vestir, durando la nieve siete meses" (17). Los matadores de Estebanico fueron castigados (18) y Fray Marcos—que también

(15) Fray Jerónimo de Mendieta, en su "Historia Eclesiástica Indiana", nos da algunos interesantes detalles de la vida de Fray Marcos. Nos dice que era natural de la ciudad de Niza, en el Ducado de Savoya, y que "partió para esta nueva España en el año de mil e quinientos y treinta y uno. Antes de llegar acá se quedó en la isla Española, de donde se partió para el Perú, que era recién conquistado". De allí volvió "a la Nueva España, a esta Provincia del Santo Evangelio, adonde por sus letras, religión y buenas partes, fué elegido en tercero ministro provincial, después que acabó su oficio el santo varón Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo". (Cap. XIV.) Las dos expediciones a Cibola fueron causa de su muerte. "De los grandes fríos que pasó, lo hallé yo cuando vine de España, morador en Jalapa, gafo o tollido de pies y manos, y sintiendo que se le llegaba la hora de la donde, por enterrarse con los santos viejos, se hizo traer a México, donde acabó la peregrinación de esta vida." (Cap. XLII.)

(16) Partió el 17 de noviembre de 1539 y el 20 de marzo de 1540 envió noticias que atenuaban lo relatado por Fray Marcos, pero que no negaban la existencia de las Siete Ciudades.

(17) López de Gomara, "Hist. de las Indias". Véase también la "Relación" del viaje a Cibola por Pedro Castañeda de Nájera, los "Apuntes para la historia de la geografía en Méjico", por Manuel Orozco y Berra, y la "Hist. de América Española", t. I, por Carlos Pereyra.

(18) Hernando de Alarcón "llegó a una tierra, adonde obedecían a un solo Señor: el Intérprete... porque vió un Perro, que llevaba Alarcón, dixo que el Señor de Cibola tenía otro tal, que le huvo en

formaba parte de aquella expedición—dijose que huyó a Méjico para salvarse del enojo de los soldados.

Así se desvaneció el encanto de aquellas Siete Ciudades misteriosas que la imaginación de los conquistadores suponía tan ricas como las de Méjico y las del Perú (19).

Resumen y comentario del capítulo V.

En el segundo cuarto del siglo XVI, cuando aún perduraban los últimos rezagos de la leyenda medioeval de la isla de las Siete Ciudades, en la que se habían refugiado Siete Obispos con sus pueblos huídos de Portugal a principios del siglo VIII, ante los ejércitos moriscos invasores de la Península Ibérica, se divulgó en Méjico la fama de Siete Ciudades mis-

Hombre Negro que el dicho Señor (según había oído) hizo matar, i aquí se le despidió el Intérprete". Más adelante, un indio "dixo haber visto muchos Hombres que se llamaban Christianos, con barbas, i que llevaban ciertos animales grandes, i otros pequeños negros, i Armas de fuego, como las que le mostraron; i con estas i otras señales, que le dieron, diciendo que aquellos havian castigado al Señor de Cibola porque havia muerto a un Hombre Negro, conocieron que eran el Ejército de Juan Vázquez Coronado". (Herrera, Dec. VI, lib. IX, capítulo XV. Año 1540.)

(19) Comprobada la miseria de Cibola, "dieron los soldados muy pocas gracias a los frayles que louauan aquella tierra de Sibola, y por no volver a México sin hacer algo, ni las manos vazias", se fueron los de Francisco Vázquez de Coronado a Tiguer y de allí a Quivira, "donde dezian que estaua un rey dicho por nombre Tatarat, barbudo, cano y rico, que ceñia un bracamarte, que rezaua en horas, que adoraua una cruz de oro y una ymagen de muger señora del cielo. Mucho alegró y sostiuo esta nueua al ejército: aunque algunos la tuuieron por falsa y echadiza de frayles... Llegaron en fin a Quiuira y hallaron al Tatarat que buscauan, hombre ya cano, desnudo y con una joya de cobre al cuello que era toda su riqueza. Vista por los españoles la burla de tan famosa riqueza, se boluieron a Tiguer sin ver cruz ni rastro de christiandad, y de allí a México en fin de março del año de quarenta y dos". (López de Gomara, "Hist. de las Indias".)

Cibola, Quivira, el lago Parime y los Omaguas, como veremos en próximos capítulos, no fueron mitos en realidad, sino exageraciones que circulaban sobre la riqueza de tierras aún no conquistadas. Su fama no pasó de falsos rumores y una habillla sobre sus probables riquezas. No tuvieron historia ni llegaron a constituir un mito digno de estudio y análisis. La celebridad de Cibola débese únicamente al nombre de sus fantásticas ciudades.

teriosas que, según las declaraciones de algunos frailes catequistas, se hallaban en una lejana tierra llamada Cibola, que la imaginación de los conquistadores suponía tan rica como los Imperios de Méjico y del Perú.

A raíz de la relación del P. Fray Marcos de Niza, que acompañado del negro Estebanico de Orantes, antiguo compañero de Aivar Núñez, había declarado haber visto las Siete Ciudades en la región que después se llamó del Nuevo Méjico, se preparó la ruidosa expedición de Francisco Vázquez de Coronado, que precedida por la gente de Melchor Díaz, recorrió las tierras de Cibola deshaciendo el encanto de las Siete Ciudades, que no pasaban de siete aldeas indígenas construídas en la roca.

En el mito de las Siete Ciudades de Cibola puede hallarse tres elementos generadores, que son: La tradición, aún viva, de las Siete Ciudades de la leyenda medioeval; la creencia religiosa de los indios en siete cuevas de donde habían salido las siete tribus de los Nahuas, y la existencia real de siete aldeas en la región desconocida de Cibola, que se creía contener grandes riquezas.

Tales influencias igualmente pueden haber contribuído a la formación del mito americano de las Siete Ciudades. Sin embargo, lo más probable es que los primeros exploradores, y especialmente el fraile que según Jerónimo de Mendieta precedió a Fray Marcos en su expedición, oyesen hablar de siete pueblos o ciudades, que en efecto después se hallaron, y que por la forma fantástica de las viviendas indígenas, de varios pisos construídos en la piedra, las supusiesen ciudades populosas y maravillosas.

CAPITULO VI

LAS AMAZONAS, VIRGENES DEL SOL

O voi, ch'avete gl'intelletti sani,
Mirate la dottrina che s'asconde
Sotto il velame degli versi stranni.

DANTE.

SUMARIO: *Las Amazonas en la antigüedad y en la Edad Media. Las islas Masculina y Femenina en los mapas medievales. Colón y las Amazonas de las leyendas clásicas. La fábula de las Amazonas americanas divulgada en Europa. Las Amazonas que suponían hallar los compañeros de Magallanes. Las indias guerreras denominadas Amazonas. Descubrimiento y nombres del Río Marañón. Las Amazonas americanas según el P. Carvajal, Herrera, Juan de Castellanos, Oviedo, Juan de San Martín y Alonso de Lebríja, Hernando de Ribera, Schmidel, Agustín de Zárate, López de Velasco y Cristóbal de Acuña. Juicio de López de Gomara. La noticia de las Amazonas en el Paraguay. Supervivencia de la leyenda de las Amazonas a través de los escritos de Ruy Díaz de Guzmán, Cabello de Balboa, Simón Pérez de Torres, Acuña, La Condamine, Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Documentos originales y documentos fabulosos. Impropiiedad de las soluciones racionalistas de la leyenda de las Amazonas. Reminiscencias de la fábula clásica. Las Amazonas eran el reflejo, hecho leyenda, de las Vírgenes del Sol, de las Mujeres Escogidas, de las costumbres y organización social del Perú. Análisis crítico de la relación del P. Carvajal y de otros documentos. Culto al Sol de los indios del Marañón. Los tributos que pagaban las tribus ribereñas a los factores del Inca. Referencia a los templos y casas de escogidas. Viajes y migraciones de los indios del Marañón hacia los confines peruanos. Castidad de las Amazonas y de las Vírgenes del Sol. Su número. Los casamientos en común que anualmente se realizaba en todas las poblaciones quéchuas. Expediciones conquistadoras que descendían desde los dominios de las mujeres solas. Influencia de la leyenda clásica. Los tributos de niños y niñas para los sacrificios y casas de recogimiento y de escogidas. Las Mamaco-*

mas o mujeres principales de las Amazonas. Las Coniapuyaras. Riqueza de las Amazonas o Virgenes del Sol. Sus casas y templos. Los animales que hay en sus tierras. Ordenes que regian la vida de las Amazonas y de las Virgenes del Sol. Las supuestas mentiras de los indios. Resumen y comentario del capitulo VI.

Entre todos los mitos de la conquista americana, no hay ninguno tan confuso, tan deformado e insondable como el mito de las Amazonas; ninguno más desdeñado, por incomprendido, ni más olvidado, por imposible. Y, sin embargo, es el más auténtico y el más luminoso, no por lo que su nombre evocaba—mero ensueño de conquistadores—, sino por lo que su espejismo representaba (1).

El simbólico mito de las Amazonas, que en los tiempos clásicos fué materia de poetas, artistas y mitógrafos (2), per-

(1) Es de extrañar que entre tantos historiadores que se han dedicado al estudio del descubrimiento, conquista y exploración del río de las Amazonas, ninguno haya sido capaz de comprender la verdadera representación del pretendido mito. Ello se debe, únicamente, a la falta de originalidad y crítica en las investigaciones, y al temor de apartarse de la senda trillada, repitiendo siempre, *ne varietur*, los mismos juicios y los mismos resultados.

(2) Las Amazonas, del griego *a*, privación, y *mazos*, teta, eran originarias del Cáucaso y habitaban las márgenes del Termodonte, cerca de Trebisonda, en el Asia Menor. Herodoto fué el primero en hablar de ellas. Sus senos eran simbolo de las nubes que riegan la tierra, como se comprueba con el culto a Artemisa, nodriza de la Naturaleza, que ellas establecieron. También parecen representar una forma femenina de los Centauros. En Megara, en Queronea y en Tesalia se conservaban las tumbas de las Amazonas muertas por Teseo y los atenienses. En la guerra de Troya defendieron a Priamo hasta que Aquiles mató a la reina Pentiselea. En Africa, otras Amazonas subyugaron a los Atlantes, numidas, etíopes y gorgones; fundaron una ciudad a orillas del lago Triton, y fueron exterminadas por Hércules.

El mito de las Amazonas aparece esculpido en el friso del templo de Apolo Epicurios, en Basa, en el mausoleo de Halicarnaso y en el *cxvoto* ofrecido por Atala a los atenienses. Panainos lo pintó en la barrera que circunda el trono de Zeus, en Olimpia, y Micón en la Stoa Poikila de Atenas y en el Theseyon. Polycleto, Fidias, Cresilas, Fradmon y Kydon, presentaron estatuas de Amazonas en un concurso organizado en Efeso en el siglo V, a. de C., con objeto de escoger una Amazona para el Artemision de la ciudad. Ninguna de las Amazonas que se conserva en la Galería Pio Clementina, de Roma, ni en el Louvré, ni en otros museos europeos, muestra la falta del seno derecho

dura durante la oscura Edad Media como una lejana realidad, propia de pueblos bárbaros y paganos, confinados en los extremos del Asia (3). A comienzos de la Edad Moderna, en el mismo año del descubrimiento de América, aunque poco antes de su realización, aparece en el mapa de Martín de Behaim, no conservando del esplendor y belleza con que lo habían ornado los autores griegos y latinos, más que la nota, esencialmente cristiana, de la tenaz castidad de las mujeres (4). El fanatismo de la Edad Media había borrado el recuerdo de las heroicas batallas y de los fabulosos semidioses para dejar subsistir, únicamente, la tradición de la castidad, que como ejemplo no desdeñable era aprovechado por las fábulas cristianas.

Llegado Colón al Nuevo Mundo, que él—después del fracaso de la Antilia—identificaba con las costas de Asia, vemos cómo las islas Femenina y Masculina de los mapas medioevales se transforman en islas de Carib y de Matinino, una ha-

que una mala interpretación hizo suponer que se mutilaban para manejar el arco con mayor facilidad. (Véase: Grote, "Histoire de la Grèce"; Maisonneuve, "Introduction a l'étude des vases"; Carey, "De Amazonum antiquissimis figuris"; Stricker, "Las Amazonas en la leyenda y en la historia"; Steiner, "Algo sobre el mito de las Amazonas en la antigua plástica"; Vlügman, "Las Amazonas en la literatura y en el arte ático".)

(3) En el mapa de Fra Mauro, de 1460, se lee que en 1420 pasó por el Cabo Diab, a la extremidad del Africa, un *zoncho indio* que del Este venía en busca de las islas de los hombres y de las mujeres, que vivían separados, y que después de cuarenta jornadas y dos mil leguas de navegación, hubo de volverse en sesenta jornadas al Cabo Diab sin hallar más que agua y aire.

(4) "Las islas Femenina y Masculina. Estas dos islas fueron habitadas el año 1285, la una sólo por hombres, y la otra sólo por mujeres, que se juntan una vez al año. Todos son cristianos, y tienen un obispo sufragáneo del Arzobispado de la Isla Escoria... La Isla Escoria (Marco Polo escribía Scoria) está situada a quinientas millas de Italia de las Islas Masculina y Femenina. Sus habitantes son Christianos, y tienen por Señor a un arzobispo. En ellas se fabrican buenas telas de seda, y crece mucho ámbar, según dice Marco Polo en el capítulo 38 de su libro 3." (Inscripciones del mapamundi de Behaim. *Apud* Cladera, "Investigaciones históricas sobre los principales descubrimientos de los Españoles...")

bitada por Caribes y la otra por Amazonas, exactamente igual que en las orillas del Termodonte, donde, según las fábulas clásicas, Calibes y Amazonas vivían en relativa vecindad. Al mismo tiempo, las Amazonas, vistas por la fantasía de Colón, revclaban los mismos hábitos que las mencionadas por Herodoto: se relacionaban una vez al año con los hombres, en primavera, sólo con el fin de perpetuar la raza; guardaban para sí las niñas que daban a luz y entregaban los niños a los padres (5).

La leyenda de las Amazonas americanas corrió al Viejo Mundo con las primeras noticias del descubrimiento de las Indias. Pedro Mártir de Angleria o Anghiera, aquel italiano que no quería abandonar España por la esperanza de que su nombre llegaría a la posteridad haciéndose el historiador de los sucesos del *Orbe Novo*, divulgaba en sus cartas y en sus Décadas la existencia de las Amazonas en las Antillas, agregándole detalles de erudición—como la supuesta mutilación de un seno—que pronto debían repetir los mismos conquistadores (6).

(5) . Leemos en el "Diario del primer viaje de Colón: "13 de enero... De la isla de Matinino dijo aquel indio que era toda poblada de mujeres sin hombres, y que en ella hay mucho *toub*, que es oro o alambre, y que es más al Leste de Carib..." "16 de enero... Dijéronle los indios que por aquella vía hallaría la Isla de Matinino, que diz que era poblada de mujeres sin hombres, lo cual el Almirante mucho quisiera por llevar diz que a los Reyes, cinco o seis dellas; pero dudaba que los indios supieran bien la derrota, y él no se podía detener por el peligro del agua que cogían las carabelas; mas diz que era cierto que las había, y que cierto tiempo del año venían los hombres a ellas de la dicha Isla de Carib, que diz que estaba dellas diez o doce leguas; y si parían niño enviábanlo a la isla de los hombres; y si niña dejábanla consigo..." Herrera (Dec. I, lib. III, cap. I) habla de las mujeres que con arcos y con flechas habían intentado impedir el desembarco de Colón en la Isla de Guadalupe o "tierra de las Mujeres".

(6) Pedro Mártir hace mención de las mujeres que viven sin hombres en la Dec. I, lib. II, cap. III de sus "Décadas Oceánicas". En la Dec. IV, lib. IV, cap. I, dice: "A los lados de esta Coluacana hay otras islas, donde sólo habitan mujeres sin trato de hombres. Piensan algunos que viven a estilo de Amazonas. Los que lo examinan mejor juzgan que son doncellas cenobitas que gustan del retiro, como pasa entre nosotros, y en muchos lugares las antiguas vestales o consagradas

La seguridad de hallar en las costas de Asia una isla habitada por Amazonas o mujeres que vivían sin hombres, todavía animaba a muchos de los compañeros de Magallanes, según lo atestigua en su "Primo Viaggio intorno al Globo" el caballero lombardo Antonio Pigafetta: "Otras cosas extravagantes nos contaba nuestro viejo piloto. Referíanos... que en una isla llamada Occoloro, junto a Java Mayor, no se encuentran más que mujeres, las cuales conciben del viento; y cuando paren, si nace varón le matan, y si hembra, le crían; si algún hombre llega a su isla, en cuanto pueden le matan" (7).

Hasta ahora, el mito de las Amazonas de las Antillas es una mera reproducción del de las Amazonas del Termodonte. Las relaciones y los mapas medievales que hacían figurar en

a la diosa Bona. En ciertos tiempos del año pasan hombres a la isla de ellas, no para usos maritales, sino movidos de compasión, para arreglarles los campos y huertos, con el cultivo de los cuales puedan vivir. Mas es fama que hay otras islas habitadas por mujeres, pero violadas, que desde pequeñas les cortan un pecho para que más ágilmente puedan manejar el arco y las flechas, y que pasan allá hombres para unirse con ellas y que conservan los varones (que les nacen). Esto lo tengo por cuento." En la Dec. VII, lib. VIII, cap. I, agrega: "Mas acerca de la isla Matinino, de la cual no dije yo, sino que referí haber oído que la habitan mujeres solas a estilo de Amazonas, lo dejan en duda estos testigos, como yo entonces; sin embargo, Alfonso Argollo..., el cual ha recorrido aquellas regiones, afirma que es historia y no fábula. Yo doy lo que me dan." Vuelve a decir en la Dec. VII, lib. IX, cap. III: "Añaden que es verdad lo que se cuenta de la isla habitada solamente por mujeres, que a flechazos defienden con bravura sus costas, y que en ciertas temporadas del año pasan allá los canibales para engendrar, y que desde que están encintas ya no aguantan a los hombres, y que a los niños (que les nacen) los echan fuera y se guardan las hembras..." Gonzalo de Sandoval, en su expedición al Sur de Méjico, tuvo noticia de los habitantes de Colina que "a diez soles de aquel paraje había una isla de Amazonas." (Herrera, Dec. III, lib. III, cap. I.)

(7) Tenemos en esta leyenda de castillo de proa la supervivencia de una antiquísima creencia pagana: *Las mujeres que conciben del viento*. Los egipcios representaban el poder generador del aire mediante el *phalus*, símbolo de Osiris, y Virgilio aseguraba que la mujer podía fecundarse por sí sola respirando el viento que venía del Occidente. (Véase: Enrique de Gandía, "El Secreto de los Tiempos", páginas 50 y 51.)

las costas orientales de Asia pueblos de mujeres que vivían "como Amazonas", la seguridad de Colón de hallarse en las tierras visitadas por Marco Polo y tal vez las declaraciones mal entendidas de algunos indígenas, crearon o transplantaron el mito de las Amazonas en América; pero con el viaje de Orellana y los descubrimientos realizados en todo el continente Sud Americano, la nueva leyenda de las Amazonas, que idéntica y casi simultáneamente surge en distintos y apartados lugares, encierra un fondo desconocido, completamente original, que es el reflejo de una realidad palpada por los indios y que fué desapareciendo a medida que avanzaban los descubrimientos (8).

(8) No nos entretenemos con las indias guerreras a las cuales, sólo por la circunstancia de combatir como hombres, se pretendió llamar Amazonas. De ellas se ocupa Oviedo en distintos lugares de su "Hist. General", como nos lo dice en la parte IV, lib. XLIX, cap. IV: "Ya se ha hecho memoria de algunas regiones, donde las mujeres son absolutas señoras e gobiernan sus Estados..., y exerçitan las armas..., assi como aquella reyna llamada Orocoday, como lo dixé y escribí en el lib. XXIV, cap. X. E assimesmo en lo de la gobernación e conquista de la Nueva Galicia, como queda dicho en el libro XXXIV, cap. VIII del Señorío de Çiguatan, e allí se pueden llamar amaçonas (si a mí me han dicho verdad); pero no se cortan la teta derecha, como lo hacían las que los antiguos llamaron amaçonas, porque no les estorbasse el tirar con el arco."

Véase también Antonio de Alcedo ("Diccionario..."), donde se recuerda las mujeres que combatieron contra Gonzalo Jiménez de Quesada, en Tunja; contra Benalcázar, en Popayan, y Valdivia, en Chile. Alcedo dice que "las historias que pintan el país, gobierno y costumbres de estas fingidas amazonas, son delirios y sueños de algunos que han querido publicar maravillas para acreditar sus viajes y relaciones". (Ya veremos cómo las Amazonas no eran un delirio, sino el reflejo de la vida de un Imperio.) En la "Historia de Santa Cruz", por Pedro de Magalhães (cap. X), se habla de unas indias que se resistían a unirse con los hombres, que se cortaban el cabello e iban a la guerra. Yves d'Evreux también menciona unas mujeres que formaban una tribu separada; pero no pueden identificarse con las citadas por Magalhães. Lo mismo decimos de las indias guaypunavis que se recuerdan en el "Viaje", de don José Solano, marqués del Socorro, a la Guayana, publicado en las "Relaciones Geográficas de la Gobernación de Venezuela" (año 1754, pág. 797), dadas a luz por Angel de Altolaguirre.

Nada tienen que ver estas mujeres con las verdaderas relaciones

Entramos en materia analizando la "Relación que escribió Fray Gaspar de Carvajal, fraile de la Orden de Santo Domingo de Guzmán, del nuevo descubrimiento del famoso río Grande, que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana desde su nacimiento hasta salir a la mar, con cincuenta y siete hombres que trajo consigo..." (9).

En aquella jornada donde, según la bella frase del P. Carvajal, "después de Dios las ballestas nos dieron las vidas", poco antes de comenzar la construcción del barco con el cual Orellana y sus compañeros recorrieron por primera vez todo el curso del Marañón (10), "nos dieron noticia de las ama-

de las Amazonas. Asimismo se equivoca Fernández de Piedrahita (Parte I, lib. V, cap. II), al suponer que Furatena, "señora independiente de los Reyes de Tunja y Bogotá", encontrada por Hernán Pérez de Quesada, haya sido el primer fundamento de las Amazonas.

(9) Fué publicada a expensas del duque de T'Serclaes, con otros documentos referentes a Francisco de Orellana y sus compañeros, por José Toribio Medina en "Descubrimiento del Río de las Amazonas..." (Madrid, 1894.) La "Relación", del P. Carvajal, ocupa las páginas 541 y 574 del t. IV (cap. XXIV del último libro), de la "Historia General de las Indias", de Fernández de Oviedo. Existe también una copia incompleta en la "Colección", de Juan Bautista Muñoz. La primera relación completa es la publicada por Medina. Oviedo escribió al Cardenal Bembo, amigo de Lucrecia Borgia, la aventura de Orellana, y el cronista Ramusio publicó un extracto de esta carta en el t. III de su colección "Delle navigatione et viaggi" (edic. de 1605).

Medina supone que Orellana presentó al Consejo de las Indias una larga relación, hoy perdida, que parece debieron conocer López de Gomara, Herrera y La Condamine. A nuestro juicio, dicha relación no es más que la del P. Carvajal.

(10) El Marañón fué descubierto en febrero de 1500 por Vicente Yáñez Pinzón. En la capitulación del 5 de septiembre de 1501, dice el Rey a Pinzón: "Seguisteis la costa que se corre al norueste el Río Grande que llamasteis Santa María de la Mar Dulce..." ("Colección de Torres de Mendoza", t. XXX, pág. 536.) Pedro Mártir se hace eco del descubrimiento, diciendo que "... dicen que dieron con un río llamado Marañón..." Diego de Lepe fué el segundo en llegar al Marañón. (Herrera, Dec. I, lib. IV, cap. VI.) En el mapamundi de Juan de la Cosa, de 1501 (hallado por Walkenaer y Alejandro de Humboldt), se llama al Marañón "Mar Dulce", y según Medina (ob. cit.), siguió llamándose así hasta 1513. El nombre Marañón comenzó a generalizarse desde 1513, en que Juan de Lepe lo llamó de este modo en el pleito de Colón. Cieza de León, que en 1541 aún no tenía noticia del viaje de Orellana, emplea el nombre Marañón. Según Agustín de Zá-

zonas y de la riqueza que abajo hay, y el que la dió fué un indio llamado Aparia, viejo que decía haber estado en aquella tierra..." Tiempo después, ya en pleno Amazonas, en un pueblo mediano, donde los indios ofrecían chicha para el Sol a un monstruoso ídolo que llenó a todos de espanto, interrogaron a un indio "qué era aquello o por qué memoria tenían aquello en la plaza, y el indio dijo que ellos eran sujetos y tributarios de las amazonas, y que no las servían de otra cosa sino de plumas de papagayos y de guacamayos para forros de los techos de las casas de sus adoratorios, y que los pueblos que ellos tenían eran de aquella manera, y que por me-

rate ("Conquista del Perú", lib. IV, cap. IV) y Juan de Castellanos ("Elegía XIV, canto II), el nombre se originó de "un capitán llamado Marañón", o de "ciertos nautas dichos Marañones"; lo cual, hasta ahora, no ha logrado probarse de una manera segura. Silveyra, en su "Relação sumaria das cousas de Maranhao", asegura que este nombre le vino del capitán que descubrió su nacimiento en el Perú. Hecho absurdo, pues en 1513, como observa Medina, cuando ya se llamaba Marañón, aún no se había conquistado el Perú. La Condamine, en su "Relation abrégée d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amerique Meridionale", Paris, 1745, y en el "Extracto del diario de observaciones hechas en el viaje de la provincia de Quito al Pará por el río de Amazonas", Amsterdam, 1745, afirma, infundadamente, que "el primer nombre del río de las Amazonas fué Marañón. Así lo llama el mismo Orellana en su relación, diciendo que encontró a las Amazonas navegando el río Marañón, nombre que ya le había comunicado un capitán español del mismo apellido". (Ya se ve que La Condamine no leyó nunca la pretendida relación de Orellana, o sea, la del P. Carvajal.) Manuel Rodríguez, "El Marañón y Amazonas", trae el origen del nombre a los soldados de Lope de Aguirre, que lo "llamaron Río de Marañas, y por significarlas grandes pasó a llamarse Marañón". Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en su "Relación histórica del Viaje a la América Meridional", 1748, no dan crédito a esta etimología ni a la de Agustín de Zárate. Leemos en Medina (ob. cit.), que según algunos, el nombre Marañón debió originarse del fruto *anacardium occidentale*, que en lengua indígena se dice maran-i-hobo, lo cual no es admisible. Respecto al nombre Amazonas, se supuso que pudiese provenir de *amazonas*, rompe canoas. En la Capitulación con Jerónimo de Aguayo se lee: "... del Río de Orellana, por otro nombre llamado Las Amazonas." Los indígenas lo denominan Paranatinga o Paranaguazú.

López de Gomara, Bernardo Vargas Machuca ("Milicia y descripción de las Indias"; Madrid, 1599; págs. 156 y 171) y otros, supusieron que el Orellana y el Marañón eran dos ríos distintos.

moria lo tenían allí, y que adoraban en ello como en cosa que era insignia de su señora, que es la que manda toda la tierra de las dichas mujeres...”

En cierto encuentro “nos hirieron cinco, de los cuales yo fui el uno, que me dieron con una flecha por una yjada que me llegó a lo hueco, y si no fuera por los hábitos allí me quedaba... Andúvose en esta pelea más de una hora, que los indios no perdían ánimo, antes parecía que se les doblaba... Quiero que sepan cuál fué la cabsa por que estos indios se defendían de tal manera. Han de saber que ellos son sujetos tributarios a las amazonas, y sabida nuestra venida, vanles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios capitanes, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y al que las volvía delante de nosotros le mataban a palos, y esta es la cabsa por donde los indios se defendían tanto” (11).

Más adelante, el P. Carvajal refiere que “en este asiento el Capitán tomó al indio que se había tomado arriba, porque ya le entendía por un vocabulario que había fecho (12). ...y

(11) Puede seguirse la “Relación”, del P. Carvajal, en Herrera, Dec. VI, lib. VIII, cap. IV, quien la extracta fielmente, conforme lo declara en el mismo lugar: “Esto de las Amaçonas lo refiero como lo hallé en los Memoriales de esta Jornada, reservando el crédito al alvedrio de cada uno, pues no hallo, para ser estas Mugerres Amaçonas, sino el nombre que estos Castellanos las quieren dar.”

También da cuenta de este pasaje Juan de Castellanos en sus “Elegías de Varones Ilustres de Indias”, publicadas, según Nicolás Antonio, en 1589: “... E india varonil que como perra—Sus partes bravamente defendía,—A la cual le pusieron Amazona—Por mostrar gran valor en su persona.—De aquí sacó después sus invenciones—El Capitán Francisco de Orellana.—Para llamalle río de Amazona—Por ver esta con dardos y macana,—Sin otros fundamentos ni razones—Para creer novela tan liviana;—Pues hay entre cristianos y gentiles—Ejemplos de mujeres varoniles.” (Elegía XIV, canto II.) Decía de estas indias el P. Carvajal: “... son muy membrudas y andan desnudas en cueros, tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios; y en verdad que hubo mujer de estas que metió un palmo de flecha por uno de los bergantines, y otras que menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín.”

(12) Dice Herrera, “que haviendo el capitán Orellana confesado

le preguntó qué mujeres eran aquellas que habían venido a les ayudar a darnos guerra: el indio dijo que eran unas mujeres que residían la tierra adentro siete (en otro manuscrito se lee cuatro o cinco) jornadas de la costa, y por ser este señor Coyunco sujeto a ellas, habían venido a guardar la costa. El Capitán le preguntó si estas mujeres eran casadas: el indio dijo que no. El Capitán le preguntó que de qué manera viven: el indio respondió que, como dicho tiene, estaban la tierra adentro, y que él había estado muchas veces allí y había visto su trato y vivienda, que como su vasallo iba a llevar el tributo cuando el señor lo enviaba. El Capitán le preguntó si estas mujeres eran muchas: el indio dijo que sí, y que él sabía por nombre setenta pueblos, y contólos delante de los que allí estábamos, y que en algunos había estado (13). El Capitán

que ya no entendía a estos Indios, en tan pocos días no parece que pudo ser su Vocabulario tan copioso i cierto que tantas menudencias se pudiesen entender de este indio, i así creará cada uno lo que le pareciere." (Dec. VI, lib. VIII, cap. V.) Sin embargo, no debemos olvidar lo que de Orellana atestigua el P. Carvajal en su "Relación", publicada por Oviedo: "... con mucha continuación, después que pasó a las Indias, siempre procuró entender las lenguas de los naturales dellas e hizo sus abecedarios para su acuerdo; e dotole Dios de tan buena memoria e gentil natural, y que era tan diestro en la interpretación, que no obstante las muchas e diferenciadas lenguas que en estas partes hay, aunque no entera ni tan perfectamente entendiese a todos los indios como él deseaba, siempre por la continuación que en esto tuvo, dándose a tal ejercicio, era en fin tan entendido y entendía azás convenientemente para lo que hacía a nuestro caso."

(13) He aquí la declaración del indio conservada por Fernández de Oviedo (Tercera parte de la "Historia General", lib. XLIX, capítulo IV): "De un indio queste capitán Orellana truxo (que después murió en la Isla de Cubagua), tovieron información que en la tierra questas mugeres son señoras, se contienen e incluyen más de trescientas leguas pobladas de mugeres, sin tener hombres consigo: de lo qual todo es reyna e señora una sola muger, que se llama Conori: la qual es muy obedecida e acatada e temida en sus reynos e fuera dellos, en los que le son comarcas; e tiene sujetas muchas provincias que la obedesçen e tienen por señora e la sirven, como sus vasallos e tributarios: los quales estan poblados, assi como aquella región que señorea un gran señor llamado Rapio. E otra que tiene otro principe, que se diçe Toronoy. E otra provincia que tiene otro señor que llaman Yaguarayo. E otra que tiene otro que se dice Topayo. E otra que señorea otro varon Quenyuco. E otra provincia, quella o el señor,

le dijo que si estos pueblos eran de paja: el indio dijo que no, sino de piedra y con sus puertas, y que de un pueblo a otro iban caminos cercados de una parte, y de otro y a trechos por ellos puestos guardas, porque no pueden entrar nadie sin que pague derechos. El Capitán le preguntó si estas mujeres parían: el indio dijo que sí. El Capitán le dijo que cómo no siendo casadas, ni residía hombre entre ellas, se empuñaban: él dijo que estas indias participan con indios en tiempos, y cuando les viene aquella gana juntan mucha copia de gente de guerra y van a dar guerra a un muy gran señor que reside y tiene su tierra junto a la destas mujeres, y por fuerza los traen a sus tierras y tienen consigo aquel tiempo que se les antoja, y después que se hallan preñadas les tornan a enviar a su tierra sin les hacer otro mal; y después, cuando viene el tiempo que han de parir, que si paren hijo le matan y (*sic* por o) le envían a sus padres, y si hija, la crían con muy gran solemnidad y la imponen en las cosas de la guerra (14).

cuya es, se llama Chipayo; e otra provincia que tiene otro señor que se dice Yaguayo. Todos estos señores o principes son grandes señores e señorean mucha tierra, e son sujetos a las amaçonas (si amaçonas se deben decir) e las sirven e a su reyna Conori..."

(14) En la "Relación del descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada", escrita por Juan de San Martín y Alonso de Lebrija (años 1536 a 1539. Arch. de Indias, 1-1-1/27. Reproducida por Fernández de Oviedo en el lib. XXVI, cap. XI, y publicada en las "Relaciones históricas de América", por la Sociedad de Bibliófilos Españoles, Madrid, 1916), se lee: "Estando en el real en este valle de Vogotá tuvimos nueva de una nación de mujeres que viven por sí, sin vivir yndios entre ellas, por lo qual las llamamos amazonas, y que de ciertos esclavos que compran se empuñan, y si paren hombres los envían a sus padres, y si son mugeres críanlas; dicen que no se sirven de los esclavos más de hasta empuñarse dellos, que luego los tornan a enviar, y así a tiempos los tienen y los enbían."

En el año 1545, Hernando de Ribera declaraba en la Asunción del Paraguay que en el año 1543, habiendo llegado a los Xarayes por orden de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, avanzó "hasta ponerse en quince grados menos dos tercios, yendo la vía del oeste", y allí tuvo noticia de unas mujeres que hacen la guerra con los indios chiquitos y con los que lo informaron, "y que en cierto tiempo del año se juntan con estos indios comarcanos y tienen con ellos su comunicación carnal; y si las que quedan preñadas paren hijas, tiénenselas consigo, y los hijos los crían hasta que dejan de mamar, y los envían a sus

Dijo más: que entre todas estas mujeres hay una señora que subjeta y tiene todas las demás debajo de su mano y jurisdicción, la cual señora se llama Coñori (15). Dijo que hay muy

padres". ("Relación", de Hernando de Ribera, publicada al final de los "Comentarios", de Alvar Núñez; reproducida por Charlevoix en los Apéndices a su "Historia del Paraguay", y por Manuel Domínguez en "El alma de la raza", pág. 102.)

Ulderico Schmidel, que asegura haber acompañado a Hernando de Ribera en su expedición, escribe en el cap. XXXVII de su "Historia y Descubrimiento del Río de la Plata y Paraguay": "Estas Amaçonas sólo tienen un Pecho, o Teta: sus Maridos van a verlas tres o cuatro veces al año: si paren varones se le embian a su Padre, si es hembra la guardan i la queman el Pecho derecho para que pueda usar bien el Arco i Armas..."

Dice Agustín de Zárate en su "Historia del Perú", lib. III, cap. II: "... adelante de Chili, en treinta y ocho Grados de la Linea, ai dos grandes Señores que traen guerra el uno con el otro, i cada uno saca en Campo doscientos mil Hombres de Guerra. El uno de ellos se llama Leuchengorma, que tiene una Isla dos Leguas de la Tierra Firme, dedicada a sus Idolos, donde ai un gran Templo, que lo sirven dos mil sacerdotes. Y los indios de este Leuchengorma dijeron a los Españoles que cincuenta Leguas más adelante ai entre dos Ríos una gran Provincia toda poblada de Mugerres que no consienten hombres consigo, más del tiempo conveniente a la generación, i si paren Hijos los embian a sus Padres, i si Hijas, las crían. Están sujetas a este Leuchengorma." (Cf. López de Gomara, cap. "Las conquistas que se hicieron tras la muerte de Almagro".)

Juan López de Velazco, en su "Noticia del Dorado o Nueva Extremadura", consigna que "cerca de la cual (de la laguna del Dorado, de donde se dice que sale el Río de la Plata) también dicen que está una provincia de mugeres que llaman las Amazonas, que no tienen hombres sino los que van a buscar fuera de su provincia..."

El P. Christóbal de Acuña, en el "Nuevo descubrimiento del Gran Río de las Amazonas", año 1641, refiere (núm. LXXII) que en el último pueblo de la Provincia de los Tupinambás tuvo noticia de las Amazonas, que una vez por año tienen trato con los hombres, y agrega: "Las hijas hembras que deste ayuntamiento las nacen, conservan y crían entre sí mesmas que son las que han de llevar adelante el valor y costumbres de su nación; pero los hijos varones no hay tanta certeza de lo que con ellos hacen. Un indio que siendo pequeño auiado con su padre a esta entrada, afirmó que los hijos varones los entregaban a sus padres quando el siguiente año voluían a sus tierras, pero los demás, y es lo que parece más cierto por ser dicho más común, dicen que en reconociéndolos por tales les quitan la vida."

(15) A Hernando de Ribera los indios le atestiguaron que las Amazonas "tenían por su principal una mujer de la misma generación..."; y Agustín de Zárate escribe que "la Reina de ellas se llama

grandísima riqueza de oro y plata, y las demás mujeres plebeyas se sirven en vasijas de palo, excepto lo que llega al fuego, que es barro (16). Dijo que en la cabecera y principal ciudad en donde reside la señora hay cinco casas muy grandes que son adoratorios y casas dedicadas al Sol, las cuales ellas llaman caranain, y en estas casas por de dentro están del suelo hasta medio estado en alto planchadas de gruesos techos aforados de pinturas de diversos colores, y que en estas casas tienen muchos ídolos de oro y de plata en figura de mujeres, y mucha cantería de oro y de plata para el servicio del Sol; y andan vestidas de ropa de lana muy fina, porque en esta tierra hay muchas ovejas de las del Perú... Dijo más: que en esta tierra, según entendimos, hay camellos que los cargan, y dice que hay otros animales, los cuales no supimos entender, que son del tamaño de un caballo, y que tienen el pelo de un jeme y la pata hendida, y que los tienen atados, y que destos hay pocos... (17). Dice que tienen una orden que

Gaboymilla, que en su lengua quiere decir Cielo de Oro, porque en aquella Tierra díz que se cría gran cantidad de oro..." (Cf. López de Gomara, loc. cit.)

(16) Respecto a la riqueza de las Amazonas, nos dice la "Relación del descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada": "... no pudo allegar a ellas por las muchas sierras de montaña que avia en el camino, aunque allegó tres o quatro jornadas dellas, teniendo siempre más noticia que las avia e que heran muy rricas de oro, e que dellas se trae el mesmo oro que ay en esta tierra y en la de Tunja... Buelto de las dichas minas... supo nuevas muy extrañas de la tierra en que estamos, son las de las mugeres susodichas, que es innumerable el oro que tienen." Hernando de Ribera también supo de los indios "en conformidad, sin discrepar... que a diez jornadas de allí, a la banda del oesnorueste, habitaban y tenían muy grandes pueblos unas mujeres que tenían mucho metal blanco y amarillo, y que los asientos y servicios de sus casas eran todos del dicho metal..."

(17) Las ovejas del Perú y los animales de pata hendida, son las llamas y las antas. De las primeras, dijo el P. Carvajal en otro lugar de su "Relación", que pasado el "Señorio de Omaga más de cien leguas" en la "tierra de otro Señor llamado Paguana..., este Señor tiene muchas ovejas de las del Perú..." El P. Bernabé Cobo describe la Anta en el cap. LIX de su "Historia del Nuevo Mundo" como "de color ceniciento, de la grandeza y hechura de una Mula, salvo que tiene las uñas de pies y manos hendidas como Vaca; tiene una trompa del grandor de un palmo, que se retuerce hacia arriba como una rosca, por la cual silba, y colmillos grandes como de Puerco."

en poniéndose el sol no ha de quedar indio macho en todas estas ciudades que no salga fuera y se vaya a sus tierras; más dice, que muchas provincias de indios a ellas comarcas las tienen ellas sujetos y los hacen tributar y que les sirvan, y otras hay con que tienen guerra... Todo lo que este indio dijo y más nos habían dicho a nosotros a seis leguas de Quito, porque de estas mujeres había allí muy gran noticia, y por las ver vienen muchos indios el río abajo mil y cuatrocientas leguas; y así nos decían arriba los indios que el que hubiese de bajar a la tierra de estas mujeres habría de ir muchacho y volver viejo."

Esta es la historia de las supuestas Amazonas, que hemos confirmado con otros testimonios coetáneos recogidos en distintos lugares del Continente Sud Americano.

La "Relación" que el P. Carvajal (18) escribió para "notificar la verdad en todo ello, como para quitar ocasiones a muchos que quieran contar esta nuestra peregrinación al revés de como lo hemos pasado y visto", fué por algunos tachada de "mentirosa", y Orellana de aventurero y ladrón (19).

(18) Hasta la fecha de la publicación de la obra de Medina sobre el descubrimiento del Amazonas, el principal biógrafo de Carvajal había sido el P. Fray Juan Meléndez ("Tesoros verdaderos de las Indias". Roma, 1681, t. I), pero con errores gravísimos, como suponer que no acompañó a Orellana en su descenso por el Marañón.

En uno de los combates con los indios del Marañón, el P. Carvajal perdió un ojo. Véase cómo nos lo refiere: "No hirieron sino a mí, que permitió Nuestro Señor por mis defectos que me diesen un flechazo sobre un ojo, que me pasó la cabeza e sobró la flecha dos dedos de la otra parte detrás de la oreja, algo más arriba: de la cual herida, demás de perder el ojo, he pasado mucho trabajo e fatiga e aun no estoy libre de dolor."

(19) López de Gomara, por ejemplo, fué uno de los más severos e injustos comentaristas de Orellana. Escribió: "Yua Orellana con Gonzalo Piçarro a la conquista que llamaron de la Canela... Fué por bastimentos a una isla deste mesmo río en un vergantín y algunas canoas con cinquenta Españoles; y como se vió lejos de su capitán, fué por el río abajo con la ropa, oro y esmeraldas que le confiaron: aunque decía él acá que constreñido dela gran corriente del agua, no pudo tornar arriba... vendió por suyo el descubrimiento y gasto, presentando en el Consejo de Indias, que a la sazón estaua en Valladolid, una larga relación de su viaje, la cual era (según después pare-

Sin embargo, la "hablilla" de las Amazonas fué recogida por los escritores amantes de lo maravilloso y subsistió en las regiones amazónicas, tal vez impuesta por los continuos interrogatorios de los curiosos exploradores, hasta bien entrado el siglo XVIII (20).

ció) mentirosa... Entre los disparates que dixo fué afirmar que haúa en este río Amazonas con quien él y sus compañeros pelearon. Que las mujeres anden allí con armas y peleen, no es mucho, pues en Paria, que no es muy lejos, y en otras muchas partes de las Indias lo acostumbran. Ni creo que ninguna mujer se corte y queme la teta derecha para tirar el arco, pues con ella lo tiran muy bien. Ni creo que maten o destierren sus propios hijos, ni que viuan sin maridos siendo lujuriosísimas. Otros sin Orellana han leuantado semejante hablilla de Amazonas después que se descubrieron las Indias; y nunca tal se ha visto, ni se verá tampoco en este río."

Lo que López de Gomara jamás había visto era la "Relación", del P. Carvajal, pues en ella no se habla ni una sola vez de la tradición clásica, repetida por tantos "eruditos", de cortarse un seno. Gomara discurría de oídas, haciendo gala de un escepticismo crítico que estuvo lejos de poseer, pues en el capítulo siguiente repite lo consignado por Martín Fernández de Enciso en 1518, en su "Suma de Geografía", y escribe que en el Marañón "Amassan el pan (a lo que dizen) con bálsamo, o con licor que le parece. Hanse visto en él algunas piedras finas y una esmeralda como la palma harto fina. Dizen los indios de aquella ribera que hay peñas dellas el río arriba. También hay muestras de oro y señales de otras riquezas". Compárese con Enciso: "... en este río dentro de la tierra quarenta leguas está junto con el río un monte de aruoles de incienso: los aruoles son altos y las ramas como ciruelos; y dellas cuélga el incienso como los yelos de los tejados quando nieua en el inuierno en las tierras. En este río se tomaron quatro indios en una canoa que venian por el río abajo y tomarónles dos piedras de esmeralda la una tan grande como la mano; dezian que a tantos soles yendo por el río arriba auía una peña de aquella piedra, también les tomaron dos panes de harina que eran como panes de jabón que pareció que eran amassados con liquor de bálsamo...; preguntándoles que a donde auian el oro dezian que yendo por el río arriba tantos soles auía unas sierras a donde auía mucho dello y que de allá lo trayan ellos quando lo querían..."

(20) En el Paraguay, el obispo de la Asunción, Fray Pedro de la Torre, acompañó a Ortiz de Vergara y a Nufrio de Chaves en su viaje al Perú, con la clara esperanza de tropezar en el Chaco con las Amazonas. Ruy Díaz Melgarejo, en su carta del 4 de julio de 1556 (publicada en "Cartas de Indias") decía: "... no sé donde piensa subir (el obispo) que él luego predicó en el altar la entrada, y que asta las Amazonas a de yr y descubrir." (Véase también nuestra "Historia del Gran Chaco", cap. VIII, "Las ciudades de Nufrio de Chaves

Los documentos y trozos de obras que hemos transcritos, pueden agruparse en dos categorías: los originales y genuinos, que a pesar de la influencia del mito clásico reproducen el fondo verdadero de las declaraciones de los indígenas—como las "Relaciones" del P. Carvajal y de Hernando de Ribera, las páginas de Herrera, de Oviedo y de Agustín de Zárate—; y los fabulosos o falsos, que no representan el sentir de ningún testimonio directo y que sólo son la supervivencia de la leyenda antigua aplicada por los cronistas a las noticias que conocían vagamente a través de diversos intermediarios. A esta categoría pertenecen los escritos de Colón, obse-

y de Andrés Manso".) Ruy Díaz de Guzmán ("La Argentina", lib. II, cap. VII), al hablar de la entrada que hizo Domingo de Irála hasta los confines del Perú, dice que los naturales de la laguna del Dorado "confinan con unos pueblos de solas mujeres, que tienen sólo el pecho del lado izquierdo, porque el derecho lo consumían con cierto artificio para poder pelear con arco y flechas..." En la "Orden y traza para descubrir y poblar la tierra de los Chunchos y otras provincias", por el P. Miguel Cabello de Balboa, 1602-1603 (publicada en "Relaciones Geográficas de Indias", t. II), "sabíase también en aquellas provincias de las Moymas, si es verdad que hay un reino todo de mujeres, a quien los Chunchos llaman Marimero..." En el Amazonas, la tradición de las mujeres fabulosas estaba viva en 1586, pues en esta fecha Simón Pérez de Torres, en su "Discurso de mi viaje dando muchas gracias a Dios por las muchas mercedes que en él me ha hecho...", escribe que "decían que allí no había sino Mujeres, que de la otra banda (de unas sierras que no parecían apenas) estaban los Hombres; decían que en dos días, cuando mucho las pasarían, que eran más valientes las Mujeres, que no los hombres, i que la Teta derecha les cortaban en naciendo, estas dicen que son las Amaçonas..." El P. Christóbal de Acuña, en 1641 ("Nuevo descubrimiento del Gran Río de las Amazonas"), afirma que "los fundamentos que ay para asegurar Provincias de Amazonas en este Río, son tantos y tan fuertes, que sería faltar a la fe humana el no darles crédito. Y no trato de las grandes informaciones que por orden de la Real Audiencia de Quito se hizieron con los naturales que le habitaron muchos años, de todo lo que en sus riuéras contenía; en que una de las principales cosas que se aseguran era el estar poblado de una Prouincia de mugeres guerreras... Tampoco hago mención de las que por el nuevo Reyno de Granada, en la Ciudad de Pasto, se hizieron con algunos Yndios, y en particular con una Yndia, que dixo auer ella mesma estado en sus tierras donde estas mugeres están pobladas... No es creíble se pudiese una mentira auer entablado en tantas lenguas y en tantas naciones, con tantos colores de verdad." (Núm. LXXI.)

sionado por la ilusión del Asia y de las historias clásicas; de Pedro Mártir, erudito a la antigua, eco de lo que propalaba el Almirante; de Schmidel, que escribió en Alemania muchos años después de haber abandonado el Río de la Plata, sin ser capaz de entender correctamente, en toda su vida, una sola palabra castellana; de Juan de San Martín y de Alonso de Lebrija, que repiten la semifábula corriente entre todos los conquistadores; de López de Velasco, que se limita a una mención, sin aportar detalles; de López de Gomara, ignorante de los documentos oficiales y que injustamente atribuye a las Amazonas de Orellana pormenores pertenecientes a las legendarias del Termodonte; de Juan de Castellanos, para quien las Amazonas no pasaban de ser unas indias guerreras; de Ruy Díaz de Guzmán, que repite el cuento de Schmidel; de Simón Pérez de Torres y del P. Cristóbal de Acuña, que sólo representan el eco de una tradición tardía. La Condamine (21), Jorge Juan y Antonio de Ulloa (22), son los últimos

(21) En la "Relation abrégée d'un Voyage fait dans l'intérieur de l'Amerique meridionale", 1778, La Condamine declara que los indios referían haber oído a sus mayores hablar de unas mujeres belicosas que vivían sin hombres y que se retiraron a lo interior de las tierras por los ríos que confluyen con el Amazonas. Refiriéndose a la opinión de La Condamine, escribe Prescott en su "Historia de la Conquista del Perú": "Difícil sería probar lo contrario; pero es más difícil este hecho si se consideran los obstáculos que se oponen a que la tal sociedad de mujeres se perpetuara." En aquel siglo del análisis se prefería la conjetura "científica" a la interpretación directa de los documentos originales.

(22) "Que sea cierto el caso de las Amazonas lo persuade la conformidad con que lo tratan todos los Escritores al hacer memoria de este Río y del viaje de Orellana; pero además de esto... lo acredita la memoria que se conserva todavía entre aquellos Naturales: así lo testifica... Don Pedro Maldonado... Este, haciendo Viage a España, lo emprendió por el Río Marañón el año de 1743, en compañía de Mr. de la Condamine; y no olvidando... las Amazonas, no sólo averiguó por el informe que le dieron algunos indios ancianos ser cierto el que allí se conocieron Mujeres que formando República particular entre sí, vivían solas sin admitir Varones a su gobierno, si también el que aún subsistían, pero retiradas de las orillas de aquel Río a lo interior del País: y en prueba de ello le citaron algunos casos de haverse dexado ver una u otra." ("Relación histórica del viaje a la América Meridional...", por Jorge Juan y Antonio Ulloa, lib. VI, cap. V, pág. 513.)

creyentes en las Amazonas americanas. En sus escritos tratan de hallar una solución lógica a la tradición secular, explicando que los conquistadores, al encontrarse con indias guerreras, les dieron el nombre de Amazonas, y que de ahí nació la gran fama que esta leyenda adquirió en el Nuevo Mundo (23). Interpretación muy "racionalista", que puede aplicarse a otros problemas, pero no a éste, pues los documentos primitivos, desconocidos a los sabios geógrafos y naturalistas del siglo XVIII y siguientes, contienen informes concordantes que en nada se relacionan con las fantasías o evocaciones clásicas que pudiera originar el hallazgo de mujeres salvajes reunidas en hipotéticas tribus de organización matriarcal.

En muchos de los documentos transcritos, especialmente en los que hemos clasificado como fabulosos o falsos, hallamos la absurda especie de que las Amazonas americanas se mutilaban el pecho derecho para manejar el arco con mayor facilidad.

Esta reminiscencia clásica, introducida en la historia por la mal empleada erudición de sus autores, no se encuentra en ninguno de los documentos originales que nos hablan de las supuestas Amazonas americanas, y no volveremos a ocuparnos de ella en nuestro estudio crítico comparativo.

Enunciamos en seguida nuestra tesis para probarla al instante de un modo definitivo y convincente:

Las amazónas entrevistadas por los conquistadores eran el reflejo de las Vírgenes del Sol, de las Casas de Escogidas y de la organización social del Perú y de los pueblos adonde había alcanzado la cultura incaica, mal explicada por los indígenas y peor comprendida por los españoles. En las relaciones de las Amazonas se agrupan y confunden innumerables datos pertenecientes a la vida peruana y que los conquistado-

(23) Un académico de la Real de la Historia, de Madrid, nos manifestó que, a su juicio, la leyenda de las Amazonas tuvo su origen de "indios de formas femeninas" que pasaron como mujeres a los ojos de los conquistadores, etc. Sin comentarios. Para Ferdinand Denis, las Amazonas eran del grupo Tupinambá, y Barbosa Rodríguez ("Muyrakytan") afirmaba que todavía existían.

res atribuyeron a una fantástica nación de mujeres, de las cuales la antigüedad había contado pormenores en apariencia idénticos a los de las costumbres de los pueblos peruanos, conocidos de un modo muy vago por los salvajes que interrogaban los españoles.

Las selvas infinitas y las circunstancias atroces en que se encontraban los conquistadores, los turbios relatos de los indígenas, el espejismo de la distancia y la ofuscación de los que interrogaban, no permitían por cierto estudios críticos y análisis profundos, que nosotros, en cambio, podemos realizar, mediante un trabajo intenso, contemplando en los documentos originales el panorama histórico de toda América desde antes de su descubrimiento hasta nuestros días. Por esto entonces nació la leyenda y por esto también ahora es disipada, mostrándose por primera vez la realidad histórica que sus velos disfrazaban.

Ya no se volverá a hablar de indias varoniles ni de invenciones de conquistadores: Las Amazonas eran como un símbolo de la vida peruana, de las Casas de Escogidas y de las Vírgenes del Sol.

He aquí su demostración:

En la "Relación" del P. Carvajal, éste nos declara que "los indios ofrecían chicha para el Sol a un monstruoso ídolo..." Son numerosos los testimonios demostrativos que en las regiones amazónicas se rendía culto al Sol (24), que, como se sabe, era asimismo la religión de los pueblos del Perú (25).

Dice el indio interrogado "que ellos eran sujetos y tributarios de las amazonas". Debe entenderse que ellos eran tri-

(24) Lo repite el P. Carvajal cuando dice que los indios del pueblo de Aparia "adoran y tienen por su Dios al Sol, que ellos llamaban Chise". Se ha supuesto que los Incas no llevaron su poder hasta las regiones amazónicas. Aparte del culto al Sol, eminentemente peruano, veremos cómo las tribus de la cuenca amazónica entregaban su tributo, o *manú*, a los factores del Inca.

(25) "... en cada pueblo hacen sus mezquitas al Sol...", escribía Francisco de Jerez en la "Verdadera Relación de la Conquista del Perú..." Véase el capítulo "El Lago donde dormía el Sol".

butarios de los factores del Inca que recorrían los ríos de la hoya amazónica recogiendo los tributos de las tribus sometidas, en lugares aún posibles de identificar (26). Se verifica con la declaración de que las "plumas de papagayos y de guacamayos" eran para los techos "de sus adoratorios" (de las Amazonas), o sea, de las Vírgenes del Sol (27).

En efecto, aquellos indios "adoraban en ello como en cosa que era insignia de su señora"; es decir, que adoraban el Sol, de cuyo culto se encargaban las sacerdotisas vírgenes.

Viene después el combate, donde hirieron al P. Carvajal, en que algunas indias peleaban e incitaban a sus compañeros. La vista de aquellas mujeres guerreras, al igual que en otras partes de América, hizo pensar a la gente de Orellana en las Amazonas del Termodonte y atribuir a ellas lo que oían de otras mujeres "que residían la tierra adentro" y que eran las

(26) La historia conserva los nombres de los lugares donde acostumbraban citarse los factores del Inca y las comunidades ribereñas sometidas al tributo llamado *manú*. Ellos son—entre otros—los siguientes: Manu, Mano, Manaos, Tahuamanu, Thauautimanu, Cuantamanu, Manuripe, etc. La voz quechua *manu* "expresa deuda, tributo o cantidad de especies que una determinada comunidad estuvo obligada a pagar, dentro de determinados plazos, a los factores del Inca". Algunos de los nombres citados son claramente expresivos; por ejemplo, en Manu, nombre de río, debió pagarse el tributo en algún trecho de sus orillas; Tahuamanu, que literalmente significa "cuatro manus", recuerda que en sus riberas debió recibirse el manu de cuatro comunidades, y en Manoa es donde todos los manus recibidos debieron ser reunidos. (Véase el interesante estudio de Rómulo Cuneo Vidal, "Las Leyendas Geográficas del Perú de los Incas", en el "Boletín de la Real Academia de la Historia". Madrid, t. 87, pág. 309, año 1925.)

(27) "... y al bulto del Sol tenían puesto un escaño alto *muy rico de mucha plumería de tornasol*, y fingían ellas dormir allí y que el Sol se ayuntaba con ellas..." ("Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú..." Año 1571, por Pedro Pizarro, publicada en la Colección de documentos inéditos para la historia de España, por Martín Fernández de Navarret, Miguel Salvá y Pedro Sáinz de Baranda Madrid, 1844.) Las plumas igualmente se empleaban para el palio del Inca: "... estaba aquí debajo de un gran palio de *plumería de mill colores*..." ("Descripción hecha en la provincia de Vilcas Guaman... en el año de 1586." Hállase en la "Colección" Muñoz, t. 93, y se publicó en las "Relaciones Geográficas de Indias". Herrera no utilizó este documento.)

que habitaban en las lejanas aldeas sometidas a la civilización incaica (28).

Interrogado nuevamente el indio, se supo que aquellas mujeres habitaban por lo menos en setenta pueblos, de cuyos "señores" leemos algunos nombres en Oviedo (29). Estos pueblos son simplemente las aldeas en que se hallaban las Casas de Escogidas y adoratorios atendidos por las Virgenes del Sol, o las mismas Casas de Escogidas, que a veces eran más grandes que cualquier aldea indígena (30). Claramente

(28) "En todo este reino del Perú había esta orden de mamaconas en provincias..., y en sus mismos pueblos, aunque fuesen pequeños, tenían casas de recogimiento para recoger las hijas que nacían de todos los indios: en siendo de edad de diez años éstas se ocupaban en ayudar a hacer las sementeras del Sol y del Inca y en hacer ropa delgada para los señores..." ("Relación" de Pedro Pizarro.)

"En el Pirú uvo muchos Monasterios de donzellas, que de otra suerte no podían ser recibidas. Y por lo menos en cada provincia auía uno, en el cual estauan dos generos de mugeres: unas ancianas que llamavan Mamaconas para enseañança de las demás; otras eran muchachas que estauan allí cierto tiempo y después las sacauan para sus dioses o para el Inga...; de allí se sacaua de catorce años para arriba, y con grande guarda se embiaua a la Corte; parte dellas se disputauan para servir en las guacas y sanctuarios conseruando perpetua virginidad; parte para los sacrificios ordinarios que hacian de donzellas, y otros extraordinarios por la salud o muerte o guerras del Inga; parte también para mugeres o para mancebas del Inga, y de otros parientes o capitanes suyos a quienes él las daua y era haelles gran merced..." ("Historia Natural de las Indias", por Joseph de Acosta, 1590; lib. V, cap. XV.) Escribe Garcilaso ("Comentarios Reales", lib. IV, cap. IV), que "a semejanza de la qual (de la casa de las Virgenes del Cuzco) avía otras muchas en todo el Reyno, en las Provincias más principales, donde el Inca, por gran Merced y Privilegio, las mandava edificar... En suma, todas eran una misma Casa: salvo que en la del Cozco entravan para Mugeres del Sol, y havian de ser legítimas en la Sangre Real, y guardavan perpetua clausura. Y en las demás Casas de el Reyno entravan Mugeres de todas suertes, con que fuesen muy hermosas y doncellas, porque eran para el Inca. De donde quando él las pedía, sacavan las más hermosas, para llevárselas donde él estava para concubinas."

(29) "Tenía cada convento destos su Gobernador, el qual avía de ser Inca: tenía Mayordomo y Despensero, y los demás Oficios necesarios para el servicio de las mugeres del Rey, que aunque Concubinas las llamavan mugeres por la honestidad del nombre..." (Garcilaso, "Comentarios Reales", lib. IV, cap. V.)

(30) Así describe Francisco de Jerez en su "Conquista del Perú"

dice el indio que eran pueblos de piedra, con sus puertas, unidos por buenos caminos, y a su entrada guardias o porteros rigurosos, conformándose en esto con las descripciones que tenemos de las grandes casas, verdaderas ciudades en pequeño, habitadas por cientos de mujeres consagradas (31). También declara que "había estado muchas veces allí y que había visto su trato y vivienda", hecho natural y muy posible, pues a más de haber anotado cómo los emisarios del Inca recorrían las regiones amazónicas, sabemos que también los indios del Marañón remontaban velozmente en canoas los ríos afluentes hasta las primeras aldeas quechuas, de donde traían las noticias de las mujeres que vivían sin hombres... (32).

una casa de recogimiento que había en el pueblo de Caxas: "... una Casa grande y cercada de Tapias, con sus Puertas, en la cual estaban muchas mugeres hilando i texiendo Ropa para la hueste de Atabaliba, sin tener varones más de los Porteros que las guardaban: i que a la entrada del Pueblo había ciertos Yndios ahorcados de los pies: i supo de este Principe que Atabaliba los mandó matar, porque uno de ellos entró en la Casa de las Mugeres a dormir con una: al qual i a todos los porteros que consintieron, ahorcó."

(31) "Al principio de la Calleja, que era la Puerta del Servicio de la Casa, avia veinte Porteros de ordinario, para llevar y traer, hasta la Segunda puerta, lo que en la Casa hubiese de entrar y salir. Los Porteros no podían pasar de la Segunda puerta, so pena de la vida, aunque se lo mandasen de allá adentro: ni nadie lo podía mandar, so la misma pena. Tenian, para el Servicio de las Monjas y de la Casa, Quinientas Moças, las quales también avian de ser Doncellas, Hijas de los Incas del Privilegio... Las quales Moças también tenian sus Mamaconas, de la misma Casta, y Doncellas, que las ordenavan lo que avian de hacer... El principal ejercicio que las Mugeres del Sol hacian, era hilar y teger y hacer todo lo que el Inca traía sobre su Persona, de vestido y tocado, y también para la Coya su muger Lagítima... Labraban asimismo toda la Ropa finísima que ofrecian al Sol en sacrificio..." (Garcilaso, "Comentarios Reales", lib. IV, cap. II.)

(32) Gonzalo Pizarro escribía al Rey desde Tomebamba, el 3 de septiembre de 1542, que en la provincia de Omagua halló que "los indios desta provincia se tratan y contratan por el agua en sus canoas, porque la tierra adentro no se puede andar, por que todo cienagas y mucha agua y todos tienen sus viviendas y casas junto a la lengua del agua... (y) había en el río muchas veces ciento e ciento y cincuenta canoas, toda gente de guerra; y son tan diestros en el andar destas canoas y en el gobernallas, que a esta causa nadie es parte para los facer mal ni poder conquistar." (Original en el Arch. de In. Patronato, 1-1-1/6, núm. 2, ramo 11. Fué publicada por Jiménez

Luego el indio informa que aquellas mujeres no eran (33)

de la Espada en "La Ilustración Española y Americana" del 22 de agosto de 1892, y por J. I. Medina en "El descubrimiento del Río de las Amazonas".) Leemos en Gabriel Soares ("Noticia do Brazil, descripção verdadeira da Costa daquelle Estado...", reimpressa en 1925 por la Academia Real das Sciencias, de Lisboa; Parte II, cap. CLXXXIII) que los indios del Amazonas lo recorrían desde las cordilleras del Perú hasta sus desembocaduras. Cristóbal de Acuña también consigna que "todos los que viven a las orillas de este gran Río (Amazonas) están poblados en grandes poblaciones y como venecianos y mexicanos, todo su trato es por agua..."

(33) A más de los testimonios ya citados que hablan de la castidad impuesta a las Virgenes del Sol, recordamos a José de Acosta ("Hist. Nat. de las Indias", lib. V, cap. 15), que dice: "Si se hallara auer alguna destas Mamaconas o Acllas delinquido contra su honestidad, era infalible el castigo de enterralla viva, o matalla con otro género de muerte cruel." Garcilaso escribe que "para la Monja que delinquiese contra su Virginidad avía Ley, que la enterrasen viva, y al cómplice mandavan ahorcar... y matábase su familia, criados y parientes y todos los vecinos de su pueblo, y ganado, derrivaban el pueblo y lo sembravan con piedra, y el sitio quedaba maldito". Agrega Garcilaso que para los delinquentes de las "Casas de las Mugerés del Inca, havia la misma ley rigurosa que contra los Adúlteros de las Escogidas, dedicadas para el Sol; porque el delicto era uno mismo, mas nunca se vió egecutado; porque nunca huvo en quién." En la "Descripción fecha en la provincia de Vilcas Guaman..." de 1586, se dice que las doncellas dedicadas al Sol, "después de metidas en esta casa no conocian varón, y la que era tomada en algún hierro, la mandaban matar ahorcándola de los pies." Herrera (Dec. V, lib. III, capítulo VIII) igualmente refiere que "el que quebrantaba la Casa donde estaban las Mamaconas del Sol... le mataban colgándole de los pies i dexándole estar así, hasta que muriese dentro de la misma Casa, donde hizo el delito, i si alguna de las Mamaconas le metió o adulteró con él, se la daba la misma pena, sin que fuesen perdonados". De la castidad de las Virgenes del Sol dudan algunos autores, sin duda por odio religioso. Pedrarias Dávila, en la "Relación" de sus sucesos en las provincias de Tierra Firme o Castilla del Oro (publicada por Navarrete en su "Colección", t. III, p. 393) dice que en el Perú "tenían ciertas casas del sol donde les ofrescian doncellas que se decian mugeres del sol, y éstas estaban en aquella casa como monjas, guardadas sin que tratasen con hombres, y el que en ello pretendía tener alguna parte, tenía pena de muerte. Estas tenían su renta y servicio situado. Y cuando alguna remanesecía preñada, decía que era del sol y así era creída si no había información de otra cosa". Pedro Pizarro, en su "Relación", también dice que "aquí vivían muchas mugeres que decian ellas eran mugeres del Sol y fingian guardaban vir-

casadas, que eran muchas (34) y que parían porque "participan con indios en tiempos... y después que se hallan preñadas les tornan a enviar a su tierra..." Aquí los informes parecen contradictorios, confusos y hasta indescifrables; pero no lo son, si tenemos en cuenta que el indio habla a la vez de las mujeres escogidas o esposas del Inca, de las Vírgenes del Sol, que aunque viviesen todas en castidad, unas podían casarse y las otras no (35), de los repartimientos de mujeres que se hacía anualmente, y de los casamientos en común, también en épocas fijas, que se llevaba a cabo en todas las poblaciones adonde alcanzaba el dominio y jurisdicción incaicos (36).

ginidad y ser castas, y mentían porque también se envolvían con los criados y guardadores del Sol, que eran muchos".

(34) Según el testimonio de Garcilaso, en el templo del Sol, del Cuzco, "avía de ordinario más de mil y quinientas Monjas, y no había tasa de las que podían ser" (lib. IV, cap. I). Sarmiento de Gamboa ("Relación", cap. VII) dice que Huayna Capac tenía setecientas mujeres encerradas. En Guamanga, según la descripción de esta ciudad publicada en las "Relaciones Geográficas de Indias", "tenía en este pueblo viejo unas casas cercadas y con muchas guardas, llamadas Guayran calla (Huairan aclla), donde tenía quinientas doncellas dedicadas al sol... Tenía otra casa donde estaban otras quinientas mujeres doncellas dedicadas para el Ynga..." En las "Noticias sobre el Nuevo Reino de Granada" ("Colección" de Torres de Mendoza, t. V, p. 529) leemos que el rey Bogotá "tenía cuatrocientas mujeres; volvíanle las espaldas por no le mirar a la cara, de la reverencia que le tenían; cuando escupía se hincaban de rodillas las más principales a tomar la saliva en unas toallas de algodón muy blancas. Cada uno de los de su reino puede tomar por mujer cuantas puede sustentar, pero no habían de ser parientas". Garcilaso cuenta algo parecido referente al Inca: "nunca escupía en el suelo, sino en la mano de una señora muy principal, por Magestad".

(35) Siguiendo a Prescott, algunos suponen "que aunque Vírgenes del Sol, eran esposas del Inca, y las más hermosas eran llevadas a su Serrallo". Nada más inexacto. Las Vírgenes del Sol y las mujeres escogidas debían guardar una rigurosísima castidad; pero las segundas eran concubinas del Inca, el cual podía repartirlas también entre sus familiares, mientras que las primeras quedaban eternamente consagradas al Sol. Las escogidas, cuando el Inca ya no las quería, las devolvía a su familia, donde todos las respetaban por haber sido esposas del Inca. (Cf. Garcilaso, Parte I, lib. IV, cap. IV; Montesinos, "Mem. Ant.", lib. II, cap. XIX, etc.)

(36) "Este repartimiento se hacía cada año", escribe José de

Estas costumbres de la civilización quéchua, eran conocidas, aunque vagamente, por los indios de las selvas amazónicas, quienes se enteraban de ellas por los relatos de otros indios, los cuales las aprendían de los factores del Inca, a los que estaban sometidos y debían pagar tributo, o por haber llegado alguna vez a las ciudades o aldeas quéchuas donde no faltaban templos del Sol, atendidos por sacerdotisas vírgenes, y casas de mujeres recogidas (37).

Acosta (lib. V, cap. 15) refiriéndose a las mujeres que distribuía el Inca a sus parientes y capitanes. He aquí cómo cuenta Pedro Pizarro ("Relación", año 1571) los casamientos en común que se hacía en todas las regiones incaicas: "La orden que tenían para dar mujeres a los indios y renovar estas mamaconas, era que de año a año el gobernador que gobernaba las provincias que el Inga tenía puestos, que eran orejones (en cada diez mil indios tenían un gobernador), éste cada año juntaba todas estas mamaconas en la plaza y las que eran ya mayores para casar les decían escogiesen los maridos que querían de su pueblo, y llamados a los indios les preguntaban que con qué indias se querían casar de aquellas, y por esta orden cada año iban casando sacando las mayores y metiendo otras de edad de diez años... esto era común en todo este reino del Perú." Confirmamos lo expuesto con el testimonio del P. Bernabé Cobo ("Historia del Nuevo Mundo", cap. VII), quien, al hablar "de los ritos y costumbres que tenían en celebrar sus matrimonios", nos dice: "En las otras provincias fuera de la del Cuzco o donde se hallaba presente el Inca, en un día señalado del año juntaba el Gobernador en la plaza todos los mozos y mozas de la gente plebeya que estaban para casar (la edad dellos era desde quince hasta veinte años y la de ellas algo menos) y allí les daba a cada uno su mujer..." Para terminar, transcribimos lo escrito por Garcilaso (lib. III, cap. VIII): "será bien tratemos de la manera cómo se casavan en todos los Reynos y Provincias sujetas al Inca. Es de saber que cada Año, o de dos a dos Años, por tal tiempo, mandava el Rey juntar todos los Moços y Moças casaderas que en la Ciudad del Cozco avia de su Linage. Las Moças avían de ser de diez y ocho a veinte Años y los Moços de veinte y quatro arriba... El Inca se ponía en medio de los contrayentes, que estavan cerca unos de otros, y mirándolos clamava a él y a ella, y a cada uno tomava por la mano y los juntava, como que los unía con el Vínculo del Matrimonio... Los Incas no tuvieron otra manera de casar, sino la que he referido, y según aquello salía por todos los Reynos su mandato, para que cada Governador, en su distrito, juntamente con el Curaca de la Provincia, casase los Moços y Moças que huviese para casar..."

(37) "Tuvieron los Incas en su gentilidad... cosas grandes... y una de ellas fué la profesión de perpetua virginidad que las mugeres

Las guerras que las Amazonas hacían a los "Señores" comarcanos, no son más que las excursiones conquistadoras que desde los últimos pueblos de la cordillera andina llevaban hacia las selvas del Marañón, tanto las tropas del Imperio Incaico como las del Reino de Quito, que por venir del lado de donde se hallaban las mujeres que vivían sin hombres, se creyó que fuesen organizadas directamente por ellas con el fin de reclutar esclavos para sus fines de reproducción. Este último detalle de la esclavitud en que las Amazonas tenían a los hombres, es una consecuencia lógica originada: primero, por la supuesta superioridad de las mujeres; segundo, por el desprecio que manifestaban hacia el amor de los hombres, y tercero, por la guerra que se suponía hiciesen a los indígenas, la cual no podía tener otro motivo que el de procurarse lo que a ellas les faltaba y necesitaban sólo temporalmente: hombres.

El recuerdo de las empresas guerreras que en Grecia, en Troya y en Africa realizaban las clásicas Amazonas, se veía confirmado en el Marañón y en otras regiones de la América Meridional, por las expediciones que descendían del país habitado por mujeres solas y que tanto indígenas como españoles creían organizadas por las Amazonas americanas.

La influencia legendaria de las guerreras del Termodonte se patentiza en las concordantes declaraciones de que si las

guardaban en muchas casas de recogimiento, que para ellas en muchas Provincias de su Imperio edificaron..."

Jorge Espira, en su expedición, halló cerca de San Juan de los Llanos, en el Nuevo Reino de Granada, "una valiente casa de más de doscientos pasos de largo, y ancha, en buena proporción, en cuyos dos frentes tenía dos grandes huertas, y según se supo, era su templo donde aquellos bárbaros hacían sacrificios al sol, que adoraban por su dios; servía también de monasterio, donde estaban muchas doncellas recogidas sin salir de él, ofrecidas allí de sus padres como en sacrificio para el servicio del templo y altares. Estaba con ellas un indio viejo que era el sacerdote o mohan que administraba en los sacrificios y predicaba y enseñaba a aquellas mujeres lo que según sus ritos habían de guardar". (Fray Pedro Simón, Tercera Noticia, capítulo XII).

No debe extrañar que el indio "que hubiese de bajar a la tierra de estas mujeres habría de ir muchacho y volver viejo".

Amazonas paren hijos los matan o crían hasta que dejan de mamar y envían luego a sus padres, mientras que si tienen hijas las guardan consigo. No hay duda que la idea es completamente clásica; pero las causas que la hicieron evocar y poner de moda son también hechos auténticos, propios de la civilización quéchua, complemento de los ritos y costumbres matrimoniales. Nos referimos al "tributo de niños y niñas que cobraba el Inca de sus vasallos" para ciertos sacrificios sangrientos y mantener siempre pobladas las Casas de Recogimiento y de Escogidas. Las "mujeres que vivían sin hombres", en efecto, guardaban las niñas para sí, en tanto que los niños que no eran inmolados quedaban con sus padres (38).

(38) Véase, como prueba clara y terminante, lo escrito por el P. Bernabé Cobo en su "Historia del Nuevo Mundo" (lib. XII, capítulo XXXI): "...a los tributos referidos se añadía el de sus propios hijos, que, o de grado o por fuerza, han compelidos a contribuir para matar en sus abominables sacrificios... La derrama deste tributo infantil que mandaba el Rey hacer cada año era sin más limitación que las demás contribuciones, en la cantidad que le placía. Habían de ser todos estos niños de nueve a diez años para abajo, y cuantos varones así se recogían eran sacrificados; y matábanlos ahogándolos con un lazo, dándoles garrote, y luego los enterraban; y a veces los embriagaban antes de hacerlos morir. El número de niñas que se juntaba era mucho mayor que el de los niños, como se echa de ver por los ministerios a que las destinaban. El modo que había en recogerlas era éste: a cada provincia se despachaba un juez o comisario nombrado por el Inca, que sólo entendía en este negocio de recoger niñas, guardarlas y enviarlas al Cuzco cuando estaban de edad, y llamábase Apuhanaca; el cual, discurriendo por los pueblos de su jurisdicción, tenía potestad de señalar todas las que a él le pareciesen hermosas... desde ocho o nueve años para abajo... Criábanse allí (en las casas de escogidas que había en cada cabecera de gobernación) hasta los catorce años en compañía de las Mamaconas... las cuales enseñaban a estas niñas todas las obras y ejercicios mujeriles..." En el capítulo XXXV vuelve a repetirnos: "Las hijas estaban comunmente en poder de sus padres no más hasta los 10 años, y de allí adelante estaban a disposición del Inca."

Para los sacrificios de niños que el Inca hacía al Hacedor de todas las cosas, al Sol y a la Tierra, puede verse la "Descripción hecha en la provincia de Vilcas Guaman", de 1586, publicada en las "Relaciones Geográficas de Indias". También Fray Pedro Simón nos dice en la Segunda Noticia, cap. IV, que los indios de Guacheta querían

Hernando de Ribera y el P. Carvajal escriben que las Amazonas tenían "una mujer principal que subjeta y tiene todas las de más debajo de su mano y jurisdicción". Los indios se referían a las Mamacunas o Matronas que gobernaban a todas las mujeres escogidas (39). Proseguimos: aquella "Señora" se llamaba "Coñori" o "Coniapuyara", que es lo mismo que grandes "Señoras" (40). Estas eran las cacicas, "las mujeres de los curacas, que eran las mandonas" (41).

"apacar a los soldados con carne humana como al sol" y que les ofrecían niños despenándolos desde lo alto de un peñón con intento de que se los comiesen los españoles.

(39) "Dentro de la Casa avia Mugeres mayores de edad, que vivían en la misma profesión, envejecidas en ella; que avian entrado con las mismas condiciones, y por ser ya viejas y por el oficio que hacían, las llamaban Mamacuna, que interpretándolo superficialmente, bastaría decir Matrona; empero para darle toda su significación, quiere decir Muger que tiene cuidado de hacer oficio de Madre. . . Unas hacían oficio de Abadesas, otras de Maestras de novicias, para enseñarlas, así en el Culto Divino de su Idolatría, como en las cosas que hacían de manos para su ejercicio, como hilar, tejer, coser. Otras eran porteras; otras, provisoras de la Casa..." (Garcilaso, "Comentarios", lib. IV, cap. I.)

(40) Herrera, Dec. VI, lib. X, cap. II.

(41) "Antigualla peruana", publicada por Jiménez de la Espada. Léese en ella que "fué la gente de la costa que llaman Yungas gente muy débil; en la mayor parte de la costa mandaban mujeres a quienes llamaban Illaponas y en otras partes las llamaban Capullanas. Eran éstas muy respetadas, aunque había curacas de mucho respeto." R. Cuneo Vidal ("Las leyendas Geográficas del Perú", en Bol. Real Acad. de la Hist., t. 87, pag. 309) supone que la vista de esta sociedad pudo traer a los españoles la memoria de las Amazonas de la Mitología griega. Sus maridos serían llamados "garañones o marañones, zánganos que fueron de la colmena de la que fué reina la mujer". (También se ocupan de las Capullanas, el P. Las Casas, en "Antiguas Gentes del Perú", y López de Velasco, los cuales atestiguan que heredaban en lugar de los varones y tenían el gobierno de los hombres.) Estas apu-illanas (*apu* es juez, e *illana*, hija del trueno) influyeron muy someramente en la formación de la leyenda de las Amazonas, reflejo de la vida quéchua. Jenaro Herrera ("Leyendas y tradiciones de Loreto", cit. por Cuneo Vidal) habla de una especie de fiestas priapeyas que celebraban las Capullanas y al cabo de las cuales los hombres debían volver a sus lares. De ser demostrada la autenticidad e importancia de estas fiests, tendríamos en ellas una influencia más en la formación de la leyenda de las Amazonas. También recuerda Jenaro Herrera unas indias llamadas *Icamiyas*, en que

Además, las Amazonas, según los informes obtenidos por el P. Carvajal, por Juan de San Martín y Alonso de Lebrija, por Hernando de Ribera y Agustín de Zárate, eran mujeres muy ricas, que tenían mucho metal blanco y amarillo y que todo el servicio de sus casas era de oro y plata, en tanto que las mujeres plebeyas se servían en vasijas de palo y barro. Es exactamente lo que ocurría con las Virgenes del Sol y mujeres del Inca: "En todas las Casas de Doncellas escogidas para el Inca, la Bagilla y los demás Vasos de servicio eran de plata y oro, como los avía en la Casa de las Mujeres de el Sol, y en su Famoso Templo... que hablando en suma, se puede afirmar que toda la riqueza de Oro y Plata y Piedras preciosas que en aquel grande Imperio se sacava, no se empleava en otra cosa sino en el adorno y servicio de los templos del Sol, que eran muchos, y de las Casas de las Virgenes, que por consiguiente eran otras tantas..." (42).

la raíz *iqui* de la lengua aimará equivale a *dormir*, y unos indios, maridos de las Icamíavas, conocidos con el nombre de *aguaruna* o *ahuaruna* (ahua es telar, en quéchua, y runa, hombre, o sea: tejedor). De tales etimologías se deduce que el nombre de las Icamíavas "parece denotar a la mujer que tuvo la facultad de *dormir* con el marido que le vino en gana", en tanto que el apelativo de los maridos los señala como "consagrados a la tarea mujeril del tejer". Tesis ingeniosa, pero que presenta algunas dificultades. Primeramente extraña que el nombre de la mujer y del marido no pertenezcan a un mismo idioma, sino a dos; luego no sabemos que los indios de las regiones amazónicas hablaran quéchua y aimará. Tampoco se demuestra la existencia de *Iqui*, dormir, en el nombre de las Icamíavas, ni esta palabra se aplica a la mujer que duerme con quien ella lo desea. Pero si en efecto hubiesen existido en el Marañón los nombres de las Icamíavas y de los ahuarunas, como designaciones de mujeres mandonas y de hombres afeminados, tales apelativos serían simplemente los que los indígenas daban a las supuestas mujeres que vivían solas y a sus maridos.

(42) Garcilaso; "Comentarios Reales" (lib. IV, cap. V), Pedro de Zárate igualmente, nos dicen que en aquellas casas "también tenían depósitos de ropa basta, porque la delgada toda la llevaban al Cuzco, y de zapatos que ellos llamaban ojotas, y de armas conforme a las que en las provincias usaban, para proveer a la gente de guerra que pasaba, y de todas las demás cosas que tenían necesidad". En otro lugar apunta que las Virgenes del Sol trabajaban "para si pasaban guarniciones de gente de guerra por su tierra dalles de comer y desta chicha". En el templo del Sol que halló Jorge Espira en su

En la "Relación" del P. Carvajal, el indio, después de referirse a las Vírgenes del Sol y mujeres escogidas, describe claramente los templos del Sol: dice que están ornados con pinturas de diversos colores y que tienen muchos ídolos de oro y de plata en figuras de mujeres, y rica cantería, todo "para el servicio del Sol" (43).

Las mujeres "andan vestidas de ropa de lana muy fina... porque hay muchas ovejas de las del Perú..." (44), y en aquella tierra "hay camellos que los cargan" (45), a más de otros animales que ya hemos probado que eran las antas. Por último, para que no quede duda que aquellas mujeres eran las Vírgenes del Sol y las esposas o concubinas del Inca,

expedición, "tenían en ciertos repartimientos del bohío mucha cantidad de todas suertes de mantenimientos para el de aquellas encerradas doncellas".

(43) Dejamos la descripción de los templos para el capítulo "El lago donde dormía el Sol". Sólo anotamos lo que dice Cieza de León en "La Crónica del Perú" (cap. XLIV), del templo del Sol que había en Tumbabamba, de la provincia de los Cañares: "Las portadas de muchos aposentos estaban galanas y muy pintadas, y en ellas asentadas algunas piedras preciosas y esmeraldas, y en lo de dentro estaban las paredes del templo del sol y los palacios de los reyes ingas, chapados de finísimo oro y entalladas muchas figuras; lo cual estaba hecho todo lo más deste metal y muy fino... Por de dentro de los aposentos había algunos manojos de plata y oro y por las paredes esculpidas ovejas y corderos de lo mismo, y otras cosas muchas. Sin esto cuentan que había suma grandísima de tesoro en cántaros y ollas y en otras cosas, y muchas mantas riquísimas llenas de argentería y chaquira." Lucas Fernández de Piedrahita, en la "Historia General de las Conquistas del Nuevo Reyno de Granada", refiere que los *Mozcas* "tenían templos o Santuarios, y destos los más celebrados eran los de Bogotá, Sogamoso y Guatavita; en ellos adoraban mucha diversidad de ídolos, como son figuras del Sol y de la Luna, formadas de plata y oro, y del mismo metal figuras de hombres y mujeres, otras de madera, hilo y de cera, grandes unas y otras pequeñas, y todos estos ídolos, con cabelleras y mal tallados..." (Parte I, lib. I, cap. III.)

(44) Como ejemplo citamos al P. Cobo, quien nos dice de la Vicuña que su pelo "es una lana mucho más corta que la de las Llamas, y la más delicada y blanda que cría ningún animal terrestre". (Hist. del Nuevo Mundo, cap. LVIII.)

(45) "... tira su pescuezo y talle a camello... (y) ... cuando se quejan, achándose como los camellos, gimen..." escribe Cieza de León (cap. CXI) refiriéndose a las Llamas y a los Urcos.

"dice que tienen una orden que en poniéndose el sol no ha de quedar indio macho en todas estas ciudades que no salga afuera y se vaya a sus tierras...", orden que regía escrupulosamente en todas las casas de castidad del Imperio de los Incas (46).

Hemos terminado el análisis crítico de la leyenda de las Amazonas americanas. Esta es la primera vez en la historia que el mito secular es descompuesto y examinado en todos sus elementos e influencias constitutivas, hasta hallar su verdadero espíritu y significado. Creemos que nadie volverá a escribir que los indios engañaban a los españoles (47) y que se habían puesto de acuerdo en todo el Continente americano para aprender la historia de las mujeres que vivían sin hombres y referir de ellas idénticos pormenores...

Las Amazonas—lo repetimos—eran el reflejo, hecho leyenda, de las vírgenes del Sol y de las esposas del Inca, con todos los detalles de su existencia, de la organización social y de las costumbres del Imperio Peruano.

Resumen y comentario del capítulo VI.

Entre los diversos mitos clásicos que del Viejo Mundo pasaron al Nuevo con las naves de Colón—por la creencia de hallarse en Asia y la fe que se prestaba a las fábulas antiguas—se cuenta el de las Amazonas, nombre que primitivamente se dió a las indias guerreras en general, y más tarde, con los relatos de Orellana y de otros expedicionarios, se convirtió en una leyenda insondable, de variantes extrañas; pero de un fondo común, al parecer incomprensible.

(46) "No había de dormir ni quedar de noche (en los cercados y casas de las Vírgenes del Sol) ningún varón so pena de la vida, porque si se supiera (vi la orden que era como tengo dicho) el que todo lo dispensaba y mandaba en sus ritos los hiciera matar..." ("Relación" de Pedro Pizarro.)

(47) Por ejemplo, José Toribio Medina, en "El descubrimiento del Río de las Amazonas" (pág. XXXVI) dice del indio que tan perfectamente describió a Orellana y a sus compañeros la vida y costumbres de las Vírgenes del Sol y de las mujeres escogidas: "Este indio ladino, que tan completamente engañó a los expedicionarios..."

Ante la oscuridad de los relatos y la falta de un análisis profundo y crítico que descompusiera en todos sus elementos las ideas originales y las influencias alienígenas, los historiadores prefirieron tratar de falsas las relaciones auténticas o buscar impropias explicaciones racionalistas al pretendido mito.

Nuestras investigaciones demuestran por primera vez en la historia que todos los pormenores que los indios referían de unas mujeres que vivían sin hombres, que se dedicaban al culto del Sol, que poseían riquezas infinitas, que se unían a los hombres una vez por año, que guardaban para sí las hijas que daban a luz y entregaban a los padres, o mataban, a los hijos varones, pertenecen exclusivamente a las Vírgenes del Sol y a las mujeres del Inca, y a la organización social del Perú.

Las mujeres escogidas, en número de muchos miles y repartidas en todas las ciudades del Imperio, debían guardar una inquebrantable castidad, al mismo tiempo que eran depositarias de gran parte de la riqueza del Estado por el sacerdocio que desempeñaban y su obligación de proveer de vituallas a las tropas en campaña.

En cuanto a las costumbres quéchuas, de las cuales hablaban los indios a los españoles y que por lógica confusión se atribuía todo a unas mismas fabulosas mujeres, es sabido que el Estado se apropiaba de las niñas para repartirlas en las casas de escogidas, donde quedaban al cuidado de las Mamaconas, en tanto que los niños permanecían en poder de sus padres, excepto unos pocos destinados a los sacrificios humanos.

Las campañas guerreras que desde las tierras donde vivían las mujeres solas descendían hacia los llanos amazónicos, también se supuso, por indios y españoles, que fuesen organizadas por las míticas mujeres.

Todo un conglomerado de noticias e influencias, a cual más diversa, constituyeron la leyenda de las Amazonas, que nosotros creemos haber desvelado de un modo convincente y definitivo.

CAPITULO VII

EL DORADO

Demonstration fails to change established opinions.

HERBERT SPENCER.

SUMARIO: *La ilusión del oro y el descubrimiento de América. Noticias maravillosas de las riquezas del Nuevo Mundo. Las migraciones a América en pos de esperanzas fantásticas. Ensueños de nuevos Imperios y de grandes tesoros aún no descubiertos. La locura del oro. Expediciones en busca de quiméricas riquezas. Descubrimientos increíbles. Las primeras noticias del Cacique Dorado de la Laguna de Guatavitá. La historia de la Cacica adúltera y el origen de la ceremonia del Dorado. Los tributos a la Laguna de Guatavitá. Otras versiones sobre la ceremonia del Dorado. Sebastián de Belalcázar y el nacimiento del nombre Dorado. La fama y realidad del Dorado. Las guerras de los Mucacas con los Guatavitas y la desaparición de la ceremonia del Dorado años antes de que los españoles descubriesen la Laguna de Guatavitá. El culto a las lagunas. Los desagües de la Laguna de Guatavitá y las riquezas encontradas en ella. Corrupción del significado del nombre Dorado. Los historiadores aplican indebidamente el nombre Dorado a otros mitos y a otras "noticias". Los "falsos" Dorados. Expediciones en busca del Dorado. Hernán Pérez de Quesada a la conquista de la Casa del Sol. Gonzalo Pizarro al descubrimiento de la provincia de la Canela. Llegada al Perú de los indios "Brasiles" que remontaron el Marañón. Divulgan la fama de los Omaguas. La fantasía de los conquistadores adorna la relación de los indios Brasiles con el nombre Dorado. Expedición de Pedro de Orsúa. Las noticias que tuvo Juan de Salinas. En el Río de la Plata se aplica el nombre Dorado a la visión del Titicaca. El Lago Parime y las observaciones de Humboldt. Las expediciones de los Wetsers. La expedición de Diego de Ordás y las noticias que tuvo en el Marañón. Ortal, Sedeño y Alonso de Herrera en busca de la Provincia de Meta. Llegada de Jiménez de Quesada a la Laguna de Guatavitá. Las riquezas de Tunja y del templo de Sagomoso. Encuentro de*

Quesada, Belalcázar y Federman. Se amalgaman las noticias que traían los tres conquistadores y aumentan las relaciones maravillosas. Jorge Spira se lanza a descubrir la Casa del Sol y la provincia de Meta, y Felipe de Uten, el reino de los Omaguas y la quimérica ciudad de Manoa. La expedición de Antonio de Berrio. La falsa relación de Juan Martínez. Llegada al Orinoco de Robert Dudley. La expedición de Raleigh. Las noticias que obtuvo y las fantasías que agregó. La mina "Madre del Oro". Salen a su descubrimiento Keymis, Berris y Raleigh. No fué el Dorado quien atrajo a Raleigh, sino la célebre mina. Fracaso de su expedición y muerte de Raleigh. Transformaciones de la semántica del Dorado. Opiniones del P. Acuña, del P. Gumilla y del P. Caulin. Últimas expediciones en pos del Dorado. Teorías erróneas sobre el origen del Dorado basadas sobre fuentes no expurgadas. Falta de método crítico en los estudiosos del Dorado. Bibliografía complementaria. Resumen y comentario del capítulo VI.

La historia de la conquista de América es la historia de sus mitos; y la fiebre del oro, el único móvil de todas las empresas y de todos los descubrimientos.

Se ha hablado de la evangelización de los indios como del ideal que animaba las expediciones: falsedad insostenible defendida por gentes que no conocieron los secretos de la conquista como los hemos profundizado nosotros. Aunque en algunos documentos se lea que los españoles conquistaron una tierra para imponer la fe cristiana, en el fondo de esos mismos documentos se hallará la esperanza de las riquezas. La palabra de Cristo fué la luz de los misioneros—cuyo monumento glorioso aún no ha sido hecho—, pero el imán de los conquistadores, de los que tras de sí llevaron el comercio y la civilización, fué el oro.

La ilusión del oro acompañó el presagio de América desde las tenebrosidades del Océano ignoto (1). Los primeros navegantes embarcaron soñando con las riquezas de la Antilia (2), y

(1) No debe olvidarse que los navegantes portugueses, que según la tradición repetida por Herrera (Dec. I, lib. I, cap. III) habían llegado a la isla de las Siete Ciudades, "cogieron (en las costas de aquella isla) cierta Tierra o Arena para su fogón i hallaron que mucha parte de ella era oro".

(2) Es sabido que se decidió a gran parte de los marinos a que embarcaran en las naves de Colón, ponderándoles las seguras riquezas que hallarian en la isla que se iba a descubrir.

una vez descubierto el Nuevo Mundo, en tanto que Colón se imaginaba estar en las tierras maravillosas de que hablaban la Biblia y los fantásticos viajeros medievales (3), las noticias que de América se esparcían por Europa exaltaban la imaginación de los aventureros con historias increíbles y enloquecedoras, jamás igualadas por la fantasía humana (4).

Los conquistadores corrían a América atraídos por la fie-

(3) "El Almirante sostiene que Salomón, rey de Jerusalén, se procuró de allí, por el golfo pérsico, aquellos inmensos tesoros de que se habla en el Antiguo Testamento. Si ello es verdad o no, eso no me toca a mí juzgarlo, pero me parece que dista mucho de serlo." (Pedro Mártir de Angleria, Dec. I, lib. IV, cap. IV.)

"Esta isla es Tharsis, es Cethia, es Ofir y Ophaz e Cipanga, y nos la habemos llamado Española", escribía Colón al Papa en febrero de 1502.

(4) "Ha regresado (Colón) trayendo muestras de muchas cosas preciosas, pero principalmente de oro, que crían naturalmente aquellas regiones." (Carta de Pedro Mártir al Caballero Juan Borromeo, Barcelona, 14 de mayo de 1493.) "Cosa admirable, Pomponio. En la superficie de la tierra encuentran pepitas de oro en bruto, nativas, de tanto peso que no se atreve uno a decirlo. Han encontrado algunas de doscientas cincuenta onzas. Esperan encontrarlas mucho mayores, según los naturales lo indican por señas a los nuestros cuando conocen que estos estiman mucho el oro." (Carta de Pedro Mártir a Pomponio Leto, 5 de diciembre de 1494.)

"Los que han vuelto con aquellas doce naves que antes he nombrado, cuentan maravillas de la abundancia de aquella región..." (Carta de Pedro Mártir a Pomponio Leto, 29 de diciembre de 1494.) "De los antipodas cada día se refieren cosas más y más grandes..." (Carta de Pedro Mártir al Arzobispo de Granada, 15 de enero de 1495.) "Del Nuevo Mundo nuestro Almirante Colón ha traído muchas sartas de perlas orientales..." (Carta de Pedro Mártir al Cardenal Bernardino Carvajal, 5 octubre 1496.) "Escriben maravillas..." (Carta de Pedro Mártir a Luis Hurtado de Mendoza, 23 de julio de 1514.) En Cumaná "también hallaron topacios en la playa. Pero preocupados con el oro, no se cuidan de estas joyas: sólo al oro atienden, sólo el oro buscan. Por eso la mayor parte de los españoles hace burla de los que llevan anillos y piedras preciosas y motejan el llevarlas, en particular los plebeyos..." (Pedro Mártir, Dec. II, lib. IV, cap. V.) "El oro, las piedras preciosas, las joyas y demás cosas de esta clase que acá en Europa reputamos por riquezas, no las estiman en nada, antes bien las desprecian de todo punto y no hacen diligencia ninguna por tenerlas." ("Quatuor Americi Vesputii Navigationes", Primera navegación: "De moribus ac eorum vivendi modis.")

bre del oro (5); España se consumía en aras de aquella áurea locura (6), y los piratas volaban por los mares asaltando los navíos y saqueando los tesoros que venían del Nuevo Mundo (7).

En América, en los primeros años del descubrimiento, las vagas noticias que los indios daban de los Imperios de Méjico, de los Chibchas y del Perú, dejaban entrever regiones inconcebibles y misteriosas, llenas de riquezas infinitas (8).

(5) "...porque no venían (ciertos expedicionarios) salvo con creencia que el oro que se decía que se hallaba, y especerías, que era a coger con pala e las especias que eran della los lios hechos liados, y todo a la ribera del mar..." (Carta de Colón, de mayo de 1499.) "...y porque un indio les hizo entender que había un río donde con redes se pescaba el oro, lo llevaron los procuradores a Castilla para que lo dijese al Rey, e, o porque el indio lo inventó, o porque ellos lo fingieron, de tal manera se extendió por todo el reino la fama de que pescaban el oro en la tierra firme, con redes, desde que llegaron, que para ir a pescallo cuasi toda castilla se movió, y así llamaron después por provisiones reales aquella provincia, Castilla del Oro, porque los oficiales que el Rey entonces tenía no eran muy enemigos del oro..." (Las Casas, "Historia de las Indias", t. IV, cap. XLV.)

(6) Un embajador veneciano ("Viaggio fatto in Spagna", cit. por Prescott, "Hist. de la Conq. del Perú") describía en 1525 la fiebre de la emigración y decía que la ciudad de Sevilla parecía que hubiese quedado casi exclusivamente en manos de las mujeres.

(7) "...el año pasado, cierto Florin, pirata francés, robó una nave que venía de la Española con ochenta mil dracmas de oro, seiscientas libras octunciales de perlas y dos mil robos de azúcar." (Carta de Pedro Mártir al Arzobispo de Cosenza, 19 de noviembre de 1522.) "...otra mala noticia han traído en este mismo día. Escribí otra vez que de tres naves que Hernán Cortés enviaba con inmensos tesoros de las tierras extremas, se guardaron dos por miedo a los piratas en las Casitéridas, islas de las Azores, hasta que se enviase una nueva armada para conducir las, y fué enviada para escoltarlas una flotilla de tres carabelas... De nada aprovechó: atacada la misma capitana de las dos, cayó en manos de Juan Florin, ladrón francés, cargada con aquellas cosas preciosas; la otra escapó con sólo una caja de las doce muy grandes que llevaba, y con el tigre de que arriba hice mención." (Carta de Pedro Mártir al Arzobispo de Cosenza, 11 de junio de 1523.)

(8) En la "Isla Rica", el Reyezuelo tomó de la mano a Gaspar Morales, enviado por Pedrarias, "y a los principales, los llevó a una torre alta del palacio, desde la cual se podía ver todo el mar, y volviendo los ojos alrededor, les dijo: "Ved ahí abierto un mar sin fin,

Después, cuando el asombro de Méjico y los "libros de rentas" de Moctezuma, hicieron delirar las fantasías, en un banquete que Cortés dió a sus compañeros "hombres hubo en él que, después de haber comido, anduvieron sobre las mesas, que no acertaban a salir al patio; otros decían que habían de comprar caballos con sillas de oro, y ballesteros también hubo que decían que todas las saetas y gujaradas que tuviesen en su aljaba las habían de hacer de oro, de las partes que les habían de dar; y otros iban por las gradas abajo rodando..." (9).

que el sol no le termina", y primero extendió su diestra al Oriente, y volviendo después al Mediodía y al Occidente, indicaba que había territorios inmensos, de los quales se veían las vastas moles de sus grandes montañas. Recogiéndose después más cerca, dijo: "Ved ahí, a derecha e izquierda, islas colaterales de este mi palacio y obedientes a mi imperio: todas son excelentes, todas dichosas, si vosotros dais este nombre a las tierras que abundan en oro y margaritas. De oro tenemos poca abundancia, pero de perlas están llenas todas las costas profundas de todas las islas que veis..." (Pedro Mártir, Dec. III, lib. X, cap. I.) "También he sabido ahora otra cosa que, a mi ver, no debe callarse. Cierta jurisperito llamado Corrales, Pretor urbano de los darienenses, dice que se encontró con un indio fugitivo de las grandes tierras occidentales de lo interior, que se había refugiado con un reyezuelo que encontró. Viendo él al Pretor leyendo, saltó lleno de admiración y, mediante los intérpretes que entendían la lengua del cacique su huésped, dijo: "¡Eh! ¿También vosotros tenéis libros? ¿Cómo! ¿También vosotros usáis de caracteres con los cuales os entendéis estando ausentes?" Pidió a la vez que le enseñaran el libro abierto, pensando que vería en él las letras de su país, y encontró que eran diferentes. Decía que las ciudades de su tierra están amuralladas, que sus conciudadanos van vestidos y se gobiernan por leyes. Pero cuál sea su religión no lo he sabido; mas esas noticias las dió el fugitivo, dejándolos pensativos y descuajados." (Pedro Mártir, Dec. III, lib. X, cap. II.) Sin duda aquel indio debía referirse a los libros mejicanos, de los cuales habla Pedro Mártir en la Dec. IV, lib. VIII, cap. I. Las primeras noticias que se tuvieron del Perú las dejamos para "El lago donde dormía el Sol".

(9) Bernal Díaz del Castillo, "Conquista de Nueva España". En el vértigo de la epopeya americana, hasta los perros llevaban su parte de botín, lo mismo que los conquistadores. Como ejemplo, citamos al perro Leoncio, del cual cuenta Oviedo (t. III, págs. 9 y 10) "que era hijo del perro Becerrico de la isla de Sanct Johan, y no fué menos famoso que el padre. Este perro ganó a Vasco Núñez... más de mil pesos de oro, porque se le daba tanta parte como a un compañero en

Se aseguraba que el oro y las joyas de Moctezuma habían sido escondidos en el fondo de una laguna, "por haberle dicho el Diablo—a aquel Emperador—que había de ser vencido. Y aunque se buscó este Tesoro con grandísima diligencia, por muchas partes de la Laguna, nunca se halló..." (10). Entonces se violó las sepulturas, de las cuales dieron noticia "algunos de los más principales mexicanos que estaban presos"; pero el oro era poco, y puesto en partición, pronto desapareció (11).

En el delirio de la fiebre del oro, los expedicionarios preguntaban a los indios si el oro "lo pescaban en las redes (12) o "lo sembraban" (13), y seguían, enceguecidos, las indica-

el oro y en los esclavos... Así yendo Vasco Núñez, dábanle a él sueldo a parte, como a otros capitanes; y el perro era tal que la merecía mejor que muchos compañeros soñolientos..." Cuando alcanzaba un indio, "si el indio estaba quedo, asiale por la muñeca o la mano e traíale tan ceñidamente, sin le morder, ni apretar, como le pudiera traer un hombre; pero si se ponía en defensa hacíale pedazos. Y era tan temido de los indios, que si diez cristianos iban con el perro, iban más seguros y hacían más que veinte sin él... Yo vi este perro... era un perro bermejo, y el hocico negro y mediano y no alindado, pero era recio y doblado y tenía muchas heridas y señales de las que había habido en la continuación de la guerra peleando con los indios. Después, por envidia, quien quiera que fué, le dió al perro a comer, con que murió. Algunos perros quedaron hijos suyos, pero ninguno tal como él se ha visto después en estas partes."

(10) Herrera, Dec. III, lib. II, cap. VIII, año 1521.

(11) Idem.

(12) "La gente toda, recién venida, no se descuidaba de preguntar dónde y cómo el oro con redes se pescaba, y, según yo creo, comenzó desde luego a desmayar como no vía las redes y aparejos con que se pescaba, ni hablar o tratar dello a cada paso; y así fué que, oídos los trabajos que los huéspedes les contaban haber pasado, y como el oro que tenían no era pescado, sino a los indios robado, y puesto que había muchas minas y muy ricas en la tierra, pero que se sacaba con inmenso trabajo, comenzaron luego a se desengañar y hallarse del todo burlados." (Bartolomé de las Casas, "Hist. de las Indias", t. IV, cap. XLV.)

(13) Así se interrogaba a los indios según la "Relación" firmada por Nufrio de Chaves y Hernando de Salazar, fechada en la Ciudad de los Reyes, en 1560, y publicada en la "Colección" de don Blas Garay y en las "Relaciones Geográficas de Indias", t. III. La sospecha de que los metales pudiesen sembrarse, no debe considerarse

ciones de los indígenas, a menudo falsas, perdiéndose en las selvas tras tesoros inexistentes (14).

Las ilusiones caían desde la altura a que las habían elevado las esperanzas (15); pero las inagotables noticias de rique-

absurda. La ciencia de la época no negaba tal posibilidad, y véase lo que de ello pensaba Herrera: "Los Metales son como Plantas escondidas en las entrañas de la Tierra, con su Tronco i Ramos, que son las vetas, que en cierta manera parece, que a semejanza de plantas van creciendo, no porque tengan vida interior, sino que de tal manera se producen en las entrañas de la Tierra, por la virtud del Sol i de los Planetas, que con el tiempo se van acrecentando..." (Dec. V, libro III, cap. XV.) En la Dec. I, lib. IV, cap. IX, Herrera habla también de ciertas piedras "que eran como madres del oro", que poco a poco se iban convirtiendo todas en oro".

(14) "Y es aquí de notar que, como los indios de todas aquellas provincias entendieron que tan sabroso era oír a los españoles el oro y que todo su fin y negocio no era sino saber dónde había oro, y dónde se sacaba el oro, y quién poseía oro, ya los indios usaban con ellos desta industria para les agradar o suspender sus crueldades, o para se descabullir dellos, conviene a saber, fingir que en tales y tales partes había inmensidad de oro y que habían de hallar las sierras y montañas todas doradas. Ellos todo lo creían..." (Bartolomé de las Casas, "Historia de las Indias", t. IV, cap. XLV.) En la "Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada", por José Manuel Groot (Bogotá, 1869, t. I, pág. 81), puede leerse cómo se descubrió una rica mina en las inmediaciones de la recién fundada ciudad de Pamplona, poco después de llegar de España Gonzalo Jiménez de Quesada con el título de Mariscal del Nuevo Reino. A un español recién venido, que con un talego al hombro parecía buscar algo—y que en efecto era "de aquellos que venían a América con la idea de recoger oro como se recogen piedras"—le preguntaron qué buscaba: "Oro"—contestó—. "Pues vaya a aquella loma, escarbe un poco y lo encontrará"—le dijeron, por burlarse de él—. Así lo hizo el hombre, y poco después volvió con el talego realmente lleno de oro, a dar las gracias por la indicación. (Cf. Fray Alonso de Zamora, "Hist. de la Prov. de S. Antonio del Nuevo Reino de Granada...")

(15) Llegado el criado de Pedrarias al pueblo, preguntó por Vasco Núñez; dijéronle: "Veis lo allí, el cual estaba mirando y ayudando a los que tenía por esclavos, que le hacían o cubrían de paja una casa, vestido de una camisa de algodón o de angeo, sobre otra de lienzo, y calzado de unas alpargatas los pies, y en las piernas unos zaragüelles. El hombre quedó espantado de ser aquél Vasco Núñez, de quien tantas hazañas y riquezas se decían en Castilla, creyendo que lo había de hallar en algún trono de majestad puesto..." (Bartolomé de las Casas, "Historia de las Indias", t. IV, cap. XLV.) Pedrarias creía que los indios de Castilla del Oro llevasen perlas in-

zas y de nuevos Imperios descubiertos, mantenían en un eterno orgasmo los sueños de oro, llevando a los conquistadores de un extremo a otro del Continente, siempre tras las sombras de aquellas quimeras reales que tan pronto se esfumaban entre las mismas manos que las estrujaban (16).

Después de la conquista del Perú, cuando la fama de su civilización y de sus tesoros recorría el mundo como un cuento fantástico, y aún se esperaba descubrir un nuevo imperio, tal vez más maravilloso (17), comenzó a conocerse, de un modo vago, como fábula de conquistadores, pero que arrancaba de un hecho real, la existencia de un cacique de la Laguna de Guatavitá que acostumbraba espolvorearse de oro

crustadas en los remos, por algunas que en efecto así se vieron, pero él no halló más que peste, hambre y llagas. "La tierra de donde se sacan las esmeraldas—escribían los conquistadores del Nuevo Reino de Granada—es tan estéril de mantenimientos que crían unas hormigas para comer..." ("Colección de Torres de Mendoza, t. V, pág. 529.)

(16) "Con estas nuevas del Perú, i de otro viaje que se nos ha levantado acá de Meta, que dicen que es allá en lo confines de Pizarro... no hai persona que quiera parar en esta isla. Está la cosa tan movida que el más viejo e más cojo tiene deseo de la jornada..." (Carta de Alonso de Molina al Procurador de Puerto Rico, Asensio de Villanueva, de 17 de febrero de 1535.) "Esta isla cada día se va despoblando. Sedeño vino desbaratado de la Trinidad. Algunos de aquí intentaron ayudarle para bolver con gente, i haviendo tenido noticia por indios que por aquella costa de Cubagua, doscientas leguas la tierra adentro, axia la cumbre de la Sierra, hai una provincia con dos pueblos grandes llamados Meta i Manta, riquísimos de oro, se allegó más gente, i son trescientos hombres y cien cavallos. Pero le obligan a ir a dicha provincia, nombrándole capitán desta jornada i no a la Trinidad." (Carta a S. M. de Baltasar de Castro, factor de Puerto Rico, 25 de mayo de 1535. "Colección" Muñoz, tomo XXX.)

(17) "En este tiempo, que sería por el año de treynta y uno, vino a Sancta Marta la nueba del descubrimiento del Pirú, y de sus riquezas, por lo qual fueron muchos soldados promouidos a dexar la viuienda de Sancta Marta e ir a participar de las riquezas nuebamente descubiertas." Entonces el Gobernador Lerma, para que no quedase despoblada Santa Marta, "determinó que se hiziese una jornada en descubrimiento del Zenú, de quien en aquellos tiempos auia gran noticia de muchas e infinitas riquezas de oro sobre la tierra." ("Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada", por Fray Pedro de Aguado, t. I, cap. X.)

para realizar ciertas ceremonias religiosas, verdaderamente inexplicables (18).

Contábase que en la aldea de Guatavitá había habido una cacica adúltera a la cual, el cacique, para castigarla, la había obligado, en una fiesta, a comerse "las partes de la punidad de su amante", y que también había ordenado que cantasen "el delito los indios en sus borracheras yorros, no sólo en el cercado y casa del cacique, a la vista y oídos de la mujer, sino en los de todos sus vasallos... para iscarmiento de las demás mujeres y castigo de la adúltera". La cacica, desesperada, se había arrojado con su hija a la Laguna de Guatavitá, y entonces el cacique, lleno de remordimiento, se había abandonado a los sacerdotes, los cuales le habían hecho creer que la cacica se hallaba viva en un palacio escondido en el fondo de la Laguna y que había que honrarla con ofrendas de oro (19). Los indios llevaban sus tributos a la Laguna (20) y el cacique

(18) Todos los autores están conformes en que la primera noticia que se tuvo del "Hombre Dorado", fué en el año de 1534. Dicese que poco después de la fundación de San Francisco del Quito, Luis de Daza encontró en La Tacunga (Ecuador) un indio llamado Muequetá, que por orden del Cacique Bogotá, rey de Cundinamarca, se dirigía al Rey de Quito para solicitar su ayuda en la guerra que ellos sostenían contra los Chibchas. El indio Muequetá, entre las noticias que dió de su país, dijo que en él había mucho oro, y refirió la ceremonia del Hombre Dorado, "que ha sido causa de haver muchos emprendidos aquel Descubrimiento del Dorado, que hasta aora parece encantamento" (Herrera, Dec. V, lib. VII, cap. XIV). Véase también Fray Pedro Simón, "Noticias Historiales", Tercera Noticia, cap. I; la "Historia General de las Conquistas del Nuevo Reyno de Granada", por Lucas Fernández de Piedrahita, Part, I, lib. IV, cap. I, y Jaime Arroyo, "Historia de la Gobernación de Popayán".

(19) Fray Pedro Simón, Tercera Noticia, cap. II. Según Fray Alonso de Zamora ("Historia de la Provincia de S. Antonio del Nuevo Reino de Granada del Orden de Predicadores", Barcelona, 1701, lib. III, cap. XVI), la Cacica buscó la muerte por haberla obligado el Cacique, "que en su presencia y de los principales de su estado, usaran de ella algunos indios de los más ruines que avía en la ciudad".

(20) "Entraban en unas balsas de juncos y en medio de la Laguna arrojaban sus ofrendas con ridículas y vanas supersticiones. La gente ordinaria llegaba a las orillas y bueltas las espaldas hazían su ofrecimiento porque tenían por desacato el que mirara aquellas aguas persona que no fuese principal y calificada. También es tradi-

"entraba algunas veces al año, en unas balsas bien fechas, al medio de ellas, yendo en cueros, pero todo el cuerpo lleno desde la cabeza a los pies y manos de una trementina muy pegajosa, y sobre ella echado mucho oro en polvo fino... y entrando así hasta el medio de la Laguna allí hacía sacrificios y ofrendas, arrojando al agua algunas piezas de oro y esmeraldas..." (21).

ción muy antigua que arrojaron en ella todo el oro y esmeraldas, luego que tuvieron noticia de que no buscaban otra cosa los Españoles." (Fray Alonso de Zamora, "Historia de la Prouincia de S. Antonio del Nuevo Reino de Granada, lib. III, cap. XVI.) Según Juan Rodríguez Fresle ("Conquista y Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las Indias Occidentales del Mar Océano", cap. III), el cacique de Guatavitá dió orden al cacique de Ponso, su contador, que escondiese en "las últimas cordilleras de los Chios, que dan vista a los llanos", el tesoro que llevaban "cien indios cargados de oro".

(21) Fray Pedro Simón. Tercera Noticia, cap. I. La ceremonia del Guatavitá, descrita por el P. Simón, difiere tanto en las causas que la originaron como en otros detalles, de la relatada por Rodríguez Fresle ("Conquista y Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las Indias Occidentales del Mar Océano"). Dice Rodríguez Fresle que el 25 de abril de 1636 cumplía setenta años, que su padre había sido soldado de Pedro de Ursúa y que lo que sabía del Dorado se lo había revelado un "don Juan, Cacique y señor de Guatavitá, sobrino de aquel que hallaron los conquistadores en la silla al tiempo que conquistaron este reino". De acuerdo con las declaraciones del Cacique Don Juan, los que heredaban "el señorío" de Guatavitá eran los sobrinos y debían de ayunar, previamente, seis años metidos en una cueva, sin conocer mujeres, sin "comer carne, ni sal, ni aji y otras cosas que les vedaban", y sin ver el sol, saliendo sólo de noche. Cuando los "metían en posesión del cacicazgo o señorío, la primera jornada que habían de hacer, era ir a la gran Laguna de Guatavitá a ofrecer y sacrificar al demonio, que tenían por su dios y señor". Todo alrededor de la Laguna los indios encendían muchos fuegos. Entretanto, "desnudaban al heredero en carne vivas y lo untaban con una tierra pegajosa y lo espolvoreaban con oro en polvo molido". Subía en una gran balsa de juncos, adornada "todo lo más vistoso que podían", y llevando a los pies "un gran montón de oro y esmeraldas para que ofreciese a su dios", y un brasero encendido que producía mucho zahumerio, lo acompañaban hasta el medio de la Laguna cuatro caciques, cada cual con su ofrecimiento, y en un gran silencio, en que callaban todas las músicas y cantos, "hacía el indio dorado su ofrecimiento echando todo el oro que llevaba a los pies en el medio de la Laguna". Los demás caciques hacían lo propio y con esto terminaba la ceremonia. Juan de Castellanos ("Elegías de varo-

Cuando Sebastián de Benalcázar oyó esta historia, dícese que exclamó: "¡Vamos a buscar este indio dorado!" (22). Así, según las crónicas, tuvo su origen este nombre fatal (23).

La ceremonia del Dorado fué divulgada por los conquistadores, a menudo en son de burla (24), mientras que otros la

nes ilustres de Indias", Parte III, Elegía a Benalcázar, Canto II) describe de este modo la ceremonia del Dorado: "Después que con aquella gente vino | Añasco, Benalcázar, inquiria, | Un indio forastero peregrino | Que en la ciudad de Quito residia | Y de Bogotá dijo ser vecino, | Allí venido no sé por qué vía; | El cual habló con él, y certifica | Se: tierra de esmeraldas y oro rica. | Y entre las cosas que les encamina | Dijo de cierto rey que sin vestido | En balsas iba por una piscina | A hacer oblación según él vido, | Ungido todo bien de urementina, | y encima cantidad de oro molido, | Desde los bajos pies hasta la frente, | Como rayo del Sol resplandeciente. | Dijo más las venidas ser continas | Allí para hacer ofrecimientos | De joyas ce oro y esmeraldas finas | Con otras piezas de sus ornamentos | Y afirmando ser cosas fidedinas."

(22) Rodríguez Fresle (loc. cit.). "Los soldados alegres y contentos | entonces le pusieron el Dorado. | Por infinitas vías derramado." (Juan de Castellanos.) "En la "Relación de los encuentros que tuvieron en el Perú el Adelantado Benalcázar, don Pedro de Alvarado, Almagro, Pizarro y otros capitanes." (Arch. de Indias, Patronato, I-I-1/28; publicado en la "Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile", de J. T. Medina, t. IV, pág. 189), se lee: "Miguel Muñoz... llegó a Popayán... y así poblado... acordó ir a dar cuenta de lo que quedava hecho al marqués Piçarro, y ido los de Popayán salieron con Tovar... y descubrieron lo de Timana y Neyna y pareció ser otro mundo, y así vinieron con gran alboroto diziendo que era otro México, e dello se dió luego noticia al capitán Benalcázar, el qual hixó mucha xente y volvió a Popayán y ydose... (roto) para entrar en busca del Dorado que entendió hera aquel y así entró y... (roto) descubriendo hasta Bogotá, donde se topó con don Francisco Pimentel de Quixada y allí le dió orden como poblase, y él se hechó el rio abaxo en una barca y fué a Castilla y truxo la gober nación de Popayán y adelantado del Dorado". El documento está clasificado como del año 1534, pero indudablemente es posterior, pues en el texto se habla del año 1538 como de una fecha pasada.

(23) Belalcázar y los soldados, "para entenderse y diferenciar aquella Provincia de las demás de sus conquistas, determinaron llamarle la Provincia del Dorado, que fué como decir; llámase aquella Provincia donde va a ofrecer sus sacrificios aquel hombre o Cacique con el cuerpo dorado". (Fray Pedro Simón, Tercera Noticia, capítulo I.) "Aquí, pues, damos la razón abierta | De do le vino pico a la castaña." (Juan de Castellanos, loc. cit.)

(24) "...lo que de esto se ha entendido de los indios es que

negaban directamente, llamándola cuento e invención de los indios (25). Sin embargo, un acabado estudio de la civiliza-

aquel gran señor o príncipe continuamente anda cubierto de oro molido, y tan menudo como sal molida, porque le parece a él que traer cualquier otro atavío es menos hermoso, y que ponerse piezas o ramas de oro labradas de martillo o estampadas o de otra manera es grosería y cosa común... pero que pulverizarse de oro es cosa peregrina... pues lo que se pone un día, por la mañana, se lo quita y lava en la noche, y se echa y pierde por tierra, y esto hace todos los días del mundo. Y es hábito que andando como anda, en tal forma vestido o cubierto, no le da estorbo ni empacho, ni se encubre ni ofende la linda proporción de su persona y disposición natural, de que él mucho se precia sin ponerse otro vestido ni ropa alguna... Yo querría más la escobilla de la cámara de este príncipe que no las grandes fundiciones de oro que ha habido en el Perú o que pueda haber en ninguna parte del mundo." (Documento reproducido por Carlos Pereyra, "Historia de América Española", t. I, págs. 333-334.) Simón Pérez de Torres, en el "Discurso de mi viaje, dando muchas gracias a Dios, por las muchas mercedes que en él me ha hecho" (salió de Sevilla con el Conde de Villar, en 1586), dice que en el río Dorado o Marañón "cogieron tres indios, decían que de la otra banda havia innumerables indios que tenían buenas casas, i que el vestido que se ponían era untarse con Bija, que atrás dije, i con unos canutos que se echaban Oro en polvo por encima, i parecían al Sol, según relumbraban, que se decían los Dorados, de donde nosotros les llamamos el Dorado".

(25) Se ha dicho, equivocadamente, que Juan de Castellanos negó la autenticidad de la ceremonia del cacique de Guatavitá. "Lo cual os vendo yo por cosa cierta...", afirma en la Elegía a Benalcázar, y agrega: "...del Dorado, | Que no tiene ni tuvo fundamento | Otro más del que tengo declarado..." Castellanos no creía, y con razón, en las iábulas y exageraciones así como leyendas extrañas, que se fueron acumulando sobre la verdadera historia del cacique Dorado: "Y lo demás que dicen es patraña; | Así que la tal es demanda muerta | Y fantasía de verdad extraña..." Entre los historiadores modernos, Fray Antonio Caulín ("Historia de la Nueva Andalucía", año 1779) y Antonio de Alcedo ("Diccionario..."), olvidan el verdadero origen del Dorado y, naturalmente, lo niegan. De los contemporáneos, algunos consideran fabulosos los ritos que se practicaban en la Laguna de Guatavitá, como por ejemplo Navarro Lamarca ("Compendio de Historia General de América", t. II, pág. 182), quien halla cómodo decir que la leyenda del Dorado fué forjada por los indios para alejar de sus tierras a los españoles; argumento bien pueril, tomado del P. Las Casas y aplicado a un hecho histórico indestructible; y Emiliano Jos ("La expedición de Ursúa al Dorado y la Rebelión de Lope de Aguirre", pág. 58), quien se expresa así: "...príncipe o rey... que si existió fué solamente en la fantasía de muchos conquistadores..." Para de-

ción, ritos y costumbres de los Chibchas, ha probado que la ceremonia del indio Dorado no es fabulosa, sino históricamente cierta, y que por las guerras de los indígenas dejó de practicarse algunos años antes de la llegada de los españoles a aquellas regiones (26).

Contribuye a formar esta certeza el conocimiento de la religión de los Chibchas, entre los cuales las lagunas eran objeto de especiales cultos y ofrendas (27), así como los nume-

mostrar la inexistencia del cacique discutido, sería necesario fundamentarse en estudios monográficos especiales, a base de documentos que destruyesen lo consignado por tantas fuentes. (Desde Fernández de Oviedo, "Historia de las Indias", lib. XLIX, cap. II; Simón, Rodríguez Fresle, Castellanos, etc.) Mientras tales documentos aclaratorios no aparezcan, debemos atenernos a lo consignado por los primitivos cronistas de Indias.

(26) En Fernández de Piedrahita y en Juan de Castellanos pueden estudiarse las guerras de los Muyscas de Bogotá con los habitantes de Guatavita, que tuvieron por resultado el aniquilamiento de los Guatavitas y la desaparición de la ceremonia del Dorado años antes de la llegada de los españoles a aquellas regiones. (Véase Adolph Francis Bandelier, "The Gilden Man (El Dorado) and others Pictures of the Spanish Occupancy of America", New York, 1893). Así refiere Castellanos ("Historia del Nuevo Reino de Granada") la táctica empleada por el cacique Bogotá para hacer la guerra al Guatavita: "Los Guatabitas por la mayor parte | eran artifices de labrar oro, | y entre los otros indios reputados | por más sutiles en aquestos usos | y así por las provincias comarcanas, | ajenas de las deste señorío, | andavan muchos dellos divertidos | ganando de comer por sus oficios | sin acudir a las obligaciones | debidas al Señor según sus leyes. | El cual, vista la falta que hacían | así de renta como de personas, | mandó con gran rigor que todos ellos | se recogiesen a sus naturales, | y que el Señor que menester hubiese | algún oficial dellos en su tierra | por uno diese dos de sus vasallos | que con el Guatabita residiesen | en 'anto que el aurifice faltaba." De esta manera, el Cacique Bogotá introdujo en los dominios de Guatavita "más de dos mil gandules extranjeros, en recompensa de los oficiales. "Así le fué fácil conquistar aquella provincia y quedar como señor de ella "sin riesgo de su gente".

(27) "Tienen muchos bosques y lagunas consagradas en su falsa religión, donde no tocan a cortar un árbol, ni tomaran una poca de agua por todo el mundo. En estos bosques van también a hacer sus sacrificios y entierran oro y esmeraldas en ellos, lo cual está muy seguro, que nadie tocará en ello, porque pensarían que luego se habían de caer muertos. Lo mismo es en lo de las lagunas, las que tienen dedicadas para sus sacrificios que van allí y echan mucho oro

rosos desagües practicados en la Laguna de Guatavita y las riquezas encontradas en ella (28).

y piedras preciosas que quedan perdidas para siempre..." ("Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada", 1536-1539; original en el Arch. de Indias; citado por Jerónimo Bécker en el t. I de la "Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada", del P. Fray Pedro de Aguado). Según el mismo documento, los indios "enterraban" los muertos en el agua de las lagunas, metidos a veces en ataúdes de oro, y "dentro del ataúd todo el oro que puede haber y más las esmeraldas..." Dice Fernández de Piedrahita (Parte I, lib. I, cap. I): "La (Laguna) de Guatavita, tan celebrada por los tesoros que los antiguas Caziques depositaron en sus aguas en ofrendas, que lo hacían como a Dios, que adoraban." Los Chibchas también reverenciaban al Sol y le hacían sacrificios sangrientos como los de la religión de los Incas. Tenían templos al Sol, y en Tunja había un cacique llamado Tutazua, "que se interpretaba hijo del Sol". (Véase Fernández de Piedrahita. (Parte I, lib. II, cap. VI); las "Noticias Historiales" de Fray Pedro Simón; y el Coronel don Joaquín Acosta, "Compendio Histórico del Descubrimiento de la Nueva Granada".) Al Sol lo llamaban Zuhé y a la Luna, Chia, "y así para dar a los españoles un epíteto de suma grandeza los llamaron Zuhá y conservaron esta locución hasta hoy en día" (Fernández de Piedrahita, de acuerdo con todos los autores citados). Los cinco santuarios más notables eran los de las lagunas de Guatavita, Guasca, Siecha, Tusacá y Ubaque. Humboldt ("Personal Narrative of Travels", t. IV, cap. XXV) ha hablado de un sacerdote de los Bochicas que se hacía espolvorear de oro los brazos y las manos; pero dicho personaje no tiene ninguna relación con el cacique Dorado. Igual obscuridad hay en torno del indio tuerto que se cubría de oro, cuya existencia oyó mencionar Ordás.

(28) Entre los numerosos intentos de desaguar la Laguna de Guatavita con objeto de recoger las riquezas arrojadas a su fondo, citamos rápidamente el de Lázaro Fonte, que no llegó a realizarse; el de Hernán Pérez de Quesada, que obtuvo como beneficios tres o cuatro mil pesos de oro fino; el de Antonio de Sepúlveda, amigo de Rodríguez Fresle, que en 1580 consiguió doce mil pesos por las joyas halladas, pero se arruinó y murió en un hospital por las grandes lluvias y el intento de abrir una segunda brecha (véase también Fray P. Simón, Tercera Noticia, cap. II); el de José Ignacio París, en 1823 (véase Cochrane, "Journal of a residence and travels in Colombia during the years 1823 and 1824"), y el de una Compañía inglesa, que en vista de las pocas ganancias obtenidas pretendió pedir daños y perjuicio a Humboldt (véase Ferdinand Denis, "Le Monde Enchanté"). Un tal Martos exploró la Laguna de Guasca, y un tal Carriaga murió en su intento de sacar el tesoro escondido en la Laguna de Ubaque. En 1856, Tovar, París y Chacón desaguaron parcialmente la Laguna de

De todos los mitos de la conquista americana, el Dorado fué uno de los más oscuros y resonados.

Hemos visto que la ceremonia del Cacique de Guatavitá dió origen a la fama del Indio Dorado, que por ser buscado cuando ya no existía, se juzgó extravagancia infundada. Ahora veremos cómo los historiadores hicieron del Dorado sinónimo de imperios maravillosos, ciudades fantásticas, riquezas inconcebibles, y cómo lo confundieron con otros móviles que no eran, por cierto, el de buscar al olvidado cacique de Guatavitá (29).

Siecha y hallaron, entre otras joyas, la balsa de oro de que hablaremos a continuación. En 1870, Crowther y Enrique Urdaneta murieron asfixiados en una galería de ciento ochenta y siete metros, casi terminada para desaguar la laguna. (Véase "Los Chibchas antes de la conquista española", por Vicente Restrepo, Bogotá, 1895.) La balsa de oro hallada en la Laguna de Siecha, es de forma circular y tiene nueve centímetros y medio de diámetro. Sobre ella hay diez figurillas humanas, la principal de las cuales es el doble de alta que las restantes. Según Liborio Zerda ("El Dorado..."), representa la ceremonia del cacique de Guatavitá; pero según Restrepo (ob. cit), no es más que la ofrenda hecha a la laguna de algún guerrero guecha. Así parece probarlo la falta de los principales detalles que caracterizaban la ceremonia del Dorado, mientras que en cambio, los canutillos que lleva el jefe, representan, de acuerdo con las costumbres de los guerreros guechas, el número de los enemigos muertos.

(29) Pedro de Angelis, en las notas a "La Argentina", de Guzmán, publicada en el t. I de su "Colección...", dice del Dorado: "Nombre dado por los españoles a una gran laguna, que decían existía en las Amazonas, por suponerla llena de oro y plata... Nada se echaba de menos en la descripción de este imperio maravilloso, cuyo nombre era el gran Paititi; aunque estuviese reducido a una isla en el centro de una laguna... Había alguna duda, o más bien confusión, acerca de su amo. Algunos decían que era el Gran Moxo, otros los Incas que huyeron del Cuzco, y otros, finalmente, un cacique llamado Guatavita..." Como se ve, De Angelis confundía las leyendas peruanas y las noticias que del Titicaca consigna Guzmán, con las ceremonias de la Laguna de Guatavitá, la fábula de la ciudad de Manoa, del lago Parime, etc. (véase la nota completa de De Angelis). Paul Grousseau ("Anales de la Biblioteca", nota 2, pág. 213, t. IV: "Historia del Paraguay", de Guevara) consignaba, erróneamente, que la leyenda del Dorado "nació con la expedición de Pizarro y el deslumbramiento del rescate de Atahualpa". (Ya hemos visto que su origen verdadero es otro.) "A los mitos del Rey Dorado y de las Amazonas, soberanos errantes del lago Parime (el Rey Dorado nunca salió de su Laguna

En la falsa historia del Dorado entraron numerosas noticias, de fuentes diversas, que se amalgamaron bajo un mismo nombre común. Más claramente debería decirse que el nombre Dorado se aplicó a distintas fuentes de ilusión que en nada se relacionaban con la primitiva ceremonia del cacique Dorado buscado por Benalcázar (30). Se llamó El Dorado a las regiones auríferas y diamantíferas de varias partes de América, a los ricos sepulcros del Zenú (31), a los templos del Sol de

de Guatavitá ni las Amazonas penetraron en el lago Parime: recién cuando el nombre Dorado perdió su primitivo significado flotó también sobre dicho lago) se anexaron los de Rupa-rupa, Paytiti, Tierra Rica, Candire, el Gran Moxo, procedentes del Alto Perú y convergentes al lago de los Xarayes, sobre cuyas islas flotantes alzaba la fantasía sus palacios aéreos..." (Los mitos mencionados, que analizaremos en el capítulo siguiente, fueron independientes del Dorado y no convergieron en absoluto al lago de los Xarayes, cuya "Isla del Paraíso", sin ningún contacto con los demás mitos, fué una simple ilusión de los primeros conquistadores del Paraguay.) Cuneo Vidal también entremezcla varios mitos, amparándolos bajo el nombre del Dorado: "Dábase a aquel reino maravilloso (del Dorado) el nombre de Paititi, y aun el de Omagua, y a su ciudad principal el de Manoa." Emiliano Jos ("La expedición de Ursúa al Dorado..."), igualmente hace del Dorado y del Paititi un mismo mito con diferentes nombres: "En estos hechos positivos tuvieron origen los irreales de la existencia del Príncipe Dorado y del Imperio del mismo nombre, o del Paititi, o del Gran Moxo, de análoga significación..." La significación era bien distinta, y en cuanto al Gran Moxo se sabe que era el fabuloso emperador del Paititi. Sin embargo, Jos declara coincidir con John Augustine Zahn ("The Quest of El Dorado, the most romantic episode in the history of South American Conquest", New York, 1917), según el cual el nombre Dorado, al principio apelativo de un príncipe, se aplicó luego a su reino y a todas las regiones que se suponía plétoricas de riquezas.

(30) "Donde se echa de ver ser cosa sin fundamento la de aquellos que pretenden conquistas a título de ir a buscar el Dorado, pues a ninguna parte que vayan se le puede dar otro nombre sino que van a hacer nuevas conquistas..." (Fray Pedro Simón, Quinta Noticia, capítulo VIII.)

(31) En los templos de los Zenúes del río Sinú, había numerosos objetos ofrecidos a los difuntos y colocados en bóvedas. En Finsenú se depositaba las ofrendas en hamacas que sostenían veinticuatro figuras de madera con láminas de oro. Cuatro grandes figuras destinadas al mismo fin, había en el templo de la población de San Benito, en el departamento de Bolívar. Leemos en la "Relación de lo que hacía en Santa Marta el Gobernador García de Lerma" ("Colección" Muñoz,

los Chibcha? y de los Incas, a países inexplorados, sobre los cuales corrían falsos rumores de riquezas, y a todo lo que fuese lejano e inaccesible, envuelto entre velos de ensueño y sombras de misterio. "De las provincias que dicen del Dorado...—escribía el cosmógrafo López de Velazco (32)—no se sabe cosa cierta ni averiguada que poder escribir más de que, de los descubrimientos que se han hecho por el río Marañón abajo, y de indios que han salido de aquellas provincias para las de Quito y Perú, y también de los que caen a la parte del mediodía por las provincias del Río de la Plata, se ha venido a levantar esta fama de riquezas que suele ser ordinaria en los nuevos descubrimientos; y aunque en éste podría ser cierta, en los más suele faltar... (33), y así los que han querido descubrir lo han intentado por diversos caminos, algunos por la mar del Norte y las Provincias de Cumaná y Venezuela, en Tierra Firme por Maracapana, como fué el capitán Serpa, y algunos antes dél, que aunque entraron en demanda de las provincias de la Guayana y otras, eran con intento y nombre de dar por ellas en las del Dorado, creyendo que todo fuese uno la Guayana y el Dorado. Y año de 68 entró Don Pedro de Silva en demanda de las provincias de los Omaguas y Omegas de su gobernación, que él nombró en su capitulación la Nueva Extremadura, creyendo que en ella le caerían las dichas provincias del Dorado, el cual, queriendo entrar por Cumaná se desbarató y quedó perdido."

"Por la parte del Nuevo Reyno y provincia del Perú han

tomo LXXXI, y Torres de Mendoza, t. III, pág. 499): "Mas llevó de todas las sepulturas que aquí se hallaron a la sazón, que fué mucho número de oro, el tercio de todo el oro que en ellas se hallaron... Y antes que nadie supiese el aviso de las sepulturas, él sacó scretamente muchas y las más ricas de todas... y desta manera sacó más de quince días, que lo traían a costales."

(32) "Noticias del Dorado o Nueva Extremadura", en su "Geografía y Descripción de las Indias."

(33) Para López de Velazco, el Dorado no era más que una "fama de riquezas", sin distinguir si aquella "fama" era originada por el verdadero Dorado, por otros focos de ilusión o por el espejismo del Perú, como ocurría en las provincias del Río de la Plata y veremos en el capítulo "La Sierra de la Plata".

entrado en demanda del Dorado los capitanes siguientes: Hernán Pérez de Quesada, hermano del licenciado Ximénez por el Nuevo Reyno con quinientos hombres que volvió perdido sin haber hallado nada (34). Gonzalo Pizarro entró por el Quito en demanda de la Çanela, y habiendo pasado un salto grande del río de las Amazonas, envió a Orellana con un barco por el río abajo por comida, de que iba muy falto, y visto que no volvía se volvió al Quito..." (35).

(34) "...el bolverse el general Ximénez de Quesada del camino que para España llebava la primera vez, fué causa la noticia que le dieron de la casa del Sol, donde se dezia haver tanta cantidad de oro..." ("Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada", por Fray Pedro de Aguado, lib. IV, cap. II.) En busca de la Casa del Sol, envió iménez de Quesada a su hermano Hernán Pérez. (Véase Fray Pedro Simón, Quinta Noticia, cap. XXII, donde se cuenta cómo determinó Fernán Pérez de Quesada hacer jornada en demanda de la casa del Sol y dejó por justicia mayor a Gonzalo Suárez Rondón; Fernández de Piedrahita, Parte I, lib. IX, cap. II, de la expedición que Hernán Pérez de Quesada "hizo a la casa o Templo del Sol, en que le ofrecían oro todas las naciones del Reyno y en que perdió tiempo y gentes sin más fruto que aver dado vista a la Provincia de los Chitareos en que después se fundó la ciudad de Pamplona...", y Herrera, Dec. VI, lib. VII, cap. III, donde dice que Hernán Pérez "hizo otra entrada a la Casa del Sol, que entre los indios tenía fama de riquísima, i se bolvió sin hacer nada, i hizo otra en demanda del Dorado adonde perdió Gente, i gastó lo que tenía.") En julio de 1541 el Cabildo de Tunja acordó requerir a Hernán Pérez para que "no deje el Reino hasta tanto que Su Magestad provea de Gobernador a él... Y lo contrario haciendo protestamos, de nos querellar ante la imperial pesona de Su Majestad y Alto Consejo de las Indias, como de persona que no da buena cuenta de lo que le ha sido encomendado". Hernán Pérez respondió que si se mueve para hacer la jornada es por el gran servicio que a Su Magestad se le hace, por las grandes noticias de riquezas que hay, y que sería imputado de gran culpa y de no hacer lo que debe al servicio de Su Magestad si se deja de hacer el viaje, porque por tal causa podría Su Magestad perder mucha cantidad de oro y plata, piedras preciosas y otros muchos géneros de riquezas de que se tiene noticia." ("Actas de las sesiones del Cabildo celebradas en Tunja en 1541", publicadas en el "Boletín de Historia y Antigüedades, año 1906, citado por Jesús María Henao y Gerardo Arrubla en su "Historia de Colombia".)

(35) "Leemos en Toribio de Ortiuguera ("Jornada del Río Marañón con todo lo acaecido en ella...") que Gonzalo Pizarro perdió aquel tiempo "sin haber dado por entonces con la tierra que buscaba, ni

"...después el marqués de Cañeta envió a Pedro de Orsúa a descubrir aquella tierra, a quien mató el tirano Aguirre, que salió por las Amazonas a la mar del Norte" (36).

aun se ha hallado hasta ahora, ni las minas ricas que allí tenía Guynacapa, a quien estaba sujeto el Pirú, de las cuales hay mucha noticia y serían fáciles de descubrir si hubiese curiosidad y diligencia, según dicen los que lo entienden..." La canela de Quijos (Nectandra cinamomoides) era una flor apreciada por los Incas: Atahualpa, en Cajamarca, obsequió a Pizarro con unos puñados de olorosas flores de canela.

(36) La expedición de Orsúa y la extraordinaria vida de Lope de Aguirre han sido extensamente tratados por Emiliano Jos en su obra ya citada, donde se encontrará una completa bibliografía. Nosotros sólo anotaremos que en la realización de la expedición de Orsúa influyeron poderosamente los relatos de unos indios "brasiles" que habían llegado al Perú remontando el Marañón. "En el año de 1559, siendo Virrey y Presidente del Pirú el Marqués de Cañete, tuvo noticia de ciertas provincias que llaman Amagua i Dorado..." (por lo cual encargó su descubrimiento a Pedro de Orsúa.) "Esta noticia... la dieron el Capitán Orellana... i ciertos indios Brasiles que havian subido desde sus tierras por este río Marañón arriba... hasta que llegaron al Perú en tiempo que presidía el Licenciado Gasca. Dieron por relación... que salieron de sus tierras más de diez o doce mil dellos... i con ellos dos españoles portugueses, i el uno se llamava Mateo. Dixeron iban a buscar mejor tierra que la suya... tardaron en subir hasta llegar al Pirú por este río arriba más de diez años y de los doce mil indios solamente llegaron al Pirú hasta trescientos y con algunas mujeres..." ("Relación de todo lo que sucedió en la jornada de Amagua i Dorado...", por Francisco Vázquez, en la "Colección" Muñoz, t. XLIII; ha sido publicada varias veces.) La "Relación muy verdadera de todo lo sucedido en el río del Marañón, en la provincia del Dorado..." ("Colección...", de Torres de Mendoza, t. IV, pág. 215), confirma la "Relación" anterior en lo que respecta el viaje de los indios brasiles. Dice que su cacique y señor llamábase Virrazú, y que en Lima, adonde fueron llevados algunos, "dijeron haber visto por el río mejor tierra y más rica que el Pirú y otras muchas cosas, que en todo mentían". Habían tardado catorce años en su viaje. Fray Pedro de Aguado, en su "Historia de Venezuela" (lib. X, cap. I) escribe que al salir de las costas del Brasil los indios eran más de doce mil, que peregrinaron "más espacio de diez años" y que "dieron esta noticia que llaman Dorado y ellos dixeron llamarse de propio nombre Omegua". Fray Pedro Simón, en la Sexta Noticia, cap. I, habla de "dos mil indios brasiles" que llegaron al Perú por el río Marañón el cual subieron en "diez" años, y dieron noticia de la provincia de los Omeguas, en la cual "fingió luego la fama en el Perú estaba el hombre Dorado, y si no era con esta consideración de hombre Dorado, era

"El gobernador Juan de Salinas, también se echó desde su gobernación el río abajo de las Amazonas, con deseo de dar en las provincias del Dorado, y después de haber navegado el río abajo muchas leguas, se volvió sin haber hallado cosa conforme a la opinión y fama de riquezas que de esta provincia se tiene" (37).

con sólo aquel nombre campanudo que había volado por aquellas tierras" Toribio de Ortuera, en la "Jornada" del Río Marañón con todo lo acaecido en ella..." es quien da detalles más certeros. Según él, los indios brasiles habían sido "trece o catorce mil". En una batalla que tuvieron "en una grande laguna que se hacía en una espaciosa llanada... fueron presos y muertos pasados de diez mil indios... y entre los presos y muertos fué uno de los portugueses que con ellos venían..." En otro lugar, Viarazú "pobló un pueblo de hasta mil y quinientos indios dejándolos con el mejor pertrecho que pudo, y con el resto y con el portugués que había quedado vivo, subió el río arriba." Así llegó, "con hasta setenta indios que le habían quedado, que el otro portugués ya era muerto, en tierra del Pirú". En cuanto al tiempo empleado, afirma: "...tan largo viaje, que a su cuenta les había durado más de un año y medio..." En Lima, "fueron tantas y tan grandes las cosas que le dijeron (al Marqués Cañete) de la tierra y grandeza della, con sus munchas y grandes poblaciones, y el oro y plata que habían visto, de que dió testimonio una rodela que Virazú llevó con brazaletes de plata claveteados de oro, que movió los corazones de los hombres a quererlo ver y conquistar." Pedro de Magalhães de Gandavo, en su "Historia da Provincia Santa Cruz...", Lisboa, 1576 (publicada en la "Revista Trimensal... de Rio de Janeiro", año 1858, págs. 376 y siguientes, y traducida en los "Voyages, relations et memoires...", de Henri Ternaux) da cuenta de los indios que remontaron el Amazonas y llegaron a la provincia de Quito, donde refirieron haber pasado, antes de embarcarse en el Amazonas, por una nación de grandes ciudades, con calles larguissimas, cuyos habitantes sólo trabajaban el oro y las piedras preciosas. Aquellos habitantes habían dicho a los indios que en la otra orilla del mar había hombres blancos, por lo cual cree Gandavo que se referían a los castellanos del Perú. El autor tuvo noticia de estos detalles por los españoles y portugueses que se hallaban en el Perú cuando llegaron los indios. Su relato, por tanto, no refleja las verdaderas declaraciones de los "brasiles", sino las yuxtaposiciones de los conquistadores. De todas maneras, los testimonios transcritos prueban claramente que los indios brasiles no hablaron en absoluto del Dorado, sino de los Omaguas, y que sólo fué la fantasía de los conquistadores quien adornó con aquel "nombre campanudo" la ignota región de los pobres Omaguas.

(37) "El gobernador Juan de Salinas dejó poblado un pueblo, para volver a entrar por allí a esta dicha jornada, por la gran noticia

"Por las provincias del Río de la Plata se tiene relación de los indios que caen hacia la Equinocial y parte del Norte por encima del Puerto de los Reyes, hasta donde llegó Cabeza de Vaca, que quince jornadas de allí para el Norte hay una laguna tan grande que se pierde de vista la tierra en ella, la cual llaman del Dorado, porque en medio hay unas islas en que hay muchas minas de oro muy ricas y que sus riberas están pobladas de muchos indios y señores que hacen sacar el oro dellas, y que de esta laguna sale el Río de la Plata... (38). Asimismo por la provincia del Brasil, los portugueses tienen noticia de esta laguna y la comienzan ya a pintar en sus cartas dentro de la demarcación de Portugal, y también el río de San Francisco, que sale a la mar del Norte dicen que sale de esta laguna y le llaman de las Amazonas por pasar de la provincia dellas; y así los portugueses platican de ir a poblar ya esta laguna..." (39).

de mucha gente, de oro y plata, que por el río del Marañón abajo había tenido..." ("Relación muy verdadera de todo lo sucedido en el río del Marañón...", en la "Colección" de Torres de Mendoza, t. IV.) También aquí se aplicó el nombre del Príncipe Dorado a una tierra que se suponía llena de riquezas.

(38) En un próximo capítulo veremos cómo esta laguna, embellecida con el nombre del Dorado, no era más que el Titicaca.

(39) Leemos en la "Historia Coro-graphica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía, provincias de Cumaná, Guayana y Vertientes del Río Orinoco", por Fr. Antonio Caulin, año 1779 (lib. II, cap. XI): "Hay, efectivamente, cerca de la Laguna Parime un cerro muy guardado de los Indios Macusis, Arecunas y otros que habitan en sus faldas: y llaman los Carives Acucumano y los Españoles y Portugueses el Dorado; porque se halla por muchas partes cubierto de unas arenas y piedras que relumbran como el oro, e indican ricos minerales de este metal en las entrañas de aquel cerro." En el mapa de Surville, el lago Parima lleva el nombre de Mar Blanco o Mar Dorado. Humboldt asegura que se identificó con el lago Amucu, que no cuenta con más de dos o tres millas inglesas de extensión. Luego explica que las rocas micáceas del Ucuquano, nombre del río Parima, confundido con el río Blanco, y las inundaciones causadas por sus afluentes; pero sobre todo la existencia del lago Amucu, que se enlaza al río Parima por el Pirara, son el origen de la fábula de un mar blanco y del Dorado de Parima. Los rayos del sol creaban el espejismo. Esta teoría podría admitirse para explicar la ilusión que flotaba sobre el lago Parima, pero nunca para aclarar el origen histórico del Dorado, cuyo principio en la ceremonia de Guatavitá ya hemos demostrado.

Hasta ahora, en las expediciones referidas, no hemos comprobado la búsqueda del Cacique de Guatavitá, sino de regiones más o menos ricas e incógnitas, impropriamente designadas con el nombre del Dorado. Seguiremos analizando otras empresas, para demostrar cómo el nombre Dorado se aplicó, indebidamente, a focos de ilusión muy lejanos de poder identificarse con la auténtica ceremonia de la Laguna de Guatavitá.

Las primeras expediciones emprendidas por orden de los Welsers (40), antes del año 1535 en que Luis de Daza encontró el indio de Bogotá que refirió la historia del Cacique Dorado, no fueron, como es lógico, en busca del Dorado, sino de conquistas que prometían ricos hallazgos (41).

(40) La capitulación del Emperador con los alemanes para la población de Venezuela no tuvo lugar con los Belzares o Welsers, sino con Enrique Einger y Jerónimo Sayllers. (Véase la capitulación fechada en Madrid el 27 de marzo de 1528 en el Archivo de Indias, Indiferente General, Registros, asientos y capitulaciones generales, 1508-1574, t. I, fol. 59, y las notas de Jerónimo Becker al t. I, cap. II, de la "Historia de Venezuela", del P. Pedro Aguado.) Se ha dicho, basándose en Herrera y Bartolomé de las Casas, que la venida de los alemanes a Venezuela fué concedida por el Emperador a causa de no poder levantar las deudas que tenía con los Welser. Jules Humbert ("L'Occupation Allemande du Venezuela au XVI siècle"), utilizando los estudios de Conrado Habler, sostuvo que la cesión hecha a los banqueros alemanes no fué en compensación de ninguna deuda, sino una capitulación normal como la que se hacía con todos los conquistadores. Los Fúcares fueron, como los Welser, prestamistas de muchas Cortes. Eduardo VI y María Tudor les debieron grandes sumas, pagaderas al 14 y 15 por 100. En Alemania, el Archiduque Alberto dirigió contra ellos una campaña armada, acusándolos de usureros. (Véase los "State Papers Foreign", de 1540 a 1560, publicados por el Gobierno inglés, donde se hallarán interesantes pormenores y el "Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego", por Carlos Morla Vicuña. Leipzig, 1903.)

(41) Tales, *verbi gratia*, las de Enrique Alfinger y Jerónimo Sayller, de los cuales dice Herrera, que "haviendo... en nombre de los Belcares, sus Principales, entendido que en aquella parte que confina con la Provincia de Santa Marta, havia una mui rica Tierra, de la qual se podía sacar mucho provecho, porque en ella se havían descubierto muchas minas, se ofrecieron de servir al Rei, para pacificación i para ayudar en lo de Santa Marta..." (Dec. IV, lib. IV, cap. VIII, año 1528.)

Como ejemplo citaremos la expedición de Diego de Ordás al Marañón (año 1531). Las noticias del supuesto Dorado, que en ningún momento aparece en los documentos, se reducen en Herrera a la repetición de los datos que sobre la extraña riqueza del Marañón consiguió Martín Fernández de Enciso en su "Suma de Geografía", publicada en 1518: "Llegó Diego de Ordás al Río Marañón con intento de comenzar por allí sus descubrimientos, porque algunos Días atrás se habían tomado en el Río quatro Indios que iban en una Canoa, a los quales hallaron dos piedras de Esmeralda, la una tan grande como la mano: i dixeron que a tantos Soles, iendo por el Río arriba, había una peña de aquella piedra: i también les tomaron dos Panes de Harina, que eran como Panes de Jabón, que pareció que eran Amasados con licor de Bálsamo: i quarenta Leguas la Tierra adentro, junto al Río, se entendía que había un Monte de árboles de incienso; pero no se pudo goçar de estas cosas, ni descubrirlas, porque fué cosa espantosa los peligros en que se vió, por los baxíos, por las calmas i por las corrientes, i como Hombre de valor, que conoció el riesgo en que se andaba, hizo fuerça en salir presto de aquella parte, i pasó adelante, con fin de comenzar su jornada por otro lugar menos peligroso" (42).

(42) Dec. IV, lib. X, cap. IX: "Del Asiento que hizo Diego de Ordás con el Rei, para el Descubrimiento, desde el Río Marañón, hasta el Cabo de la Vela, i de su entrada por el Dorado" (!). En el Orinoco, Ordás apresó a un indio, al cual "al fin vinieron a mostrarle una sortija de oro que llevaba el Gobernador en el dedo, y el indio, conociendo el metal, después de haberlo restregado y olido, dijo que de aquello había mucho detrás de una cordillera que se hacía a la mano izquierda del río, que era a la parte del Leste, donde había innumerable multitud de indios, cuyo señor era un indio tuerto muy valiente, el cual, si prendiesen, podrían henchir los navios de aquel metal... Preguntáronle otra vez que si había en aquella tierra venados, a que respondió que sí y que había otros menores venados, en que andaban caballeros los indios, como ellos en sus cavallos, que se entendió ser ovejas como las del Perú. Enseñósele también una botija vidriada de España, que certificó también usar de otras como aquellas y del mismo barro aquellos indios. Hiciéronle sobre esto mismo mil preguntas, con advertencias si variaba en las respuestas, pero siempre respondía de una manera con que el Gobernador y su gente tuvieron por cierta

Ordás tuvo también noticia de una provincia llamada Meta, que se suponía fabulosamente rica. En busca de esta provincia fueron Jerónimo de Ortal, Antonio Sedeño y Alonso de Herrera (43).

El adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada fué el primero en llegar a la población de Guatavitá, sin sospechar que allí había tenido lugar, en otros tiempos, la ceremonia del Cacique Dorado, cuyo nombre debía volar por tantas partes y aplicarse a tantos ensueños (44). Poco después, estando en

aquella nueva, y levantados nuevos brios en los soldados, para ir a dar vista a aquellas tierras o morir en la demanda." (Fray Pedro Simón. "Segunda Noticia", cap. XXIII.)

(43) Véase Herrera, Dec. V, lib. VI, cap. XV, y Dec. V, lib. VII, cap. I. Sedeño tenía en su casa una india, "la cual sobre las noticias que comunmente andaban de las riquezas del río Meta, que habían sido las que habían hecho emprender las dos jornadas de Ordás y Ortal, las engrandeció tanto levantando tan de punto las riquezas que por allí bajaban de otras tierras, que, como hemos dicho, eran estas del Nuevo Reino de Granada, de esmeraldas, oro, sal y telas de algodón, que prometiéndole entregarle en ellas, si fuese con la gente que bastase a resistir tantos y tan valientes indios como había por el camino, se consideraba ya Sedeño de los principales príncipes del mundo en prosperidades de esto y señorío de vasallos." (Fray Pedro Simón, "Cuarta Noticia", cap. IV.)

(44) Véase las "Noticias sobre el Nuevo Reino de Granada", en la "Colección" de Torres de Mendoza, t. V, pág. 529. No hacemos aquí la historia de la expedición de Quesada, aunque debería hacerse, pues falta sobre ella un trabajo crítico y definitivo. Sólo queremos anotar algunos datos referentes al templo de Sogamoso y a las riquezas habidas en Tunja, que según los oficiales San Martín y Lebrija ascendieron a ciento cuarenta mil pesos de oro fino y treinta mil de oro bajo, con algunas piedras preciosas. El templo de Tunja era el más famoso de la nación muysca. Los de Bogotá y de Guacheta, dedicados al Sol; los de la Luna, en Chía y en Fuquene, y los de varios ídolos en Guatavitá, le eran inferiores. Los soldados mientras llevaban las riquezas al patio, exclamaban, locos de contento: "¡Pirú! ¡Pirú! ¡Pirú! Buen Licenciado, que, ¡voto a tal!, que es otro Caxamalca." (Juan de Castellanos: "Historia del Nuevo Reino de Granada". Canto VI. Véase también la "Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada", por el P. Aguado. Parte III, cap. X.)

"Las cargas del oro y joyas que por todas partes se recogieron en el patio desde las seis de la noche, fueron tantas, que a cosa de las nueve en que se acabó el saco (con no aver entrado en Tunja con quince mil castellanos cabales) se hizo dellas un montón tan crecido,

tierras del Cacique Bogotá, con unos quinientos hombres que penosamente habían remontado el Río Magdalena, vieron que avanzaba hacia el Valle de los Alcázares un grupo de conquistadores desconocidos. Enviados unos emisarios, "se supo cómo eran gentes del Pirú, y venían debaxo de la gobernación de Don Francisco Pizarro, y traían por capitán a Sevastían de Belalcázar..." Ocho días más tarde, Belalcázar se encaminaba directamente al Valle de Bogotá, y "junto con esto,

que puestos los infantes en torno del, no se veían los que estaban de frente, y los que se hallaban a cauallo apenas se diuisaban, como lo afirma el mismo Quesada en el capítulo nono del primer libro de su Compendio historial del Nuevo Reyno..." (Lucas Fernández de Piedrahita. Parte I, lib. V, cap. IV.) (El "Compendio Historial" del Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada se ha perdido, pues el único ejemplar que poseía la Biblioteca de Santa Fe de Bogotá desapareció unos años antes de 1886.)

En Sagamoso, dos soldados—Miguel Sánchez y Juan Rodríguez Parra—rompieron las puertas del templo amparados por el silencio de la noche, y cautelosamente entraron en él con antorchas encendidas. Contemplaron extáticos los "hombres difuntos secos, adornados—de tejas ricas y de joyas de oro—, con otros ornamentos que debían de ser cualificados personajes", y mientras hallábanse "embelesados en recoger oro", colocaron sin pensar las antorchas en el suelo, de espartillo blando, que en seguida comenzó a arder, comunicándose el fuego a toda la construcción. "Pero con este riesgo no dejaron—el oro que tenían recogido—a lo menos aquello que sus fuerzas—bastaron a poner sobre los hombros,—dejando lo demás encomendado—a la soberbia furia del incendio,—que fué volando hasta la techumbre,—y de su resplandor aquellos campos—desecharon de sí nocturna sombra." (Juan de Castellanos, loc. cit.) Se dijo que los indios habían incendiado el templo para quemar dentro a los dos españoles, y que "el fuego desta casa fué durable—espacio de cinco años sin que fuese invierno parte para consumillo—y en este tiempo nunca faltó humo—en el compás y sitio donde estaba." (Castellanos, loc. cit. Cf. Fray Pedro Simón. "Segunda Noticia", cap. XXVI.) En fin, "vuelto el Teniente a Tunja, se pessó el oro que había y pessado ovo, assi en lo que se tomó en Tunja como en lo de Sagamoso y otro poco oro que por la tierra se avía avido, pessó de ciento e noventa e un mill e ciento e noventa y quatro pessos oro fino, y de otro oro más baxo treinta e siete mill e doscientos e triynta y ocho pessos, y de otro que se llama chafallonia, en que ovo diez e ocho mill e trescientos e noventa pessos. Oviéronse mill e ochocientas quince piedras de muchas calidades, unas grandes y otras pequeñas y de muchas suertes." ("Relación" de los oficiales San Martín y Lebrija.)

a una sazón, supimos cómo por la parte de los llanos, adonde no habíamos podido salir, que es hacia donde sale el sol, venían otros chrisptianos, que eran muchos cavallos, de lo qual quedamos no poco espantados; no pensando quiénes podrían ser, se enbió a saber quiénes eran, porque decían que estaban tan cerca de nosotros questarían hasta seis leguas, y supimos cómo era la gente de Veneçuela que avían salido con Nicolás Fedreman, al qual hayan por tu tenyente y general. Y entre ellos venía alguna gente que decían ser de Cubagua, de los que se avían alçado a Gerónimo Artal". Los nuevos conquistadores llegaban exhaustos, "assi de mucho camino y mala tierra, como de ciertos páramos despoblados y frialdades que avían pasado, que con poco travaxo más pudiera ser perecer todos..." De esta manera, los tres ejércitos de Federman, Belalcázar y Jiménez de Quesada, a quienes una misma noticia había llevado a reunirse en un mismo lugar y a un mismo tiempo, a través de un continente inexplorado, se hallaban en un "triángulo de seis leguas, sabiendo todos los unos de los otros: cosa es que Vuestra Magestad y todos los que supieran lo ternán a gran maravilla, juntarse yendo de tres governaciones, como es la del Pirú, Veneçuela y Santa Marta, en una parte tan lejos de la mar, assi de la del Sur como de la del Norte. Plega a Nuestro Señor sea para más servicio suyo y de Vuestra Magestad" (45). Era el año 1538.

(45) "Relación" de los oficiales Juan de San Martín y Alonso de Lebrija. Años 1536 a 1539. (Cf. Carlos Pereyra, "Historia de América Española".) Véase también Herrera, quien dice (Dec. VI, lib. V, capítulo V), que cuando se encontraron Belalcázar, Quesada y Federman, todos iban en busca del "Nuevo Reino". No debe olvidarse que en este encuentro, Belalcázar traía la historia del Cacique que se hacía dorar de oro en la Laguna de Guatavitá; Quesada las maravillosas relaciones de los templos de Sagomoso y de Tunja; Federman y la gente que se había alzado a Jerónimo de Ortal, las noticias de Meta, vagas y huidizas como una visión indefinible. Belalcázar también podía contar "los Vasos de Oro i Plata, Joyas, Ropa i otras Presas..., con muchas Mugeres hermosas" que había tomado a Irruminavi, así como los tesoros que el mismo Cacique se decía que había hecho enterrar en Caxambe. (Véase Herrera, Dec. V, lib. VI, cap. I. Año 1534, y Dec. V, lib. VII, cap. XIV.) Pedro de Limpias, que formaba parte de la ex-

Después de este encuentro tan sorprendente, y al parecer tan casual, la fama del Dorado voló por todo el Norte de la América Meridional, descendió al Perú y de allí pasó, algunos años más tarde, al Río de la Plata (46).

Durante la expedición de Federman, un sucesor suyo, Jorge Spira (47) se lanzó a descubrir la Casa del Sol y otras provincias que por ser desconocidas se imaginaba que eran muy ricas (48). Las noticias más importantes que tuvo, fueron las que suministró una india, la cual reveló la existencia de cristianos perdidos en las selvas desde hacía muchos años. Al principio se creyó que fuesen los náufragos de Diego de Ordás, pero luego fué más cómodo juzgar mentira aquella extraña revelación (49).

pedición de Federman, regresó a Coro en 1540, trayendo un caos de noticias que tanto entusiasmaron al obispo de las Bastidas, encargado del Gobierno de Venezuela, que hizo salir a Hutten, acompañado por Limpas, tras la sombra de los Omaguas.

(46) En el capítulo siguiente veremos cómo las primeras noticias que en el río de la Plata se supuso que fuesen del Dorado, no eran más que de las riquezas de las Charcas, en cuya búsqueda habían partido Alejo García, Ayolas e Irala. Este último creía que aquella "noticia" era la misma que corría por el Perú, Venezuela y Santa Marta, mientras que, en cambio, todas ellas eran distintas y ninguna se relacionaba con la primitiva historia del Cacique Dorado. Los antiguos historiadores del Río de la Plata hablaron del Paititi, que no debe ni puede confundirse con el Dorado, por ser simplemente un espejismo del Perú. Díaz de Guzmán fué uno de los primeros en aplicar el nombre Dorado, impropriamente, a los reflejos del Perú.

(47) Según una cédula citada por Bandelier, el verdadero nombre de Jorge Spira era Jorge Hormuth.

(48) "Por octubre pasado supimos la muerte de Jorge d'Espira, Governador de Venezuela, yendo de camino para descubrir la casa del Sol, i otras provincias..." ("Carta" de la Audiencia de Santo Domingo al Emperador, del 20 de diciembre de 1540, copiada en la "Colección" Muñoz, t. LXXXII.) Este año es confirmado por Fernández de Oviedo, y el mes por Amador de los Ríos, en nota a Oviedo. José Oviedo y Baños ("Historia de la Conquista y Población de Venezuela") creía que Spira hubiese muerto el 12 de junio, y Justo Zaragoza el 11. Las "otras provincias" que iba a descubrir Spira, eran el cuento de Meta.

(49) En el capítulo "Los náufragos olvidados", veremos cómo en el fondo de estos rumores de españoles perdidos había un núcleo de verdad.

Felipe de Hutten partió de Coro en agosto de 1541. Penetró en las selvas y tuvo relación de gente innumerable, "que usaban traer cubiertas sus carnes y que tenían ciertos animales que según figuraron ser como las ovejas que los yndios del Pirú tienen y tenían y otros géneros de abes como pavos y gallinas de papadas; y algunos quisieron afirmar que les habían dado por noticia estos yndios que los otros del Dorado poseyan o tenían ciertos animales crecidos que afirmaban ser camellos, mas esto no tiene ninguna similitud ni apariencia de verdad (50). Lo que más contentó a los nuestros fué la mucha cantidad de oro que les decían que tenían, y pueblos muy rre-cogidos..." Al cabo de algunos días de marcha, "...se dize que así el General como todos los demás que con él yvan, vían bien çerca un pueblo de disforme grandeza... en medio del qual estaba una casa que en grandeza y altura sobrepujaba mucho a las otras; y preguntando a aquel principal que por guía llevaban, qué casa fuese aquella tan señalada y eminente, entre las otras, rrespondió ser la casa del principal o señor de aquel pueblo, llamado Quarica, el qual, aunque tenía ciertos simulacros o ydolos de oro del grandor de muchachos, y una muger que era su diosa, toda de oro, y poseya otras rriquezas, él y sus vasallos, que eran muchos, abía más adelante muy poco trecho otros principales y señores que en número de bassallos y en cantidad de rriquezas y de ganados excedían a aquél y a su gente..." (51).

(50) Los "animales crecidos, que afirmaban ser camellos...", eran precisamente lo que más tiene similitud y apariencia de verdad. Eran las llamas y los urcos, de los cuales decía Cieza de León que "tira su pescuezo y talle a camello...", y que "cuando se quejan, echándose como los camellos, gimen..." Herrera los llamaba directamente "pequeños camellos". "Molina vió la Fortaleza... i algunas Ovejas, que son pequeños camellos." (Dec. III, lib. X, cap. V.)

(51) Fray Pedro de Aguado. "Historia de Venezuela", lib. III, capítulo V. El P. Simón, en la "Quinta Noticia", cap. VII, repite lo del P. Aguado, contando cómo Hutten llegó a vista de las poblaciones de los Omaguas. Dice "... divisaron todos los soldados, a distancia de una media vista, un pueblo de tan extendida grandeza, que aunque estaban bien cerca, nunca pudieron ver el extremo de la otra parte, bien poblado, las calles derechas y las casas juntas, que lo alcanzaban

Aquellas fantásticas ciudades, verdadero mirage de las selvas, eran el país de los Omaguas. El príncipe Dorado no aparecía ni nadie pensaba en él. Sólo su nombre era repetido, inconscientemente, por algunos conquistadores que ignoraban su origen y la historia del Cacique de Guatavita, aplicándolo a noticias vulgares y conquistas corrientes, como todas las que se emprendía en aquellos tiempos (52).

En 1568 Gonzalo Jiménez de Quesada obtuvo la conquista y gobernación de "la provincia de los llanos que llaman de Venezuela o Dorado, para él y sus herederos, por dos vidas", y algunos años más tarde, en 1593, "concedió Nuestro Señor esta ventura (el descubrimiento del Dorado) a mí el Maestre de Campo, General desta jornada (Antonio de Berrio), que con treinta y cinco soldados hallé la entrada muy fácil y sin dificultad alguna y anduve dentro de la tierra, que por la parte donde yo entré la llaman Guayana, cosa de treinta y cinco leguas, en la cual vi muchas y grandes poblaciones de indios bien dispuestos y proporcionados... La tierra... es muy rica de oro y los naturales me querían mostrar el lugar de donde lo sacan: mas yo, por no mostrarme codicioso, no lo quise ver... Diéronme relación que siete jornadas más adentro hay infinita cantidad de oro, y que en las minas dél a nadie es lícito sacarlo sino a los caciques y sus mujeres, y

a ver con distinción, y con mucha más una que estaba en medio de todas, que las sobrepujaba con mucho exceso..." Las heridas que recibió Hutén, y "el ruido de los indios que salían contra ellos", obligaron a retirarse a los conquistadores. (Véase también Fernández de Piedrahita, lib. III, caps. II y V.) Con el asesinato de Hutén, en Tocuayo, por Juan de Carvajal, terminó la dominación de los alemanes en Venezuela, y las noticias del reino de Omagua y de la gran ciudad de Manoa o Macatoa, perdieron todo su brillo. Estas fantasías de conquistadores, turbias y vagas en los documentos, fueron elevadas a la categoría de mitos por obra y gracia de los historiadores del siglo XVII y aun de nuestros días.

(52) Ya escribió Fray Pedro Simón, meditando sobre el Dorado, que todos corren tras de él "sin más luz que unas ciegas relaciones que algunos dan sin bastante fundamento, si bien es verdad que todas las enderezan hacia el corazón y entrañas de esta tierra firme..." ("Quinta Noticia", cap. I.)

que lo sacan con grandes supersticiones, ayunando primero tres días; pero que en los ríos que llevan mucho, lo puede sacar quien quisiese..." (53).

Se cuenta que Antonio de Berrio estuvo once años persiguiendo las maravillas que un Juan Martínez había descrito en una "Relación" célebre, al huir del cautiverio de los indios. Martínez se había hallado en el desastre de Pedro Malaver de Silva con que terminó aquella expedición de los Omaguas, y había hecho sus revelaciones *in articulo mortis*, entregándolas a un confesor (54). La "Relación" parece apócrifa y se afirma que la inventó Domingo de Vera para enardecer a su General Antonio de Berrio (55). Sea lo que fuera, cierto día el capitán inglés George Popham se apoderó del acta de po-

(53) "Memoria del descubrimiento del Dorado por el Maestre de Campo Domingo de Ibargoién y Vera, Lugarteniente por S. M. y en nombre de Antonio Berrio, Gobernador." (Original en la Biblioteca Nacional de Madrid, Sección Manuscritos, publicada por Torres de Mendoza en su "Colección...", t. VI, pág. 561.) En una nota apunta muy acertadamente Torres de Mendoza que el nombre Dorado "se aplicaba a toda comarca que parecía al pronto abundante en aquel precioso metal."

(54) "En sus fiestas—declaraba Martínez hablando de los Guayanos—, cuando el Emperador brinda con sus capitanes y tributarios, entran los criados y untan el cuerpo de éstos con un bálsamo blanco que llaman Curcay, y luego soplan sobre ellos oro en polvo por medio de cañas huecas, hasta que quedan brillantes de pies a cabeza, y así adornados, se sientan y beben, por veintenetas y centenas, por cinco o seis días seguidos. Y por haber visto esto, y por la abundancia de oro que ví en la ciudad, las imágenes de oro en los templos, y las planchas, armaduras y escudos de oro que usan en sus guerras, llamé a aquella región El Dorado." Esto recuerda lo que escribe Fernández de Piedrahita (Parte I, lib. IX, cap. III, que "... en las Provincias del Dorado eran tan poderosos y ricos los hombres, que salían a campaña quinientos mil combatientes todos con armas de oro, assi ofensivas como defensivas...")

(55) Véase Carlos Pereyra, "Historia de América Española", t. VI. Antonio de Alcedo, en su "Diccionario...", dice de la provincia del Dorado: "... todo lo que muchos autores refieren de las riquezas y montones de oro de ella, como de la gran ciudad de Manoa, fundada a la orilla de la laguna Parime, son fábulas sacadas de las imaginarias relaciones de Juan Martínez, de quien las tomaron los Españoles. y de éstos los autores extrangeros, que las han dado lugar en sus historias y cartas geográficas..."

sesión del territorio de Berrio, entre los ríos Orinoco y Marañón, y la llevó a Inglaterra, al Consejo de la Reina. Los resultados no se hicieron esperar. Robert Dudley se amparó de la Trinidad, estando en ella Antonio de Berrio, y envió una partida exploradora al Orinoco que regresó contando maravillas (56). Poco después Sir Walter Raleigh llegó a aquellos mismos lugares, atraído por la fama de riquezas que circulaba bajo el nombre del Dorado, subió por el Orinoco unas ciento diez leguas y volvió a Inglaterra con escasas muestras de oro y la visión irreconocible del esplendoroso Perú (57).

Lo siguieron en sus intentos los capitanes Lawrence Keymis, que trajo buenas esperanzas, y Berris, que regresó fracasado, enviados por Raleigh, y ya se disponía él mismo a volver al Orinoco, para colonizar aquellas regiones, cuando

(56) Aseguraban que el rey de los Guayanos quería obsequiarles con una piragua llena de oro, pero que lo habían impedido los guerreros de Uraoa.

(57) Raleigh salió de Plimouth el 9 de febrero de 1595 con cinco buques y cien soldados, a más de los marinos, de los oficiales y de los voluntarios. El capitán Whiddon lo había precedido y enviado noticias poco halagüeñas sobre la riqueza del Orinoco, que Raleigh tuvo buen cuidado en callar. En la isla de la Trinidad, donde lo esperaba Whiddon, Raleigh se adueñó de la ciudad de San José, que incendiaron los indios y apresó a Antonio de Berrio y a sus oficiales. Apenas llegaron los capitanes Jorge Gifford y Knynin con el resto de las naves, se dirigió a la bahía de Capuri y remontó el Orinoco. De vuelta a Inglaterra publicó "Te Discovery of the large, rich, and bewtiful empyre of Guiana, with a relation of the great and golden citie of Manoa, wich the Spaniards call El Dorado". (London, 1596, Reprinted with some unpublished documents by Sir Robert H. Schomburgh. London, 1858.) Raleigh afirmaba que en el Perú existía la profecía que los Incas serían repuestos en su Imperio por Inglaterra. Hablaba de templos, de idolos, de sepulturas y tesoros, de las confidencias que sobre las piedras preciosas le había hecho Berrio, de una montaña de oro, de hombres monstruosos, con bocas en el pecho y cabellos en la espalda, y de la ciudad de Manoa, en la cual no había invierno y abundaban las delicias de la naturaleza. Lo más positivo parecía ser una mina llamada "Madre del oro", en busca de la cual se organizaron otras expediciones, y que nunca se encontró. Uno de los compañeros de Raleigh, un tal Sparrey, quiso quedarse en la Guayana, y por allí anduvo hasta que lo aprisionaron los españoles, y fué devuelto por fin a Inglaterra, donde escribió sus memorias.

se le encerró en la Torre de Londres y condenó a muerte por haber conspirado contra el nuevo rey Jacobo. Sin embargo, a fuerza de influencias, se le permitió salir de la prisión para ir a descubrir la mina del Orinoco, cuya situación sólo conocían él y el capitán Keymis. No fué el Dorado, en el cual ya nadie creía, el móvil de esta expedición, sino una mina misteriosa que numerosas veces aparece mencionada en los documentos de la época (58). La expedición tuvo un sonado

(58) Ciriaco Pérez Bustamante publicó interesantes documentos referentes a Raleigh y al conde de Gondomar, existentes en la colección particular de Manuel Núñez de Arce y Juan de Horma, así como en el Archivo Histórico Nacional y en la Real Academia de la Historia, de Madrid, en su obra "El Conde de Gondomar y su intervención en el proecso, prisión y muerte de Sir Walter Raleigh", Santiago de Compostela, 1928. Entre tales documentos, citamos los siguientes: La comisión dada a Raleigh para el descubrimiento de una mina y tierra en la América, fechada en Londres el 20 de agosto de 1616, en la cual leemos: "El Gualtero Rale dize que para llegar a esta mina es menester subir el río de Arenoco, que está enfrente de las islas de la Trinidad, el qual tiene a su entrada muchísimas islas pequeñas y es de anchor de veinte leguas, y auiendo nauegado tres días se llega a un río pequeño amanziquerda del río grande acia la parte del Oriente y queda la mina también a la mano izquierda y a la parte del Oriente en este río pequeño..." En la carta del mismo, del 30 de noviembre de 1617, dice: "El Rey me ha respondido... que este Gualtero Rale le asegura que esta tierra donde él dize que va no es reconocida ni vista de vasallos de S. Magd. ni de nadie y que ay en ella tales minas y riquezas y sepulturas de Reyes con todos sus Thesoros que Inglaterra recibiría tan gran prouecho como el que V. Magd. saca de todas las Indias..." El 6 de abril de 1617 escribía Gondomar: "... (El Rey) me respondió..., diziéndome que eran tantos los que le apoyaban (a Raleigh), que el Pueblo se leuantaría con él sino viessen que era mentira la mina y descubrimiento..." El capitán Baily declaraba el 28 de octubre de 1617, "estyllo de Inglaterra, que es a 2 de noviembre estilo universal", que "la intención de nro. viage auía sido para yr en busca de una mina en la Guayana". El mismo Raleigh escribía a Rafael Wuinud, secretario de Estado de Inglaterra (según la copia de la carta enviada por Gondomar el 24 de junio de 1618): "...dí orden a cinco nauios pequeños de nauegar hazia Oranoco ordenando al Capitán Quemiche para su General para el descubrimiento de la mina..." La "Proclamación del Rey de Inglaterra para que se averigüen los daños hechos por Gualtero Rale en Santo Tomé", enviada por Gondomar el 24 de junio de 1618, comienza así: "Por quanto nos dimos licencia a Ser Waltero Rauleygh... de hazer descubrimiento de ciertas minas de oro..." En la carta de igual fecha decía Gondomar: "a mí me dijo agora tra-

fracaso (59) y Sir Walter Raleigh un triste fin (60).

tando de las cosas de Gualtero Rale, que él decía que aquella tierra del Río Orinoco donde estaua la mina él tenía comisiones de la Reyna Ysabel y de Enrique 4.º de Francia para conquistarle y poblarla..." Raleigh, en las "Allegaciones... en su descargo", remitidas por Gondomar el 24 de junio de 1618, decía: "Que su Magd. de la grande Bretaña era sabida dello y le dió poder y autoridad para yr allá a las minas de oro y plata..." En el mapa hecho por Raleigh, se ve dos manos que señalan la "mina" a orillas del río Cumacca, que desagua en el Orinoco. Ni una sola vez se habla del Dorado. La búsqueda del Dorado por Raleigh en este viaje le fué atribuida por los extranjeros, que naturalmente ignoraban el verdadero fin de la expedición, y por los historiadores que hallaron más cómodo copiarse antes que analizar los documentos originales. Tenemos un ejemplo en la "Relación" sobre el viaje de Raleigh "de lo que con destreça se ha podido sacar de Mos de la rauardier general que fué del Rey de Francia en el Marañón..." En dicha "Relación" leemos: "Pasada esta fortaleza pretende (Raleigh) entrar la tierra adentro por medio de un Rey amigo suyo llamado Caprana, que es Señor del principio de la tierra del Dorado. El Reyno se llama Amapaya, y la principal ziudad del Manoa, que quiere decir lago dorado, dicen que la ziudad es mayor que Paris..." Así se forman las leyendas: el general francés introduce en la expedición de Raleigh las fábulas del Dorado y de Manoa, sin que Raleigh ni los suyos hayan tenido la más mínima intención de ir en su descubrimiento, como lo demuestran los documentos citados.

(59) En la carta del 15 de julio de 1618, Gondomar refiere lo que le contó el Rey de Inglaterra, según lo dicho por los testigos examinados: "... fué el principal culpado el Capitán Quemiche, porque lo persuadió a los demás que yrían con él, diziéndoles que era imposible descubrir la mina sin conquistar primero aquello que los Españoles auían poblado en el distrito de Inglaterra, y quando después uolieron a juntarse con el Rale auiendo hecho esto y sin mina y muerto su hijo él culpó tanto al Capitán Quemiche, que desesperado cargó un pistolete y se mató con él..." Raleigh, en su carta a Rafael Wuinud, le decía: "...Después acá de la muerte de Quemiche, el Sargento mayor y otros sus íntimos amigos, han confesado que partiendo de la boca del Río, les dixo Quemiche que uien pudiera auerles guiado a la mina en dos horas que huieran marchado de la orilla del Río, empero porque mi hijo era ya muerto y yo no tenía alcançado perdón ni esperança para uiuir, no allaba razón para descubrir la mina en prouecho del Español o del Rey..." Raleigh había partido con trece o catorce velas y nuevecientos o mil hombres, dejando en fianza cuarenta mil escudos. La mina no fué hallada y Parquer y otros capitanes lo abandonaron para dedicarse a la piratería. Raleigh llegó de vuelta a Irlanda en mayo de 1618, habiendo perdido su hijo, toda su fortuna y todas sus esperanzas.

(60) Juan Sánchez de Ulloa, en carta del 22 de agosto de 1618

Entretanto, la ilusión del Dorado seguía latente en el fondo de muchas esperanzas. El ensueño del lago Parime había atraído sobre sí el nombre del Dorado. "En este gran Río está todo encerrado—escribía el P. Cristóbal de Acuña en 1641—: aquí el lago dorado, aquí las Amazonas, aquí los tocantines, y aquí los ricos Omaguas..." (61).

El Dorado, desde hacía mucho tiempo, ya no era un Cacique: se había convertido en una ciudad, en un país, en unas montañas de oro y en un lago. El nombre subsistía como sinónimo de riqueza, pero su verdadero origen se había olvidado. El P. Joseph Gumilla, en 1741, afirmaba que el Dora-

(publicada entre los documentos recolectados por Pérez Bustamante en su obra ya citada), "Refiere la huyda que hizo Gualtero Rale, y que fué alcanzado 20 millas de Londres el Río arriba, y su fuga era con intento de pasarse a Francia, y al fin queda preso en la torre de Londres." Su mujer y sus hijos se echaron a los pies del Rey Jacobo pidiendo por su vida; pero todo fué en vano: el 29 de octubre de 1618, al amanecer, Raleigh subió al patíbulo de Westminster. Así terminó aquel "hombre de talento casi universal y de ambición aun más grande que su talento", como lo llama Martín Hume en "Españoles e ingleses en el siglo XVI" (Madrid, 1903). Raleigh había organizado la expedición de Sir Humphrey Gilbert, que tomó posesión de Terranova y fracasó en la búsqueda de la Norumberga o Aramberga, de los mapas de Verazzano. También había estado encerrado en la Torre de Londres, en otra ocasión, por ciertos amores que había tenido con una de las damas de la Reina. Su ruina se debió en gran parte a la tenaz oposición del embajador español, conde de Gondomar, el cual se hallaba convencido que Raleigh se dedicaría a la piratería. Además, Gondomar creía en la existencia de la mina, pues aconsejaba a los españoles su descubrimiento interrogando a los indígenas que hubiesen asistido al hallazgo de Raleigh en 1595. (Para el conde de Gondomar puede leerse el discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, en 1913, del marqués de Villa Urrutia, titulado "La embajada del conde de Gondomar a Inglaterra en 1613, y el capítulo VII, "Un gran diplomático español. El Conde de Gondomar en Inglaterra", de "Españoles e ingleses en el siglo XVI", por Martín Hume, trabajo hecho sobre documentos originales, y que inspiró el estudio de Pérez Bustamante.

(61) "Nuevo descubrimiento del Gran Río de las Amazonas", número XXXIV. En el número LX decía: "Entre estas naciones, que todas son de diferentes lenguas, según las noticias que por la parte del nuevo Reyno de Granada ay, está el deseado Lago Dorado, que tan inquietos tiene los ánimos de toda la gente del Perú. No lo afirmo de cierto, pero algún día querrá Dios que salgamos desta preplexidad."

do es "cierta Provincia de Enaguas, u de Omaguas, que en los Mapas se apunta con nombre de Manoa, y que se ideaba, y aún hai fundamento para ello, llena de grandes tesoros..." (62). En 1779, Fray Antonio Caulín negaba rotun-

(62) "El Orinoco ilustrado. Historia Natural, Civil y Geográfica de este Gran Río y de sus caudalosas vertientes..." Sin detenernos en los errores del P. Gumilla, diremos que, según él, después de haber llegado la voz del Dorado a Bogotá, corrió que estaba en el valle de Somondoco, "y llegado que hubieron a él, hallaron que el Sacerdote que en un gran Templo presidía, para ofrecer su oblación, se untaba a lo menos las manos y la cara con cierta resina, y sobre ella le soplaban con un cañito polvos de oro, que con facilidad como se dixe, se lavan y entresacan de las playas de muchos ríos; y de aquí tomó su denominación el famoso Dorado". Cita a Pedro Simón, sin saber aquilatar la verdad de sus escritos, y agrega: "Mas no era este Dorado el que estaba ideado en la mente de los que le agenciaban: lo que con ansia y a todo costo buscaban, eran un Valle y un territorio con peñascos y guijarros de oro..." Cree que tales indicaciones las daban los indios "a fin de que dexando sus tierras se ausentassen a otras", y exclama: "Dios N. Señor permitió aquellas ansias de buscar el Dorado para abrir puertas nuevas al S. Evangelio", con lo cual reconoce que el oro, y no la religión, fué quien abrió "las puertas" a la civilización. También recuerda el testimonio de M. Laet, el cual, después de contemplar el panorama de las ruinas que produjo el Dorado, termina por decir: "Y después de esto, ¿se duda si hay tal Dorado en el Mundo?"; pero la prueba más "científica" es la que expone en la página 276: Dice que un indio bautizado por el P. Cabarte con el nombre de Agustín, y que desde los quince años había estado otros quince preso entre los "Enaguas", en la ciudad de Manoa, sin saber una palabra de castellano, "nombraba los sitios donde durmieron los veinte y tres días que desde el Dorado gastaron hasta las márgenes del Orinoco, dándoles los nombres castellanos que sólo Ute, en su derrota les pudo imponer..." Además, "el tal indio Agustín refería las mismas grandezas de los tesoros y multitud de gente que el cacique de Macatoa contó a Ute... Fuera de esto, dicho Agustín pintaba muy por menor el Palacio del Rey, los Palacios y Huertas para su diversión en el campo..." (Pág. 277.) En consecuencia, Gumilla afirma que "el denunciador del Dorado era serio y verdadero..." (pág. 278), y que "concuera la declaración del tal Cacique (que habló a Ute), con la que los Brasiles dieron al Virrey de Lima y con la fama común, que tan válida y extendida estaba ya." Esta última afirmación es errónea, pues como podrá verse en sus lugares, lo que dijeron los indios "brasiles" que llegaron al Perú no concuerda en absoluto con las noticias que tuvo Ute. En cuanto a los nombres castellanos que recordaba el indio Agustín, ellos muy bien pudieron haber sido dejados por la gente de Ute. Lo único sospechoso son las "pinturas" que hacía Agustín.

damente la existencia del Dorado: "Con estas precauciones, digo que es puramente apócrifha la gran Ciudad del Dorado; imaginados sus Palacios, huertas y recreos; falsa su hermosa magnificencia y dilatadísima extensión, que le suponen y que las Naciones que habitan aquel País ni tienen ni conocen entre sí Rey ni Señor a quien obedecer con tan ponderado rendimiento" (63). Sin embargo, a mediados del siglo XVII, Nicolás Hortsman pretendió descubrir el Dorado remontado el Esequibo (64), y en tiempos más recientes, Rida afirmó que el Dorado eran las minas del país de Ubata, en la Guayana venezolana.

De esta manera el Dorado se fué transformando en aquel fantasma de que hablaba Humboldt, que parecía huir de los españoles y que les llamaba a todas horas.

Perdida la primitiva significación del Dorado, con el cual se designaba al Cacique de la Laguna de Guatavitá, los historiadores se apropiaron de aquel "nombre campanudo" para colgárselo a innumerables expediciones y conquistas (65).

(63) "Historia Coro-graphica natural y evangélica de la Nueva Andalucía, Provincias de Cumaná, Guayana y Vertientes del Rio Orinoco". Lib. I, cap. XI.

(64) El hallazgo más importante de Hortsman fueron las rocas, a orillas del Rupunuri, cubiertas de "varias letras", y de las cuales nos ocuparemos en el capítulo "Los Apóstoles en América."

(65) En el capítulo "El lago donde dormía el Sol", veremos cómo los historiadores del Rio de la Plata supusieron expediciones al Dorado, las que se encaminaban tras la sombra del Perú. A Orellana se le atribuyeron también ciertas descripciones que nunca hizo. Repitiendo lo que es común en muchas historias, escribe Pérez Bustamante en su obra sobre el conde de Gondomar: "El descubrimiento y la conquista de El Dorado, de ese país donde, según Orellana, los templos estaban cubiertos de láminas de oro, donde todos los objetos, aun los más viles, son de oro, donde se anda sobre piedras preciosas..." ¿Cuándo y dónde Orellana dijo estas cosas? En su Capitulación se recuerda las "grandes poblaciones" que descubrió a lo largo del Marañón, pero esas "poblaciones" ya se sabe que eran "de indios"; y en la "Relación" del P. Carvajal se habla de las Vírgenes del Sol y de las esposas del Inca, que los españoles denominaron Amazonas. Sólo algunos cronistas que no leyeron nunca los documentos originales relacionados con Orellana, le atribuyeron y divulgaron esas descripciones de ciudades fantásticas, de las cuales Orellana jamás dijo una palabra

Luego, sobre el cúmulo de confusiones, falsas apreciaciones y "señuelos" equivocados, erigieron ingeniosas hipótesis y seductoras teorías destinadas a explicar y poner de acuerdo innumerables empresas que se habían lanzado tras diferentes mitos y distintos objetos, con el uso indebido y exagerado que se había hecho del nombre del Dorado.

Así surgieron esos intentos, todos erróneos, de identificar el Dorado con minas, con países ricos en oro, con costumbres más o menos históricas y hasta con ilusiones de los sentidos y simples efectos de luz (66).

y que a pesar de todo eran, simplemente, el trasunto alterado del esplendoroso Perú. (Véase el capítulo "El lago donde dormía el Sol".)

(66) No pasamos en revistas las incontables opiniones que se han emitido sobre el origen del Dorado y que reducimos a una mención bibliográfica en la última nota, para que las estudie y compare quien tenga interés en ello. Aquí sólo hacemos mención de los últimos intentos realizados para explicar el misterio del Dorado y para que se vea, al mismo tiempo, cómo la historia se convierte en una noria cuando las investigaciones no agotan el tema. R. Cuneo Vidal escribe que los emisarios del Inca, al tomar posesión de los tributos o *manús* de los indígenas, a su juicio consistentes en oro en polvo, se revolcarían sobre él, siguiendo una antigua costumbre de "toma de posesión", aún subsistente en las actuales Repúblicas del Perú y Bolivia. La hipótesis es sugestiva, pero no podemos admitir que se realizara conforme lo imagina el señor Cuneo Vidal por falta total de pruebas históricas. Dicha "toma de posesión" se usaba en la compra de terrenos, entre otros actos, como arrancar yerbas, etc.—que infaltablemente hallamos en las actas de fundación de ciudades—; pero no sabemos si también se practicaba en la compra o traspaso de otros objetos, y si en verdad la empleaban los factores del Inca al recibir los tributos. Más atención debería prestarse al nombre de la bahía y pueblo de Coaque, o Ccori-Haqqe, "Hombre de Oro", adonde aportaron las naves de Andagoya en 1522 y las de Pizarro en 1524. Víctor Maúrtua ("Juicio de Límites entre el Perú y Bolivia, Prueba Peruana") confunde el Paititi con el Dorado y lo sitúa en el departamento del Beni. Ricardo Mujía ("Bolivia Paraguay") incurre en idéntico descuido y lo supone parte del Chaco Boreal. Manuel Domínguez ("Las Amazonas y El Dorado", en: "El alma de la Raza", p. 93, y "El Chaco Boreal", cap. III), analizando la "Información" de Hernando de Ribera con un admirable procedimiento crítico, aplica el nombre Dorado al espejismo del Perú. Groussac terminó también por escribir que el Dorado era el Perú. Igual cosa hicimos nosotros en unos artículos a vuela pluma, y ahora, gustosos, nos rectificamos. Emiliano Jos ("La expedición del Ursúa al Dorado y la Rebelión de Lope de Aguirre") identifica el Dorado

Ha faltado, a muchos de los críticos e historiadores que se han dedicado al esclarecimiento del Dorado, esa resolución superior que se necesita para acudir a las fuentes, compararlas y analizarlas, siguiendo un severo orden cronológico, trabajando sin tesis preconcebidas y exhibiendo a los lectores los elementos empleados, para que se pueda verificar y juzgar los resultados obtenidos, sin temor de ahondar en el tema, aunque su investigación requiera mucha voluntad y su estudio muchas ansias de saber (67).

con una "región abundantísima en oro y piedras preciosas", y dice: "claro está que tal región existía: se encontraba en el Brasil, en los riquísimos yacimientos auríferos y diamantíferos de Minas Geraes" Le induce a pensar así la gran cantidad de oro y piedras preciosas que se extrajo de tales minas, y agrega: "Creemos que estas cifras bien pueden acreditar de Dorado al territorio que de tal modo abundaba en piedras y oro. Si alguna de las expediciones que lo buscaban hubiese llegado hasta la parte alta de la cuenca del San Francisco—Minas Geraes— y en pocos años se encontrasen en posesión de oro por miles de arrobas y de diamantes por centenares de kg., ¿no habrían dicho los expedicionarios que realmente era aquel país el Dorado?" Sin hacer hincapié en el hecho de que tales minas se descubrieron en 1699, muchos años después de haberse buscado el Dorado por todos los rincones de América, lo cual basta por sí solo para destruir la tesis de Jos, anotamos que su suposición—"¿no habrían dicho los expedicionarios que realmente era aquel país el Dorado?"—no es nueva y que ya la emitió hace tiempo Groot, al hablar de una colina cubierta de oro que se descubrió por casualidad: "Si aquella riqueza que participaron muchos—dice Groot—hubiera tenido más extensión, bien se habría podido decir que éste era el verdadero Dorado." También si alguno de aquellos conquistadores hubiese desembarcado en el Transvaal y se hubiese hallado con las minas de aquel país, habría podido decir que aquello era el Dorado; pero no es así como se investiga y escribe la historia. Para demostrarlo dejo la palabra a Fray Pedro Simón, muy citado y poco leído: "... Si cada cual hubiera hallado provincias ricas en su descubrimiento, aunque lo hacían en diferentísimas partes, cada uno dijera que él había hallado el Dorado, sin reparar en si aquella con quien había encontrado entraba algún hombre a sacrificar en alguna laguna desnudo y todo el cuerpo dorado." (Quinta Noticia, cap. VIII.) Pérez Bustamante no ahonda en el Dorado. Cita la observación de Humboldt sobre las rocas micáceas que rodean el lago Parima y cree que "así se explican esas cúpulas de oro macizo, esos obeliscos de plata y todas estas maravillas que el espíritu entusiasta y fantástico de los españoles les hizo entrever". ¡Bien poco le es necesario para explicar el reflejo del Perú!

(67) Bibliografía complementaria:

Resumen y comentario del capítulo VII.

La ilusión del oro acompañó el descubrimiento de América, convirtiéndose en una verdadera obsesión durante la conquista del Nuevo Mundo, y perdura hasta nuestros días atrayendo con sus falsos mirajes a los aventureros de la vieja Europa.

Entre las noticias maravillosas de descubrimientos de Imperios y de tesoros fantásticos, que volaban de un extremo a otro del Continente en los primeros años de la conquista, surgió la de un Cacique de la Laguna de Guatavita, que siguiendo una antigua costumbre o rito religioso, solía espolvorearse

Laurence Keymis, "A Relation of the second voyage to Guaiana performed and written in the yeare 1596" (en el t. X de "The principal Navigations and Discoveries of the English Nation...", de Richard Haklpyt, Glasgow, 1903-1905); Ferdinand Denis, "Le monde enchante", Paris, 1834; Jacobo Adrian van Heuvel, "El Dorado; being a narrative of the circumstances which gave rise to reports in the sixteenth century of the existence of a rich and splendid city in South America, including a defence of Sir Walter Raleigh in regard to the relations made by respecting it and a nation of female warriors...", New York, 1844; Wilhem Stricker, "El Dorado" (En "Globus" t. IV, año 1866); E. Beauvais, "L'Elysée transatlantique et l'Eden Occidental", Level, 1884; Ferdinand Adalbert Junker von Lange, "El Dorado... im XVI und XVII Jahrhundert", Leipzig, 1888; Herman A. Schumacher, "El Dorado. Aus der Geschichte der Ersten Americanischen Entdeckungs Reisen" (En la "Mittheilungen der Geographischen Gesellschaft im Hamburg", 1890); E. Ortega, "Historia general de los Chibchas", Bogotá, 1891; E. Restrepo, "Ensayo etnográfico y arqueológico de la provincia de los Quimbayas, en el Nuevo Reino de Granada", Bogotá, 1892; Gómez de Arteche, "Orellana y el Río de su nombre" (en "Revista del Centenario", 1892); Emilia Pardo Bazán, "La Leyenda de la Codicia" (Cent. III); Ernest Rothlisberger, "El Dorado. Reise und Kulturbilder aus den sudamerikanischen Columbien", Berna, 1898; Justin Winsor, "Narrative and Critical history of America"; Ciro Bayo, "Los Caballeros del Dorado"; Rudolf Schuller, "The Ordás and Dortal expeditions in Search of El Dorado..." (en la "Smithsonian Miscellaneous Collections", t. LXXVI, núm. IV, abril de 1916), y Constantino Baile, S. J., "Eldorado".

La ceremonia del Dorado también puede verse reseñada en la "Historia de América" de Rodolfo Cronau, en la "Historia de América Española" de Carlos Pereyra y en la "Historia de España y su influencia en la Historia Universal", de Antonio Ballesteros y Beretta, quienes la aceptan rectamente como hecho histórico.

de oro antes de sumergirse en la Laguna sagrada, a la cual echaban ricas ofrendas los indios Chibchas de aquella región.

La búsqueda de este cacique, a quien los españoles pusieron el nombre de Dorado—y de cuya existencia histórica ya no se duda—constituyó el objeto de algunas expediciones; pero nunca fué hallado, pues la ceremonia del Dorado había dejado de practicarse algunos años antes de ser conquistada la Laguna de Guatavita, por causa de las guerras que los Guatavitas habían tenido con los Muyscas.

El verdadero origen del nombre Dorado pronto fué olvidado, y así aquel apelativo que primeramente sirvió para designar al Cacique de Guatavita, se empleó también para indicar regiones o ciudades desconocidas, que se suponía extremadamente ricas: minas, sepulcros, templos del Sol, todo lo que fuese foco de ilusión y de esperanzas.

La causa de esta falsa sinonimia debe buscarse principalmente en muchos de los antiguos cronistas y en los historiadores modernos, los cuales, ignorantes de los documentos primitivos, confundieron el Dorado con otros numerosos mitos y noticias diversas, considerando expediciones al Dorado un fin de ellas que ninguna relación tenían con la búsqueda del Cacique de Guatavita.

Un honesto estudio crítico sobre las fuentes originales de gran parte de las expediciones que se supusieron en pos del Dorado, demuestra que el Cacique de Guatavita no ejerció en ellas ninguna influencia, que fueron en busca de mitos y noticias diversas, como el país de la Canela y de los Omaguas, la ciudad de Manoa, el lago Parime, el espejismo del Perú, templos, minas de oro y de piedras preciosas, y que el nombre Dorado con que las designaron la casi totalidad de los historiadores, no se encuentra ni una sola vez en los documentos pertinentes.

De esta manera se viene a comprender que el Dorado no tuvo en realidad importancia mayor—en sus causas y efectos—que la de tantos otros mitos y espejismos que lo rodeaban, y que la fama y renombre con que se elevó se deben a la

carencia de análisis y sentido crítico de los despreocupados historiadores.

Sólo mediante una labor ordenadora y analítica como la que creemos realizar, puede aquilatarse el valor e influencia de cada mito, y conocer su historia desde su origen hasta su desaparición.

Es nuestro fin desenmarañar el caos de las noticias, espejismos y mitos de la conquista americana, colocando cada miraje, cada ilusión y cada existencia imaginaria en su exacto lugar.

Sólo así, y teniendo cuidado de no extender un mismo nombre a hechos diversos, confundiendo empresas e ideas—como ha ocurrido hasta la fecha en incontables historias y tratados—se podrá comprender cómo en la conquista de América tuvieron más importancia los falsos reflejos de auténticos tesoros y verdaderos Imperios, que la realidad fría de los mismos tesoros y de los mismos Imperios.

CAPITULO VIII

LA SIERRA DE LA PLATA

Sapiens nihil affirmat quod non probet.

SUMARIO: *El Imperio de los Incas. Origen del nombre Perú. El esplendor del Cuzco. El templo del Sol. Expansión del Imperio Incásico. Rentas del Imperio. El lago donde dormía el Sol. Las minas de Potosí. El brillo del Perú llevado por las migraciones de los indios a todos los confines de América. Conquista del Imperio Incaico por los guaraníes. Corriente migratoria de los guaraníes a través del Chaco. Cronología de las expediciones guerreras de los guaraníes a Charcas. Noticia de los Caracaraes en el Río de la Plata. Los mercaderes indígenas hacen conocer la existencia del Perú a los pueblos chibchas y centroamericanos antes de la conquista de los españoles. La primera noticia que se tuvo del Perú en el Cabo San Roque, del Brasil. Las noticias obtenidas por Balboa. El episodio del hijo del Cacique Comagre. Segundo indicio de la existencia del Perú que Balboa tuvo en el Pacífico. El descubrimiento del Río de la Plata por Solís y el viaje de Cristóbal de Haro. Los diez y ocho naufragos de Solís en el Puerto de los Patos. El viaje de Alejo García y de sus cuatro compañeros. Reconstrucción crítico-documental de la expedición de García. Las noticias y la plata enviadas por García a los naufragos de Santa Catalina. La fama de la Sierra de la Plata llevada a España. Verdadero objeto del viaje de Caboto. Noticias de la Sierra de la Plata y de las riquezas del Río de Solís recibidas por Caboto en Pernambuco y en Santa Catalina. Relatos fascinantes. Olvido de las Molucas, de Tarsis y de Ofir. Llegada al Río de la Plata. Los informes de Francisco del Puerto, sobreviviente del grupo de Solís. Fundación de Sancti Spiritus. Noticias de la Sierra de la Plata dadas por los indios del Paraguay. Hambre padecida en San Lázaro. Llegada de Diego García. Vuelta a España de Caboto y de García. Posible autenticidad del episodio de Lucía de Miranda. Nombres y etimologías del Río de la Plata. Los esfuerzos de los conquistadores del Oriente y del Occidente para alcanzar el Perú. Expedición*

de Martín de Alfonso de Souza. Por su orden cuatro portugueses exploran el interior del Brasil hasta el río Paraguay. Nuevas noticias de riquezas occidentales. La declaración de Francisco de Chaves. Intentos de los portugueses para alcanzar las minas del Alto Perú. Objeto de la expedición de don Pedro de Mendoza. Conquista del Cuzco y llegada a España del rescate de Atahualpa. Entusiasmo producido por las noticias que venían del Perú. Partida de la armada de Don Pedro de Mendoza. Seguridad de hallar un nuevo Atahualpa y grandes tesoros. Asesinato de Osorio. El desastre de Buenos Aires. El viaje de Juan de Ayolas en busca de la Sierra de la Plata. Fundación de Candelaria. Entrada al Chaco de Ayolas guiado por un esclavo de Alejo García. Trágico fin de la expedición de Juan de Ayolas. Abandono de Buenos Aires por don Pedro de Mendoza. Su enfermedad y su muerte. Encuentro de Irala y Juan de Salazar. Fundación de la Asunción. Se disipa la visión encantada de la Sierra de la Plata. Las grandes nuevas del Perú ofuscan las escasas noticias del Paraguay. Expedición de Irala al Chaco en el año 1540. Nuevas "noticias" y esplendorosas visiones en los confines del Chaco. Resumen y comentario del capítulo VIII.

Enclavado entre las altas cumbres de la América Meridional, existía un viejo Imperio. Aquel Imperio se llamaba "Las Cuatro Partes del Mundo" (1), y su capital era el Centro del

(1) "Tavantinsuyu", o "Las Cuatro Partes del Mundo", según la "Relación" de Ondegardo y los "Comentarios Reales" de Garcilaso. Compárense estos y otros datos con Prescott, "Historia de la Conquista del Perú". Fué una injusticia de Paul Groussac tratar con desdén la bella obra de Prescott. El historiador norteamericano, casi ciego, no pudiendo utilizar más que un ojo durante una o dos horas al día, realizó con su optimismo y voluntad una labor histórica de la cual se enorgullecerían todos sus detractores.

El nombre Perú era desconocido a los indígenas americanos. Garcilaso (libro I, cap. IV) explica que el nombre Berú fué el propio de un indio, y Pelú, que significa río, el lugar donde los españoles hallaron aquel indio, cuyas palabras hicieron creer que Berú o Pelú fuese el nombre de todo el país. (Véase también Agustín de Zárate, lib. I, cap. I, y Herrera, Dec. III, lib. VI cap. VIII.) Pedrarias Dávila, en la "Relación" de sus sucesos (publicada por Navarrete en el t. III, página 393, de su "Colección de los viajes y descubrimientos..."), habla de la "provincia que se dice Birú, donde corrompido el nombre se llamó Perú..."; y agrega: "... desta provincia se tomó el nombre del Pirú, que de Birú se corrompió la letra y la llamamos Perú". La realidad es que el nombre "río", *Pelú* o *Pilú*, fué impuesto por los españoles a todo el territorio, que desde los tiempos de la conquista lleva este nombre. Respecto a la denominación de Alto Perú, aplicada exclusivamente a Bolivia, dice José María Dalence ("Bosquejo estadístico de Bolivia", cuadro I, págs. 1 y 2, nota) "que es nueva y muy

Universo (2). El Jefe Supremo se denominaba "Hijo del Sol" (3) y todas sus vasallos debían adorar el Sol, la Luna y las Estrellas (4).

La capital del Imperio o "Ciudad Santa" de aquel país (5), poseía el Templo del Sol más magnífico de la Tierra (6) y

impropia. Alto Perú son las sierras que se extienden desde Copiapó hasta Quito, las cuales corresponden en parte al Perú y en parte a Bolivia". Humboldt opinaba que Bolivia debería llamarse más bien Perú Interno. Las leyes de Indias y los primitivos cronistas dieron siempre a la actual Bolivia el nombre de Charcas.

(2) "Cuzco", según Garcilaso (Parte I, lib. I, cap. XVIII), significa "Ombligo", o centro del mundo. Nicolás Acosta, en la Introducción a "La lengua de Adán y el hombre de Tihuanaco", de Villamil de Rada, apunta que Cuzco en aymará quiere decir agujero, hoyo.

(3) Véase Garcilaso y demás cronistas. Las Virgenes o "Mugeres del Sol" avían de ser de su misma Sangre, quiero decir Hijas de los Incas, así del Rey, como de sus deudos..." (Garcilaso, lib. IV, cap. I.) Según una antigua tradición, los primeros Incas habían salido del fondo del Titicaca. (Véase, entre otros, a López de Gomara; cap. "Linaje de Ataliba".)

(4) Garcilaso (Parte I, lib. II, cap. XXIII) afirma que las estrellas no eran adoradas, sino reverenciadas como santas. Prescott anota que lo contradicen la "Declaración de la Audiencia Real", Herrera (Dec. V, lib. IV) y López de Gomara, capítulo XXI, "Religión y dioses de los Incas y otras gentes", quien dice "tienen por dioses principalísimos al sol y luna y tierra, creyendo ser ésta la madre de todas las cosas, y el sol, juntamente con la luna, su mujer, criador de todo; y así, cuando juran, tocan la tierra y miran al sol."

(5) Polo de Ondegardo, en su "Primera Relación" del año 1561, y Garcilaso (Parte I, lib. III, cap. XX), escriben que los indios consideraban sagrada la ciudad del Cuzco.

(6) El Coricancha, o "cercado de oro" (Herrera, Dec. V, lib. III, cap. VIII), o, más propiamente, "Casa de oro" (Kramer, "Historia de Bolivia"), era el templo del Cuzco más renombrado en el Imperio. En él estaba "la figura del Sol, muy grande, hecha de oro obrada, muy primorosamente engastada en muchas piedras ricas". (Juan de Sarmiento, "Relación", cap. XXIV.) Los primeros rayos matutinos inundaban el templo por la puerta que miraba al Oriente. "Y al oro asimismo decían que era lágrimas que el Sol lloraba." ("Conquista y Población del Perú", publicada en la Revista "Sud América" del año 1873, y en la "Colección de documentos inéditos...", de J. T. Medina, tomo VII.) Las cornisas y frisos que rodeaban el templo eran de oro. (Cf. las "Relaciones" de Sarmiento y de Pedro Pizarro.) Agustín de Zárate (lib. I, cap. XI) escribe, que "Guaynacaba reedificó el Templo

la fortaleza más inexpugnable de América (7). Sus palacios hallábanse adornados con infinitas riquezas (8) y sus calles

del Sol, que en el Cuzco había, i aforró las paredes i techumbre de Tablones de Oro i Plata que hizo." Había una capilla dedicada a la luna y otra a las estrellas, al trueno, al relámpago y al arco iris. (Cf. Sarmiento, Pedro Pizarro, Garcilaso, etc.) "... todo el servicio de esta casa era de Plata y oro..." ("Conq. y Pobl. del Perú.") "Tenían un jardín que los terrones eran pedazos de oro fino; y estaba artificialmente sembrado de maizales, los cuales eran de oro, así las cañas de ello como las hojas y mazorcas...; tenían hechas más de veinte ovejas de oro con sus corderos, y los pastores con sus andas y cayados que las guardaban, hecho de este metal... En fin, era uno de los más ricos templos que hubo en el mundo." ("Relación" de Sarmiento, capítulo XXIV.) "Parte del aposento donde dormía el Sol tenían hecho un cuerpo pequeño..., donde sembraban a su tiempo maíz...; y al tiempo que celebraban sus fiestas... henchían este huerto de cañas de maíz hechas de oro, con sus mazorcas y hojas al natural como de maíz." ("Relación" de Pedro Pizarro.) "... en una huerta que había en este templo, que en persona la sembraba el Inca y los principales de su reino, las herramientas para labrarla y las vasijas de la bodega y cocina, eran todas de oro y plata, y había árboles y yerbas hechos de oro, y de las ovejas de la tierra." ("Geografía y Descripción Universal de las Indias", por López de Velasco.) "Aquella ciudad del Cuzco era casa y morada de dioses, e así no había en toda ella fuente, ni paso ni pared que no dicesen tenían misterio." ("Primera Relación" de Polo de Ondegardo.) "Ningún indio común osaba pasar por la calle del Sol calzado, ni ninguno aunque fuese mui gran señor, entraba en las casas del Sol con zapatos." ("Conq. y Pobl. del Perú.") "El gran templo del Sol, al que acudían peregrinos desde los más remotos límites del Imperio, era el edificio más magnífico del nuevo mundo, y quizás no habría otro en el antiguo que pudiera compararse en la riqueza de sus adornos." (Prescott.) Sobre el templo del Cuzco se elevó más tarde el monasterio de Santo Domingo. (Herrera, Dec. V, lib. IV, cap. IV.)

(7) La fortaleza del Cuzco, que se hallaba hacia el Norte de la Sierra, tenía galerías subterráneas que la ponían en comunicación con la ciudad y el palacio de los Incas. (Betanzos, "Suma y narración de los Incas", cap. XII. Garcilaso, Parte I, lib. VII, cap. XXVII-XXIX.)

(8) "... todo el servicio de la casa del rey, así de cántaras para su vino, como de cocina, todo era oro y plata, y esto no en un lugar ni en ninguna parte lo tenía, sino en muchas." ("Relación" de Juan de Sarmiento, cap. XI.) "... en el suelo i paredes i techo todo chapado de Oro i Plata, entretejido uno con otro; i en esta Ciudad ai otras veinte Casas las paredes chapadas de una hoja delgada de Oro, por dentro i por fuera." ("Relación" de Francisco de Xerez.) Había en el Cuzco unos trescientos o cuatrocientos edificios entre templos y casas

sorprendían por su largura a los viajeros (9). El lujo que el Emperador desplegaba en sus fiestas y ceremonias, excedía al de todos los Reyes del mundo (10), y el poder de sus armas llevaba la fama de su esplendor allende los desiertos, las cumbres y las selvas, por entre pueblos bárbaros a los cuales subyugaba e imponía su civilización (11). El oro que producían las minas y que como tributos llegaba de las provincias (12), se acumulaba en la capital del Imperio, y así esta

religiosas. (Polo de Ondegardo, "Relación Primera", y Herrera, Dec. V, lib. IV, cap. VIII.)

(9) Cieza de León, cap. XCII, y Garcilaso, lib. VII, cap. VIII y XI, describen las calles y caminos del Perú.

(10) "Tenemos por muy cierto que ni en Jerusalén, Roma, ni en Persia, ni en ninguna parte del mundo, por ninguna república ni rey de él, se juntaba en un lugar tanta riqueza de metales de oro y plata y pedrería como en esta plaza de Cuzco, cuando estas fiestas y otras semejantes se hacían." (Juan de Sarmiento, "Relación", capítulo XXVII.)

(11) La conquista del país que lindaba al Norte con el desierto de Atacama, fué intentada por el Inca Yupanqui, según Fernando de Santillán ("Relación del origen, descendencia i gobierno de los Incas") y Garcilaso. (Cf. "Los aborígenes de Chile", por J. T. Medina.) Juan de Sarmiento, la "Conq. y Pobl. del Perú". Cavello de Balboa y otros (Cfr. Juan de Velazco, "Hist. del Reino de Quito") afirman que la conquista de Chile se debe al hijo de Yupanqui, Topa Inca Yupanqui. Herrera (Dec. V, lib. III, cap. XVI) atribuye esta conquista a Huayna Capac, hijo de Topa Inca; y Diego de Rosales cree que Huascar fué quien envió las primeras tropas a Chile. Oliva refiere que Sinchi Roca, a quien se llamó también Sinchi Yupanqui, supo la existencia del Reino de Chile en la provincia de los Calchaquies. Huayna Capac agregó el reino de Quito al Imperio del Perú. Para las relaciones primitivas entre peruanos y diaguitas puede consultarse la "Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán", por Roberto Levillier. No hay seguridad de que los Incas hayan llevado su poder hasta las regiones del Orinoco, donde se encuentran jeroglíficos entre los cuales figura el Sol. Garcilaso (lib. VII, cap. III) y otros cronistas nos enseñan que los Incas imponían la lengua cortesana del Cuzco y el culto al Sol a todos los pueblos que conquistaban.

(12) Juan de Sarmiento, Polo de Ondegardo y el Informe de la Real Audiencia citado por Prescott, escriben que el Gobierno se sustentaba de las minas, las cuales le pertenecían todas. Garcilaso (Parte I, lib. V, cap. VII) asegura que el oro y la plata de los Incas eran enviados al Inca por los Curacas. Agustín de Zárate consigna que "de todas las provincias de su Señorío le traían cada año tributo de lo que en la tierra nacía, tanto, que en algunas tierras tan estériles, que

ciudad alcanzó (13) con el tiempo una magnificencia fantástica (14).

no se criaba ningún fruto, le enviaban cada año ciertas cargas de lagartijas, con estar más de trescientas leguas del Cuzco". (Cap. XI. "De las cosas señaladas que Guaynacaba hizo en el Perú.") Como confirmando lo dicho, leemos en Reginaldo de Lizárraga ("Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, etc."), que de Chile "servíanle y tributábanle oro en cantidades, y de allí (de la Rioja) se lo traían al Perú". (Lizárraga hace constar que a Córdoba no alcanzó nunca el Gobierno del Inca.) Los datos expuestos no están en contradicción: demuestran que al Estado ingresaban tanto los productos de las minas como los tributos de las provincias.

(13) El Cuzco era la ciudad más importante del Imperio, pero los palacios reales y los templos del Sol se encontraban asimismo en todas las poblaciones de las provincias. (Véase Juan de Velasco, "Historia del Reino de Quito", t. I, quien describe algunos de los palacios situados en el Reino de Quito; y Cieza de León, caps. XLIV y LXXXIX, el cual hace una bella pintura de los palacios de Tumbamba y de Bilcas.)

(14) "... pues preguntando al indio qué era el Cuzco, dijo que era un pueblo grande donde residía el Señor de todos ellos, y que había mucha tierra poblada y muchos cántaros de oro y de plata, y casas chapeadas con planchas de oro; y cierto, el indio dijo verdad, y menos de lo que había; y como la gente estaba tan desconfiada no le creían, antes decían que era ardid del gobernador, e inducido al indio para que lo dijese así para animar la gente; y así no creían nada de la noticia que de la tierra había." (Esto ocurría poco antes de encontrar los castellanos a Atahualpa.) ("Relación" de Pedro Pizarro.) Cuenta Francisco de Xerez que en el año de 1533, llegó a Caxamalca "uno de los tres Christianos que fueron a la Ciudad del Cuzco; éste es el que fué por escribano..., i dijo que la Ciudad de Cuzco es tan grande como se ha dicho, i que está asentada en una Ladera, cerca del Llano, las calles muy bien concertadas, i empedradas; i que en ocho Días que allí estuvieron, no pudieron ver todo lo que allí había; i que una Casa del Cuzco es muy bien hecha, i quadrada, i tiene de esquina a esquina trescientos i cinquenta pasos; i de las Chapas de oro que esta Casa tenía, quitaron setecientas Planchas, que una con otra tenían quinientos Pesos; i de otra Casa quitaron los Indios cantidad de doscientos mil pesos." La Carta de la Justicia y Regimiento de Xausa, cit. por Prescott, dice del Cuzco: "Esta cibdad es la mejor e maior que en la tierra se ha visto, y aún en Indias; e decimos a V. M. que es tan hermosa y de tan buenos edificios, que en España sería muy de ver..." (Cf. la descripción de Pedro Sancho, en Ramusio "Delle Navigationi et viaggi", t. III, fol. 413.) "... sería pueblo de más de cuarenta mil vecinos solamente lo que tomaba la ciudad, que arravales y comarcas en derredor del Cuzco a diez o doce leguas, creo io que había doscientos mil indios, porque esto era lo más poblado de todos

Contaban las leyendas de aquel Imperio que el Sol había salido en una noche oscura del fondo del lago Titicaca (15), lo mismo que los primeros Incas.

Aquel era el lago donde dormía el Sol, y en una de sus islas tenía su morada (16).

Por último, aquel Imperio poseía en las entrañas de su suelo todo el oro y toda la plata que la más excitada fantasía puede imaginar (17).

estos reinos." ("Conq. Pobl. del Perú.") El P. Valverde ("Carta al Emperador", del 20 de marzo de 1539), dice que la ciudad tenía solamente de tres a cuatro mil casas y los arrabales diez y nueve o veinte mil. "Es posible—escribe Prescott—que no tomase en cuenta sino las casas mejores, no contando las cabañas de barro o más bien cobertizos, que formaban una gran parte de las poblaciones peruanas."

(15) "... cuentan estos indios que sus antiguos lo afirmaron por cierto... que careciendo de lumbre muchos días, y estando todos puestos en tinieblas y obscuridad, salió desta isla de Titicaca el sol muy resplandeciente, por lo cual la tuvieron por cosa sagrada..." (Cieza de León, cap. CIII.)

(16) "... y los ingas hicieron en ella (en la isla del Titicaca) el templo que digo, que fué entre ellos muy estimado y venerado, a honra de su sol, poniendo en él mujeres vírgenes y sacerdotes con grandes tesoros..." (Cieza de León, cap. CIII.)

(17) "Certifico mi fe, que es tanta la grandeza de riqueza de aquellas minas..., que en tiempo de los Ingas eran suyas y las labraban por ellos y para ellos; de donde dicen la mayor cantidad de oro que a los Ingas les llevaban y ellos tenían, eran de estas minas; y que al tiempo que los españoles entraron en Caxamalca y los indios conocieron que buscaban oro y plata, las cegaron, por ser tan ricas..." ("Relación del Cerro de Zaruma", en "Relaciones Geográficas de Indias".) El Virrey del Perú, don Luis de Velazco, en la "Relación" dada a su sucesor el conde de Monterrey ("Colección" Muñoz, t. XXXV, y Torres de Mendoza, t. IV) decía: "Entre las grandes cosas que contiene así esta provincia, lo es mucho y la más principal el Cerro de Potosí, porque dél sale la sustancia de que todo el Perú se mantiene." La primera mina de plata que los españoles descubrieron en el Cerro de Potosí, fué en el año 1545. Hizo el descubrimiento una yanacona de un tal Juan o Diego de Villa Roel, llamado Gualpa o Chalco. "... donde menos les salía, eran ochenta Marcos por quintal, que es la maior riqueza que se ha visto, ni leído de ninguna mina seguida", escribía Agustín de Zárate (lib. VI, cap. IV). "... fué tanta la plata que se sacó en los principios, que el Año 1549 cada Sabado que se hacía la fundición, tocaban a los Quintos Reales de veinticinco mil hasta treinta mil pesos..." (Herrera, "Descripción".) Véase también la "Relación del Cerro de Potosí y su descubrimiento, etc."; la

Andando los siglos, a medida que avanzaban las conquistas de los Incas, se expandía cada vez más el brillo de la civilización quéchua (18). Al mismo tiempo, los indios llevaban en sus diferentes migraciones, a todos los confines de América, la fama del esplendor Incásico (19). De este modo la exis-

"Relación" hecha por Nicolás del Benino, en 1573, en la cual habla de cómo se descubrieron diversas vetas, etc.; y la "Descripción de la villa y minas del Potosí", año 1603; todas en las "Relaciones Geográficas de Indias", t. II. En la "Descripción..." de 1603, se dice que Potochi significa "cosa grande". Herrera asegura que los indios llaman Potosí "a los Cerros i Cosas altas". (Idem Cieza de León y López de Velazco.) Garcilaso cree que nada significa, y hasta se aseguró que quiere decir "dió un gran estruendo". Su verdadero significado es el de "Cerro que brota plata". ("Crónicas Potosinas", por O. Modesto Ounite.) Manuel Domínguez acepta también esta etimología. (Cf. "La Sierra de la Plata", cap. II.) Véase también los "Anales de la Villa Imperial de Potosí", de Bartolomé Núñez Videla, donde se dice que Potojchi significa "brotador de plata", y la "Leyenda de los Indios Quichuas", por César Oliveira, quien da la etimología de "manantial de plata". Los españoles descubrieron las minas de Potosí a mediados del siglo XVI; pero los Incas las explotaban desde tiempos de Huayna Capac, el cual, según Cieza de León, "mandó que los Charcas y otras naciones... sacasen cantidad grande de pasta de plata". "A ses Leguas del referido Cerro... está el Cerro de Porco. Assiento antiguo de Minas de Plata; de donde se afirma que los Ingas sacaron la maior parte de la Plata que havia en el Templo del Sol de Curianche..." (Herrera, "Descripción...") Cieza de León cree que la riqueza de las minas de Potosí no se vió hasta el año de 1547; pero reconoce (capítulo CIX) que "las minas de Porco y otras que se han visto en estos reinos, muchas dellas desde el tiempo de los Ingas están abiertas y descubiertas las vetas de donde sacaban el metal..." Prescott también escribe que los Incas explotaban "parte de las colinas argentíferas de Potosí".

(18) Khéchua o Quichua, llámase la lengua generalizada por los Incas. Jiménez de la Espada ("Rel. Geog. de Indias", t. I, pág. 181) escribe que significa "tierra templada o caliente". Sin embargo, esta etimología nos parece la más infundada y menos probable.

(19) En los capítulos dedicados a "La fuente de la eterna juventud" y a "Las Amazonas, Virgenes del Sol", nos hemos ocupado de las migraciones de los guaraníes. Ahora traeremos otros datos corroborantes. Félix de Azara ("Viajes por la América Meridional") anota que la nación guaraní en la época del descubrimiento de América "ocupaba todo lo que los portugueses poseen en el Brasil y la Guayana", extendiéndose "al norte de los Charrúas, de los Cohanes y Minuanes, hasta el paralelo 16, sin pasar la parte occidental del río Paraguay y luego del Paraná", a excepción del "territorio de San

tencia del Cuzco, del Titicaca y del Imperio del Sol, con sus Incas, sus templos y casas de mujeres escogidas, llegó hasta

Isidro y de las Conchas, cerca de Buenos Aires, y la parte meridional, hasta el 30° y todas las islas de dicho río, sin pasar a la orilla opuesta; y hacia el otro extremo pasaba al Oeste del río Paraguay y penetraba en la provincia de Chiquitos hasta las cimas de la gran cordillera de los Andes, donde había gran número de ellos con el nombre de chiriguanes". Luego explica que el espacio intermedio, o sea, el Chaco, estaba "ocupado por muchas naciones muy diferentes". (Véase nuestra "Historia del Gran Chaco", cap. V, "Los habitantes del Chaco".) Además, en el espacio "asignado a la nación guaraní había otras naciones enclavadas en medio de ella..., tales como los tupy, los guayaná, los nuará, los nalicuegá y los guasarapo". (No deben confundirse estas naciones con los nombres de las hordas innumerables en que estaba dividida la nación guaraní, y que tomaban el nombre de su cacique o del paraje que habitaban.) (La palabra Tupi fué aplicada por los guaranis a las tribus enemigas, y por herencia la población blanca la adoptó para designar con ella a todos los indios bravos y salvajes: Cf. Ambrosetti, "Los Ingains", en "Boletín de la Acad. de Ciencias de Córdoba", t. XIV, pág. 4.) D'Orbigny, en "L'homme Américain" (París, 1839), llega también a la conclusión de que los guaranis se extendían desde las orillas del Plata hasta las Antillas y los Andes bolivianos (se basa en los primitivos historiadores de Indias y en los idiomas, usos y creencias de los indígenas). Supone que originariamente los guaranis habitaban todo el Sud del Brasil, desde la orilla del mar a la laguna Mirim. Varnhagen, en cambio ("Historia Geral do Brazil"), se inclina a creer que "probablemente tuvieron su origen en las cuencas centrales del Amazonas, y de ahí se extendieron por todas partes". Aunque Pedro de Magalhães de Gandavo ("Historia de Santa Cruz", Lisboa, 1576) haya escrito que "a lengoa de que usam toda pela costa he una", D'Orbigny se equivoca al describir en forma general los descendientes de los Guaranis, Tupinambás, Galibis y Caraibes. Como hace observar D'Avezac ("Considerations géographiques sur l'histoire du Bresil", París, 1875), la diferencia de idiomas entre los dos sexos de una misma *peuplade*, revela el doble origen de los vencedores y de los vencidos. Hervás ("Catálogo de las lenguas...") trae una larga lista de los pueblos del Brasil que hablaban idiomas extranjeros al Tupi, enclavados en medio del idioma que los portugueses llamaban lingua geral. (Ver D'Avezac, Ob. cit. págs. 42, 43 y 44, quien cita diversas obras útiles para el estudio de las diferentes lenguas habladas en el Brasil. Consúltese asimismo Lucien Adam, "Materiaux pour servir a l'établissement d'une grammaire de la famille Tupi", París, 1896.) También Humboldt, en su "Voyage", t. VII, da cuenta de los recuerdos que por todos los lugares del Orinoco existían de las excursiones hostiles de los Caribes.

la América Central, penetró en las selvas del Amazonas y del Orinoco, cruzó el Chaco, descendió por el Río de la Plata y se expandió a lo largo de la costa del Brasil (20).

Las noticias de aquel Imperio, anubladas por la distancia, pero siempre maravillosas e intangibles como un sueño fantástico, excitaron la codicia y el espíritu guerrero de los salvajes guaraní, decidiéndolos a la conquista de "Las Cuatro Partes del Mundo". La "Relación cierta que el P. Diego Felipe de Alcaya, cura de Mataca, envió al Virrey, Marqués de Montesclaros, sacada de la que el Capitán Martín Sánchez de Alcayaga, su padre, dejó hecha como primer descubridor y conquistador de la Gobernación de Santa Cruz de la Sierra y primer poblador de ella" (21), nos refiere en páginas sencillas y sobrias, pero llenas de sincera emoción, la invasión de ocho mil indios guaraní, que en época incierta, "antes que a esta parte viniesen los españoles de España ni a las de el Paraguay", cruzaron el Chaco y remontando el Pilcomayo se lanzaron al asalto de los dominios Incásicos (22).

(20) En el capítulo dedicado a las Amazonas hemos visto cómo a lo largo del Marañón los indios tenían pleno conocimiento de las costumbres quechuas, de las casas de escogidas y de la vida de las Virgenes del Sol.

(21) Original en el Arch. de Indias; Charcas, 21. Fué publicada por Víctor Maúrtua en "Juicio de Límites entre el Perú y Bolivia. Prueba Peruana", y reproducida por Fulgencio R. Moreno en "Cuestión de Límites con Bolivia", t. I. La copia existente en el Arch. de Indias hállase fechada en Potosí el 23 de marzo de 1636. La "Relación" del P. Alcaya la hemos utilizado largamente, confirmando muchas de sus partes en nuestra "Historia del Gran Chaco", cap. III, "Origen y zona de ocupación de los indios Chiriguanes".

(22) La invasión descrita por el P. Alcaya no ha de ser la que dió origen a los indios Chiriguanes, pues estos ya se hallaban establecidos en las cordilleras bolivianas desde un siglo antes del viaje de Alejo García. Así lo hemos probado en nuestra "Historia del Gran Chaco" (Cap. III), citando el testimonio de Garcilaso (lib. VII, capítulo XVII), quien habla de las guerras del Inca Yupanqui contra los Chiriguanes, los cuales desde antiguo se hallaban radicados en los lugares que siempre habitaron. (Según Manuel de Mendiburu, "Diccionario Histórico Biográfico del Perú...", Lima, 1878, el Inca Yupanqui murió en 1453. Lozano, en su "Descripción Chorográfica...", apunta que las guerras de Yupanqui con los chiriguanes se realizaron por

Los guaraníes fueron derrotados, después de obtener algunos triunfos en los confines del Imperio; pero no volvieron en masa a su país: el desierto del Chaco se extendía ante ellos como una barrera infranqueable, y se establecieron en los últimos contrafuertes de los Andes, en la cordillera que luego tomó el nombre de los Chiriguanes (23).

lo menos cien años antes del viaje de Alejo García.) El P. Alcaya relata que los guaraníes se decidieron a conquistar el Perú por haber "entendido de los naturales de los llanos las riquezas que estos dos hermanos (Guacane y Condori) poseyan y la vestidura de que usaban". También consigna que después de haber vencido a la gente de Origotá, "empeçaron atomar noticia de donde sacavan aquella platta de que Guacane hacia aquella vaxilla", cómo los indios de la fortaleza de Sabayppatta "enterraron gran suma de platta en texos y jarritos de pepitas de oro..., y es que no la enterraron en ella sino en la montaña, donde quedará sepultada en su seno hasta la fin del mundo..." La invasión referida por el P. Alcaya es la misma de la cual habló a Alvar Núñez un indio guaraní. ("Comentarios", cap. LX.) Ahora bien, unos supervivientes de aquella guerra aseguraron "que al tiempo que sus padres fueron muertos y desbaratados, ellos auían quedado muy pequeños; lo qual declararon los indios más ancianos, que al parecer serian de edad de treynta y cinco años cada uno..." Era aquel el año 1543 (Véase nuestra "Historia del Gran Chaco", cap. VII), y por tanto la expedición relatada por el P. Alcaya debió de verificarse entre 1513 y 1518, suponiendo que aquellos indios hubiesen contado entonces de cinco a diez años. Puede decirse, como término medio, que tuvo lugar unos diez años antes del viaje de García, siendo seguida a los ocho o nueve años por otra, que al regresar se encontró con García en el Paraguay. Guzmán (lib. I, cap. V) describe la gran invasión de guaraníes, que, a su juicio, dió origen a los Chiriguanes, y que por su desarrollo y numerosas coincidencias parece la anotada por el P. Alcaya y los "Comentarios", en el cap. LX; pero con detestable sentido crítico la supone posterior al viaje de García, y originada precisamente por su expedición.

(23) La "Relación" del P. Alcaya es confirmada en tesis general por Martín del Barco Centenera, "La Argentina", Canto I; por el indio que los soldados de Alvar Núñez trajeron de los Xarayes ("Comentarios", cap. LX), y por la "Relación verdadera..." que de su viaje al Perú en 1564 hizo el gobernador Francisco Ortiz de Vergara. (Véase en nuestra "Hist. del Gran Chaco", loc. cit., los textos transcritos.) La etimología del nombre Chiriguaná fué dilucidada por Fulgencio R. Moreno, el cual demostró que es un término integrado por una voz quéchua: Chiri (frío), y por dos guaraníes: gua, guara (patria o lugar que se habita), y ana (pariente), o sea: nuestros parientes de la región fría. (Véase la "Hist. del Gran Chaco", loc. cit., donde se trae todas las etimologías emitidas sobre el particular.)

Sólo algunos pocos osaron volver a sus tierras, estableciendo una débil corriente migratoria a través del Chaco (24). En el Paraguay, primero, luego en las selvas y en las costas del Brasil, divulgaban la fama de la Sierra de la Plata, de las ricas minas de Charcas (25). Al mismo tiempo, los mercade-

(24) "Estos indios van y quieren ir a las tierras del Perú, y como no tiene camino y van fuyendo de sus contrarios, van poblando y sembrando... Desta manera también fueron los demás questán muchos tiempos a allá en las dichas sierras... Aquy ay muchos indios que an ydo, venido dos o tres vezes allá con sus hijos y mugeres, por aquí de frente desta cibdad, por un río que estará dos leguas de aquí que va a dar a la villa de la Plata..." ("Carta" de Martín González, del 1 de julio de 1556, escrita en la Asunción y publicada en "Cartas de Indias", nota 101.) Luis Ramírez, compañero de Caboto, decía en su "Carta" que algunos afluentes del Paraná "van a confinar con una sierra a donde muchos indios acostumbran ir y venir...", que "iban mujeres y niños hasta la sierra y traían el dicho metal...", y que "iban muy continuo mujeres, niños y viejos, y traían mucha cantidad del dicho metal..." Asimismo escribe Herrera (Dec. IV, lib. I, cap. I), que "los guaraníes traían planchas y otras piezas grandes de las provincias del Perú". (Véase también los "Comentarios" de Alvar Núñez, cap. LVI.) Para las migraciones guaraníicas a través del Chaco y el origen de los Chiriguanes, consúltese el cap. III de nuestra "Historia del Gran Chaco".

(25) En el Río de la Plata se conocía ampliamente la existencia de los indios Caracaraes, poseedores de las riquezas de las minas potosinas. Se sabe que Ayolas partió en busca de los Caracaraes (Oviedo, lib. XXIII, cap. XIV, y Herrera, Dec. VI, lib. VI, cap. V), y que según la "Relación anónima del Río de la Plata" de los años 1537 a 1545, los mismos "caracaras le salieron de guerra y le mostraron mucha planchería de oro y plata". En la "Relación" que Irala dejó en Buenos Aires, al despoblarla (se publicó en el "Bol. del Inst. Geográfico Arg." y en la edición de Schmidel de 1903), se lee que "los caracaras (eran) los más ricos y gente más poderosa, que tiene más policía y los pueblos cercados". En la misma "Relación", Alonso Cabrera atestigua que "los caracaras son los señores del metal". Según la declaración de La Gasca al Consejo de las Indias, Irala había ido al Perú en busca de "la plata de los caracaraes..." ("Colección de documentos inéditos..." de J. F. Medina, t. VIII, pág. 252.) También mencionan los Caracaraes los "Comentarios" de Alvar Núñez, capítulos LVI y LXX; Schmidel, cap. XXXIV; las "Actas" o "Probanzas" de San Fernando, y la "Carta" de Irala de 1556, donde se les llama Carcaxas. "Quiero declarar a la gente—dice la "Relación del Cerro de Potosí y su descubrimiento", publicada en las "Relaciones Geográficas de Indias", t. II, pág. 86—cómo y cuándo, y en qué tiempo y por quién fué nuestro señor servido, se manifestase la riqueza de plata

res indígenas que recorrían la costa del Pacífico hasta Panamá, llevaban a todas las tribus y reinos chibchas el conocimiento de la civilización peruana (26). De esta manera el esplendor del Imperio del Sol irradió a todos los ámbitos del Continente Sud Americano.

Cuando en 1508 unos navíos equipados por Nuño y Cristóbal de Haro costearon las tierras del Brasil, "os nossos viajantes descobriram bellissimos rios e portos de facil entrada, e un paiz tanto mais povoado quanto mais se proxima do Cabo (de San Roque)... A sua lingua differe da do Brazil inferior. Notam-se nesta gente reminiscencias de S. Thomé, e os moradores pretenderam mostrar aos Portuguezes pela terra dentro as suas pegadas... Os naturaes carecem de ferro, e dao, como no Brazil, por una chave, quanto possuem. Tamben tereis satisfacao em saber que os viajantes annunciam haver obtido na embocadura de un rio que fica na distancia de duzentas leguas aquem do Cabo para Europa, noticias da existencia pelos sertoes de muita prata, ouro e cobre. Asseguram até que o capitao de outro navio trará ao rei de Portugal un machado de prata-os naturaes tem-nos de pedra. Trazem tamben un metal de côr de latao que nao se enegrece; ignora-se que metal seja, quiça ouro de baixo quilate. Ouviram falar de un povo das serras, rico de armaduras feitas de chapas de ouro muito delgadas, que os combatentes levam sobre o peito

tan innumerable que estaba y está escondida en el cerro, que los naturales de esta tierra de la Provincia de los indios caracaraes llamaban, y hoy día, generalmente por el mundo, se llama Cerro de Potosí..." (Consúltese también la "Sierra de la Plata", por Manuel Domínguez, cap. II.)

(26) Andagoya, en 1522, durante su expedición al Sud de Panamá, obtuvo noticias del Imperio Incaico por medio de los mercaderes que recorrían el país. "En esta provincia (de Birú) supe y hube relación, así de los señores como de los mercaderes e interpretes que ellos tenían, de toda la costa de todo lo que después se ha visto hasta el Cuzco, particularmente de cada provincia, la manera y gente de ella porque estos alcanzaban por vía de mercadería mucha tierra." ("Relación" de Pascual de Andagoya, publicada por Fernández de Navarrete, en su "Colección de los viajes y descubrimientos...", t. III, número 7.)

e na testa. O capitao traz consigo un morador do paiz o qual quiz absolutamente ver o rei de Portugal e dizer-lhe como se offerece a trazer-lhe tanto ouro e prata que apenas o poderao carregar seus navios. Os moradores da costa disseram que, de quando en quando, ahí chegavam outros navios, cujas tripolações se vestíam como os nossos, e tinham quasi todos a barba ruiva. Os Portuguezes creem por estes signaes serem Francezes..." (27).

Tres años después, en 1511, los españoles tuvieron noticia

(27) Los párrafos transcritos pertenecen a un opúsculo en alemán, traducido del italiano, que se encuentra en la Biblioteca de Dresde, titulado "Zeitung auss Presillig (Brasilig) Landt", cuya existencia fué dada a conocer por Falkenstein a Humboldt, quien se ocupa de él en el "Examen Critico" (t. V, pág. 239). Varnhagen lo tradujo al portugués en su "Historia Geral do Brazil", y supone que por ser de impresión idéntica a otro que trata de los hechos de Francisco de Almeida, debe haber sido impreso en alemán en 1510. Dicho opúsculo refiere la expedición de los navíos equipados por Nuño y Cristóbal de Haro y otros armadores, y que no puede ser otra, según Varnhagen, que la de Solís y Vicente Yáñez, de 1508, la cual, como apunta Navarrete (t. III, pág. 47), regresó en el mes de octubre. Sin embargo, esta aparente coincidencia de fechas, que podría identificar la expedición citada con la de Pinzón y Solís, no existe, pues estos navegantes arribaron a Sevilla a fines de agosto de 1509, y no en octubre, como supuso Navarrete, o en noviembre, como creyeron otros. El libro de Tesorería de la Casa de Contratación (Arch. de Indias, 39-2-1/8. Año 1509), consigna "que él (Pinzón) fué pagado del sueldo que ovo de haber, fasta los 29 de agosto del presente año que sirvió en la mar". Además se corrobora con una cédula del 13 de septiembre expedida por Fernando el Católico, el cual hace referencia a la anterior llegada de Pinzón (Arch. de Indias, 46-6-1/24. Año 1509). Por otra parte, Solís y Pinzón no navegaron de Norte a Sur como suponen Herrera, HARRISSE, Medina y otros, sino de Sur a Norte, como atestiguan Las Casas y don Fernando Colón. (Véase Manuel de la Puente y Olea, "Los trabajos Geográficos de la Casa de Contratación", cap. II, de "Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís".) Sea, en fin, lo que fuere, lo que a nosotros interesa es dejar constancia que en el año 1508 los portugueses de la expedición equipada por Nuño y Cristóbal de Haro, tuvieron en el Cabo de San Roque, a la altura del paralelo 5 las primeras noticias de la riqueza del Perú. En cuanto a las excursiones de los franceses por la costa del Brasil, no son de extrañar, pues la historia conserva numerosas noticias de sus viajes. (Véase, a más de la citada obra de Varnhagen, las "Considerations géographiques" que sobre la misma escribió D'Avezac.)

del Imperio Incaico, en Panamá. Balboa y los suyos hallábanse pesando y repartiendo el oro, cuando surgieron ciertas diferencias y los hombres comenzaron a disputar. Entonces, el hijo mayor del Cacique Comagre, que presenciaba la escena, descargó un puñetazo sobre la balanza, desparramando el oro por el suelo, y exclamó: "Que por qué reñían los Christianos por tan poca cosa? i que si tanta gana tenían de Oro, que por haverlo inquietaban por aquellas tierras las Gentes pacíficas, i con tantos trabajos se desterraban de sus tierras, les mostraría Provincias adonde podrían bien cumplir su deseo" (28). Y ante las preguntas que todos le hicieron, admirados, agregó que para conquistar aquel Imperio debían ir en mucho mayor número de conquistadores, que primeramente llegarían a la mar, que luego, a los seis soles, toparían con un Cacique poderoso, "i que pasando aquel Mar, hallarian gran riqueza de Oro, i que tenían grandes Vasos de Oro, en que comían i bebían". Daba a entender, según aseguraban los castellanos, que en aquel país había "más Oro que Hierro en Vizcaya" (29).

Realizado el descubrimiento de la mar del Sur, todos pensaban en aquel Imperio que junto con aquel Océano, había

(28) Herrera, Dec. I, lib. IX, cap. I. Año 1511.

(29) Puede leerse el episodio de la balanza y del hijo del Cacique Comagre, en Pedro Mártir de Anglería, Dec. II, lib. III, cap. III; en Oviedo y demás cronistas de Indias; en la "Primera Parte de la Carolea Inchiridion, que trata de la Vida y Hechos del Inuictissimo Emperador don Carlos Quinto de este nombre y de muchas notables cosas en ella sucedidas hasta el año de 1555...", por Juan Ochoa de la Salde, Lisboa, 1585; en la "Segunda Parte de la Historia Pontifical y Católica, en la cual se prosiguen las vidas y hechos de Clemente Quinto y de los demás Pontífices sus predecesores, hasta Pío Quinto y Gregorio Décimo Tercio..." por el doctor Gonzalo de Illescas, Salamanca, 1574; en la "Crónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú...", por fray Antonio de la Calancha, Barcelona, 1646 (a base de lo escrito por Herrera), en la vida de españoles célebres", por Manuel José Quintana; en la "Conquista del Perú", por Prescott, etc. "El descubrimiento del Oceano Pacifico", así como las vidas de Vasco Núñez de Balboa, Fernando de Magallanes y sus compañeros, han sido ampliamente estudiados por J. T. Medina en tres volúmenes. Santiago de Chile, 1914, 1920 y 1923.

revelado el hijo de Comagre, y Balboa hablaba así a su soldados: "Porque como ha salido verdad lo que el Rei Comagre nos testificó de esta Mar, que nunca tal pensamos, así tengo por cierto, que se cumplirá lo que nos dijo de haver en ella incomparables tesoros" (30).

Desde entonces, las noticias del Imperio del Sol fueron cada vez más copiosas y fascinantes (31). No sólo atraían por encima de los infinitos obstáculos que presentaba la naturaleza salvaje, a los esforzados conquistadores que avan-

(30) Herrera, Dec. I, lib. X, cap. I. Año 1513.

(31) El segundo indicio que Balboa tuvo de la existencia del Perú fué en la costa del Pacífico. Un cacique llamado Tumaco dió noticia de la costa que se extendía hacia el Sur, del oro que poseían aquellos naturales, y de "ciertos Animales, adonde ponían sus cargas que eran las Ovejas de aquellas Provincias; i de Tierra hizo una figura, para que mejor se entendiese. Estaban los Castellanos admirados; unos decían que eran camellos; otros que Ciervos, o Dantas, de las quales hai muchas en la Tierra-firme, que son como pequeñas Ternezas, aunque tan baxas de piernas, que tienen poco más de un palmo i con pequeños cuernos..." (Herrera, Dec. I, lib. X, cap. II. Año 1513.) De vuelta al Dairen, el Cacique Bononiamá anunció otros "muchos secretos, del Oro de aquellas provincias" (Herrera, Dec. I, lib. X, capítulo IV). En 1522 Andagoya obtuvo datos más precisos en la provincia de Birú (véase su "Relación", ya citada). En 1524 salió la primera expedición de Pizarro. Pasado el río Birú, cuyo nombre, mal interpretado, dió origen al de todo el país, Pizarro tuvo noticia "por medio del lengua, como diez soles de allí había un rey muy poderoso yendo por espesas montañas, y que otro más poderoso hijo del Sol, había venido de milagro a quitarle el reino, sobre que tenían muy sangrientas batallas". (Montesinos, "Anales", año 1525.) Tal vez, como supone Prescott, se aludía a la conquista de Quito por Huayna Capac, ocurrida unos treinta años antes de aquella fecha. Mientras Pizarro volvía a Panamá y Almagro corría tras sus huellas, éste tenía constantemente nuevas pruebas de la existencia de un rico imperio situado hacia el Sud. (Véase Oviedo, Francisco de Xerez, Montesinos, Agustín de Zárate, Cieza de León, Garcilaso, Herrera, Cavelló de Balboa, Naharro, "Relación sumaria", "Relación de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro", sacada del Códice 120 de la Biblioteca imperial, de Viena, y publicada en la "Colección de Documentos inéditos para la Historia de España", por D. Martín Fernández de Navarrete, D. Miguel Salvá y D. Pedro Sáinz de Baranda. Madrid, 1844; la "Relación" de Pedro Pizarro, etc.) (Pedro Mártir de Anglería murió antes que las matavillas del Perú llegasen al conocimiento de los europeos) En Tumbes se obtuvo noticias precisas del esplendor del Cuzco.

zaban a lo largo de la costa del Pacífico, sino que enloquecían con sus brillos misteriosos la imaginación de unos pobres náufragos perdidos en las costas del Brasil y los llevaban a través de todo un continente inexplorado hasta los dominios del Inca y las minas de Charcas.

En el año 1516, tres navecillas volvían del Paranaguazú, que acababan de descubrir "oficialmente", con la muerte del jefe de la expedición, Juan Díaz de Solís (32), y al pasar

(32) Según Eduardo Madero ("Historia del puerto de Buenos Aires"), el río de la Plata fué descubierto el 20 de enero de 1516, por haber dado Solís el nombre de San Sebastián a la primera isla que arribó. J. T. Medina ("Juan Díaz de Solís") supone que el descubrimiento se efectuó el 2 de febrero de 1516, día de la Candelaria, en que Solís pudo haber llegado a la desembocadura del río y dado ese nombre al actual puerto de Maldonado. La expedición de Solís fué inspirada por las noticias del viaje de Cristóbal de Haro (1513-1514), quien pasó frente al futuro río de la Plata, confundiéndolo con un golfo o estrecho, conforme aparece trazado en el mapa de Schöner, de 1515 (véase la Introducción de J. Capistrano de Abreu a la "Historia topográfica e bellica da Nova Colonia do Sacramento", de Pereira de Sa). El error de Oviedo: que Solís descubrió el río de la Plata en 1512 y volvió en 1515—ampliado por López de Gomara y copiado por López de Velasco—, carece hoy día de fundamentos históricos. El viaje que Solís debía realizar conforme a la capitulación existente en el Archivo de Indias: 139-1-5, fué suspendido mediante dos Reales cédulas que reproduce Medina ("Juan Díaz de Solís", tomo II). El último argumento invocado por Groussac en favor del viaje de 1512 ("Viaje de un buque holandés al río de la Plata", nota I. página 304. t. IV de los "Anales de la Biblioteca", de Buenos Aires, y en el t. VIII, "La expedición de Mendoza"), consistente en que en el año 1513 Solís no se hallaba en España, porque su presencia no se descubre en el pleito de los herederos de Colón, aunque su nombre vuelva invariablemente en las preguntas, también fué disipado, pues no faltan documentos que prueban que en aquella fecha Solís se hallaba en España (véase Rómulo D. Carbia, "El señor Groussac, historiógrafo", en "Nosotros", diciembre de 1914). Así quedan relegados al olvido la insistencia en el viaje imaginario de 1512, de Andrés Lamas ("Revista del Río de la Plata", t. I, pág. 436), la suposición de Fernández de Navarrete ("Biblioteca Marítima", t. I, pág. 331) de que el primer viaje de Solís y Diego García fuese hecho en 1513, y de Manuel Ricardo Trelles ("Diego García, primer descubridor del Río de la Plata", 1879), y no debe olvidarse que fueron Eduardo Madero y Angel Justiniano Carranza ("¿Cuándo fué descubierto el Río de la Plata?", en el Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Huelva en 1892, t. I), seguidos por Medina, quienes asentaron por los

trente a la isla de Yurú-minrin, llamada desde Caboto Santa Catalina, una de las carabelas, retrasada, naufragó en el Puerto de los Patos, quedando allí abandonados sus diez y ocho tripulantes (33).

primeros las bases de la actual historia crítica del Río de la Plata. La creencia de que Vespucci hubiese descubierto el Río de la Plata en 1501, conforme aparece en una curiosa "Memoria anónima sobre los asuntos de límites entre España y Portugal", decididamente inclinada a favor de los portugueses (publicada por Medina en su biografía de Solís) perdura en la "Descripción de las provincias del Río de la Plata", de Juan López de Velazco, quien parece conocer y glosar la "Memoria" citada.

(33) La "Relación" de Dávila y el testimonio de López de Gomara, demuestran que el puerto de los Patos se hallaba en el continente y no en la isla; y fué precisamente en el puerto de los Patos donde la nao San Gabriel, una de las de la armada de Loaisa, encontró a los naufragos (véase la "Relación de Francisco Dávila", en Medina. "Juan Díaz de Solís", t. II, pág. 53). Respecto al número de los naufragos creemos haber demostrado en nuestra "Historia del Gran Chaco" (cap. III, pág. 29, nota 3) que fueron diez y ocho y no once, como se creía hasta entonces. En efecto, a principios de 1517, un buque portugués recogió siete de los hombres perdidos en Santa Catalina y los llevó presos a Lisboa; en 1521, un castellano, del cual dió cuenta el embajador español Juan de Cúñiga, en carta del 27 de julio de 1524, "halló a nueve hombres de los de la armada de Solís, que estaban casados allí" (Medina, "Solís", págs. 312-316). Por fin, en 1526 Rodrigo de Acuña y algunos marineros de la "San Gabriel" declaran que en Santa Catalina vivían cuatro de aquellos naufragos. Los siete que faltan son García y sus cuatro o cinco compañeros, y uno o dos hombres muertos o no vistos por el expedicionario castellano de 1521. (Según Alvar Núñez, "Comentarios", cap. L, los aventureros que llegaron a Charcas eran seis, incluso García, y según Guzmán, eran cuatro.) Se confirma con la declaración de Enrique Montes, el cual, según la "Carta" de Luis Ramírez, dijo a Caboto que en Santa Catalina habían quedado "siete hombres" del número de los naufragos, "sin otros que por otra parte se habían apartado, y que de éstos, ellos dos solos (Montes y Melchor Ramírez) se habían quedado allí", y los demás habían ido a la tierra del Rey Blanco. Sabemos que siete naufragos fueron llevados presos a Lisboa. A ellos agregamos los otros siete que quedaron en Santa Catalina, más los "otros que por otra parte se habían apartado", que para completar la cifra de diez y ocho tienen que ser cuatro. Ahora bien, como Montes dice que "de éstos", de los siete, habían quedado ellos dos solos, resulta que los que fueron a la tierra del Rey Blanco eran cinco y que el total de los naufragos era diez y ocho: siete apresados por los portugueses, más cinco que partieron a Charcas, cuatro que quedaban en 1526, de los

Cinco de aquellos hombres, excitados por las relaciones de los indígenas, que les hablaban de un "Rey Blanco" y de un Imperio de riqueza infinita, lograron alistar varios cientos de guaraní y con ellos se lanzaron a través de las selvas del Brasil, hacia el Occidente tenebroso, en busca de la Sierra de la Plata (34).

La historia del portugués Alejo García, primer descubridor de Charcas, la conocemos principalmente por el recuerdo que de su expedición conservaban los indios interrogados por Alvar Núñez y por Irala. "Y cerca de estos indios (guazara-pos), en aquel paraje do el gobernador estaua con los indios, estaua otro río que venía por la tierra adentro, que sería tan

cuales habló Rodrigo de Acuña, y dos, tal vez muertos antes de 1521. Si no fuese por la declaración de Acuña que en 1526 quedaban cuatro de los *once* náufragos, el número de éstos sería de diez y seis, y no de diez y ocho. "La Historia—dice Medina, loc. cit.—sólo ha conservado el nombre de dos de esos once náufragos, Enrique Montes y Melchor Ramírez." Esto es inexacto: la Historia recuerda los nombres de cuatro de aquellos náufragos: los dos citados, Alejo García y el mulato Pacheco. En cuanto al Alejo de Ledesma que menciona Madero (pág. 303), no podemos admitirlo, por no habérselo probado documentalmente el autor de la "Historia del puerto de Buenos Aires". García y sus compañeros debieron partir entre 1521 y 1526.

(34) "... ciertos indios que son de la tierra adentro... dicen aver sido esclavos de un xristiano que se vino desde la isla de santa catalina en demanda de oro y plata y dicen queste les ubo de una generación carioe que los tenian por esclavos, y deziase el xristiano garcia..." (Relación Anónima, de 1545). "... preguntado sy antes de agora han visto o oydo dexir de xristianos, dixo que sy, que mucho tiempo ha que por entre las syerras que están las dichas generaciones pasó un xristiano que se llama maratya con muchos indios..." ("Relación de Domingo Martínez de Irala acerca de los descubrimientos que iba haciendo cuando fué navegando Paraguay arriba por orden del gobernador Cabeza de Vaca, desde el 18 de diciembre de 1542"). Ruy Díaz de Guzmán (lib. I, cap. V, "De una entrada q. quatro portugueses del Bracil hicieron por esta tierra hasta los confines del Perú") dice que García logró juntar "más de dos mil indios", pero el relato de Guzmán debe mirarse con desconfianza, por haber confundido la expedición de García con otra enviada por Alfonso de Souza, como veremos más adelante. Guzmán es quien nos da el nombre de García, Alejos, y quien nos dice que desde el Brasil, "con los demás compañeros vinieron a salir al río del Paraná, y deste atrauesando la tierra por pueblos de indios Guaraní llegaron al rrio del Paraguay..."

ancho como la mitad del río Paraguay, mas corría con tanta fuerza el agua que era espanto, y este río desagüava en el Paraguay, que venía de hazia el Brasil y era por donde dizen los antiguos que vino García el portugués (35) e hizo guerra por aquella tierra y auía entrado por ella con muchos indios y la hauía hecho muy gran guerra en ella y destruydo muchas poblaciones y no haya consigo más de cinco christianos y toda la otra eran indios, y los indios dixerón que nunca más lo hauían visto boluer, y traya consigo un mulato que se llamaua Pacheco, el cual boluió a la tierra de Guaçaní y el mismo Guaçaní le mató allí (36) y el García se boluió al Brasil y que destos guaraníes que fueron con García auían quedado muchos perdidos por la tierra adentro y que por allí hallaría muchos dellos de quien podría ser informado de lo que García auía hecho y de lo que era la tierra..." (37).

(35) "... el gouernador se pasó a ver el río por donde auía salido García, el qual estaua muy cerca donde los indios Guaxarapos se lo mostraron y hablaron... y porque era ya tarde, mandó surgir aquella noche frontero de la boca deste río, a la falda de una sierra que se llama Sancta Lucia, que es por donde auía atrauesado García..." ("Comentarios de Alvar Núñez", escritos por Pero Hernández, cap. L.) "... preguntando que por dónde entró el dicho garcía, dixo que por más arriba del dicho puerto de ytatín, más avaxo de los goxarapos..." ("Relación de Domingo Martínez de Irala"). "... hizieron su jornada por el puerto que llaman de San Fernando... otros dizen que entraron poco más arriba de la ciudad de la Asunción, por un río que se llama Parai..." (Ruy Díaz de Guzmán, loc. cit.). A Alvar Núñez le dijeron ("Comentarios", cap. LX) "que dende una montaña alta, redonda, que está a la vista deste puerto de los Reyes, se toma el camino..." (para lo interior del Chaco). Según Manuel Domínguez ("El Chaco", en la "Revista del Instituto Paraguayo", año VI, núm. 48, Asunción, 1904, y en "La Sierra de la Plata", cap. III), el lugar llamado Garaguay es contracción de García-caaguy, o sea Monte de García, y puede identificarse con el lugar por donde García se lanzó al Chaco.

(36) "... allí", o sea, en el puerto de Guacaní (citado por los "Comentarios" en el cap. XLIII), y no en las tierras de Guacane, allende el Chaco, como podría suponerse.

(37) "Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca", escritos por Pero Hernández, cap. L. En el cap. LV se da cuenta de "Cómo poblaron aquí los indios de García". A unas cinco leguas del puerto de los Reyes había "dos pueblos de los Chaneses, que poblaron aquella tierra, de los que atrás dixe que truxo García de la tierra adentro... que muchos dellos vinieron a ver y conocer, diziendo que ellos eran muy

En efecto, estando en el Puerto de los Reyes, cierto principal le dijo a Irala "qué! avia bivido y avio sydo esclavo del garcía, que los yndios le llamaban maratya y le nombró por los dos nombres" (38). Según la relación de aquel indio, que era "de la generación de los chanes, questavan la tierra adentro", él hablaba guaraní porque "antes que García viniese del Brasil", los guaranis habían hecho una gran junta en el Puerto de Itatin, "para yr a buscar el metal", y que al pasar por su tierra, arrasándolo todo, lo habían hecho esclavo y traído al puerto de Itatin (39). Fué en aquel tiempo cuando

alegres y muy amigos de christianos por el buen tratamiento que les auia hecho García cuando los truxo de su tierra". En el cap. LVI se lee cómo "Destos indios Chaneses se quiso el gouernador informar de las cosas de la tierra adentro..."

(38) "Relación de Domingo Martínez de Irala."

(39) Esta expedición de los guaranis, en busca del "metal", hacia las cordilleras peruanas, tuvo lugar poco tiempo antes del viaje de García. Fué una de las tantas que los Guaranis del Brasil y del Paraguay acostumbraban llevar contra las tribus de allende el Chaco, para despojarlas del "metal" que obtenian de los pobladores de Charcas, y ella nos prueba una vez más cómo las riquezas del Perú eran conocidas por todos los indios del Paraguay y del Brasil. La relación del chané traído por los guaranis al puerto de Itatin no debe confundirse con la que se describe en el cap. LX de los "Comentarios": un indio Guaraní, natural de Itati, refirió a Alvar Núñez que, "siendo él muy moço", los de su generación se habían lanzado la tierra adentro, a robar las "planchas de oro y plata" que aquellos indios tenían, destruyendo muchos pueblos, pero que "luego se juntaron las generaciones de toda aquella tierra y vinieron contra los de su generación y desbarataron y mataron muchos dellós, y otros se fueron huyendo por muchas partes, y los indios enemigos los siguieron y tomaron los pasos y mataron a todos, que no se escaparon, a lo que señaló, dozientos indios de tantos como eran que cubrian los campos, y que entre los que se escaparon se salvó este indio, y que la mayor parte se quedaron en aquellas montañas, por donde auian passado para viuir en ellas..." Esta expedición es la misma que sirve de tema a la "Relación" del P. Alcaya, y la coincidencia de estos dos valiosos testimonios con lo dicho por Ortiz de Vergara, Centenera y Guzmán (lib. I, cap. V) prueba la autenticidad del hecho histórico. Dijimos que esta expedición no debe confundirse con la citada por el indio chané de Irala, y nuestros motivos son los siguientes: la expedición referida por el indio de los "Comentarios", natural de Itati, tuvo lugar cuando él era "muy moço", en tanto que la del chané de Irala había finalizado al pasar García por el puerto de Itatin. El indio de los "Comentarios" declara

pasó por allí el cristiano García. Aquel chané y otros dos hermanos suyos, acompañaron a García "en busca del dicho metal con los dichos guaranys... hasta la generación que llaman payçunos..." Estos y los chanes le entregaron gran cantidad de "metal", pero habiendo sabido que los "çorocotoquis hacían grand junta contra el dicho garcía y los que con él fueron..." emprendieron el regreso "por traer más xrisptianos para volver con ellos por el dicho metal" (40). Aquel hombre era de una voluntad y de una energía inquebrantables. "En el camino, en cierta generación", había dejado cinco esclavos suyos "para que le hiciesen de comer para quando él viniese", pero los compañeros que desde la costa del Brasil lo habían visto partir, nunca más debían verlo tornar. "...viniendo para yr a la ysla de santa catalina con oro y plata que traya lo mataron, obra de çinquenta leguas de donde nosotros estamos..." (41). Sólo algunos indios lograron escapar de la ma-

que de los doscientos sobrevivientes, "una noche auían dado en ellos y los auían muerto a todos, y que este indio se auía escapado por lo espeso de los montes, y caminando por ellos auía venido a tierra de los Xarayes, los quales lo auían tenido en su poder...". El chané de Irala dice que los Guaranís lo habían hecho esclavo y traído al puerto de Itatin. Se trata, por tanto, de dos expediciones distintas: la primera, la de los "Comentarios", que es la del P. Alcaya, terminó con una derrota y dispersión completa, mientras que la segunda, la de la "Relación" de Irala, destruyó pueblos y regresó con esclavos. No debe olvidarse que estas expediciones guerreras de los indios del Paraguay a los pueblos de la sierra eran muy frecuentes. "... los indios Guaraníes que habitan en las montañas desta tierra saben el camino por donde van a la tierra, los quales lo podían bien enseñar porque van y vienen a la guerra contra los indios de la tierra adentro..." ("Comentarios", cap. LVI).

(40) Aquel indio chané, que "anduvo con el dicho García hasta que volvyó", atestiguó que "quando garcía pasó por allí (por los mba-yaes) le dieron aunque poco blanco: preguntado sy sabe qué generaciones son los señores del metal, dixo que muchas generaciones tienen metal, en especial los payçunos y guariguari, y çorocotoquí, y cheretono, y turopecoçi, y pané, y tipeono, maracaono, y corocotoçe, y xamaracoçe, y çemeono, y carcaras, pero que los verdaderos que sacan el metal son los canires (¿candires?) e los chamaos: preguntado sy el dicho garcía llegó a éstos, dixo que no, porque son muy lexos..." ("Relación", de Irala).

(41) "Relación Anónima", de 1545. A Caboto refirieron Enrique

tanza, a través de las selvas, y llegar con algunas muestras de oro y plata, hasta el Puerto de los Patos, donde siempre aguardaban los antiguos náufragos de Solís. Así, Enrique Montes y Melchor Ramírez, supieron el triste fin del audaz García (42).

Montes y Melchor Ramírez que "avian auido nuebas questos sus compañeros volbiéndose a do ellos estaban una generación de indios que se dizen los guarenis los avian muerto por tomarles los esclavos que trayan cargados de metal, lo qual nosotros allamos agora por cierto en lo que descubrimos por el paraná arriba...". En efecto, en el Paraná los indios estaban "muy solebantados e con mucho temor de que les yban azer mal en benganza de otros cristianos que ellos abian muerto, que heran los compañeros de Enrique Montes y Melchor Ramírez, que dicho tengo abian entrado por tierra y abian llegado asta allí y abian muerto a trayción y quitado mucha cantidad de oro y plata así que por este temor andaban siempre solebantados..." ("Carta" de Luis Ramírez). A Alvar Núñez le dijo el principal de los indios Chaneses "que cuando García los truxo de su tierra vinieron con él por tierras de los indios Mayaes y salieron a tierra de los Guaranies, donde mataron los indios que traya, y que este indio chanés y otros de su generación que se escaparon se vinieron huyendo por la ribera del Paraguay arriba hasta llegar al pueblo de estos Sacocias, donde fueron dellos recogidos, y que no osaron yr por el propio camino que auian venido con García, porque los Guaranies los alcançaran y mataran..." ("Comentarios", cap. LVI). A Irala también le dijeron que el cristiano Maratya "no volvió por allí, y que este dicho guaraní que hablaua, avia venido con él, y estos guaxarapos lo prendieron a él y a otros..." ("Relación", de Irala). Los Guaraníes, como se comprenderá, tenían especial empeño en ocultar la muerte de García, a menos que admitamos que los que daban los informes la ignoraban. Por eso también dijeron a Alvar Núñez que "García se boluió al Brasil" ("Comentarios", cap. L). Aquí cabría suponer, como lo hace Domínguez en "la Sierra de la Plata" (cap. III), una confusión por parte de los indígenas, entre la expedición de García y la remitida por Alfonso de Souza, que llegó al Paraguay y volvió al Brasil, pero no siendo esto más que una suposición originada por el ejemplo del error en que incurrió Guzmán, sólo debemos pensar que el declarante de los "Comentarios", o ignoraba el trágico fin de García o lo ocultó ex profeso.

(42) La historia que de Alejo García trazó Guzmán es sustancialmente cierta, como basada en la tradición, pero también encierra un grave error: el de creer que García había salido de San Vicente en 1526 por orden de Martín Alfonso de Souza, "señor de aquella capitania". Primeramente comencemos por recordar, con Grussac ("Anales de la Biblioteca", t. IX), que las capitanías del Brasil se crearon en 1534, y que Martín Alfonso, que del Brasil pasó a la India, en 1533,

La fama de las riquezas del Imperio de los Incas, no sólo

nunca se hizo cargo de la de San Vicente, que le había concedido el rey Joao III (véase nuestra "Historia del Gran Chaco", pág. 31). Luego no olvidemos lo demostrado por Manuel Domínguez ("La Sierra de la Plata", cap. III): que Guzmán confundió la expedición de García con otra de cuatro portugueses, que también salió del Brasil, siguiendo las huellas de García, por orden de Souza, y llegó hasta el Paraguay, de donde se volvió a San Vicente (véase el "Diario de Navegación de Pero López", archivado en la Librería Real de Ajuda, en la "Revista del Instituto Histórico-Geográfico del Brasil", t. XXIV, año 1861; o la edición de Eugenio de Castro, con prefacio de Capistrano de Abreu, Río de Janeiro, 1927; y Varnhagen, "Historia Geral do Brazil", artículo Martín Alfonso do Souza). La llegada de García a las serranías del Perú, entrando por entre Misque y Tomina, hasta Presto y Tarabuco—de que da cuenta Guzmán— puede ser cierta, aunque no existan reminiscencias que la confirmen. Los fuertes que Guzmán supone contruidos por los Incas a causa del asalto de los indios de García, deben de tener otro origen anterior y datar, a nuestro juicio, de la invasión referida por el P. Alcaya (véase en nuestra "Historia del Gran Chaco", pág. 32, las declaraciones de Gabriel de Paniagua, de Loayza y Pedro de Segura, los cuales informaban, en 1548, que los Incas habían construido grandes fortalezas para defenderse de los asaltos de los Chiriguanoes). En cuanto al hijo de García, del cual dice Guzmán "q. por ser de poca edad no le quisieron matar; al qual yo conossi y comuniqué, llamado como su padre Alejo García", nos parece muy inverosímil su existencia. El capítulo de Guzmán sobre García sirvió de fuente a lo referido por el P. Juan Patricio Fernández en su "Relación historial de las Misiones de indios Chiquitos" y a las historias de Nicolás del Techo, de Lozano, de Guevara, de Charlevoix, de Gay y Demersay. En igual fuente bebió Antonio de Alcedo. Nos parece atendible la conjetura de que García fuese pariente de Diego García de Moguer, por lo que éste dice en su "Relación e derrotero" (publicado por Torres de Mendoza, t. XL, por Madero, "Apéndices", y por Medina, "Colección de documentos inéditos...", t. II): "...un hombre de los míos que dexé la otra vez que descubrí este río de Paraguay e truxo dos o tres arrobas de plata e la dió a los yndios e xpianos questaban en aquella tierra...". Medina supone erróneamente que aquel hombre "de los míos" debía ser el grumete de Solís, Francisco del Puerto, que no pertenecía a la carabela perdida, ni visitó el Paraguay, ni trajo ninguna plata. La mención que Diego García hace de aquel hombre que fué por tierra hasta el río Paraguay es la historia sintética de Alejo García. Las palabras "de los míos" hicieron sospechar a Méndez de Almeida ("Notas para la Historia Patria", en la "Rev. del Instituto Histórico-Geográfico", del Brasil, año 1877) y a Manuel Domínguez ("La Sierra de la Plata", cap. III) que entre los dos, García, Diego y Alejo, existiese un posiple parentesco. La interrogante queda en pie con todas sus dudas. (Fulgencio R. Moreno se ha ocupado documentalmente de Alejo García en su "Cuestión de

se había extendido por toda la costa del Brasil, descendiendo también hasta la boca del Paraná Guazú, sino que había surcado el Océano y se había divulgado en España, clavándose como una obsesión en la mente de Sebastián Caboto (43).

Dícese, con razón, que Caboto firmó la Capitulación para ir a las Molucas sólo con el fin de conseguir del Emperador los elementos necesarios para el viaje; pero que su idea fué siempre la de remontar el río de Solís, donde se creía que existían grandes riquezas (44). Sea lo que fuese, el hecho es

Límites con Bolivia". No hemos podido leer la monografía de Mario Monteiro, "Aleixo Garcia descubridor portuguez do Paraguay e da Bolivia em 1524-1525", cuyo título nos ha comunicado el Prof. Julián María Rubio.)

(43) Las noticias que de la sierra de la Plata corrían por la costa del Brasil, desde Pernambuco hasta el río de Solís, habían llegado a España en las naves de Solís y de Diego García, de Cristóbal Jacques, que en el Río de la Plata, antes que Caboto, se encontró con el grumete Francisco del Puerto, de Rodrigo de Acuña y de aquel nauta castellano que en 1521 habló con los nueve naufragos de Santa Catalina y subió por el río de Solís unas treinta y cinco leguas. El embajador español en Portugal, Juan de Zúñiga, escribía desde Evora, el 27 de julio de 1524, dando cuenta de aquella expedición y refiriendo que aquel castellano que había hecho el viaje con dos carabelas "tomó lengua de la tierra y le dijeron que aquel río no sabían de dónde venía, sino que era de muy lejos, y que más arriba hallaría otra gente, que eran sus enemigos, que tenían de aquellas cosas que él les mostraba, que eran oro y plata y cobre...". Habiendo subido por aquel río, "ciertos viejos... le dieron pedazos de plata y de cobre, y algunas venas de oro entre piedras, y que le dijeron que toda aquella montaña tenía mucho de aquello, y que duraba, a lo que ellos señalaban, trescientas leguas, y que le dijeron que la plata no la tenían en tanto como el cobre, habiendo mucho cobre, porque no relucía tanto y que lo que señalaban del oro era lejos, que el agua lo debe traer por un río que viene a dar al través de aquel grande...". (Sin duda se referían al Bermejo o Pilcomayo.) (Documento publicado por Medina en "Juan Díaz de Solís".)

(44) * Así lo supone J. T. Medina. Caboto partió el 3 de abril de 1526 de Sanlúcar de Barrameda y llegó al cabo de Santa María, en el Río de la Plata, el 21 de febrero del año siguiente, empleando cerca de once meses en el viaje. Caboto debía ir también "en busca de las otras islas i tierras de Tarsis, Ofir, i el Catayo Oriental, i Cipango, atravesando aquel golfo para hacer rescate, i cargar los navíos del oro, plata, i piedras preciosas, perlas, drogas, especerías, sedas, brocados, i otras cosas de valor..." (Herrera, Dec. III, lib. IX, cap. III).

La vida del genovés Sebastián Caboto—naturalizado veneciano—,

que cuando en junio de 1526 la armada de Caboto fondeó en el puerto de Pernambuco, en seguida comenzaron misteriosas habladurías entre Caboto, Miguel Rifos y el factor portugués. La tripulación comentaba intrigada aquellos largos coloquios hasta que por fin comenzó a correr la voz de que las naves abandonarían el camino a la Especería, a las tierras de Tarsis, de Ofir y de Catayo, para dirigirse al Puerto de los Patos, donde vivían unos náufragos de Solís, conocedores del camino que llevaba a la Sierra de la Plata (45).

Algunos de los compañeros de Caboto se opusieron tenazmente a aquel cambio de ruta. El Piloto de la nao "Trinidad", Pero Fernández, decía "a voces que si no se hacía lo que decía (volver a las costas de Guinea) que no se navegaría

salvo pequeños detalles discutidos en monografías, ha sido estudiada a fondo por Henri Harisse, "John and Sebastián Cabot", y José Toribio Medina, "El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España" (Santiago de Chile, 1918). También escribieron sobre Caboto el norteamericano Ricardo Biddle y el bibliotecario de Bristol G. F. Nichols. Este sostenía que Sebastián Caboto había alcanzado por el primero el continente americano en 1497, durante la expedición de su padre Juan Caboto y en compañía de sus hermanos Sancho y Luis. Por tanto, se pretendía que el Nuevo Mundo debía llamarse Cabotia.

(45) En la "Probanza fecha en Ocaña a petición del capitán Francisco de Rojas...", 2 de noviembre de 1530 (publicada por Medina), el testigo Fernando Calderón declara "que en el dicho Pernambuco vido este testigo cómo el dicho Sebastián Caboto e Miguel Rifos y el factor que allí estaba en el dicho Pernambuco, muchas veces estaban apartados hablando, y después supo este testigo del mismo factor que lo que hablaba era informarse del dicho factor de la riqueza que había en el dicho río de Solís; y de allí del dicho Pernambuco vido este testigo cómo se tomó la derrota para el puerto de los Patos, donde decía el dicho factor que había unos cristianos que habían quedado de la dicha armada del dicho Juan de Solís, los cuales el dicho factor decía que estaban muy informados de la riqueza que en el dicho río había...". El testigo maestre Juan, a la séptima pregunta también declara que en Pernambuco, "...después que los dichos portugueses le dieron la información del dicho río de Solís, que ellos dicen de la Plata, e le informaron cómo en la bahía de los Patos había dos cristianos, que el uno se decía Enrique Montes, que era portugués, y el otro Melchor Ramírez, vecino de Lepe, e que ellos le darian más larga relación, luego el dicho Sebastián Caboto fué en busca de los dichos dos cristianos, e como habló con ellos, ordenó el viaje del dicho río...". Gregorio Caro asimismo confirma que "vido venir muchas veces al factor de Pernambuco, e piloto e a otros portugueses que iban a la nao

hasta en fin de septiembre, porque él sabía muy bien los vientos de aquella costa" (46).

"Capitán—le dijo Caboto a Gregorio Caro—, gran nueva tenemos de muchas riquezas de oro y plata que hay más cerca que pensábamos."

Pero Gregorio Caro, después de enterarse del proyecto de Caboto, contestó, como implorando:

"Señor, seguid vuestro viaje y cumplid lo que Su Magestad os manda y hacedlo lo más breve que ser pudiere, que porque volvais a dar las nuevas a Su Magestad de la riqueza que dicen haber en ese río, que yo os prometo de volver con vos a ese Río si Su Magestad mandase armada."

"De que os veais rico no querreis volver", le interrumpió Caboto.

El veedor por los armadores, Miguel Rifos, se encaró con Gregorio Caro, dándole la razón a Caboto:

"Merece que Su Magestad le corte la cabeza si tal hace, teniendo noticia de una cosa tan rica."

"No le cortará Su Magestad la cabeza porque cumpla lo que le mandó—replicó Caro—, cuanto más questos son portugueses y pensando que sirven a su príncipe nos quieren e piensan destruir."

Entonces, "viendo el Sebastián Caboto que era diferencia dentrellos, los mandó callar..."

Impuesta la voluntad del Capitán General, las naves llegaron al Puerto de los Patos en noviembre de 1526. Allí Caboto encontró por fin a Enrique Montes y a Melchor Ramírez, los náufragos abandonados de la armada de Solís, y a quince desertores de la nao "San Gabriel", mandada por Rodrigo de Acuña, que había pertenecido a la fracasada armada de Loaisa (47).

capitana, los quales dieron las nuevas contenidas en la pregunta de mucha riqueza de oro y plata que decían que había en aquel río".

(46) Declaración de Gregorio Caro en la séptima pregunta de la "Probanza hecha en Ocaña a petición del capitán Francisco de Rojas...". Los diálogos siguientes pertenecen también a la respuesta dada a la séptima pregunta.

(47) "...otro día de mañana vimos venir una canoa de indios y

Enrique Montes y su compañero Melchor Ramírez, barbudos y cubiertos de harapos, contaban a todos los tripulantes de las naves de Caboto la historia de Alejo García y de los demás aventureros que habían llegado hasta la sierra de la Plata (48). Decían "que entrando por este dicho río (de Solís) arriba no tenía en mucho cargar las naos de oro y plata, aunque fuesen mayores, porque dicho río de Paraná y otros que a él vienen a dar iban a confinar con una sierra a donde muchos indios acostumbraban ir y venir, y que en esta sierra había mucha manera de metal, y que en ella había mucho oro y plata, otro género de metal que aquello no alcanzaban qué metal era..." Al mismo tiempo que referían la historia del Rey Blanco y de aquellos habitantes de la Sierra que llevaban coronas de plata en la cabeza y planchas de oro colgadas al cuello, mostraban algunas cuentas de oro y plata, porque las dos arrobas que de aquellos metales tenían, se habían

un cristiano dentro della, el cual dió nuevas al señor capitán general cómo estaban en aquella tierra algunos cristianos, que eran hasta quince, los cuales habían quedado de una nao de las que iban a la Especería de que iba por capitán general el comendador Loaisa, y que ellos iban en una nao de que iba por capitán don Rodrigo de Acuña..." ("Carta", de Luis Ramírez).

(48) "... los cuales dixerón quellos quedaron allí siete hombres de su armada, sin otros que por otra parte se habían apartado, y que destos ellos dos solos habían quedado allí estantes en la tierra; y los demás, vista la gran riqueza de la tierra e cómo junto a la dicha sierra había un rey blanco que traía bar (ba) (y) vestidos como nosotros, se determinaron de ir allá, por ver lo que era, los cuales fueron y les enviaron cartas; y que aún no habían llegado a las minas, mas ya habían tenido plática con unos indios comarcanos a la sierra, e que traían en las cabezas unas coronas de plata e unas planchas de oro colgadas de los pescuezos e orejas, e ceñidas por cintos, y les enviaron doce esclavos y las muestras del metal que tengo dicho, y que les hacían saber cómo en aquella sierra había mucha riqueza y que tenían mucho metal recogido, para que fuesen allí con ellos, los cuales no se quisieron ir a causa que los otros habían pasado por mucho peligro a causa de las muchas generaciones que por los caminos que habían de pasar había, e que después habían habido nuevas questos sus compañeros, volviéndose a do ellos estaban una generación de indios que se dizen los guaranis los habían muerto por tomarles los esclavos que traían cargados de metal, lo cual nosotros hallamos ahora por cierto en lo que descubrimos por el Paraná arriba..." ("Carta", de Luis Ramírez).

hundido en la mar al llevarlas en un batel a la nave de Rodrigo de Acuña, que había pasado por allí cuatro meses antes (49). Enrique Montes era el más entusiasmado de los naufragos: no se cansaba de repetir a la gente de Caboto que "nunca hombres fueron tan bien aventurados como los desa dicha armada, porque decían que había tanta plata e oro en el río de Solís que todos serían ricos, e que tan rico sería el paje como el marinero ...e de alegría que tenía el dicho Enrique Montes, cuando decía aquello e mostrando las dichas cuentas de oro, lloraba..." (50).

Antes de partir para el Río de Solís, Caboto construyó en el Puerto de los Patos la galeota "Santa Catalina", la primera que se fabricó en aquellas regiones, y dió a aquel puer-

(49) "... cuatro meses, poco más o menos, antes de que allégásemos a este puerto de los Patos... llegó... una nao en la cual venía por capitán el dicho don Rodrigo..., al cual dieron hasta dos arrobas de oro y plata, y de otro metal muy bueno, con una Relación de la tierra... y que al tiempo que se lo entregó en el batel para llevarlo a la nao, el batel se anegó con la mucha mar que había, de manera que se perdió todo y que entonces se habían ahogado con el dicho batel quince hombres, y que él escapó a nado con ayuda de los indios..." ("Carta", de Luis Ramírez). Se confirma con la declaración de Francisco Dávila, uno de los tripulantes de la nao de Rodrigo de Acuña: "...viernes, a cuatro de mayo de 1526 años, invió D. Rodrigo de Acuña el batel a tierra... el batel, en viniendo cerca de la nao con el dicho rescate y veintitrés personas anegóse; ahogáronse quince hombres". (Documento publicado por Navarrete en su "Colección", y por Medina, ob. cit.) Sólo les habían quedado "unas cuentas de oro y plata, que por ser la primera cosa que en aquella tierra habían habido, lo tenían guardado para dar a Nuestra Señora de Guadalupe, las cuales dieron al señor capitán general, y las de oro eran muy finas, de más de veinte kilates, según pareció..." ("Carta", de Luis Ramírez). El testigo Pedro Morales "...vido cómo el dicho Enrique Montes e Melchor Ramírez vinieron al dicho capitán Sebastián Caboto e le trujeron ciertas muestras de oro e plata, e le dijeron que en el río de Paraná se cargarían las naos del dicho oro e plata...". (Respuestas al interrogatorio presentado por Caboto en el pleito con Catalina Vázquez.)

(50) Declaración de Antón Falcón de Colibia en el interrogatorio de Caboto, en el pleito con Catalina Vázquez. Bojo de Araujo atestigua que Enrique Montes decía: "Mira, hijos, que desto se cargará las naos, del oro e de la plata."

to el mismo nombre de Santa Catalina, en recuerdo de su mujer doña Catalina de Medrano (51).

Por fin, el 6 de abril de 1527, la armada llegó al Río de la Plata y fondeó en la ensenada de San Lázaro, hasta que al cabo de un mes, Caboto encontró al grumete Francisco del Puerto, único sobreviviente de la matanza en que pereció Solís. Aquel grumete también "dió grandísimas nuevas de la riqueza de la tierra", por lo cual, "con acuerdo de los capitanes e oficiales", se decidió remontar el Paraná (52).

El 9 de junio, Caboto fundó la fortaleza de Sancti Spiritus, con su foso y palizada (53), y siguió avanzando hasta la boca del Pilcomayo (54). Constantemente los indios daban noticia de la Sierra de la Plata y del Rey Blanco, que se hallaban hacia el Occidente ignoto, custodiados por un Dragón invencible, que en aquella fantástica Odisea lo representaba el Chaco (55). Los indios llegaban fácilmente a aquellas áu-

(51) Caboto llevó consigo a Enrique Montes y a Melchor Ramírez, pero dejó abandonados en la isla a Miguel de Rodas, Francisco de Rojas y Martín Méndez, que perdió la vida, y cuya madre, Catalina Vázquez, le planteó un pleito a su regreso a España, por lo cual Caboto estuvo preso algún tiempo en Madrid y en Ocaña.

(52) Según Francisco del Puerto, el Carcaraná "descendía de las sierras donde comenzaban las minas del oro e plata" (véase la declaración de Caboto en Harris, "John and Sebastián Cabot", página 422).

De Francisco del Puerto y de sus informes habla también Luis Ramírez en su "Carta". Caboto entró en el Paraná en mayo de 1527, dejando en San Lázaro a Antón de Grajeda y, entre otros, a Luis Ramírez.

(53) Es probable que la fundación del fuerte se haya realizado, como supone Groussac, precisamente el día de Sancti Spiritus, que por ser fiesta móvil, cayó aquel año de 1527, el 9 de junio.

(54) En nuestra "Historia del Gran Chaco", cap. VI, pág. 78, nota 2, hemos demostrado que el río Hepetin, "que en lengua de los indios quiere decir río barriento", mencionado por Luis Ramírez, no es el Bermejo, como podría suponerse, sino el Pilcomayo. "El mapa de Santa Cruz—decíamos en el lugar citado—y los informes que le dió a Oviedo, para que pudiera saber que el Pilcomayo es de dos brazos, prueban que Caboto debió penetrar en su interior, sin avanzar más al Norte, por el Río Paraguay."

(55) El testigo Pedro Morales declara a la pregunta 27, "que llegado el dicho capitán general a unas casas de indios de la nación

reas regiones, pero las dificultades se hacían insuperables para los europeos, quienes entrevían con la imaginación delirante un país riquísimo y maravilloso, perdido entre las brumas lejanas (56). Entretanto, la gente de San Lázaro había llegado a la fortaleza del Carcarañá, padeciendo un hambre inenarrable y contemplando cómo los indios bebían la sangre de los animales por la sequedad de la tierra, pero siempre ilusionados por los reflejos que descendían del Perú (57).

de los Chandules, que estaban ciento veinte leguas de do se hizo la fortaleza, vieron muestras de oro e plata e que la dicha plata que era muy fina, e que todos los indios decían que aquel oro e plata que ellos tenían venía del Paraguay...". A la pregunta 29, el mismo testigo contesta que "oyó decir a un Francisco Fernández, que era lengua, y un Enrique Montes, asimismo lengua de la dicha Armada, hablando con los dichos indios, cómo los indios decían que los viejos e viejas, muchachos, iban en ocho o diez días a las minas dende las casas del Paraguay hasta allá e traían mucho oro e plata, e que decían que en poco tiempo, si fuesen allá, traerían la dicha gallota e bergantín cargado dello...". A la pregunta 28, el testigo Nicolás de Venecia dice que los indios habían dicho a Caboto "que si quería ir por tierra a las dichas minas del Paraguay, que habían de pasar unas marismas o lagunas que duraban espacio de tres días, e que habían de ir fasta la cinta en agua e lodo, e que habían de dormir una noche en la dicha agua o marisma, por lo cual... el dicho capitán general acordó... de volver al dicho Río del Paraguay con la dicha gallota e bergantín, para ir a las dichas minas del dicho Río...".

(56) Nos referimos a las noticias que de su expedición trajo el capitán Francisco César, despachado por Caboto en busca de las minas de que hablaban los indios, y del cual nos ocuparemos en el último capítulo, "Los naufragos olvidados".

(57) Cuenta Luis Ramírez que en San Lázaro hicieron tanta hambre que tenían que "yr dos y tres leguas a buscar los cardos del campo y nos los hallar sino en agua, donde no los podíamos sacar; en fin, que nuestra necesidad llegó a tanto extremo que de dos perros que allí teníamos nos convino matar el uno y comerle, y ratones los que podíamos haber, que pensábamos, cuando los alcanzábamos, que eran capones". En el fuerte de Caboto trataron con los "quirandies, esta es gente muy ligera; mantiéñense de la caza que matan, y en matándola, cualquiera que sea, le beben la sangre, porque su principal mantenimiento es, a causa de ser la tierra muy falta de agua. Esta generación nos dió muy buena relación de la Sierra y del Rey Blanco y de otras muchas generaciones disformes de nuestra naturaleza, lo cual no escribo por parecer cosa de fábula...". Los indios también hablaron del Titicaca, grande como la mar, que, por su descripción, Caboto supuso que se tratase de la mar del Sur (en idéntico error incurrió Ma-

En este tiempo, Diego García, antiguo compañero de Solís, que también había conseguido una capitulación para ir a la Especería, abandonada su ruta y siguiendo la historia que había engañado a Caboto, remontaba el Paraná y se encontraba con su odiado rival (58). Ambos capitanes, atraídos por un mismo ensueño, habían violado las capitulaciones sin más provecho que el hambre y un sonado fracaso. Unidos por la desgracia, aún intentaron, juntando sus fuerzas, llegar a la Sierra Encantada, pero vencidos por la naturaleza salvaje y desalentados por el desastre de Sancti Spiritus (59), regre-

dero): "...éstos nos dixeron que de la otra parte de la sierra confinaba la mar, y según dezían crecía y menguaba mucho y muy súpito, y según la relación que dan, el señor capitán general piensa ques la mar del Sur...; con lo cual se prueba una vez más que, tanto el Titicaca como las minas de Charcas y la civilización quéchua, eran conocidos por los indígenas de toda América.

(58) Cuando se supo que por el Paraná subía una armada, Caboto volvió hacia la desembocadura, "porque se temía que en la dicha armada benía Cristóbal Jacques, capitán del Rey de Portugal, que otra vez, como tengo dicho, había venido a este Río de Solís y prometido al dicho Francisco del Puerto que allí hallamos, que volvería..."; pero al fin todos se tranquilizaron cuando se enteraron "que venía en ella por capitán general uno que se decía Diego García de Moguer..." ("Carta" de Luis Ramírez).

(59) La historia de Lucía Miranda, introducida por Guzmán como motivo del asalto del fuerte de Caboto, y repetida por todos los historiadores del Río de la Plata, hasta por Morla Vicuña en su documentado estudio sobre la Patagonia y Tierra del Fuego; por Altamira y por tantos otros, no aparece ni siquiera mencionada en la abundante documentación relativa a Caboto, como puede verse en las obras de Harisse y de Medina. Eduardo Madero, en su "Historia del puerto de Buenos Aires", fué uno de los primeros en demostrar lo novelesco del episodio referido por Guzmán, que en la actualidad no admite ningún historiador seriamente documentado, pero una supercrítica moderna vuelve a atribuir a la narración de Guzmán un fondo de verdad. Manuel Domínguez, en un interesante artículo, demuestra que la primera fuente tradicional de la historia de Lucía fueron los veinte soldados de Caboto que se incorporaron en la Asunción, y entre los cuales se hallaba Ruy García de Mosquera, jefe del marido de Lucía, que fué amigo de Alonso Riquelme, padre de Ruy Díaz de Guzmán. La misma tradición, con algunas variantes, pasó a Nueva Granada, llevada por un hijo de Ruy Díaz de Mosquera. El tercer testimonio lo constituye Azara, quien recogió la versión de Domingo Ríos, el cual la sabía de su madre y uno y otra de los descendientes de los funda-

saron a España, primero García y luego Caboto, a fines de 1529, "codiciando lo que no hallaron y deseando lo que no vieron" (60). De la Sierra Encantada y del Rey Blanco, escondido al fondo del Occidente tenebroso, sólo quedaron el dulce nombre del Río de la Plata y la ilusionada Tierra Argentina (61).

dores de Santa Fe, hijos de los soldados de Caboto, Mendoza y Alvar Núñez. Todo ello parece probar que la historia de Lucía Miranda no fué una "novela" inventada por Guzmán, sino que era la tradición de un hecho cierto, recordado por el pueblo. Por nuestra parte, admitimos en el episodio de Lucía un núcleo auténtico, y suponemos que Guzmán debió equivocarse o inventar sólo nombres y episodios secundarios. El Dr. Carlos Pereyra nos comunicó que piensa encargar una investigación especial en los Archivos de Inglaterra con objeto de verificar si en ellos se encuentra algún rastro de la historia de Lucía Miranda. Feliz idea que debería extenderse asimismo a los archivos de Francia y de las antiguas repúblicas y ducados italianos, incluyendo el Vaticano, y que algún día tenemos la esperanza de poder realizar.

(60) Fernández de Oviedo, lib. XXIII, cap. IV. Véase también "La Sierra de la Plata", de Manuel Domínguez, cap. IV. Antes del segundo viaje al Paraguay, Caboto había despachado a España, desde San Salvador, a Hernando Calderón y a Jorge Bailo, pidiendo auxilios. Estos llegaron a Toledo a fin de octubre de 1528 y mostraron al Emperador una relación escrita por Caboto y algunos metales. La ayuda que el Emperador ordenó el 1 de abril de 1530, no se cumplió por la llegada de Caboto a España (véase C. L. Fregeiro, "La historia documental y crítica", y Herrera, Dec. IV, lib. III, cap. I). Lo que de Caboto se sabía en España durante su ausencia, puede resumirse en lo que leemos en el mapa de Ribeiro, de 1529, conservado en la Biblioteca Granducal de Weimar: "Esta tierra descubrió Juhan de Solís en el año de 1515 ó 16, donde aora está sebastian gaboto en una casa fuerte que allí hizo, es tran muy depuesta para dar pan y vino en mucha abundancia, el Rio es muy grandisimo y de mucha pescaria, dicen que ajó oro y plata en la tierra adentro." ¡Y pensar que Enrique Montes y Melchor Ramírez juraban a Caboto que "las naos eran pequeñas para cargar de oro e plata, segund lo que había en el dicho rio!" (Respuestas a la novena pregunta de Nicolás de Venecia y Juan María en el interrogatorio presentado por Caboto en el pleito con Catalina Vázquez.)

(61) El nombre indígena del Río de la Plata fué el de Paraná Guazú: "mar grande". De Angelis anotó que Paraná equivale a para, mar, y ana, adverbio comparativo, o sea, "como la mar" y no "pariente de la mar", como otros habían pretendido. Para Vicente F. López ("Geografía histórica del territorio argentino", en "Rev. de Bs. Aires", año 1869, núm. VIII), Parañá era palabra quéchua y significaba

Mientras la historia de la Sierra de la Plata enloquecía en las desiertas costas del Brasil y del inmenso Paranaguazú a

"camino de agua". Benigno Tejeiro Martínez interpretaba "como el mar". Graussac (t. VI de los "Anales", pág. 61) escribe que paná, mar, y ná, sufijo de asimilación, equivalen a "como mar" o "muchagua", según el concepto simplista de los indígenas que no conocían el mar (véase también Luis F. Deletang, "Contribución al estudio de nuestra toponimia"). El primer nombre que tuvo el Paraná Guazú fué el de "mar dulce". Solís, según Las Casas (t. II, pág. 270), lo bautizó "el cabo y río de Santa María". En el "Diario" de Pero López, de 1530, aún se le llama con este nombre. Diego Ribeiro (véase su biografía en el "Boletín del Centro de Estudios Americanistas", de Sevilla, por Germán Latorre, núms. 20 y 21, nov. y dic. de 1928) anota en su mapa los nombres indígenas de los ríos Paraná y Uruguay, y a continuación la "tierra de Solís". En el mapa anónimo de Weimar aparece la "tierra de Solís", pero el río es llamado de Jordán. Con igual denominación se le encuentra en el mapa de Turín, de 1525, en el de Maggiolo, de 1527, y en el de Schöner, de 1533. El mapa de Caboto conserva para los principales afluentes los nombres indígenas. Los compañeros de Magallanes, llamaron al río de Solís "río de San Cristóbal" (véase la "Relación" de un portugués que iba en la "Victoria" y que se publicó en 1554 en la "Raccolta...", de Ramusio, t. I, traducida y publicada por Medina en el t. II de su "Colección de documentos inéditos...", y la "Relación de un piloto genovés", reproducida en las págs. 398 y sigs. del mismo tomo de la "Colección" de Medina). El 4 de enero de 1527, dice Medina en su "Juan Díaz de Solís", fué la primera vez que se escribió "Río de la Plata" en la declaración de Francisco Dávila, compañero de Loaisa. Alonso de Santa Cruz (respuesta a la tercera pregunta del interrogatorio puesto por García en el pleito con Caboto: reproducida por Medina en "Juan Díaz de Solís"), declaraba "que nunca lo ha oído mentar de la Plata, sino cuando el dicho capitán Diego García fué con la dicha armada de Su Magestad" (en el año 1527). El primer mapa que trae la designación Río de la Plata es el del veneciano Battista Agnese, de 1536. En la Capitulación con don Pedro de Mendoza, de 1534, es donde aparece por última vez el nombre de Río de Solís. Por último, recordemos que algunos nautas apodaron al Río de la Plata, "l'Infer des Navigateurs" (M. La Harge, "Abregé d'Histoire Generale des Voayages", t. III, página 3). La razón etimológica del nombre Río de la Plata: López de Gomara, completamente equivocado, suponía que Solís había impuesto este nombre porque "vido en él muestra de plata y nombróle della". Herrera (Dec. IV, lib. I, cap. I) escribe: "También Diego García hubo alguna cantidad de Plata de los Indios, desde donde se llamó este Río de la Plata, porque fué la primera que se traxo a Castilla de las Indias, i era de la que los Indios Guaranis traían en planchas i otras piezas grandes de las provincias del Perú". En la "Descripción..." también apunta que Caboto "halló Plata entre los Indios de aquellas

la gente de Caboto y de García, en España Pizarro firmaba con la Reina su capitulación el 26 de julio de 1529. ¡Aún no

comarcas: porque en las Guerras que estos Indios tenían con los de los Reinos del Perú la tomaron: i de aquí se dijo Río de la Plata..." La causa, como veremos, no fué la plata llevada por Diego García, la cual tampoco fué la primera que llegó a España, pues ya Guevara hacía observar, refutando a Herrera, que en 1519, Moctezuma había enviado un gran donativo a Carlos V. El P. Alonso de Ovalle, "Histórica relación del Reino de Chile..." (Roma, 1646), creía que Solís había dado el nombre de Río de la Plata por algunas planchas de este metal traídas del Perú por intermedio de los indios del Tucumán. Lozano ("Hist. de la Conq. del Río de la Plata") escribía que Caboto descubrió entre los indios cierta plata, y que "juzgando que la ocultaba el Río en sus entrañas, le mudó el nombre primitivo de Solís... por el del precioso metal de que le juzgó opulento". Charlevoix lo mismo se equivoca al afirmar que Caboto dió el nombre de Río de la Plata, no por algunos objetos rescatados—y que, según Charlevoix, eran los que los indios habían despojado a Alejo García—, sino por la creencia de que aquellas regiones contenían minas de plata: "Ne doutant donc plus qu'il n'y eût des Mines d'argent dans ces Pais, il donna au Paraguay le nom de Río de la Plata, qui a trompé tous ceux qui ne savoient pas l'origine de cette denomination." Madero parece sospechar que el nombre del Río de la Plata pudo originarse por las muestras que Caboto envió a España en 1528 con Calderón y Barlow, o por las que él mismo llevó en 1530, suposición errónea, pues sabemos que en 1526 los portugueses conocían al Río de Solís con el nombre de Río de la Plata. Pero Madero hace observar, también, que aquellas pocas muestras no podían "ser causa del nombre dado a nuestro río", y agrega: "Ni tampoco podían influir, en tal situación, las noticias que (Caboto) dió respecto a la plata que los indios le dijeron que había en las tierras en que nacían los tributarios del Paraná." Varnhagen comenzó por comprender que "a origen (del nombre del Río de la Plata) nao foi outra señão a de haver sido por este lado que primero chegaram aos Europeos as noticias mais averiguadas das riquezas do Perú, acompanhadas de a mostraz de prata, da mesma forma que a foz da Amazonas chegariam com algumas mostraz de ouro, para dar origem a fabula do El Dorado" (en esto último desatina lamentablemente). Manuel Domínguez ("La Sierra de la Plata"), citando a Varnhagen, declara que "así y no de otra manera se explica el origen del famoso nombre". Groussac corrobora la interpretación: "Esta es la verdadera explicación del nombre y del prestigio que tuvo en aquellos años esta región: el Río de la Plata era el que conducía al famoso cerro de la Plata o del Rey Blanco. Lo de las chapas de metal, halladas en poder de los indios ribereños, no fué sino una conseja discurrida *a posteriori*." (Véase también Adolfo Lamarque, "La leyenda argentina", artículo publicado en las págs. 385-363 del t. V de la "Revista Nacional", de Bs. Aires, año 1888, en que

se había conquistado el Cuzco ni se soñaba con el rescate de Atahualpa!

En aquella carrera que hacia el Imperio del Sol habían emprendido los hombres del Oriente y del Occidente, ignorando unos los esfuerzos de los otros, debían triunfar los conquistadores del Pacífico (62). Sin embargo, en Portugal, a pesar de los fracasos de Caboto y de García, las noticias fantásticas llevadas por tantos expedicionarios, hacían preparar una importante expedición, y el 3 de diciembre de 1530 salía de Lisboa la brillante armada de Martín Alfonso de Souza (63). En ella iba también Enrique Montes, el que lloraba de emoción al mostrar a Caboto el oro y la plata que le había enviado Alejo García, convertido en "cavalleiro da casa" y agraciado con los oficios de proveedor de los mantenimientos tanto en el viaje como "em terra, en qualquer logar onde assentassem" (64).

El 30 de abril de 1531, las naves de Martín Alfonso lle-

su autor, según la cita que de él hace Medina en su "Juan Díaz de Solís", "se ocupa sólo del origen del nombre del Río de la Plata, demostrando que es errónea la versión circulante de que se debe a la expedición Caboto"). En cuanto al término "argentina", se sabe que fué aplicado por los jesuitas del siglo XVI a los habitantes y tierras de Chuquisaca. A más de las obras de Centenera y de Guzmán, en cuyos títulos aparece la palabra "Argentina", podemos citar: "Matienzo Joannis Comentaria... regii senatoris in cancellaria Argentina Regni Perú in librum quintum recollectionis legum Hispaniae"; Mantue Carpetana, 1580 (485 págs.). La licencia de Juan Gallo de Andrada fué dada el 23 de septiembre de 1580. Sólo existe la edición de 1613.

(62) No obstante, no debemos olvidar que el primer descubridor de Charcas fué Alejo García, y que antes que los españoles del Pacífico, también llegó a aquella región Juan de Ayolas. Irala, el primero que cruzó por dos veces el Chaco, halló el Perú ya conquistado.

(63) Don Lope Hurtado de Mendoza, embajador español en Portugal, había informado a Carlos V el 2 de octubre de 1530, de la próxima partida de Martín Alfonso. La expedición se hizo a la mar sin hacer caso de las reclamaciones del embajador español.

(64) Documento existente en la Torre de Tombo, Chanc. de don João III. Lib. 56, f. 130 v., cit. por Varnhagen. También iba en la armada de Martín Alfonso, Gonzalo de Acosta, que había vuelto con Caboto después de permanecer varios años en el Brasil (véase Herrera, Dec. IV, lib. X, cap. VI).

garon a la Bahía de Rio de Janeiro. "Como fomos dentro—escribe Pero López de Souza—mandou o capitao (Martín Alfonso) fazer uma casa forte con cerca por derredor: e mandou sair a gente em terra, e por em ordem a ferraria, para fazernos cousas de que tinhamos necessidade. D'aqui mandou o Capitao quatro homens pela terra dentro: e forum e vieran em dois mezes: e andaram pela terra cento e quinze leguas, e as sessenta e cinco dellas foram por montanhas mui grandes: e as cincoenta foram por un campo mui grande: e foram até darem com un grande rei, senhor de todos aquellos campos: e lhes fez muita honra, e veiu com elles até os entregar ao capitao: e lhe trouxe muito cristal, e deu novas como no Rio de Paraguay havia muita hora, e lhe deu muitas dadas, e o mandou tornar para as suas terras..." En las islas "do Abrigo", junto al puerto de Cananea, hallaron el 12 de agosto de 1531 al "bachiller portugués Francisco de Chaves", el cual se ofreció a traer, "dentro de dez mezes, quatrocentos escravos caregados de prata e ouro" (65).

Estas noticias confirmaban las relaciones de Caboto y de Diego García, el cual había asombrado a la Corte mostrando "una pieza de metal con dos Obispos y Padre Santo" (66).

(65) Sobre el bachiller Francisco de Chaves y los "treinta años que se hallava allí", escribió una buena nota Groussac. No vemos suficientemente probada la aserción de Vernhagen, de que Chaves había sido uno de los aventureros que con Alejo García llegaron a las tierras del Inca. El 16 de octubre de 1531, Martín Alfonso envió al piloto mayor Vicente Lourenço a reconocer si había buen surgidero entre el Cabo de Apolonio y la isla de la Paloma, "lo que hace suponer—escribe Madero—que no llevaba ningún piloto que hubiera antes estado por allí". El 23 de noviembre de 1531, Pero López hizo reconocer el río y tomar posesión en nombre del Rey de Portugal. No pasó del brazo del Bravo, en el Delta, adonde llegó el 13 de diciembre, y el 10 de enero de 1532 se inició el retorno a Portugal, que duró casi un año por las detenciones hechas en los puertos del Brasil, hasta que el 4 de noviembre del mismo año se reanudó el viaje desde Pernambuco.

(66) Manuel Domínguez ("La Sierra de la Plata", cap. V) demuestra que dicha pieza era un idolo del Perú: "Entre sus muchas guacas—dice López de Gomara—había muchas con báculos y mitras de Obispos: mas la causa aún no se sabe, y los indios cuando vieron obispo con mitra, preguntaban si era guaca de los cristianos."

Al mismo tiempo los esfuerzos que realizaba Portugal para llegar a las minas de la Sierra de la Plata, hacían pensar al Emperador de España en una expedición que subiendo por el Río de Solís defendiese la Raya de Tordesillas contra los avances de los portugueses. Así nació la expedición del magnífico Adelantado don Pedro de Mendoza (67). Entretanto, los españoles habían llegado al Cuzco en 1532, dando fin a las bárbaras luchas entre Atahualpa y Huascar (68), y unos cuatro meses antes del 21 de mayo de 1534, en que Mendoza firmó su capitulación, había llegado a España el fantástico rescate de Atahualpa, que llenó a todos de inmensa admiración y locos pensamientos (69).

(67) La expedición de Mendoza se apresuró con una Real Cédula del 19 de julio de 1535, para impedir el paso, a través de la Raya de Tordesillas, a la expedición de Acuña, que según la carta del 11 de julio de 1535, escrita a Carlos V por el embajador en Lisboa don Luis Sarmiento, en aquellos momentos se estaba preparando en Portugal con caballos y yeguas para cruzar hasta las minas del alto Perú (véase nuestra "Historia del Gran Chaco", cap. VI, "Primeras expediciones descubridoras").

(68) La crueldad de Atahualpa exterminando a todas las mujeres de la familia real en presencia de su propio hermano Huascar, fué de un refinamiento inconcebible: "A las mujeres, hermanas, tías, sobrinas, primas hermanas y madrastras de Atahualpa, colgaban de los árboles y de muchas horcas muy altas que hicieron: a unas colgaron de los cabellos, a otras por debajo de los brazos, y a otras de otras maneras feas, que por la honestidad se callan: dábanlas sus hijuelos, que los tuviesen en brazos; teníanlos hasta que se les caían y aporreaban" (Garcilaso, "Comentarios Reales", Parte I. lib. IX, cap. XXXVII).

(69) "...el gobernador Pizarro obo cierto recuento con el Señor de una provincia que se dice el Cusco y él se llama Tabalique, y que le prendió y tiene en su poder y que hasta el mes de junio pasado deste año había dado un millón de oro y mucha cantidad de plata y que a Vuestra magestad trae Hernando Pizarro, un hermano del gobernador, cient mill pesos de oro fino en cántaros y ollas y que trae asimismo dos esmeraldas de muy grandísimo valor y muchas ropas de chapería de oro muy ricas, escriben que son las mejores que hasta agora se han visto en esta tierras, y que así mismo imbia quatro costales de oro de diez y ocho quilates, que podrá caber en cada uno dos arregas con sus redes por encima... y cinco granos de oro por fundir, que el mayor de ellos pesa trece libras... e asimismo que traía una estatua de hombre todo de oro y plata a semejanza del cacique Tabalique..." ("Carta de la Audiencia de la Isla Española al Rey", del 10 de diciembre de 1533, publicada por Medina en el t. IV

"Publicada la jornada, la calidad de la persona de don Pedro de Mendoza, el nombre del Río de la Plata y las nue-

de su "Colección...") En aquel mismo año de 1533, Hernando Pizarro, en su viaje a Xauxa, no hallando hierro en las montañas con que herrar las cabalgaduras, había hecho "hacer herrage de herraduras e clavos para sus caballos, de plata, los cuales hicieronlos cien indios fundidores muy buenos e cuantos quisieron de ellos, con el cual herrage andubieron dos meses". (Oviedo, Parte III, lib. VII, cap. XVI.) El autor de la relación del primer descubrimiento, citado por Prescott, dice que herraron los caballos con plata y cobre, y otro de los conquistadores asegura que usaron oro y plata ("Relatione d'un capitano spagnuolo", Pedro Sancho, en Ramusio, "Navigationi et Viaggi", Venetia, 1655. t. III, fol. 376). Todos convienen en lo de la plata. El rescate de Atahualpa, según Agustín de Zárate (lib. II, cap. VI), "era tanto que parecía imposible cumplirlo, porque les había de dar un portal muy largo, que estaba en Caxamalca, hasta donde el mismo Atabaliba, estando en pie, pudo alcanzar con la mano, todo el derredor lleno de Vasijas de Oro, según he dicho: i aunque después cada Día entraba en el Real gran cantidad de Oro i Plata, no les pareció a los Españoles tanto que fuese parte para solamente comenzar a cumplir la promesa..." (Véase el Acta de repartición del rescate de Atahualpa, otorgada por el escribano Pedro Sancho, en el t. III, página 377 del "Diccionario Histórico biográfico del Perú...", de Manuel de Mendiburu.) También "le habían tomado (a Atahualpa) sus mujeres e repartídlas en su presencia e usaban de ellas de sus adulterios" (Oviedo, Parte III, lib. VIII, cap. XXII). El 14 de enero de 1534, Hernando Pizarro escribía al Rey: "Yo llegué deste puerto de Sanlúcar oy miercoles catorce de henero, de la Nueva Castilla... traygo para V. M. de sus quintos cient myll castellanos y cinco mill marcos de plata: viene en cántaros y ollas y otras piezas que son de ver: suplico a V. M. sea servido de mandar que en la casa de la contratación de Sevilla no pongan ympedimiento ninguno sino que libremente me lo dexen llevar ante V. M. porque es cosa que asta oy no se ha visto en yndias otra semejante ni creo que lo ay en poder de ningún príncipe..." (Publicada por Torres de Mendoza, t. XLII, pág. 96, y por Medina, "Colección...", t. IV, pág. 192.) En el cap. XL de la "Crónica del Emperador Carlos V, compuesta por Alonso de Santa Cruz, su Cosmógrafo Mayor", se da cuenta de todos los objetos y cantidad de oro y plata traídos del Perú en los años 1533 y 1534. Las cifras dadas por Alonso de Santa Cruz se confirman, salvo pequeños detalles, en Herrera (Dec. V, lib. VI, cap. XIII), el cual escribe: "Partió Hernando Pizarro... y llegó a Sevilla a principios de Enero, de este año de 1534. Descargó para el Rei 155 mil 300 Pesos de Oro, i 5 mil 400 Marcos de Plata, 38 vasijas de Oro, i 48 de Plata, grandes, i medianas que unas eran Tinajas i otras, Cantaros, Ollas, Costales, i Atambores, i de otras maneras, i un Idolo de Oro, como un Niño de dos Años: i para Particulares veinte i quatro Cantaros de Plata, i

vas que corrían por todo el mundo de las riquezas de las Indias, por las muestras que veían, acudió tanta gente que por evitar gastos convino que se diera mucha prisa en la partida" (70). Una vez pronta aquella armada "digna de César" (71), las naves se hicieron a la vela desde Sanlúcar el 24 de agosto de 1535 (72). Partíase con la certeza de descubrir grandes tesoros y de aprisionar algún nuevo Atahualpa (73). Sólo una nube enturbiaba los sueños de oro del Ade-

uatro de Oro, con 499 mil Pesos de Oro, i 54 mil Marcos de plata, en Barras, Planchas, i pedaços. Estendiéndose la fama de este gran Tesoro, inquietó a todo el Reino, porque se decía que la Casa de la Contratación de Sevilla estaba llena de Tinajas, Cantaros de Oro, i Plata, otras Pieças admirables i de gran peso. La fama de tantas Riqueças, movió a muchos para ir las a buscar, i otras Partes, adonde no les llevaba sino el blanco de la honra... i aunque antes se sabía de las Riqueças del Perú aora se entendió más particularmente con gran admiración i más quando Hernando Piçarro presentó al Rei otras Joias, i ricas Presas, i le informó con particularidad de la calidad i disposición de tan gran Tierra... Era tan grande la voz que corría de las Riqueças del Perú, que con la buena ocasión del Pasage de Hernando de Piçarro, se movieron muchos Caballeros, que para la jornada vendieron mucho de sus Patrimonios..."

(70) Herrera, Dec. V. lib. IX, cap. X.

(71) La frase es de Oviedo, el cual dice también que los componentes de la expedición eran dos mil. Madero, basándose en Herrera, supuso que los expedicionarios fuesen poco más de ochocientos ocho. Alonso de Santa Cruz, en su "Crónica", dice que con Mendoza fueron al Río de la Plata mil doscientos hombres. Sin embargo, el testimonio de la mayoría de los compañeros de Mendoza insiste en la cifra de dos mil hombres. (Véase "La historia documental y crítica", por C. L. Fregeiro, y el cap. I de nuestro libro "Donde nació el fundador de Buenos Aires".)

(72) La historia de la primera Buenos Aires ha sido tratada por Madero, Fregeiro y Groussac ("La expedición de Mendoza"). Puede completarse con las ediciones de Schmidel, de 1903; de Lafone Quevedo y de Ruy Díaz de Guzmán, de Groussac.

(73) Consta en la Capitulación de Mendoza: "...mandamos que si en la dicha nuestra conquista o governación se cativase o prendiere algún cacique o señor, que de todos los tesoros oro y plata, piedras y perlas que se ovieren dél por vía de rescate o en otra cualquier manera se nos dé la sexta parte dello y lo demás se reparta entre los conquistadores, sacando primeramente nuestro quinto, y en caso que el dicho cacique o señor principal matasen en batalla o después por vía de justicia y en otra cualquier manera, que en tal caso de los tesoros y bienes susodichos que dél oviesen, justamente hayamos la

lantado: el morbo gálico que comenzaba a roer su cuerpo; y más tarde otra nube—el asesinato de Osorio en Río de Janeiro—turbó con la superstición de negros presagios las vanas esperanzas de los conquistadores (74).

Fundada Buenos Aires a principios de 1536, pronto comenzaron las desdichas a sentirse con todo su pavor: primero la batalla de Corpus Christi, y luego el incendio de Buenos Aires, mermaron las filas de los brillantes conquistadores. La situación hacía día a día cada más desesperante, y el hambre obligaba hasta a comer de noche los cadáveres de los ajusticiados (75). Sólo el reflejo de las riquezas que se ocultaban en el Occidente ignoto, mantenía aún vivas las ilusiones; pero dos audaces que dieron crédito a los relatos de Gonzalo Romero, un sobreviviente de la expedición de Caboto, salieron a explorar el interior y "nunca más volvieron, ni

mitad, la qual ante todas cosas cobren nuestros oficiales y la otra mitad se reparta sacando primeramente nuestro quinto." (Toledo, 21 de Mayo de 1534.)

(74) Según Guzmán, el asesinato de Osorio, realizado por Juan de Ayolas, dejó a todos muy tristes, "particularmente a sus deudos y amigos", y más tarde se creyó que las penurias de Buenos Aires las había enviado el cielo para castigar el crimen cometido por orden de Mendoza. He aquí la inhumana frase del "Proceso contra Osorio": "Fallo: que do quiera y en cualquier parte que sea tomado el dicho Juan Osorio mi maestre de campo, sea muerto a puñaladas o estocados, o en otra cualquier manera que lo pudiera ser, las cuales le sean dadas hasta que el alma le salga de las carnes; al qual declaro por traydor y amotinador y le condeno en todos sus bienes y los aplico para la Cámara y fisco de sus magestades, y por esta mi sentencia así lo pronuncio y mando. Don Pedro de Mendoza." Manuel Domínguez escribió un bello estudio sobre el "Asesinato de Osorio", que se encuentra en su libro "El alma de la raza", pág. 81 y sigs.

(75) Schmidel (cap. IX) cuenta que los pobladores de Buenos Aires, después de haberse comido los "gatos, ratones, culebras y otros animalejos inmundos" y hasta "zapatos y otros cueros, tres españoles se comieron secretamente un caballo que habían hurtado, y habiéndose sabido, confesaron, atormentados, el hurto, y fueron ahorcados, y por la noche fueron otros tres españoles y les cortaron los muslos y otros pedazos de carne por no morir de hambre". También cuenta que "otro español" habiendo fallecido un hermano suyo, se lo comió. Puede corroborarse con "la más cruda hambre que se ha visto entre christianos", de la cual habla Centenera en el Canto III de su poema.

se supo qué se hicieron" (76).

A mediados de octubre de 1536, el mayordomo de don Pedro, Juan de Ayolas, partió de Corpus Christi con ciento setenta hombres, decidido a llegar a la Sierra de la Plata (77). Durante el viaje por el río Paraguay, "eran tan malos los tiempos que en esta tierra hacía, que visiblemente parecía que en los aires hablaban los Demonios" (78). Naufragó la carabela "La Concepción", reducida a bergatín, que había pertenecido a Diego García, y después de pasar por el lugar en que más tarde Juan de Salazar fundó el fuerte de la Asunción, se detuvieron en las tierras de los indios Payaguás, donde Ayolas fundó el puerto de la Candelaria y halló a un antiguo esclavo de Alejo García, que le sirvió de guía en su entrada al Chaco (79).

La expedición de Ayolas y de sus ciento treinta y seis compañeros, sólo es conocida por las noticias que de ella dieron los indios algún tiempo después. Ninguno de los hombres

76) Así lo cuenta Guzmán. El encuentro con Gonzalo Romero lo refieren, Villalta, en su "Carta" de 1556, y Herrera, en la Dec. V, lib. I, cap. XV. La seguridad de alcanzar copiosas riquezas era tan grande, que los primeros conquistadores contraían deudas para pagarlas con el oro que pronto se esperaba repartir (véanse las "Cartas de obligación" publicadas en "El Archivo de la Asunción", y la nota primera de la pág. 318 de "El Alma de la Raza", de Manuel Domínguez).

(77) Véase la "Carta" de Irala de 1545; Oviedo, lib. XXIII, capítulo XII, y nuestra "Historia del Gran Chaco", cap. VI. Felipe de Cáceres y Carlos Duvin declararon a Alonso Cabrera que Ayolas había partido "en busca de la Sierra de la Plata" ("Colección" de Blas de Garay", págs. 33 y 34). Lo mismo declaró el testigo Felipe. Francisco de Villalta también escribe que Ayolas fué en demanda "de la noticia de metal que se tenía". Según Schmidel (cap. XIV), Ayolas se informó de los Caracaraes entre los Payaguás.

(78) "Carta" de Francisco de Villalta.

(79) La Candelaria debió fundarse el día de esta fiesta, o sea, el 2 de febrero. Ayolas fué el fundador, como se lee en los "Comentarios de Alvar Núñez", cap. IV, y en Herrera, "Descripción...", capítulo XXIV. Irala, en su "Carta" de 1545, y Oviedo, lib. XXIII, capítulo XIII, igualmente relatan que Ayolas halló entre los Payaguás a un indio que aseguró haber acompañado a García. Oviedo dice también que Ayolas aceptó y llevó consigo la hija que le dió el principal de los Payaguás.

de Ayolas volvió a comunicarse con la gente de Irala. Todos desaparecieron trágica y misteriosamente, tragados por el Chaco infinito y silencioso. Palparon un instante las riquezas de Charcas y disfrutaron fugazmente, pagándola con la vida, la incomparable realidad de haber alcanzado al fin la codiciada Sierra de la Plata. Habían abandonado España, cruzado el Océano, luchado contra los indios de Buenos Aires, remontado el Paraguay y vencido el Chaco, para morir oscuramente en las márgenes del encantado Paraguay, bajo los golpes de los indios traidores. Algunos pocos de los compañeros de Ayolas que habían quedado en los confines del Perú, también fueron muertos antes que pudiesen salvarlos los soldados de Irala, cuando la gente del Paraguay se lanzó al Chaco decidida a morir o alcanzar aquella enloquecedora "noticia" y halló, después de tantos esfuerzos, el Perú ya descubierto y conquistado (80).

(80) Según la "Carta" de Irala de 1545, se emprendió el viaje con ciento setenta hombres y en Candelaria se quedaron treinta y tres. La "Relación anónima sobre los sucesos ocurridos en el Río de la Plata" (Asunción, 9 de marzo de 1545) relata el viaje de Ayolas según lo declararon los indios interrogados por Irala en su entrada al Chaco del año 1540. Herrera (Dec. VI, lib. VII, cap. V) sigue principalmente dicha "Relación", consultando también lo escrito por Oviedo (lib. XXIII, cap. XIV), quien conoció otros documentos a más de la "Relación" citada. Los indios dijeron a Irala que Ayolas y sus compañeros estaban "la tierra adentro, en una casa fuerte que avían hecho, sacando oro y plata... que los caracaraes les aieron de guerra y le mostraron mucha planchería de oro y plata...", y que habiendo visto que algunos Payaguás retornaban al Paraguay, decidió "venir al pargoay por luego bolver con muchos xristianos allá y que su principal (el de los Chanes) le dió mucho oro y plata y yndios que le truxesen las cargas y comidas...", y que al llegar al puerto de la Candelaria, abandonado por Irala, se confió a los indios Payaguás, los cuales "en un pantano, los mataron a todos, y así los xristianos como a los yndios que venían con él, por codicia del oro y plata..." ("Relación anónima"). Oviedo agrega que al hacer Ayolas la guerra a los Caracaraes, "halló grandes poblaciones de muros de madera y otras de tierra... y que tornándose dejó en la tierra catorce o quince cristianos por rehenes de los principales indios que consigo traía y de otros que con cargas de oro y plata volvían con él..." Martín González, en una de las "Cartas de Indias", escribía que en el viaje de Irala al Perú, "fuimos a los cimeones por relación que teníamos de

Mientras Ayolas avanzaba penosamente a través del Chaco hacia las minas de los Caracaraes e Irala con treinta y tres hombres lo esperaba en Candelaria (81), don Pedro de Men-

haber allí cristianos de los de Juan de Ayolas, y llegados preguntaron por ellos y dijeron que enemigos suyos los habían muerto yendo a la guerra con ellos..." Schmidel también refiere que "tres" españoles dejados por Ayolas entre los "payzunoos" habían sido muertos cuatro días antes de llegar Irala a esos indios. Guzmán anota que los compañeros de Ayolas fueron muertos "estando todos durmiendo", y que "haviéndose escapado Juan de Ayolas deste tranze le hallaron otro día metido en unos matorrales; y sacándole de allí lo llevaron en medio del pueblo, donde lo mataron e hicieron pedazos". Los "Comentarios de Alvar Núñez" refieren que, "conocidos por los payaguaes en su gran flaqueza y falta de sus armas, se comenzaron a tratar con ellos familiarmente, y como amigos les dijeron que los querían llevar a sus casas para mantenerlos en ellas: y atravesándolos por unos pajonales, cada dos indios se abrazaron con un cristiano, y salieron otros muchos con garrotes, y diéronles tantos palos en las cabezas que de esta manera mataron al capitán Juan de Ayolas y a ochenta hombres que le habían quedado..." (Puede corroborarse con el cap. X del "Memorial", de Pero Hernández.) Schmidel cuenta que los indios "los embistieron como perros rabiosos", y Oviedo atestigua que, según el Chane de la "Relación anónima", los Payaguás mataron a Ayolas y compañeros "a traición y a palos". El hecho debió ocurrir como refieren la "Relación anónima" y Alvar Núñez. (Véase nuestra "Historia del Gran Chaco", cap. VI.) Irala, en su "Carta" de 1545, dice que los indios tomaron a Ayolas "veinte cargas de oro y plata". Según el payaguá interrogado por Alvar Núñez ("Comentarios", cap. XLIX), Ayolas había sido despojado de "hasta sesenta y seis cargas que traían los indios Chaneses, y que todo venía en planchas y en brazaletes y coronas y hacheta, y vasijas pequeñas de oro y plata".

(81) Ayolas, en sus instrucciones a Irala, le ordenó: "Aguardarme todo el tiempo que estubiera la tierra adentro hasta que buelva o beays mi firma de lo que debays hazer." En la "Relación anónima" se dice que Ayolas había ordenado a Irala que "lo aguardase con dos vergantines cuatro meses... y él se sostuvo donde le dexó más de ocho..." Schmidel, que se quedó con Irala, dice que la orden era de esperar cuatro meses y que se sostuvieron seis. Según Guzmán y Lozano, la espera debía de ser de seis meses. Herrera anota que Ayolas le había recomendado a Irala que "no se partiese sino en caso que aquellos indios amigos no le proveyesen de comida, i que para proveerse de ella baxase a los Caribes; pero que bolviese al mismo puesto donde él acudiría." Lo exacto es lo consignado en las Instrucciones de Ayolas a Irala. Tal vez que éste, para justificar el abandono de Candelaria, divulgase que la orden había sido de esperar cuatro o seis meses, de donde se explica la divergencia de las opiniones. En

doza, el magnífico Adelantado, todo cubierto de llagas y con el alma destrozada por el inmenso fracaso, nombraba a Ayolas Teniente de Gobernador el 11 de abril de 1557, y al día siguiente le escribía sus "Instrucciones" privadas, cuya copia o borrador "se halló en el escritorio de Don Pedro", a bordo de la "Magdalena", cuando se inventariaron sus últimos bienes. En ellas le decía a Ayolas: "...sy salazar quisiere yr A España A ser mi mayor domo, embíamelo con el capitán Francisco Ruyz, Alqual dexo Aquí para que me lleve la nueva de lo que si plaze A dios os ovieredes fecho e Alguna perla o joya sy ovieredes avido para mi, que ya saveis que no tengo que comer en España sy no es A fazienda que tengo de vender, y toda mi esperanza en dios (y) en vos, por eso mira pues os dexo por hijo y con cargo tan honrrado que no me olvidéis pues me voy y con seis llaguas, quatro en la cabeça y una en la pierna y otra en la mano que no me dexa escribir ni Aun firmar..." (82).

Así terminaban la soberbia expedición y el brillante Adelantado (83). "Se huyó a España... y murió de corrimiento

el "Poder" de Ayolas a Irala se dice que éste se quedaría con treinta hombres; pero Irala, en su "Carta" de 1545, dice que se mantuvo con treinta y tres hombres.

(82) Groussac cree que la mención que Mendoza hace de las perlas "pudo referirse a la leyenda ya en formación relativa a la famosa laguna del Bermejo". (De ella nos hablan Centenera, en el Canto II, el cual asegura que: "El Mahoma, Señor de esta Laguna, | Estando en la Asunción, me dió más de una", y Guzmán.) La creencia de hallar perlas era en todas partes de América tan corriente como la de hallar plata y oro. Mendoza se iba, pero no perdía, hasta el último momento, las esperanzas en ilusorias riquezas. En la Provisión nombrando Teniente de Gobernador a Juan de Ayolas y a Francisco Ruiz Galán, escribía: "...e dexo en esta tierra a vos el capitán Francisco Ruiz Galán para que en viniendo o enbiando el dicho Juan de Ayolas mi lugar theniente con la nueva del oro o plata e otras cosas que truxere bays en seguimiento de mi persona para que yo pueda hazer dello relación a su magestad que para efecto dello os deys un navío con todo aderezo..."

(83) "Entre los favores exclusivamente otorgados a Mendoza, figuraban el dozavo sobre los quintos reales; la promesa de diez mill vasallos, con la dotación territorial correspondiente y el título de conde; el derecho de designar heredero del cargo, amén de otras mer-

de humer que le causó la carne de una perrilla salida..."—decía muchos años después el P. Alcaya, resumiendo la tradición (84). "Murió... de hambre y le echaron a la mar..."—escribía la Casa de la Contratación al Rey el 18 de agosto de 1537 (85). "...se perdió por hambre..."—repetía también en 1559 Jaime Rasquín, en la "Relación de su viaje al Río de la Plata". Fué sepultado en el mar, "para que a los vanos pensamientos no faltase una sepultura muy mayor que la del Rey Mausoleo..."—sentenció Oviedo.

Don Pedro de Mendoza tendría en aquel entonces unos treinta y siete años. Tal vez en sus últimos instantes recordase la visión del saqueo de Roma, en que se había enriquecido, y en medio de las sombras surgiese el espectro de Juan de Osorio, con el cuello apuñalado y en el pecho aquel letrero: "Por traidor y amotinador", como contemplando, vengado por el Destino, su miserable fin (86).

cedes y privilegios que demuestran... la extraordinaria consideración que merecía esta conquista." (Paul Groussac, "La expedición de Mendoza".) Como sueldo y ayuda de costas, Mendoza tenía cuatro mil ducados; Almagro dos mil y mil de ayuda, y Alcazaba, ciento cincuenta. Por cada fortaleza construida, a Mendoza retribuíansele ciento cincuenta mil maravedis, y a Almagro y Alcazaba, setenta y cinco mil. Las capitulaciones de Almagro y Alcazaba se tomaron en el mismo año que la de Mendoza.

(84) El cuento de la perra salida también lo refiere Lozano ("Historia de la Conquista del Río de la Plata..."), el cual dice que durante el viaje, "para remediar el hambre, mataron una perra, que andaba en celos, y comiendo de ella el Adelantado comenzó luego a desosarse como si rabiase, y dentro de dos días murió miserablemente, y fué sepultado en el Océano".

(85) En dicha carta se lee que "otra nave del río de la plata hera llegada a los açores con nuevas que el día de Santa Ana murió don pedro de mendoza..." El día de Santa Ana es el 26 de junio, pero según las declaraciones de los testigos, la muerte ocurrió el 23 de aquel mes.

(86) De la expedición de Mendoza, Gregorio de Acosta hizo este juicio, muy exacto, en una relación presentada a Carlos V: "Se perdió, lo primero por no hacer justicia, y lo segundo por gobernarse por gente de poca experiencia. Por envidia de algunos y por mal consejo, mandó matar a su maestre de campo y afrentaba mucho a los soldados por malos tratamientos. Castigóle Dios su soberbia con una grande hambre como la de Jerusalem y mayor, pues se comieron

Entretanto, en el lejano Paraguay, Juan de Salazar de Espinosa, que enviado por Mendoza había salido en seguimiento de Ayolas, llegaba a la Candelaria y se encontraba con Irala el 23 de junio de 1537 (87). Hicieron una corta excursión en busca de Ayolas (88), y después de descender por el río Paraguay hasta un puerto de los indios carios, donde se calafatearon las naves, "se volvió Salazar aguas abajo, dejando a Irala un navío nuevo por otro muy cascado" (89), y en el lugar llamado de La Frontera, dió principio, el 15 de agosto de 1537, al Fuerte de la Asunción, núcleo de la futura ciudad (90).

muchos hombres unos a otros, y como se vido perdido, determinó volverse a Castilla, e murió en el camino y echáronlo en la mar." El P. Alcaya creía que Mendoza había huido a España con doce amigos, "apurado de la vergüenza..."

(87) "Carta" de Hernando de Ribera, de 1545. "I ovieron mucho placer y regocijo los unos con los otros y por la fiesta tiraron el artillería que los unos y los otros tenían, el cual estruendo y sonido fué tan temeroso y tan nueva cosa a los indios de paz que daban de comer al dicho Vergara y su gente, que del espanto que ovieron se les ausentaron, lo qual fué mucho trabajo y falta para los chripstianos..." (Oviedo lib. XXII, cap. XIII.) Véase también la "Carta" de Irala de 1545 y la respuesta 14 de Salazar en la "Información de Gonzalo de Mendoza", publicada en la "Colección" de Blas Garay. Salazar fué en ayuda de Ayolas porque Hernando de Ribera (véase su citada "Carta" de 1545) dijo a don Pedro: "Tan poca gente y tan sin experiencia, va con muy grave peligro de perecer antes de llegar a la Sierra."

(88) Da cuenta de ella Ruy Díaz de Guzmán, lib. I, cap. XIII.

(89) Aunque parezca innecesario, por escrúpulo de exactitud queremos rectificar un error de imprenta que se deslizó en el cap. VI, página 94, línea octava, de nuestra "Historia del Gran Chaco". Referíamos allí que la nave de Irala, vieja y apolillada, no estaba en grado de volver a Candelaria, por lo cual aquél la cambió con una más nueva de Salazar, ocurriendo *exactamente lo que dice Guzmán*: "...se volvió Salazar (de Candelaria) aguas abajo dejando a Irala un navío nuevo por otro muy cascado..." (lib. I, cap. XIII). Pero unas líneas mal borradas en el original, dieron ocasión a que en vez de imprimirse "...ocurriendo exactamente lo que dice Guzmán...", se publicase esto otro, que hasta parece incomprensible: "...ocurriendo precisamente todo lo contrario de lo que dice Guzmán..." La errata, aunque enojosa, no afecta la idea, pues no toca nuestra anterior explicación ni el texto transcripto de Guzmán.

(90) Todo lo relativo a la fundación de la Asunción ha sido ago-

Al otro lado de la Sierra de la Plata, Diego de Almagro caía sobre el Cuzco el 8 de abril de 1537, y un año después, también en el mes de abril, el día 26, era vencido en las Salinas y agarrotado en julio (91).

A España seguían llegando grandes nuevas del Perú que no cesaban de encender los ánimos: "...lo que dizen desta tierra y de su gran riqueza parece más cosa de sueño que de verdad"—escribía al Rey el Licenciado Gaspar de Espinosa (92).

Lentamente se iba olvidando el espejismo de la Sierra de la Plata que pocos años antes había enloquecido a Sebastián Caboto, a don Pedro de Mendoza y a Ayolas. El Paraguay permanecía casi aislado del resto del mundo, y las pocas noticias que de la Asunción fueron a España en el año 1545, eran ofuscadas por el brillo de las copiosas relaciones que continuamente llegaban del Perú (93).

tado por el Dr. Manuel Domínguez en "La fundación de la Asunción" y "El primer problema de los orígenes", y por nosotros en nuestra "Historia del Gran Chaco", cap. VI.

(91) Véase las obras de Prescott y de Quintana, que a un mismo tiempo trataron independientemente idénticos temas, y "La Sierra de la Plata", de Manuel Domínguez, *passim*. De don Diego de Almagro dice la "Relación" de Pedro Pizarro que "era muy buen soldado, y tan gran peón que por los montes muy espesos seguía a un indio sólo por el rastro, que aunque le llevase una legua de ventaja, lo tomaba".

(92) Dábale cuenta de una expedición de Almagro, ciento sesenta leguas adelante del Cuzco. La fecha es del 25 de febrero de 1536.

(93) En el año 1542 salió del Perú la malograda expedición de Francisco de Mendoza, el cual llegó hasta el fuerte de Caboto, en las márgenes del Paraná. El Dr. Manuel Domínguez y nosotros hemos cometido una errónea apreciación respecto al conocimiento que de esta expedición tuvo la gente del Paraguay. Dice Domínguez en "La Sierra de la Plata", pág. 334, nota 2 de "El alma de la raza. "...la (expedición) de Francisco de Mendoza, quien no se comunicó con los colonos del Paraguay." Escribimos nosotros en la pág. 166, nota 7 de nuestra "Historia del Gran Chaco: "En el Paraguay no se tuvo noticia de esta expedición." Ahora nos rectificamos con la "Carta" de Martín González del 25 de junio de 1556, tan leída y citada por el Dr. Domínguez y por nosotros, y que, sin embargo, olvidamos en la misma ocasión: "Preso el governador y peladas las barbas, con gran vituperio... Después de salido el governador Cabeça de Vaca, se obo qierta nueva cómo por los Tinbues venían cristianos, los quales hera

El 14 de febrero de 1540, Domingo Martínez de Irala se lanzaba al Chaco marchando veintisiete días con el agua a la cintura y oía de los indios la historia de Ayolas y de su muerte (94).

Otras "noticias" comenzaban a surgir en el Paraguay. Se hablaba de un Imperio poderoso, lleno de infinitas riquezas, y de un lago con una casa de oro donde dormía el Sol. La Sierra de la Plata desaparecía ante la visión del misterioso Imperio del Paititi, que como un sueño fantástico ondulaba entre los tules del horizonte ignoto, allende el Chaco invencible, elevando sus cúpulas de oro y sus extraños obeliscos aun por encima de las imaginaciones delirantes de los conquistadores (95).

la jente que con Francisco de Mendoza salió del Perú; sabido por el capitán Vergara y oficiales, quisieron salir de la tierra, sobre la qual salida se ovo entre el capitán Vergara y algunos de los oficiales cierta revuelta y enbarço, de cuya cabsa los leales se llegaron al contador, el qual defendía que no saliesen de la tierra hasta tanto que se supiese qué jente hera: e desta suerte se vino a poner en tales términos la cosa, que se pensó todo se acabara. Puesto en estos términos, vista la perdición que se podía resultar, obieron de dar corte en los negoçios en tal manera, quel contador ovo de deçender a saber de la dicha jente, e con él fueron aquellos que dizen leales. Vuelos y visto que los cristianos heran los que con Mendoça avian venido, fué determinado de yr con gente, y ansi fueron hasta dozientos e çinquenta onbres: en este viaje me hallé, por poder mejor avisar a V. M. de lo que en la tierra se pasase..." (Se refiere al viaje al Perú.) Claramente prueban las líneas transcriptas que en el Paraguay no sólo se tuvo noticia de la expedición de Francisco de Mendoza sino que los colonos paraguayos se comunicaron con él: "...el contador ovo de deçender a saber de la dicha jente... vueltos y visto que los cristianos heran los que con Mendoça habian venido..." Queda salvado el error.

(94) Véase la "Relación anónima" del 9 de marzo de 1545. Ya hemos dicho que se confirma con Oviedo (lib. XXIII, cap. XIV) y con Herrera (Dec. VI, lib. VII, cap. V).

(95) Una reminiscencia de la Sierra de la Plata la hallamos aún a principios del siglo XIX. Juan Francisco de Aguirre anotaba en su "Diario de la Demarcación" ("Anales de la Biblioteca", de Buenos Aires, t. X, pág. 118), que el río Blanco, traducido del nombre que le dan los Mbayas, tiene su "origen o nacimiento, por noticias de los espre-sados indios, está en unos cerros que también llaman Blancos y no falta quien creyéndolos esté persuadido son minerales de plata."

Resumen y comentario del capítulo VIII.

La existencia del viejo y esplendoroso Imperio del Sol, que sus habitantes llamaban "Las Cuatro Partes del Mundo" y que los españoles denominaron Perú, por el nombre de un río adonde arribaron por primera vez, era conocida antes de la conquista de los castellanos, por todas las tribus del Continente sudamericano.

La expansión del Imperio Incaico, llevada a cabo por las guerras de los Incas, las campañas guerreras de los guaraníes al alto Perú, las migraciones de los indios y el comercio que existía entre las provincias de la costa del Pacífico, contribuyeron grandemente a divulgar la fama del Imperio del Sol y de sus minas riquísimas, todo a lo largo de la costa del Brasil, desde el mar de las Antillas hasta la boca del Río de la Plata, y por el Occidente desde Panamá hasta el Sud de Chile.

De esta manera, en 1508, unos navíos portugueses tuvieron en el Cabo de San Roque las primeras noticias de un país muy rico en plata y en oro, cuyos habitantes llevaban armaduras hechas de oro, y que se hallaba situado muy al interior de las selvas, en una sierra misteriosa. Algunos años después, en 1511, Balboa tuvo en Panamá otros indicios de la existencia del Perú, y desde entonces las noticias del Imperio del Sol fueron cada vez más copiosas y precisas a medida que avanzaban las conquistas de Pizarro y de Almagro.

Entretanto, por el lado del Atlántico, unos náufragos de la armada de Solís, abandonados en el Puerto de los Patos, oían la historia de una Sierra de Plata y de un Rey Blanco, y se lanzaban, cinco de ellos, guiados por Alejo García, a través de las selvas vírgenes hasta las minas de Charcas. Cargados de oro emprendían el regreso, pero al cruzar el Paraguay los indios los mataban a todos. Sólo unos esclavos lograban escapar de la matanza, y con algunas muestras de oro llegaban hasta el Puerto de los Patos, donde los contados sobrevivientes se enteraban del trágico fin de sus compañeros.

Las noticias de la Sierra de la Plata, llevadas a España

por los compañeros de Solís, por Diego García, Cristóbal Jacques, Rodrigo de Acuña y algunos expedicionarios clandestinos, hicieron concebir a Caboto la idea de fingir una expedición a las Molucas para obtener los auxilios con que poder dirigirse al Río de la Plata, así llamado porque según la creencia general, era la vía más rápida que conducía a la rica Sierra de la Plata.

Llegado Caboto al Brasil, las noticias que obtuvo en Pernambuco y en el Puerto de los Patos, donde Enrique Montes, al mostrar algunos trozos de oro lloraba de emoción, jurando que sería tan rico el marinero como el capitán y que las naves eran pequeñas para cargar todo el oro que hallarían, fueron tan impresionantes y convincentes, que, a pesar de la oposición de algunos oficiales, Caboto se olvidó de la ruta de las Molucas y se encaminó al Río de la Plata, seguro de llegar a la codiciada Sierra.

En el Río de la Plata sólo esperaban a los expedicionarios hambre y desastres. Iguales riquezas encontró también Diego García de Moguer, el cual, lo mismo que Caboto, había conseguido una capitulación para ir a las Molucas y la violaba para penetrar clandestinamente en el Río de la Plata, atraído por las ilusorias riquezas, cuyo brillo irradiaba desde el Perú.

Vencidos por la inmensidad del Chaco, cuya horrorosa soledad impedía a aquellos nautas la conquista del Perú, Caboto y García retornaron a España llevando en sus mentes la eterna ilusión de aquellos imposibles tesoros.

A un mismo tiempo, las noticias provenientes del Perú, que rápidamente se iba conquistando, así como las que trajeron los tripulantes de la armada de Martín Alfonso de Souza, que también oyó en el Brasil la historia de la Sierra de la Plata, y, por último, la llegada del fabuloso rescate de Atahualpa, que llenó el mundo de muda admiración, prepararon la brillante armada de Don Pedro de Mendoza, la cual se hizo a la vela con más de dos mil hombres para defender la Raya de Tordesillas contra los avances de los portugueses, que por el Brasil pretendían alcanzar las minas peruanas.

En Buenos Aires, la gente de Mendoza padeció un hambre indescriptible, hasta que por último Juan de Ayolas, decidido a llegar a la Sierra de la Plata, se lanzó aguas arriba por el Paraná, seguido poco después por Juan de Salazar de Espinosa, el cual le llevaba una ayuda que nunca le pudo ofrecer, en tanto que Mendoza, atormentado por las llagas, retornaba a España, "donde no tenía que comer", siempre pensando en las trágicas riquezas de la Sierra de la Plata.

Desde el puerto de Candelaria, en el alto de Paraguay, Ayolas cruzó el Chaco, dejando en Candelaria a Martínez de Irala con treinta y tres hombres, llegó a las minas de Charcas y, lo mismo que Alejo García, pocos años antes, cargó de oro y de plata muchos esclavos, hasta que, al llegar al Río Paraguay, fué muerto a palos con todos sus compañeros.

Mientras esto ocurría en el Paraguay, y Salazar de Espinosa, después de encontrarse con Irala, se separaba de él en un puerto de los indios Carios, y en el lugar de La Frontera fundaba La Asunción, el magnífico Adelantado Don Pedro de Mendoza moría cerca de las islas Terceras y era arrojado al mar con el cuerpo devorado por las llagas.

La conquista del Perú seguía grandiosa, en medio de las guerras civiles y la injusta ejecución de Almagro, en tanto que en el Paraguay la estrella de Irala comenzaba a culminar y la Sierra de la Plata se iba diluyendo en el olvido, ahuyentada por un nuevo espejismo—el espejismo del Perú—, que después de conquistado enloquecía con su sombra—llamada *Paititi*—a sus mismos conquistadores.

El poema de la conquista americana es el poema de sus mitos, y éste el de las ilusiones y de los dolores de los románticos conquistadores.

CAPITULO IX

EL LAGO DONDE DORMIA EL SOL

La verdad es la realidad de las cosas.
Cuando las conocemos como son en sí, alcan-
zamos la verdad; de otra suerte caemos
en un error.

BALMES.

SUMARIO: *Tradiciones de tesoros ocultos. Los recuerdos del antiguo Imperio de los Incas dan origen a las leyendas geográficas de la Tierra Rica, de los Mojos, de los Caracaraes y del Paititi. Noticias obtenidas por Irala en la expedición de Alvar Núñez de 1543. La expedición de Hernando de Ribera y las leyendas de la laguna de los Xarayes. Los historiadores confundieron los lagos de los Xarayes, Parime, Titicaca y Guatavita. La descripción que del Perú hicieron los indios a Hernando de Ribera. Análisis crítico de la "Relación" de Ribera. Confusión de las noticias de Ribera con las del Dorado. La visión del Perú entrevista por Irala durante su expedición del año 1548. Las noticias que del Perú se tenía en el Paraguay antes de iniciarse la anterior expedición. La provincia de los Caracaraes era para Irala una tierra distinta a la del Perú. El encuentro de Irala con el Inca Condori. La fama del Cerro de Saigpurum. Proyectos de conquistar las minas de Saigpurum. "La mala entra la". El nombre del Dorado aparece en el Paraguay después del viaje de Irala al Perú. La expedición de Nufrio de Chaves de 1559. Nuevas referencias al Perú. El Candire era el Inca. Las casas de Oro, Los Mojos, "Tierra Nueva" y el origen del Gran Moxo, monarca fabuloso del Paititi. Los mitos de la Trapalanda, Yungulo, Linlin y de la Sal. Sus etimologías y ubicación. Etimología del nombre de Paititi. Primeras expediciones en su busca. El Paititi era el espejismo del Perú. Documentos probatorios. Análisis de la descripción del Paititi hecha por Centenera. El Paititi según Feijóo, Lozano y Guevara. Antiguos documentos en que se declara del Paititi. Las eternas esperanzas de hallar minas de plata y oro. Resumen y comentario del capítulo IX.*

Cuando en el Paraguay comenzó a disiparse la ilusión de la Sierra de la Plata, surgieron desde el fondo del Chaco otras "noticias" excitantes. Algunas las daban los indios; otras las relataban los conquistadores, ignorando cuál había sido su principio, repitiendo lo que se oía constantemente. La imaginación veía un país misterioso, un Imperio fantástico, un lago de extrañas supersticiones. En aquella confusión de relatos se entremezclaba también la creencia de fabulosos tesoros escondidos tanto en lo más abrupto de las sierras, como en lo más hondo de los subterráneos secretos que se suponía existiesen en todas las viejas ciudades incaicas (1).

(1) En el Perú teníase la certeza de que "Mango Inga se retiró con grandes tesoros e mucha gente a las montañas de los Andes... e allegó a Viticos, donde hizo su asiento en la comarca que tiene agora la ciudad de Guanaco" (Cieza de León, cap. LXVI). No sólo se esperaba descubrir el tesoro de Manco Capac, sino también los de todos los monarcas difuntos, pues es sabido que tanto Cieza de León, como el P. Acosta, Polo de Ondegardo, Garcilaso y hasta el indio Juan de Santa Cruz Pachecútec, atestiguan que las riquezas de los Incas se encerraban en sus sepulcros, pues se dedicaban al servicio del difunto como si se hallase en vida. Muchos de los tesoros de los Incas fueron descubiertos y pillados, así como los de los ídolos que había en las huacas o santuarios. Véase la descripción que Pedro Pizarro hace en su "Relación" del descubrimiento de uno de aquellos tesoros: "Halláronse en una cueva doce velas de oro y de plata de la hechura y grandor de las de esta tierra, tan al natural que era cosa de ver; halláronse cántaros la mitad de barro y la mitad de oro y tan bien hechos que era cosa de ver; hallóse ansimesmo un bulto de oro, de que los indios recibieron gran pena porque decían que era la figura del primer señor que conquistó esta tierra... Esto se halló, como digo, en una cueva grande que estaba fuera del Cuzco, entre unas peñas, que por ser piezas delicadas no las enterraron, como otros muy grandes tesoros de que se tuvo noticia questan enterrados". Los depósitos subterráneos que se hallaban en comunicación con la fortaleza del Cuzco, fueron considerados por los españoles como cámaras de tesoros y se hicieron de ellos curiosos planos (véase, como ejemplo, el publicado en las "Cartas de Indias"). Respecto a las leyendas que circulaban de un tesoro oculto en la fortaleza del Cuzco, es interesante lo que se lee en las "Antigüedades y Monumentos del Perú", citado por Prescott. Refiérese allí que "es un hecho bien probado que en la fortaleza del Cuzco existe un salón secreto donde se oculta un inmenso tesoro, que consiste en las estatuas de oro de todos los Incas". Como prueba irrefutable se cuenta que una señora doña María de Esquivel, "que aún vive", habíase casado con el úl-

Aquellas "noticias" de un Imperio maravilloso que flotaban en el Perú, en el Paraguay y en el Norte de la Argentina, eran simplemente el reflejo del antiguo Imperio de los Incas, que aun después de conquistado ilusionaba con los relatos que de su esplendor se había hecho, elevados a la categoría de mito por la imaginación de los mismos conquistadores, los cuales, no reconociendo aquellas imágenes, como lo podemos hacer nosotros con el análisis comparativo de los documentos, perseguían una sombra, una refracción, un recuerdo...

Cuando en el año 1543, Domingo Martínez de Irala remontó el Paraguay acompañando al Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca (2), volvió a tener noticia de la muerte

timo Inca llamado don Carlos, el cual, a pesar de su rango, vivía pobremente. Cansado el Inca de oírse echar en cara por su mujer que ella "había sido engañada al casarse con un pobre indio bajo el título pomposo de Inca", le vendió una noche los ojos, y después de hacerla recorrer una corta distancia y bajar algunos escalones, le mostró "un gran salón cuadrangular, donde colocadas en barricas alrededor de la pared, vió las estatuas de los Incas, cada una del tamaño como de un niño de doce años, y todas de oro macizo. También vió muchos vasos de oro y plata: en una palabra, según ella decía, era uno de los tesoros más magníficos del mundo entero".

(2) Creemos útil para la genealogía de los Cabeza de Vaca, anotar la mención que de ellos se hace en la "Primera Parte de los Quatro libros de la Ovandina de Don Pedro Mexía de Ovando: donde se trata da naturaleza y nobilísimas casas: con los que an passados dellas a estos Reynos, y al de la nueva España" (Lima, 1621, obra recogida por la Inquisición.) El lib. I, cap. II, siguiendo el gusto de la época, "trata cómo Adán fué Rey universal del mundo, noble, de ilustre linaje, de gran casa y solar, y cómo perdió su hidalguía por el pecado", y en el lib. II, cap. IV, "De la Genealogía y descendencia de la casa de los Manuelas (pág. 251), se dice: "Fué así mismo Doña Juana Cabeça de Vaca, mujer de Gómez de Carrión, descendiente de Fernán Ruyz Cabeça de Vaca, ricohombre de Castilla, en tiempo del Rey D. Fernando el Santo, como lo dice su Coronica, y del repartimiento de Seuilla, año de 1255, cuyos descendientes viuen en Alcaraz, Xerez de la Frontera y Zamora, como parece del mayorazgo que dexó Nuño Fernández Cabeça de Vaca, Procurador general de la ciudad de Zamora, a quien el Rey D. Juan el II embió con Alonso Tenorio Adelantado de Caçorla, a requerir a los Reyes de Nauarra y Aragón, que no entrassen de guerra en Castilla. Son las armas deste linage y casa de Cabeça de Vaca, una cabeça de buey roja en campo de oro: aunque otros traen quinze jaqueles, y por orla seis cabeças de vaca: pero todos son de una misma familia."

de Ayolas (3) y "de unas mugeres que pelean como hombres y que son muy valientes y guerreras y que son señoras de mucho metal de oro y plata... y que todo el servicio de sus casas es de oro y plata y los ataderos con que hazen sus casas..." (4). Era la visión sintetizada de las vírgenes del Sol y de las Mujeres escogidas, esposas de los Incas del Perú.

Desde el Puerto de los Reyes salió aquel mismo año de 1543 el capitán Hernando de Ribera hacia la laguna de los Xarayes (5). Desde allí se internó hacia los Chiquitos y vol-

(3) En la "Relación" de Irala, los indios declararon que "asymismo tubieron noticia que muchos xristianos avian entrado por la tierra adentro a los paycunos y que trayendo muncho, los avian muertos los payagoas, los quales traiendo (*sic* por trajeron) todo el metal..."

Otro indio "preguntado sy sabe o a oydo dezir de algunos xristianos que después del dicho garcía ayan pasado la tierra adentro, dixo que sy, que a oydo dezir a los guaxarapos que muchos xristianos avian entrado la tierra adentro e se avian buelto con mucho metal e que después los payaguaes los avian muerto y les avian chanado el dicho metal".

(4) "Relación anónima", de 1543. Refiere Schmidel en el capítulo XXXVII que, mientras iban en busca de las Amazonas "anduvimos continuamente ocho días, de día y de noche, con el agua hasta las rodillas, y a veces hasta la cintura, sin poder salir de ella. Si habíamos de encender lumbre, armábamos sitio con palos en alto, donde ponerla, y muchas veces la comida, la olla y la lumbre, y aun quien la cocía, se caían en el agua y nos quedábamos sin comer. Los mosquitos nos molestaban tanto que no nos dejaban hacer nada".

(5) Partió el 20 de diciembre con un bergantín y cincuenta y dos hombres ("Comentarios", cap. LXV).

La laguna de los Xarayes fué uno de tantos focos de ilusión al cual llegó hasta a dársele el nombre del Dorado. A Alvar Núñez los indios habían dicho que "cuando los Xarayes van a la guerra... les ha visto sacar planchas de plata..." ("Comentarios", cap. LX.) Estas planchas eran las que venían "de la tierra adentro y que ellos lo han de mano en mano de los Paycunos..." ("Relación" de Irala.) Vuelve a confirmarse la procedencia de aquella plata y oro con lo que se dice en el cap. LXX de los "Comentarios": dixeron (unos indios Tarapacocis que habían venido con Alejo García y se hallaban en el Puerto de los Reyes) que los Paycunoes, que están tres jornadas de su tierra, lo dan a los suyos a trueco de arcos y flechas y esclavos que toman de otras generaciones, y que los Paycunoes lo han de los Chaneses y Chimenoës, Carcaraes y Candirees, que son otras gentes de los indios que lo tienen en mucha cantidad, y que los indios lo contratan como dicho es. Fuele mostrado un candelero de açofar muy lim-

pio y claro para que lo viese y declarase si el oro que tenían en su tierra era de aquella manera, y dixerón que lo del candelero era duro y vellaco y lo de su tierra era blando y no tenía mal olor y era más amarillo, y luego le fué mostrada una sortija de oro, y dixerón si era de aquello mesmo lo de su tierra y dixo que sí." La laguna de los Xarayes fué confundida con la laguna de Guatavitá, con el lago Parime y con el Titicaca. Los inciertos conocimientos geográficos de la época, la oscuridad de las relaciones y la falta de crítica de los geógrafos y cronistas, fueron los culpables de esta confusión. Para que el desconcierto fuese completo, la mezcla resultante de los cuatro lagos, era designada con el nombre del Dorado. Así vemos, por ejemplo, en un mapa de 1598, la laguna de los Xarayes con el título de "Laguna del Dorado", y en la carta de De Lisle, de 1700, los Xarayes aparecen contiguos al "Pays des Amazones". Centenera escribía que, según algunos, el río Paraguay nace del lago Parime, en la provincia del Dorado. Guzmán (lib. I, cap. III) anotaba que "más adelante, por el Paraná, entran otros muchos a una y otra mano, en especial el Paranaíba-huy, y otro que dicen de la laguna del Dorado, que viene de la parte del Norte, de donde han entendido algunos portugueses que cae aquella laguna tan mentada, que los moradores de ella poseen muchas riquezas". En el lib. I, cap. V, repetía que "lo que de noticias se ha sabido es que por aquella parte hay muchas naciones de indios que poseen oro y plata, en especial así al Norte, donde entienden cae aquella laguna que llaman del Dorado". Martín de Orué hacía constar en 1573 que los conquistadores del Paraguay, "buscando la laguna del Dorado han gastado su tiempo y consumido lo que había para la sustentación de la tierra". ("Revista del Instituto Paraguayo", núm. 20, doc. XIII.) La laguna del Dorado, que nosotros sabemos que era originariamente la de Guatavitá, resultaba un enigma geográfico para los conquistadores del siglo XVI. López de Velasco, en su "Descripción Universal de Indias", decía que "el Dorado era un lago inmenso que caía al Norte del Puerto de los Reyes: de ahí nacía el Río Paraguay o de la Plata". Herrera, en su "Descripción...", también consignaba que "otros dicen que (el Río de la Plata) sale de la laguna del Dorado, que es quince jornadas de la de los Xarayes, aunque hai opciones que no hai Dorado". Herrera ya distinguía la laguna del Dorado de la de los Xarayes, pero aún daba crédito a la creencia de que el Río de la Plata salía de la laguna del Dorado. Todavía en tiempos de Azara ("Descripción General"), éste suponía que el Dorado era la laguna de los Xarayes y decía de ella: "Dicha laguna, que ha dado origen a tantas fábulas en el mundo, quizás no tiene la extensión que el Estero Iberá, que no ha dado motivo de hablar a las gentes." En el lago de los Xarayes, o a muy corta distancia, generalmente al Sud, los mapas solían colocar la isla del Paraíso o de los Orejones, tan decantada por Guzmán. Hasta se creía que sus habitantes fuesen descendientes de Manco Capac por las largas orejas, que se deformaban lo mismo que los orejones del Perú. Del lago de los Xarayes decía el P. Juan Patricio Fernán-

vió al Puerto de los Reyes a fines de enero de 1544 (6). Durante su expedición, los indios naturales de la tierra le "dixeron y certificaron que allí duraua la creciente de las aguas quatro meses del año, tanto que cubre la tierra cinco y seys braças en alto y hazen lo que atrás tengo dicho, de andarse dentro en canoas con sus casas todo este tiempo, buscando de comer, sin poder saltar en la tierra, y en toda esta tierra tienen por costumbre los naturales della de se matar y comer los unos a los otros, y quando las aguas baxan tornan a armar sus casas donde las tenían antes que creciesen, y queda la tierra inficcionada de pestilencia del mal olor y pescado que queda en seco en ella, y con el gran calor que haze es muy trabajosa de sufrir" (7). Pero la noticia más sensa-

dez ("Relación de los indios Chiquitos", pág. 163), que lo único notable que poseía era el clima, y Dobrizhoffer ("Historia de Abiponibus", t. I, pág. 200), aseguraba que tanto el lago de los Xarayes, como la isla del Paraíso "nonnisi in geographicis fabulis extant". El P. Sánchez Labrador exploró aquellas regiones, afirmando que no había hallado ni lago ni isla. El P. Domingo Muriel, bajo el pseudónimo de Ciriaco Morelli (suplemento al lib. XXIII, pág. 334 de la traducción latina de Charlevoix) llamó cenegal al lago de los Xarayes, declarando que es un mito la isla de los Orejones o del Paraíso.

(6) Los "Comentarios", cap. LXXII, anotan por error el año 1543. Hernando de Ribera "halló al Gobernador enfermo, y por las inundaciones no pudo volver a hacer la entrada ni darle relación de su descubrimiento." ("Comentarios", cap. LXXII.) Schmidel se equivoca al decir que a las preguntas de Alvar Núñez, Ribera "a todo respondió con mucho orden" (cap. XXXVIII). A más de los "Comentarios", lo contradicen Pero Hernández en su "Relación", y el mismo Ribera en sus declaraciones hechas en la Asunción el 3 de marzo de 1545. Ribera había venido al Río de la Plata con Caboto y se quedó en estas regiones cuando aquél volvió a España. En 1536, Gonzalo de Mendoza lo trajo con Gonzalo Pérez de Morán y otros desde las costas del Brasil, frente a la isla de Santa Catalina, a Buenos Aires. (Véase la "Información de Don Gonzalo de Mendoza" en la "Colección" Garay y en la "Revista del Instituto Paraguayo", núm. 21, doc. XXIII.) Manuel Domínguez escribió una sintética biografía de Hernando de Ribera en "Las Amazonas y el Dorado". ("El Alma de la Raza", página 93 y sigs.)

(7) "Comentarios", cap. LXXII. También tuvo Ribera noticia de la gente de Ayolas, muerto por los payaguás. Véase la "Razón sumaria de la jornada que hizo Hernando de Ribera por los parayes" en la "Probanza de Pedro Dorantes" (publicada en la pág. 112 de

cional que hubo de los indios, fué la de las Vírgenes del Sol y mujeres escogidas del Perú, que por el desconocimiento histórico que los conquistadores tenían de ellas y la influencia de reminiscencias extrañas, llamaron Amazonas, al igual que en otras partes de América adonde había llegado la misma noticia. También oyó de los indios la existencia de "muy grandes poblaciones y gente de indios que confinan con las dichas mujeres, que lo habían dicho sin preguntárselo, a lo que le señalaron esta parte de un lago de agua muy grande; que los indios nombraron la casa del sol; dicen que allí se encierra el sol..." Tratábase, indiscutiblemente, del gran lago Titicaca (8) y de su celebrado Templo del Sol (9), del cual los indios tenían noticia; pero no así los españoles del Paraguay, que no eran, por cierto, sagaces eruditos (10). Luego

la "Correspondencia de los Oficiales Reales de Hacienda del Río de la Plata con los Reyes de España", por Roberto Levillier), en la cual se dice que "partió del puerto que dizen de los rreyes el dicho hernando de rribera en un vergantín con cinquenta e dos ombres...", y que "un principal de los ortueses tenía nueva de unos cristianos que avian muerto los guayoyaes y de toda aquella tierra más adelante porque la avia andado y dize que vido mucha plata y le señalaron que por unas sierras muy altas yban por ella..."

(8) Decía López de Velazco que el Titicaca "tiene de largo más de treinta leguas, y doce de ancho por algunas partes, y de boxo ochenta, y más de setenta u ochenta brazas de fondo en partes; en la cual entran muchos ríos... (Lo mismo escribe Herrera en su "Descripción de las Indias Occidentales").

(9) "...y en ellas (en las islas del Titicaca) tienen como en fuerte guardadas las cosas más preciadas que tienen; y así antiguamente en el tiempo de los Ingas, hubo un templo grande del Sol y muy rico." (López de Velazco, "Descripción Universal...": "Noticia del Dorado o Nueva Extremadura.") "...y los ingas hicieron en ella (en una isla del Titicaca) el templo que digo, que fué entre ellos muy estimado y venerado, a honra de su sol..." (Cieza de León, cap. CIII.)

(10) El Dr. Manuel Domínguez fué el primero en aplicar el análisis crítico comparativo de los textos a la "Relación" de Hernando de Ribera y a la de Chaves y Salazar. (Véase su monografía "Eldorado era el Perú de los Incas", inserta también en "El Chaco Boreal", Asunción, 1925.) El Dr. Domínguez ha demostrado que los datos obtenidos por Ribera, Chaves y Salazar, eran simplemente el trasunto del Perú Incásico. En apoyo de su tesis escribimos estas páginas. Sólo diferimos en la menudencia del título: El Dorado no era el Perú: era el nombre dado por los españoles al Cacique de Guatavitá y que lue-

los indios agregaron que aquéllas "eran gentes que andaban vestidos, y las casas y pueblos las tienen de piedra y tierra, y son muy grandes, y que es gente que poseen mucho metal blanco y amarillo, en tanta cantidad, que no se sirven con otras cosas de vasijas y ollas y tinajas muy grandes..." Aludían a los pueblos peruanos: en ellos los palacios de los Incas y de los nobles eran de granito, y las cabañas de los pobres, de barro. En cuanto a la riqueza de los peruanos, creemos interesante extendernos sobre ella (11).

go se aplicó a todo foco de ilusión, a toda conquista, a todo documento de informes oscuros que hablaban de riquezas. Algunos historiadores (Guzmán, Herrera, Lozano, Guevara y repetidores) creyeron que Ribera, Irala y Chaves habían partido en busca del Dorado. Fué éste un error colectivo—recién ahora disipado—y que sugestionó hasta a los escribientes que a principios del siglo XVII copiaron en la Asunción la "Relación" de Ribera. La copia del Archivo de Indias (74-6-21, signatura moderna, Sección Quinta, Audiencia de Charcas, número 111), examinada por nosotros, y que se halla en un expediente de 1601, difiere en meros detalles del original publicado al final de los "Comentarios". Al margen de donde se habla de la Casa del Sol, lleva escrito "El Dorado", y a continuación del párrafo "dicen que allí se encierra el Sol", viene este otro "que hasta la laguna llaman el dorado"; con lo cual se prueba que los copistas del 1601 o quien mandó sacar dicha copia, suponían que las noticias consignadas por Ribera se referían al Dorado. El Dr. Domínguez demostró que ese Dorado—que según nuestros estudios era un Dorado "apócrifo"—era el reflejo del Perú.

(11) En la "Probanza hecha por parte del señor fiscal en el pleito que seguían contra la real hacienda doña Francisca Pizarro y don Hernando Pizarro su marido..." (publicada en la "Colección de documentos inéditos..." de J. T. Medina), leemos en la pregunta 14 "si saben..." que Atahualpa dió a Francisco Pizarro, en oro y plata, "en más cantidad de un millón"; en la pregunta 20: "si saben que ciertos capitanes del dicho Atahualpa, de temor que los matasen como al dicho Atahualpa, dieron noticia al dicho Francisco Pizarro del gran tesoro que había en la guaca de Pachacama, cuatro leguas de donde al presente está fundada la ciudad de los Reyes...", y que Hernando Pizarro, nombrado por su hermano Francisco, "sacó de la dicha guaca más de quinientos mil pesos"; en la pregunta 47, "si saben quel dicho Mango Inga, por excusar las dichas vejaciones y molestias que recibía del dicho Hernando Pizarro, le dió dos bultos de hombre y mujer, de oro, que pesaron treinta y siete mill pesos, y trescientos ladrillos de oro que cada uno tenía de peso dos mill pesos, y cien cargas de oro de indios, que cada una de ellas pesaba tres mill pesos..."; en la pregunta 48, "si saben que sin embargo... Hernando Pizarro... no

Como para confirmar sus indicaciones los indios señalaron a Ribera que aquellos pueblos "demoraban al norueste", situación geográfica que desde el lugar en que se hallaba Hernando de Ribera corresponde exactamente a la del Perú. "Hay pueblos tan grandes—añadían—que en un día no pueden atravesar de un cabo a otro." (Recuérdese que el Cuzco era la ciudad más extensa y poblada de Sud-América.) "Y que toda son gente que posee mucho metal blanco, y con ellos se sirven en sus casas, y que toda es gente vestida..." No debe extrañar la insistencia de los indios en estos particulares, pues a ellos debía parecer sorprendente la abundancia de oro y plata y el hecho de que hubiese "gente vestida". "Y que ansimismo por la banda del Oeste había un lago de agua muy grande, y que no se parecía tierra de la una banda a la otra; y a la ribera del dicho lago había muy grandes poblaciones de gentes vestidas...—nueva alusión al Titicaca (12)—

le soltó... y así el dicho Mango Inga mandó a los indios que tenía en el Cuzco que le servían que serían tres mill indios... que cada uno de ellos trajese cada semana todo el más oro que pudiesen en polvo y así por espacio de cinco meses, cada domingo, antes que el dicho Hernando Pizarro fuese a misa, los dichos indios del dicho Mango Inga entregaban al dicho Hernando Pizarro cincuenta pesos de oro en polvo cada indio, con lo cual el dicho Hernando Pizarro hizo soltar al dicho Mango Inga de la prisión en que le tenía." En un banquete que Manco Capac dió a Hernando Pizarro en el valle de Yucay, "todo el servicio con que se sirvió la mesa fué de oro; y acabado de cenar, el dicho Mango Inga hizo lavar todo el dicho servicio de oro; y lo dió y entregó al dicho Hernando Pizarro, que valía más de doscientos mil pesos". (Pregunta 50.) Francisco de Xerez atestigua que la mayor parte del oro que los indios traían para el rescate de Atahualpa, "eran planchas, a manera de tablas de caxas, de a tres i a cuatro palmos de largo. Esto quitaron de las paredes de los bohios; i traían agujeros, que parece haver estado clavados".

Creemos útil recordar, por lo que puedan sugerir, las distintas etimologías de Chuquisaca. Según las variadas opiniones, puede tener estos significados: Puente o Puentes de Oro, Montes de Oro y Cunchos de Oro. A nuestro juicio, la etimología más probable es la de Chacra de Oro. Suponemos así por las chacras o huertas que en los templos del Sol se sembraba con espigas y objetos de oro.

(12) "... están en el contorno de la Laguna Grande muchos Pueblos, i en ella Islas, i grandes, con Sementeras, i allí suelen los Indios guardar sus cosas más preciadas por maior seguridad..." (Herrera, "Descripción...")

y que poseían mucho metal y que tenían piedras, de que traían bordadas las ropas, y relumbran mucho, las cuales sacaban los indios del dicho lago..." La referencia a las piedras preciosas con que se engalanaban los Incas, no puede ser más clara (13), como tampoco lo de que "toda era gente la de las dichas poblaciones labradores y que tenían muy grandes mantenimientos y crían muchos patos y otras aves (14) ...y criaban mucho ganado de ovejas muy grandes,

(13) Agustín de Zárate (*"Hist. del Perú"*, lib. I, cap. IV), dice que los indios peruanos "preciábanse de traer muchas joyas de oro en las orejas i en las narices, maiormente esmeraldas, que se hallan solamente en aquel paraje, aunque los indios no han querido mostrar los veneros de ellas... Atanse los brazos i piernas con muchas bueltas de cuentas de Oro i Plata i de Turquesas menudas, i de Contequeles blancas i coloradas, i Caracoles, sin consentir traer a las Mugeres ninguna cosa de estas". Respecto a las esmeraldas, nos dice en el libro II, cap. IX, que "en todos los Pueblos por donde pasó don Pedro de Alvarado, debajo de la línea equinocial, halló gran copia de Esmeraldas". En el lib. I, cap. XI, Zárate nos vuelve a repetir que los indios del Perú "tenían en gran estima el Oro, porque de ello hacía el Rei i los Principales vasijas para su servicio, i Joyas para su atavio, i lo ofrecían en los templos..." Las esmeraldas eran muy apreciadas por los Scyris de Quito, como los Reyes de Tezcuco, los cuales llevaban unas esmeraldas sobre la frente en señal de poder y dignidad. Cieza de León (*"Crónica del Perú"*, cap. L) refiere que en Manta los indios adoraban una esmeralda, la cual curaba ciertas enfermedades. López de Velasco dice que esta joya estaba tallada en forma de cabeza humana (Cf. Denis, *"Las esmeraldas y su culto en América"*, en la *"Revista Oriental y Americana"*, t. I, París, 1859). En Méjico también eran muy apreciadas las esmeraldas.

Es sabido que Copiapó, según el jesuita Diego de Rosales y el cronista Herrera, significa sementera o campo de turquesas, por un cerro en que se afirmaba que había abundancia de piedras preciosas.

(14) Cuenta Herrera (Dec. V, lib. III, cap. XII), que los habitantes del lago Titicaca, "quando quieren hacer alguna fiesta, hacen una Caça que llaman Chaco, con muchas balsas, con las cuales, en cerco, van rodeando los Patos, hasta que los toman a manos". De donde vemos que la grafía Chaco, que originariamente servía para designar las grandes cacerías que se realizaban tanto en el Perú como en los llanos de los Tamacocis (Véase nuestra *"Historia del Gran Chaco"*, cap. I), se aplicaba también a la caza de los patos, cuyo sistema de ir rodeando los animales no difería del que se empleaba en las grandes llanuras. Los "Grandes mantenimientos" eran los sobrantes de las cosechas que se guardaban en depósitos especiales repartidos por todo el Imperio.

con las cuales se sirven en sus rozas y labranzas y las cargan..." (15), datos sencillos que la historia confirma como propios de la civilización quéchua. Además, aquellos indios dijeron a Hernando de Ribera "que entre las dichas poblaciones hay otra gente de cristianos", lo cual era muy cierto, pues los españoles, aunque Ribera no lo supiese, ya dominaban en el Perú. Aquellos españoles, "gente vestida, blanca, con barbas... traían unos animales, según señalaron eran caballos, diciendo que venían en ellos caballeros y que a causa de no haber agua los habían visto volver, y que se habían muerto muchos de ellos..." (16).

Estas noticias aquellos indios las sabían porque "entre todos los indios de toda esta tierra, se comunicaban y sabían que era muy cierto, porque habían visto y comunicado con ellos, y que habían visto los dichos cristianos y caballos que venían por los dichos desiertos... y que los indios que decían lo susodicho, decían que tenían ansimesmo noticia que en la otra banda, en el agua salada, andaban navíos muy grandes..." (17). Por último, los indios declararon "que cada generación y población tiene solamente uno de la misma generación, a quien todos obedescen..." (18).

La imagen del Perú, entrevista por Hernando de Ribera

(15) Sería inútil explicar, una vez más, que se trata de las Llamas y de los Urcos.

(16) Igual información obtuvo Nufrio de Chaves en los Xarayes, según puede verse en la "Relación" de 1560, firmada por Chaves y Salazar: "... en los tiempos pasados salieron unos cristianos de la tierra de los carcaras queriendo pasar a la tierra rica, se perdieron y se les murieron los cavallos, y que avía visto los guesos y sus rancherías y este principal nos dió un arcabuz y herraduras viejas que avian hallado en aquellas rancherías..."

(17) En diferentes partes de esta obra, y especialmente en el capítulo anterior, "La Sierra de la Plata", hemos demostrado cómo las migraciones de los indios llevaron el conocimiento de la existencia del Perú a todos los confines de América. Aquí tenemos una prueba más que confirma nuestra tesis: los indios del Chaco se comunicaban con todos los de aquellas regiones y hasta sabían que existía el Pacífico, y que en él andaban "navíos muy grandes".

(18) Se referían a los Curacas, los Caciques vencidos, confirmados en sus puestos por la voluntad del Inca.

en las declaraciones de los indios, volvió a presentarse a Irala cuando éste cruzó el Chaco, en 1548, hallando el Perú ya descubierto y conquistado (19).

Ruy Díaz de Guzmán, nieto de Irala, refiere que en aquel viaje, dijéronle también estos indios a Domingo de Irala cómo entre el Brasil y el Marañón y las cabezadas del Río de la Plata, había una provincia de mucha gente que tenían sus poblaciones a las riberas de una gran laguna y que poseían gran cantidad de oro de que se servían: y así le dieron los españoles a esta laguna por nominación el Dorado, cuyos naturales dicen que confinan con unos pueblos de solas mugeres... por lo cual nuestros españoles llamaron a aquella

(19) Cuenta Schmidel que "después que nosotros ya nos acercábamos a algo más de una milla larga de camino de los dichos Machkaysis (Tamacocis). allí nos salieron al encuentro y nos recibieron muy bien y en seguida nos empezaron a hablar en español; nos quedamos fríos donde estábamos, y acto continuo les preguntamos a quién estaban sometidos, o a quién tenían por señor; contestaron ellos, a nuestro capitán y a nosotros, que eran súbditos de un caballero de España llamado Peter Ansules..." (Pedro Anzures Enríquez de Camporredondo.) Lozano y Guevara refieren idéntico episodio. Irala, en su "Carta" de 1555, dice simplemente: "... y porque en esta provincia se nos declaró muy particularmente ser los Charcas y estar ganado y ocupado por los conquistadores del Perú..." Irala no ignoraba por cierto, antes de su partida, que el Perú ya estaba conquistado, y tampoco lo ignoraban la mayoría de los pobladores del Paraguay. Bien claramente lo dice el clérigo Martín González en su "Carta" del 1.º de julio de 1556: "Según dicen yndios, mas ha de tres años queste río arriba del Ypiti, que dicho tengo, están poblados de christianos del Perú; y ha dicho (Irala) a los indios, que los ha de ahorcar si lo dicen." La expedición de Irala fué "en demanda de las minas y tierra de los Caracaraes..." ("Acta" de San Fernando, en Schmidel, edición de Lafone Quevedo.) "Seguimos—dice Irala en su "Carta" de 1555—con muy larga noticia de prosperidad y muchas minas de plata en las sierras de los Carcaxas (sic por Caracaraes), que es la noticia antigua que siempre tuvimos." (La noticia del pobre Ayolas.) "Lo que hasta ahora se ha entendido de la plata de los Caracaraes que los del Río de la Plata en su carta dicen que vienen a buscar en los Charcas..." (Carta de La Gasca al Consejo de Indias, del 26 de noviembre de 1548. Cf. también "La Sierra de la Plata", de Manuel Domínguez, caps. VI y último.) Lo probable es que Irala creyese que los Caracaraes nada tuviesen que ver con el Perú, pues a pesar de saber que éste se hallaba conquistado, se lanzó lo mismo en busca de la noticia antigua.

parte la tierra de las Amazonas..." (20).

A las faldas de las cordilleras peruanas, Irala se encontró con el "Inga Condori" (21). El P. Alacaya nos ha conser-

(20) "La Argentina", lib. II, cap. VII. En el relato de Guzmán se distingue fácilmente la "gran laguna" del Titicaca y otras alusiones a la civilización y riqueza de los peruanos. El trasunto de las Vírgenes del Sol, convertido en leyenda de las Amazonas, sólo sirvió a Guzmán para recordar "las mugeres de Scitias antiguas". Con idéntico criterio, utilizó también el nombre del Dorado. Schmidel nos cuenta que en aquella expedición veiron cómo los indios bebían la sangre de las fieras, y que los conquistadores "no nos acordábamos del Oro i Plata, que todo era clamar por Agua". Las referencias del Perú, contenidas en las relaciones de los indígenas, no pasaron desapercibidas a Herrera (Dec. VIII, lib. V, cap. I), el cual, dando cuenta del viaje de Irala, dice que las Charcas "era la Tierra de que los indios daban noticia".

(21) Condori, según el P. Alcaya, era hermano del Rey Guacane, al cual el Inca le había dado "título de Rey de lo que así conquistase". Los Chiriguanes habían combatido contra Guacane y Grigotá, matando al primero y siendo vencidos por el segundo. Sin embargo, no abandonaron la Cordillera y conservaron en su poder al Rey Condori y a sus mujeres. (Véase nuestra "Historia del Gran Chaco", cap. III.) Fulgencio R. Moreno ("Cuestión de límites con Bolivia", t. III, capítulo "El Chaco primitivo y los Llanos de Manso") supone que el nombre del Rey Condori, antiguo Señor del Cerro de Saigpurum y de los llanos del Guapay, haya dado origen al de Candire, con el cual se designaba a un monarca fabuloso, y al de Chunguri, primera denominación del Guapay. Por nuestra parte agregamos que el nombre Condori, a su vez, pudo ser originado por el de Condor Curi, "Buitre de Oro", apelativo que se daba al "principal de esta provincia... antes que señoreasen los Ingas en esta tierra..." (Véase la "Descripción de la tierra del repartimiento de San Francisco de Atunrucana y Laramati encomendado en Don Pedro de Córdoba, jurisdicción de la Ciudad de Guamanga. Año de 1586": respuesta al cap. XIV. Original en la Real Acad. de la Historia, de Madrid. Publicado en las "Relaciones Geográficas de Indias", t. I, pág. 196. Asegura Jiménez de la Espada que este documento no fué utilizado por Herrera ni en su "Descripción" ni en sus "Décadas".) Los indios del Paraguay designaban con el nombre Candire al Inca del Perú. Así, por ejemplo, los indios de los Xarayes dijeron a Nufrio de Chaves y a Hernando de Salazar que el Candire "era muerto" y que era el "señor del metal verdadero". También es posible, como apunta Fulgencio R. Moreno en "Cuestión de Límites con Bolivia" (t. I), que el reino del Candire, situado cerca de Arancangá (véase la "Relación" firmada por Chaves y Salazar), fuese el de algún delegado incaico. Cieza de León refiere que en tiempos de Viracocha figuró en esa región un jefe llamado Candi.

vado algunos detalles de aquella curiosa entrevista. El "Inga Condori", amenazado por los Chiriguanes "de que si descubriría el secreto cerro (de Saigpurú) al español, harían con su pellejo un atambor", era "hombre de pequeña estatura", pero "puesto delante del Capitán Irala, se holgaron todos los de nuestro campo de ver el reposo y autoridad del Inga, aunque pequeño, y entre muchas preguntas que le hizo por lengua del rrefalsado Caypere, otro día le preguntó por las minas, y él dijo que ya lo tenían ocupado otros españoles en Porco, y desto no le pudieron sacar". Entonces, Irala, "bolviendo a Condori, le dixo: Bolveos, Condorillo, a buestra casa; lo cual dixo por disminuyción de su persona, cuyo nombre se ha quedado hasta agora en aquellos llanos..." (22).

Andando el tiempo, el Cerro y las minas de Chaipurum atrajeron ilusos hasta principios del siglo XVI (23).

(22) Posteriormente, el nombre del Cerro de Saigpurum pasó a designar un pueblo fortificado por el Presidente de Charcas, don Agustín Fernando de Pinedo, que se hallaba entre los ríos Condorillo (Parapiti) y Guapay. En cuanto a la montaña y fortaleza de Sabaypata, donde los indios atacados por los Chiriguanes "enterraron—según el P. Alcaya—gran suma de platta en texos y jarritos de pepitas de oro... y es que no la enterraron en ella sino en la montaña, donde quedara sepultada en su seno hasta la fin del mundo...", leemos en la "Descripción de las provincias pertenecientes al Obispado de Santa Cruz de la Sierra", por don Cosme Bueno (año 1771, Original en la Real Academia de la Historia, de Madrid, Est. 27, Gr. 3, E. núm. 92), que "hacia el Oeste de San Lorenzo, en un valle fértil, hay un pueblo de españoles nombrado Samaipata, de más de seiscientas almas. A una legua se ve en un cerro alto, un edificio de piedra, maltratado del tiempo, con vestigios de palacio que llaman del Inca. Hay tradición de estar allí escondido un gran tesoro desde el tiempo de la gentilidad".

(23) La "Relación" del P. Alcaya atestigua que Andrés Manso pobló los llanos de Condorillo "con yntento de descubrir el memorado Cerro de Chaipurum". Don Pedro Ozores de Ulloa se comprometía a poblar los mismos llanos, a condición de que, "siendo cierta la noticia que se tiene de los minerales de plata que hay en el cerro de caypone (*sic* por Chaipurum), pueda nombrar alcalde mayor de minas, veedores y hazer repartimiento de yndios de los que así se allanaren y conquistaren para los dichos minerales y saca de metales, etc." En 1604, Pedro López de Zavala, poblador del Valle de Tomina y biznieto de Irala, prometía conquistar los Chiriguanes a cam-

Una vez regresado Irala a la Asunción, volvió a lanzarse al Chaco en enero de 1553, "con intento de entrar en la Provincia del Dorado y descubrir los montes que caen de la otra parte del río Guapay, que como dije atrás, es uno de los brazos del Marañón" (24). Esta salida es la que la tradición conoce con el nombre de "la mala entrada".

Cuando el 29 de julio de 1559 llegó la expedición de Nufrio de Chaves "embarcados los cavallos y gente... al puerto de Santiago que es en los Xarayes, en el asiento de los Perabaçanes..." (25), los indios principales de la comarca se juntaron en el pueblo del Cacique Rataberé, y después de explicar que el metal "no se sembrava y quel metal amarillo lo sacavan de la tierra", dieron noticia del Titicaca, del Inca y de las fiestas que en presencia del monarca peruano se realizaba con quenas y tambores en el solisticio

bio de las siguientes condiciones: "Que si se descubriesen en la dicha provincia las minas del cerro de saipurú, de cuya riqueza se tiene gran noticia, o otros algunos minerales de oro o plata, pueda asentar y poblar y hacer asientos en nombre de su magestad y repartir o señalar las baras de minas, sitios del ingenio y en Real nombre nombrar Corregidores, Alcaldes mayores de minas, oficiales Reales, veedores y demás oficiales en el interin que su Magestad embia propietarios, etc." Alonso de Ribera, Gobernador del Tucumán, también solicitaba auxilios "para descubrir la Gran Provincia del Chaco, de cuya riqueza hay tanta noticia". (Documentos reproducidos por Ricardo Mujía, en "Bolivia-Paraguay", y por Fulgencio R. Moreno, en "Cuestión de Límites con Bolivia", t. III.)

(24) Así escribe Ruy Díaz de Guzmán; pero en los documentos originales de la época de Irala no se dice ni una sola vez que "la mala entrada" haya sido en busca del Dorado. Esta palabra no aparece escrita en los documentos paraguayos hasta después del año 1560. Sin embargo, es de suponer que fuese conocida antes de esa fecha, pues debieron traerla Irala y sus compañeros desde el Perú, en 1549. En efecto, en su "Carta" de 1555, Irala escribía que "esta noticia es la que se platica y aprende en el Perú, Santa Marta, Cartagena y Veneçuela..." Se refería, indiscutiblemente, al Dorado, aunque sin nombrarlo, y a todos los otros mitos que zumbaban en aquellas partes de América, suponiendo, erróneamente, que todos ellos no fuesen más que una misma noticia.

(25) "Carta del Cabildo de la Asunción", de acuerdo con Ruy Díaz de Guzmán.

de verano (26). Luego el indio que refería estas noticias, recordó vagamente las guerras que los guaraníes habían llevado a las Charcas (27), indicando también el camino más fácil y transitado para ir a "aquella tierra... donde había dado Dios todas las cosas buenas..." mientras que en la de ellos no había "más de la comida..." (28). Pero el dato más importante que dieron, fué que la casa de aquel monarca era hecha de metal por dentro (29). La noticia causó asombro, pues los conquistadores no comprendían que los indios se

(26) "...preguntado qués aranguá, dixeron que era una sierra muy grande que durava mucho y que por la una parte alindaba con una agua muy grande y que de la otra parte era una población muy grande de gente y que no tenían más que un principal que era señor de todos que se llamava el candire y que adelante deste todos se juntavan a cantar con unos ynstrumentos de metal verdaderos a manera de cañas gordas..."

(27) "...y dixo que de aquel principal candire tomó el nombre su padre (el padre del indio que hablaba, siguiendo una costumbre general de los indígenas), porque en aquella tierra mató muchos de los candires, los cuales mataron a toda la más gente que con su padre caye avia salido. Fueles preguntado quien más se escaparon de los que con su padre fueron, dixo que allí en su pueblo estaban dos quescaparon y también en el pueblo de paycororo y paycury avia muchos..." Agregó también "que él no ha buelto más a la guerra y que sabe que después acá los yndios de aquella tierra an vuelto muchas vezes y que los candires an muerto muchos parientes suyos y toda la gente de muquiranguacú (nombre de algún cacique), porque la tierra de los candires es muy grande y los pueblos son muy rezios por que son cercado de tierra muy rezia y alta y tienen al rededor della unas hoyas muy hondas y a todos los indios que toman los echan allí dentro y los matan y a otros llevan al pueblo principal del candire y se los dan a comer a unas aves muy grandes que tiene el candire en un cercado..."

(28) "Preguntado por dónde an entrado en la tierra del candire las vezes que an ydo dixeron que ellos tomavan la cordillera de la sierra que comiença de sus pueblos y por las faldas della davan en un río que se llama yaybá hasta ponerse en la frontera del río grande que se llama aguapay pasado el río parecía el pueblo de la frontera de la tierra del candire que se llama el principal del jaguaguá..." ("Relación general" firmada por Nufrio de Chaves y Hernando de Salazar. Fué hecha en la Ciudad de los Reyes en 1560 y hállase publicada en la "Colección" de Blas Garay y en las "Relaciones Geográficas de Indias", t. II.)

(29) "Colección" Garay, pág. 301.

referían a los palacios del Inca y a los templos, que en lo interior hallábanse materialmente forrados con chapas de oro (30).

Nufrio de Chaves estuvo "siete años sin volver a su casa" (31). Entretanto, la ilusión de las riquezas, como escondiéndose en las regiones poco trasegadas y conocidas, ondulaba hacia el país de los Mojos (32), al mismo tiempo

(30) Leemos en la "Conquista y población del Perú", que los españoles "en un pueblo hallaron una casa de plata, con seis vigas y tablazón bien gruesa...", y que "en el Cuzco había casas del Sol que eran muy bien obradas de cantería y cerradas juntos a la techumbre de una plancha de oro de palmo y medio de ancho, y lo mismo tenían por dentro en cada bohío o casa y aposento..." Francisco de Xerez, en su "Conquista del Perú", dice también del templo del Sol, del Cuzco: "Y de las chapas de oro que esta casa tenía quitaron setecientas planchas... a manera de tablas de cajas de tres y cuatro palmos de largo."

(31) Así escribe el P. Jerónimo de Villarnao en las "Relaciones Geográficas de Indias". La marcha al Oeste, desde los Xarayes, se emprendió para ir en busca de una tierra menos estéril donde asentar la población que se pensaba levantar en los Xarayes (esto se dice en el "Requerimiento" hecho entre los Chiquitos por los que abandonaron a Chaves, y publicado por Guzmán); pero en la "Relación" firmada por Chaves y Salazar, se declara que la entrada fué en busca de "la tierra rica". Francisco Ortiz de Vergara, en su "Relación" dirigida a Juan Ovando, dijo que Chaves había salido para "conquistar y descubrir la noticia de las Amazonas y Dorado, de que en aquellas tierras (Santa Cruz) se tiene gran noticia". Herrera ("Descripción...") siguió la "Relación" de Ortiz de Vergara y también escribió que Chaves "salió del Río de la Plata con fin de descubrir las Provincias del Dorado". Sin embargo, estudiando los documentos pertinentes, vemos cómo la palabra Dorado no se halla en ellos y fué impuesta *a posteriori*, siguiendo la moda de considerar expediciones al Dorado cualquier entrada y cualquier conquista.

(32) Mojo, según Ricardo Mujía ("Bolivia-Paraguay", t. I, página 72) es corrupción de "Mosoj Llayta, Tierra Nueva". Dícese en la "Relación verdadera del asiento de Santa Cruz de la Sierra...", que "poco abajo del pueblo de La Barranca, que era en diez y siete grados (el río Yguapay) se hace tan grande que pone admiración lo que los indios Guaranis cuenta dél; afirmando siertamente, que pasado de una sierra que sale y se desagua de las destos reinos, que lleva la vía de do nace el sol, se hace una mar llena de islas y muy pobladas de gente, y que la tierra firme de la mano izquierda o del Poniente, es la tierra rica que andamos a vuscar. Son sabidores desta noticia y los que dan más clara relación della, otros indios

que un nombre nuevo—el Paititi—comenzaba a designar algo impreciso, que huía en todas las direcciones y era también por todos muy buscado y codiciado (33).

Chiriguanas que dicen de Pirataguari, questán al Norte de Santa Cruz hasta cuarenta y cinco leguas junto a la nación de los Chiquitos... Este descubrimiento y gobernación de los Mojos, Exmo Señor, es la dama muy hermosa por quien ha de hacer la guerra a los Chiriguanes el que la quisiera conquistar..." Don Lorenzo Suárez de Figueroa, en la "Relación de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra", afirmaba que "el principal aumento desta tierra, como dicho es, consiste en el descubrimiento de los Moxos y de las demás provincias de que hay noticia, las cuales están entre las riberas deste dicho río (el Marañón) y de los que en él entran y la cordillera del Perú". En las "Annuas de la Compañía de Jesús" (Tucumán y Perú, 1596) se refiere que entre los Saboionos y Maures "se comenzaron a ver señales de las que el general Nuflo de Chaves dice en su relación; porque fuera de nombrar allí los Maures que estaban cabe los Mojos, una india de las que cogieron nuestros soldados, viendo una cuchara de plata, se levantó y señalando con la mano y cuchara el maderamiento de la casa dió a entender que eran de aquello, que también Nuflo de Chaves lo escribió en su relación". Como es natural, aquella india debía referirse a los templos del Perú, y así lo anotaron en las "Annuas": "Algunos entienden que debe ser aquello en alguna casa de adoración." También se consigna que "muchos barbotes del grueso de un cañón de escribir y de un jeme de largo que traen estas naciones en el labio de abajo, han hallado de plata y alguno también de oro". Es indudable que el nombre de los Mojos dió origen al del Gran Moxo, considerado como un monarca fabuloso del Paititi.

(33) Para Belaunde, Paititi significa "aquel plomo"; para Jiménez de la Espada, "tigre padre"; para Manuel Domínguez, "pai" es monarca, y "titi", contracción de Titicaca, o sea "aquel monarca del Titicaca". Esta, sin duda, es la etimología más acertada. El P. Andrés Ortiz escribía el 14 de septiembre de 1595 al Provincial Juan Sebastián, diciéndole: "Fué el Señor servido de darnos buen viaje, e venimos siempre ribera del río Guapay, que pasa por San Lorenzo, que corre Norte Sur, por tener noticia que ribera dél hay población que han de dar noticia de los Mojos o Paytitin o Candire, como acá le llaman." Antes, con fecha 18 de junio de 1595, había escrito al mismo provincial: "...y si el Señor no es servido de llamarme a cuentas antes, pienso, con su divino favor, verme en el Paititi tan famoso y deseado..." ("Annuas de la Compañía de Jesús. Tucumán y Perú, 1596", Misión o Residencia de Santa Cruz de la Sierra.) En una carta del Virrey don Francisco de Toledo, de 1572 (publicada en la "Colección" Garay) se menciona "la prouincia de las mugeres, hasta la gran noticia del paitite..." El 27 de marzo de 1620 (Arch. de

Sin detenernos en mitos menores, faltos de envergadura y sólo reducidos a nombres más o menos sugestivos (34),

Indias, 74-4-13), Gonzalo de Solís Holguín, ilusionado por la relación de Chaves, hizo una capitulación con S. M. y el Príncipe de Esquilache para la entrada al Paititi, al cual denominó el Nuevo Reino de Valencia. Algunos años después, probablemente en 1624, el mismo Gonzalo de Solís presentó un "Memorial a S. M." (Arch. de Indias, 14-4-13), quejándose del príncipe de Esquilache, quien no había cumplido el asiento tomado con él, y asegurando haber descubierto las provincias del Paititi y de los Mojos.

(34) Nos referimos a la Trapalanda, a Linlín y a la provincia de la Sal. Los tres nombres parecían indicar una misma región; pero en tanto que la Trapalanda y la Sal eran nombres que sonaban por Chile (véase la "Relación de las provincias del Tucumán", por Diego Pacheco, de 1569); en Córdoba se llamaba Linlín ("Relación de las provincias de Tucumán que dió Pedro Sotelo Narváez... al Ldo. Cepeda"). "Tiénese noticia de la jornada que por Chile llaman de la Sal y de Trapalanda, y por Córdoba, Linlín", se lee en las "Relaciones Geográficas de Indias" (t. II, pág. 152). La Trapalanda nació en la segunda mitad del siglo XVI, y desapareció a principios del siglo XVIII. En el capítulo "Los naufragos olvidados" veremos cómo la Trapalanda se unió a la noticia de los Césares. Por las conquistas de Alderete y Pedro de Villagra, se supone que la Trapalanda debía hallarse en la región que actualmente constituye el territorio del Río Negro. Groussac halla como únicas etimologías el nombre de la isla Trapobana, mencionada por Plinio y dibujada en los mapas medioevales, o el significado de "tierra de la trampa o trápala". Esta última etimología nos parece la más acertada, por lo que hallamos en Pedro Mártir (Dec. II, lib. IV, cap. V): "En la propia región de Uraba cuentan que hay maravillosas angosturas que apenas cogen quince leguas, pero intransitables por las continuas lagunas y terrenos pantanosos que los españoles llaman tremedales, alias *trampales*, también cenegales y sumideros y zahondaderos." La Trapalanda era, por tanto, la tierra de las trampas, trápala o trampales. Yungulo se denominaba una tierra no descubierta, de *incertae sedis*, que a menudo se identificó con la Trapalanda. En cuanto a Linlín, creemos que este nombre sea una transformación de Paititin (así lo escribía el P. Andrés Ortiz en 1595). Es sabido que el Gobernador Abreu intentó el descubrimiento de la Trapalanda y ordenó al capitán Pedro de Zárate "que saliera con gente a catear las Minas de Linlín en el Valle de Calchaquí". Juan de Garay, poco antes de su muerte, preparaba una expedición en descubrimiento de Linlín. Véase el "Pleito de Juan de Torres de Vera y Aragón con el fiscal de S. M., Santa Fe, 1 de febrero de 1583: "Sobre el descubrimiento de Linlín", el testigo Garay declara "que es verdad que el año de ochenta y dos a principio del mes de noviembre salió este testigo con treinta hombres de la ciudad de la trinidad y corrió por tierra como setenta leguas

abordaremos el misterio del Paitití, demostrando que sólo era el miraje del Perú. El fenómeno puede extrañar, pero no admite dudas ni discusión. La visión del Perú incásico se hizo irreconciliable a los conquistadores de la segunda mitad del siglo XVI. Ellos buscaron una sombra, un recuerdo; persiguieron lo que no existía; se enamoraron de una princesa ya muerta y sepultada.

En el "Orden y traza para descubrir y poblar la tierra de los Chunchos" (35) comienza a vislumbrarse la visión del Titicaca con sus islas habitadas, próximas a los templos del Sol y Casas de Escogidas (36); pero donde inconscientemente se describe el esplendor incásico bajo el nombre de Paitití, es en el Canto V de "La Argentina", de Martín del Barco Centenera.

Al hablar del "Gran Moxo, Señor del Paytite", nos dice el Arcediano que: "En una gran Laguna, Este habitaba, | Entorno de la qual están poblados | Los indios, que a su mano él sujetaba | En pueblos por gran orden bien formados" (37).

hacia la parte del estrecho donde tuuo mucha noticia de mucha cantidad de gente y de metales especialmente de oro y gente vestida..." La Provincia de la Sal, de la cual se tuvo noticia en Chile a fines de 1553, fué conquistada por Pedro de Villagra, teniente y capitán de Valdivia. Se hallaba en el actual territorio del Neuquen y en ella descubrieron los chilenos grandes salinas.

(35) Fué escrita por el P. Miguel Cabello de Balboa, 1602-1603. (Publicada en las "Relaciones Geográficas de Indias", t. II.)

(36) "...Paitití, provincia tan copiosa de gente cuanto lo dicen las noticias que de aquel archipiélago se tienen; y llámanle así, porque, como queda dicho, sábase ser la mayor parte della lagunas con islas muy pobladas..." Más adelante se agrega: "Y desde estas provincias tuvieron noticia muy cierta del Paitití y de la provincia que queda dicho ser de mugeres..."

(37) El P. Pedro Lozano, en su "Conquista... del Río de la Plata", glosa enteramente la descripción del Paitití hecha por Centenera, poniendo de suyo que "fué rumor este que se esparció entre los soldados que en su descubrimiento del Río Paraguay siguieron al Adelantado Alvar Núñez...", lo cual no puede asegurarse, pues la palabra Paitití no aparece en ninguno de los documentos de las expediciones de Cabeza de Vaca. En igual error incurrió Guevara, por suponer que los datos obtenidos por Ribera se referían al Paitití: "Alguno de los compañeros de Hernando de Rivera es el inventor del famoso Paitití,

No volveremos a insistir en la descripción del Titicaca, de las poblaciones que lo rodean y del palacio que el Inca tenía en una de sus islas (38). "En medio la Laguna se formaba | Una isla de edificios fabricada. | Con tal belleza i tanta hermosura, | que exceden a la humana compostura, | Una casa el Señor tenía labrada | De piedra blanca toda, hasta el techo, | Con dos torres mui altas a la entrada, | Havia del una al otra poco trecho, | y estaba en medio dellas una grada, | y un poste en la mitad della derecho..., | Encima deste poste i gran coluna, | Que de alto veinticinco pies tenía, | De plata estaba puesta una gran Luna, | Que en toda la laguna relucía..." El relato de Centenera no tiene en absoluto nada de fantástico: redúcese a la descripción del Imperio Peruano

por otro nombre imperio del Gran Moxo, creído en Barco Centenera..." Es cierto que tanto lo descrito por Ribera como por Centenera, es el reflejo del Perú; pero los puntos de vista de ambas relaciones son distintos e inconfundibles, sin contar que el nombre Paititi fué desconocido a Ribera y a sus compañeros. En lo que no yerra Guevara, es en la distinción entre el Paititi y el Dorado, error en que todavía incurren los historiadores modernos, haciendo de ambas noticias un solo mito: "Es el paititi un riquísimo imperio situado más hallá de Xarayes, en la derecha del Dorado..." El desdén con que se ha juzgado en otro tiempo la obra de Centenera, es manifestamente injusto. Nosotros podríamos demostrar que todo el poema "La Argentina" halláse redactado a base de documentos, algunos literalmente copiados, como aquella frase que Juan de Garay pronunció la noche en que fué muerto por los indios—"Podemos dormir tan seguros como en Madrid"—que nosotros supusimos inventada por Centenera y que luego hallamos en la Carta en que Hernando de Montalvo refiere la muerte del fundador de Buenos Aires. Tal vez algún día dediquemos un estudio a las fuentes de "La Argentina", de Centenera. En cuanto al relato que del Paititi hace Guevara, sólo podemos decir que, como el de Lozano, no es más que la glosa del Canto V de Centenera con reminiscencias de una lectura de lo escrito por el P. Feijóo. Ni Lozano ni Guevara—ni nadie hasta la fecha—supieron ver en la descripción de Centenera el verdadero conglomerado de imágenes peruanas que lo componen.

(38) El "Memorial Histórico Lingüístico del P. Salas al Príncipe de Esquilache", de 1618, con anotaciones documentales del franciscano Vizcarra (La Paz, 1901), contiene interesantes leyendas y apuntes eruditos sobre el lago Titicaca, entremezclados con infaltables recuerdos bíblicos. Para el Perú de los Incas, también es útil la lectura de Rivero y Tschudi, "Peruvian Antiquities".

tal como hallábase en su gentilidad. El Titicaca con sus islas y el palacio del Inca, templos del Sol y de la Luna y detalles pertenecientes a diversas ciudades incaicas, todo se halla entremezclado como propio de una sola ciudad. Nuestra labor analítica descompone en sus elementos constitutivos la visión esplendorosa, calumniada como falsa, identificándola con sus verdaderos prototipos. Así, por ejemplo, sabemos que la luna, lo mismo que el sol, era adorada por los Incas y sus vasallos, y que en las ciudades peruanas solía representarse su imagen esculpida en plata (39). Continúa Centenera: "Pasadas estas Torres se formaba | Una pequeña Plaça bien quadrada | Del invierno i Verano fresca estaba, | Que de árboles está toda poblada, | Los quales una fuente los regaba | Que en medio de la Plaça está situada, | Con quatro caños de oro, gruesos, bellos... | En extremo la plata relucía | Mostrando su fineça i hermosura..." En la descripción de numerosas ciudades peruanas, hallamos plazas aún más grandiosas que la descrita por Centenera, que nada tiene de extraordinario, excepto la fuente de plata con caños de oro, de la cual abundaban ejemplares en tiempo de los Incas (40). Tampoco debemos de extrañar al leer que: "La puerta del Palacio era pequeña, |

(39) Véase las primeras notas del cap. VIII, "La Sierra de la Plata". Para abundancia de pruebas transcribiremos unos párrafos de la "Descripción fecha de la provincia de Vilcas Guaman por el illustre Señor Don Pedro de Carabajal...", de 1586: El Inca "hizo en el dicho asiento un templo conforme a su gentilidad, todo de cantería labrada, donde tenía el sol de oro labrado; y en otra casa, junto al templo, tenía una luna grande de plata, los cuales tenía por sus dioses..."

(40) Dice la "Descripción" de Vilcas Guaman: "Hay una plaza muy grande que pueden caber en ella muy bien más de veinte mill hombres, la cual mandó el Inga hacer a mano y cegó una laguna muy grande que allí había para este efecto. Enfrente desta casa del sol está un terrapleno cercado de cantería de cinco estados de alto, y tiene su escalera de piedra muy bien hecha y labrada a manera de teatro, donde el Inga en persona salía a ser visto, y encima estaban dos sillas grandes de piedras cubiertas entonces de oro, donde el Inga y su mujer se sentaban como en tribunas y allí adoraban al sol..." No hablamos de la plaza del Cuzco, de la cual hemos tratado al comienzo del capítulo dedicado a "La Sierra de la Plata".

De cobre...", y que los indios, al pasar "Por medio de las torres i Columnas" postraban una rodilla, "Levantando los ojos a la Luna" (41). El "vejaço" de aquel templo—simple sacerdote incaico—decía a los indios: "...a éste adorad, que es sólo uno | El Sol, i fuera dél otro ninguno": cumplía con su obligación de divulgar e imponer el culto al Sol y a la Luna: "Un sol bermejo más que escarlata—dice Centenera— | Allí está con sus raios señalados, | Es de oro fino el Sol allí adorado..." Tal vez fuese aquel mismo Sol de oro "que en los despojos caió en manos de un soldado Castellano, i en una Noche lo perdió al juego..." (42).

El Imperio del Gran Paititi también fué tratado por el P. Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro (43), el cual apuntaba la creencia general de que aquel Imperio había sido fundado por el resto de los Incas huídos del Perú a la llegada de los conquistadores. El P. Feijóo no creía en la existencia de esos países imaginarios y hablaba de ellos sin más crítica que el escepticismo, citando, como curiosidad, algunos párrafos de otros autores (44), y especialmente la "Historia

(41) Recuérdese lo que dice la "Conquista y Población del Perú": "Ningún indio común osaba pasar por la calle del Sol calzado, ni ninguno, aunque fuese mui gran señor, entrava en las casas del Sol con zapatos."

(42) Herrera, Dec. V, lib. IV, cap. IV. Según Herrera, el idolo del Sol que estaba en el templo del Cuzco era "de Oro finísimo i grandes Joias, en el qual hería el Sol en saliendo, e hiriendo en él bolvian los Raios, como si fuera otro Sol; a este adoraban los Ingas en segundo lugar (después de Viracocha) i allí tenían la hermosísima plancha de Oro del Sol..." Esta es la plancha que fué perdida al juego por un soldado.

(43) "Theatro Crítico Universal, o Discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes..." Madrid, 1759, t. IV, pág. 239 y sigs. "Fábula de las Batuecas y países imaginarios".

(44) Feijóo cita al P. Joseph de Acosta, el cual, en su "Historia Natural de las Indias" (Sevilla, 1590) dice en el lib. II, cap. VI, página 94, que el Marañón pasa por las llanadas del Paititi, del Dorado y de las Amazonas; y al Licenciado Antonio de León Pinelo, que en su "Tratado del Chocolate", fol. 3, dice: "En las tierras del Tepuarie y del Paititi, que por la Arixaca se han descubierto a las cabezadas del gran Río Marañón, dicen las relaciones que se hallan montes de

de la China", del P. Navarrete, en la cual éste "dice que le afirmaron personas de toda satisfacción, que en la Corte del gran Paititi la calle de los Plateros tenía más de tres mil oficiales...", dato al parecer fantástico, como el de la "Ciudad del Sol", muy próxima a Lima; pero que se convierten en simples indicaciones históricas, completamente verosímiles y documentadas, cuando sabemos que en el Cuzco había gran cantidad de plateros y de doradores (45), y que la misma capital, por su célebre templo, era considerada la "Ciudad del Sol" (46).

La demostración de que el Patititi era la visión irrecorable del Perú Incaico, nos parece definitiva y demasiado comprensible para no necesitar nuevas pruebas documentales. Sin embargo, queremos aclarar una última duda: ¿Se supo

cacao." Se ocupa también el P. Feijoó de la Ciudad de los Césares, cuya mención dejamos para el último capítulo de esta obra, y del Dorado, diciendo que este país, según algunos, "es tan rico que las Texas de las casas son de oro". La afirmación no nos parecerá exagerada si recordamos el cap. XCIV de Cieza de León: "Sin este se dice por cierto que en estos edificios de Tambo o de otros que tenían este nombre—que no es sólo este lugar que se llamó Tambo—, se halló en cierta parte del palacio real o del templo del sol oro derretido en lugar de mezcla, con que, juntamente con el betún que ellos ponen, quedaban las piedras asentadas unas con otras", y especialmente la pregunta 51 de la "Probanza" hecha por el Fiscal en el pleito con doña Francisca Pizarro y don Hernando Pizarro: "Si saben quel dicho Hernando Pizarro tornó a pedir al dicho Mango Inga que le diese algunos maderos de oro y plata para enviar a S. M. para que cubriese el aposento donde estuviese, haciendole entender que S. M. los pedía; y así el dicho Mango Inga le dió treinta vigas de plata de veinte pies en largo y dos palmos en grueso, que valían gran suma y cantidad, las cuales sacó el dicho Mango Inga de la Casa del Sol del Cuzco y las entregó al dicho Hernando Pizarro."

(45) "Había gran suma de plateros, de doradores, que entendían en labrar lo que era mandado por los Ingas." (Cieza de León, capítulo XCII.) El dato de los "tres mil plateros", que también puede confirmarse leyendo las notas traídas por Prescott, lo repiten Lozano ("Conquista del Río de la Plata..."), y Guevara, agregándolo a la descripción del Paititi hecha por Centenera, pero olvidándose de mencionar las fuentes informativas.

(46) "Aquella Ciudad del Cuzco—decía Polo de Ondegardo en su "Relación Primera"—era casa y morada de dioses, e así no había en toda ella fuente ni paso ni pared que no dicesen tenía misterio."

alguna vez que el imaginario Reino del Paitití era el espejismo del antiguo Perú? En nuestras investigaciones sólo hallamos en el Archivo de Indias un documento en el cual los indios expresan de un modo terminante que la noticia del Paitití era la tierra de los Incas (47); pero la ofuscación ge-

(47) "Relación que se va tomando para el descubrimiento de los Moxos", por el Capitán Gregorio Ximénez. Copia de un expediente hecho en Potosí el 23 de marzo de 1636. (Arch. de Ind. 74-4-6. Signatura moderna: Charcas, 21.) Jiménez era treinta años que residía en Potosí y declara en 1603 "que lo que se me ofrece acerca del parecer que me pide desta noticia tan pretendida tantos años en descubrir por tantas partes y capitanes, llamada con tantos nombres por el paraguay con nombre de paitití, por el pirú con nombre de mojos, por el nuevo Reyno con nombre del dorado y según discurso de hombres vaquianos es toda una porque los del paraguay le buscan al poniente, los del pirú aleuante, de esta ciudad al norte y del Reyno al sur". Jiménez no comprendía que el centro de aquellas noticias era el Perú; pero he aquí la declaración definitiva: "...¡los yndios antiguos de pocona han dicho siempre que son yndios Yngas, que están pasada la cordillera y el Rio guapay ala parte del leuante...!" No se puede pedir indicación más clara y verdadera como también la que transcribimos a continuación: "Respondieron todos siete señalando con las manos a unas grandisimas cordilleras que al parecer estaban de nosotros como diez o doce leguas hacia poniente. Diciendo si quereys ver ynumerables gentes a aquella cordillera os lleuaremos a una gente muy bien vestida y Rica de esse genero de metal..." (los indios indicaban a los españoles la cordillera peruana, donde la gente iba vestida y poseía grandes riquezas, pero los españoles no advertían aquellas claras referencias: tal vez suponían imposible que los indios les hablasen precisamente del país de donde ellos venían "...fueles preguntado... cómo lo sabían; fué por ellos respondido hémoslo visto por nuestro mal y contado el caso dixerón que queriendo ellos mudarse a mejor parte, avian endereçado para aquellas cordilleras y que haviendo dado con rastros de aquellos yndios fueron a reconocer que gente fuesen y que sin ser sentidos se pusieron sobre un pueblo grandísimo que estaua en un valle de lomas peladas y que queriendo ellos boluerse fueron de los dichos yndios sentidos y que luego dieron en ellos y les mataron sin que escapasen más de algunos pocos que por ligereza de sus pies escaparon a dar la nueva a sus pueblos y que era una gente que se servían de unos animales no tan grandes como los nuestros sino pequeños del pescuezo muy largo y patihendidos y se vestían de la lana que criavan aquellos animales hilada por sus mugeres..." Trátase, como se ve, de indicaciones vulgares que hablan de las conocidas campañas guerreras de los guaraní, de las llamas y del arte de tejer, que

neral era demasiado intensa y la crítica histórica demasiado nula para poder aquilatar aquellas declaraciones que, no obstante, se consignaba en el papel como para que algún día fuesen útiles a los investigadores del siglo XX.

El hechizo del Paitití sirvió de incentivo a no pocas expediciones que salieron del Perú en busca del Perú. Fenómeno extraño que tuvo como causa una incomprendida evocación histórica y como efecto descubrimientos de tierras y pacificaciones de indios (48).

Su influencia desapareció en tiempos relativamente modernos, junto con los demás mitos de la conquista, y las eternas esperanzas, aún no del todo disipadas, de hallar plata y oro precisamente en los países más pobres, donde las fortunas se amasan con lágrimas y donde las riquezas más grandes son las del desencanto y del dolor (49).

según las leyes peruanas toda mujer debía practicar desde la niñez hasta la ancianidad.

(48) Puede verse, como ejemplo del empeño que se ponía en la búsqueda del Paitití, la "Memoria de lo que han hecho mis padres y yo en busca del dorado que así se llama esta conquista y dicen que es el paytiti", de Alonso Soletto Pernía (Copia hecha en Potosí en 1636: Arch. de Indias, Charcas, 21). Es conocida la expedición que en busca del Paitití realizó Benito Quiroga, durante tres años, arruinándose, en tiempos de Carlos II, y de la cual da cuenta el P. Feijóo. (Cf. la dedicatoria de Julián de Paredes a Antonio López de Quiroga en el "Nobiliario de Galicia", de Felipe de Gándara. "Allí mismo—dice Feijóo—se da por existente este riquísimo Imperio y se demarca como confinante con las Provincias de Santa Cruz de la Sierra y Valle de Cochabamba.")

(49) Son interesantes las noticias contenidas en un expediente de 1601, existente en el Arch. de Indias, Sección Quinta, Audiencia de Charcas, núm. 111. En él se halla copiada parte de la "Relación" de Hernando de Ribera con algunos modificaciones, de las cuales ya hemos dado cuenta, y al final de ella se dice: "Conforme a lo qual parece questo todo está oculto por culpa de discusiones que a auido atrás entre gobernadores y oficiales y después que parece que algunos án estado en son de propietarios también an encubierto estos descubrimientos que acá son muy notorios y demás de lo referido ay en estas provincias lo siguiente": y extiéndose sobre unos casos presenciados por Ruy Díaz Melgarejo, de tres piedras puestas para sostener una olla y que con el fuego se derritieron, pues eran de oro, y de una india que al lavarse en un río decía ver brillar el oro en el

Resumen y comentario del capítulo IX.

Una vez pasado el período efervescente de la conquista peruana, cuando las maravillas descubiertas por los primeros conquistadores y los fabulosos rescates comenzaban a ser un recuerdo lejano, la esperanza de tropezar con nuevas riquezas hizo concebir la existencia de probables tesoros

fondo. Estas noticias "dixo el cap. melgarexo al licenciado torres de-bera y que le diera quarenta soldados y que le trayría un çurroncillo u dos llenos de oro y sino que le cortase la cauesa y no quiso porque dixo questava depasso para españa; coligese desto que no quiso que se descubriese porque sumag. le diese la gouernación por pobre". Esta noticia se hallaba en el río "elyruay" (Uruguay) en el q. entran los dichos Riachuelos que se llaman el pipiri y el chupi". La creencia de minas de oro en el Paraná y Uruguay dió mucho que hablar a mediados del siglo XVII. (Véase, entre otros documentos, la "Petición de los Capitanes Melchor Casco de Mendoza, Juan de Azurza, Cristóbal Ramírez Fuenleal y del Alferez García Venegas de Guzmán, presentada al Gobernador del Paraguay don Diego de Escobar Oso-rio sobre el intento del Gobernador de Buenos Aires, don Jacinto de Laris, de visitar las reducciones del Paraná y Uruguay y descubrir las minas de oro de esa región. Hecha en la Asunción el 19 de noviembre de 1647. (Arch. de Indias, 74-6-28.) El Guairá también tuvo fama de poseer grandes tesoros y piedras preciosas. (Cf. en la "Conquista Espiritual", del P. Antonio Ruiz de Montoya, fol. 68, la carta de don Pedro Estevan Dávila, Gobernador del Río de la Plata, al Rey, fechada en 1637, en la cual pone en duda la abundancia de las riquezas del Guairá.) Los imaginarios "minerales" del Itatín fueron largamente codiciados por los portugueses, los cuales, al mismo tiempo que llegaban hasta los confines del Perú para capturar los indios de las reducciones, preguntaban continuamente a los indios por las supuestas riquezas del Itatín. (Véase la "Carta de don Juan de Lizarazu" inserta en "Juicio de límites entre el Perú y Bolivia, Prueba Peruana", por Víctor M. Maurtua.) En los primeros tiempos de la conquista, los indios temían revelar la existencia de las minas por temores supersticiosos: "...dan noticia que el Inga sacó muchas esmeraldas de una montaña que está en Langazco, y ha habido indios que se han dispuesto a enseñar el cerro y yendolo a enseñar, aparecéseles el Demonio y amenazallos, y así se han vuelto del camino sin ser parte regalos ni amenazas a que hagan más de lo que el Demonio les manda." ("Relación de las provincias de las Esmeraldas que fué a pacificar el Capitán Andrés Contero", publicada en las "Relaciones Geográficas de Indias", t. II.) Sin embargo, los españoles a veces empleaban procedimientos demasiado crueles para que los indios revelasen la existencia de tesoros que sin duda ignoraban: "...dijo que sabe

ocultos, dando origen a leyendas y tradiciones que por lo general descansaban sobre hechos ciertos: los sepulcros de los Incas, llenos de todos los objetos preciosos que habían pertenecido al difunto, y los depósitos o almacenes subterráneos de las antiguas fortalezas.

Al mismo tiempo, el recuerdo del esplendoroso Perú Incaico, completamente desaparecido por la acción transformadora de la conquista y colonización, convertíase en un país de leyenda que se suponía existente y que se buscaba sin cesar.

Las variadas visiones del Perú dieron origen a distintos imperios imaginarios: los Mojos, una región misteriosa; la Tierra Rica, nombre que se dedujo de las referencias que los indios daban del Perú; los Caracaraes, o sea, los Charcas y sus minas, buscados desde los primeros tiempos de la conquista; y el Gran Paitití, reflejo del Titicaca, de su templo del Sol y, de las ciudades peruanas.

La confusión que se hizo entre las noticias imprecisas y fabulosas que se tenían del Titicaca, de la Laguna de Guatavita, del lago Parime y del de los Xarayes, crearon en el Río de la Plata y en el Perú la visión de un lago imaginario que solía identificarse con los Xarayes, pero que tenía a la vez detalles comunes a las demás lagunas.

Cuando después del viaje de Irala al Perú, llegó al Paraguay el nombre del Dorado, los primitivos cronistas aplicaron este apelativo a los Xarayes y a las vagas noticias del Perú que los indios dieron a Irala, Ribera y Chaves en sus expediciones.

El espejismo del Perú, bajo sus distintos nombres y aspectos, originó numerosas expediciones que salieron a con-

e vido este testigo que se mataron e quemaron algunos indios por el camino por donde iban porque dijese del oro". (Respuesta a la pregunta 13 en la "Información hecha a pedimento del Mariscal Don Diego de Almagro contra el Adelantado Pedro de Alvarado sobre haberse introducido en la gobernación de Don Francisco Pizarro", publicada por Torres de Mendoza en el t. X, pág. 152, y por Medina en su "Colección de documentos inéditos...", t. IV, pág. 244.)

quistar países imaginados en la soledad del Chaco o entre las sierras peruanas. Por todas partes el análisis crítico de las noticias dadas por los indios, descubre hasta en sus más mínimos detalles los fulgurantes brillos de la civilización quéchua.

Los conquistadores nunca se dieron cuenta del espejismo que los ofuscaba. Los indios declaraban terminantemente que los países buscados eran las tierras y ciudades de los Incas; pero nadie les daba crédito, como alejando aquellas revelaciones que evocaban países desaparecidos, cuyo recuerdo sobrevivía como un espectro de ilusión, surgiendo desde el fondo de la historia.

CAPITULO X

LOS APOSTOLES EN AMERICA

"Los historiadores mentirosos hacen que otros, sin serlo, refieran muchas fábulas."

FEIJÓO.

SUMARIO: *Primeras menciones de la fabulosa peregrinación de Santo Tomás en América. Causas probables que indujeron a la invención de la leyenda del Santo Tomás americano. Formación de la fábula de los Apóstoles en América. Huellas de pies y báculos estampadas en las rocas. Supuestas peregrinaciones de Santo Tomás. Expansión y reproducción de la leyenda. Los jesuitas hacen profetizar a Santo Tomás la llegada de los miembros de la Compañía de Jesús. Crítica de la falsa tradición. El imaginario camino de Santo Tomás que desde el Brasil iba al Paraguay. Las cruces precolombianas, símbolo de mitos americanos, y las grabadas por los misioneros. La escritura ógmica y las representaciones estelares. Imposible identificación de Santo Tomás con Quetzalcoatl y otros dioses americanos. Los nombres de "Padre Tomás" y "Hombre Casto" aplicados por los jesuitas a los antiguos predicadores indígenas. Antiguas discusiones sobre la autenticidad de la predicación de Santo Tomás en América. La tradición de los "indios predicadores" origina la falsa leyenda de los Apóstoles en el Nuevo Mundo. Resumen y comentario del capítulo X. Los jeroglíficos y pictografías indescifrables de la cuenca del Orinoco, de Colombia, de Venezuela y del Perú.*

La leyenda de los Apóstoles en América tiene un origen más antiguo que el que se supuso originado por las invenciones de los jesuitas.

La mención más lejana que hemos hallado de la supuesta peregrinación de Santo Tomás en América, es la que apa-

rece en el "Zeytung auss Presillig (Brasilig) Landt" (1), y que se reduce a estas líneas: "Notamse nesta gente reminiscencias de S. Thomé..." Los tripulantes de aquellos navíos equipados por Nuño y Cristóbal de Haro, sin duda debieron considerar "reminiscencias de S. Thomé" el recuerdo que los salvajes tendrían de cualquiera de aquellos "indios predicadores" que antes y después del descubrimiento de América recorrían las tribus aconsejando las buenas acciones y viviendo a costa de ellas.

Más tarde encontramos otra mención de Santo Tomás en una carta de 1538, escrita por Fray Bernardo de Armentía, y de la cual nos ocuparemos en su lugar.

La leyenda de Santo Tomás fué creada por los Jesuitas.

Las causas de tal invención fueron varias. En primer lugar las palabras de San Marcos y del Apóstol de las gentes habían afirmado que la doctrina cristiana había sido predicada por todo el mundo y a todas la criaturas que viven bajo el cielo (2). Ello indujo a que se buscaran o inventaran las pruebas confirmativas. Luego la coincidencia de hallar en América indicios sospechosos de predicación evangélica, elevaron las primeras dudas a la categoría de verdad absoluta; y, por último, había en la demostración de la predicación hecha por Santo Tomás o por San Bartolomé, una conveniencia política: Habiendo llegado los Apóstoles a América antes que los primeros conquistadores, el Papa podía alegar sobre las tierras descubiertas más derechos que los Reyes de España (3).

(1) Véase el cap. VIII, nota 27.

(2) Citábase los siguientes latinajos: "Proedicaverunt ubique Dño. cooperante, et Sermonen confirmante seguentibus signos" y "Proedicatum est Evangelium in omni creatura quoe sub coelo est."

(3) Juan de Solórzano Pereira (véase la nota biográfica de don Joseph Alvarez y Baena en "Hijos de Madrid ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes. Diccionario Histórico por el orden alfabético de sus nombres...", Madrid, 1789, y el documentado estudio crítico de José Torre Revello, dado a luz en las publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, de Buenos Aires), en su "De jure indianum", negó en absoluto la predicación de Santo Tomás

La verdadera leyenda de Santo Tomás en América comenzó a forjarse a mediados del siglo XVI. El jesuita Manuel Nobrega, en una carta dirigida al Dr. Navarro Martín de Azpilcueta, desde San Salvador de Bahía de Todos los Santos, en 1549, le refería que en el Brasil, especialmente en San Vicente, se conservaba por tradición el recuerdo de la predicación de Santo Tomás (4). Tres años más tarde, el mismo Nobrega, convirtió el nombre Zumé en Thomé, revelando también unas huellas estampadas en peñascos y unos cuantos milagros adecuados al gusto de la época (5).

y de cualquier otro Apóstol en América, para mejor afianzar los títulos del dominio de los Reyes de España en las Indias Occidentales. La historia de Santo Tomás en América también fué removida por el revolucionario mejicano Fernando Teresa de Mier, el cual escribió con el pseudónimo de José Guerra una erudita disertación para probar la venida de Santo Tomás a América y atacar con ese "argumento" la política y derechos españoles en el Nuevo Mundo. El trabajo de Mier se publicó en Londres en 1813, en el t. II de la Historia de la Revolución de 1810, con la ayuda de los representantes del pueblo argentino. Carlos María Bustamante extrajo la disertación de Mier en un suplemento a la historia del P. Sahagún, publicada en Méjico en 1829. (Véase la "Introducción" de Andrés Bamas a la "Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán", del P. Lozano; edición de 1873.)

(4) P. Antonio de la Calancha, "Crónica Moralizada de los Ermitaños de San Agustín en el Perú". El P. de la Calancha divulgó la historieta del fantástico discípulo del Santo Tomás americano, muerto en Meliapur. (Véase "Del hombre blanco y signo de la cruz precolombianos en el Perú", por Marcos Jiménez de la Espada: Congreso Internacional de Americanistas de Bruselas, 1879. El trabajo crítico de Jiménez de la Espada es el más completo publicado hasta la fecha. Salvo en contados detalles, lo seguiremos invariablemente, coincidiendo en todos sus resultados.)

(5) Decía el P. Nobrega: "Tienen noticia los naturales brasiles de Santo Thomé, a quien llaman Pay Zumé; y es tradición recibida de sus mayores que anduvo por estas regiones; y las huellas de este santo apóstol dicen verse junto a un río. Para certificarme fui allá en persona y vi por mis propios ojos cuatro huellas de pies y dedos de hombre, profundamente impresas... y dícese se imprimieron allí en ocasión que querían asaetar al santo, quien huyendo de aquel sitio para librarse de sus manos, se detuvo la corriente dando lugar para que pasase a pie enjuto y se fuese a la India. Cuentan también que las flechas que le tiraron se revolvieron contra sus agresores y que los bosques por donde pasaba se abrían de suyo, inclinándose

Como es lógico, ningún documento se hace eco de las palabras de los jesuitas, los cuales, en su lento trabajo constructivo, para completar la historia con lujo de detalles, creyeron necesario demostrar que aquel hombre era blanco, y ello se descubrió al hablar del camino de arena que milagrosamente surgió en la Bahía de Todos los Santos para facilitar la huida de "Mairapé", el hombre blanco (6).

Decíase asimismo, bajo la fe de Ruiz de Montoya (7), que Santo Tomás llegó a la Bahía de Todos los Santos en "embarcaciones romanas que por la costa de Africa tenían comunicación con la América, o por milagro, que se puede tener por más cierto" (8). Desde luego, la fe en el milagro todo lo puede, y así la leyenda del Apóstol Tomás fué reproduciéndose en otras partes de América, especialmente donde alguna supuesta huella humana o la reminiscencia de algún predicador indígena, lograban evocar el paso de un fantástico evangelizador (9).

los árboles para darle paso. Y últimamente que les prometió volvería a visitarlos en algún tiempo." Algunos detalles de esta carta se contradicen con los de la primera del mismo P. Nobrega. En la carta de 1549, escribía el P. Nobrega que los flechazos se habían dirigido contra un discípulo o catecúmeno indígena del Apóstol, en tanto que en la segunda las flechas fueron arrojadas contra el Apóstol.

(6) Dice Lozano ("Historia de la Conquista del Paraguay...", capítulo XX) que Maraipé era el nombre que los indígenas daban a Santo Tomás, "porque hasta entonces no había aportado a su país otro hombre de su color".

(7) "Conquista Espiritual del Paraguay", cap. XXIII.

(8) Jiménez de la Espada hace observar que las huellas inmediatas a la costa, así como el camino de Maraipé, indican que el Apóstol se dirigía al Océano y no que desembarcara.

(9) En el Paraguay, las pruebas de la predicación de Santo Tomás, eran tantas que, según los autores del "Imago primi saeculi" (lib. I, cap. II, ex *Annis Paraguariae*, 1626 et 1627, fol. 109, citado por Lozano), no admitían género de duda. A más del célebre camino que, según la imaginación de los jesuitas, había sido recorrido por Santo Tomás desde la costa del Brasil hasta la provincia de Tayaoba, en el Guairá, había cerca de la Asunción un cementerio y un pozo conocidos con el nombre de Santo Tomás; en el cerro de Paraguari, una capilla abierta en la peña viva, que había pertenecido al Santo; a unas ocho leguas de la Asunción en el paraje llamado Mbae pirungá, las huellas de los pies del Apóstol y de "otros" animales que

Al mismo tiempo, los jesuitas utilizaban, en provecho propio, la legendaria predicación de Santo Tomás. Aquel hombre, según ellos, había venido a América y recorrido todo el Continente, sólo para anunciar que muchos siglos más tarde los indios serían convertidos por los discípulos de San Ignacio de Loyola. De esta manera, los derechos de la Compañía de Jesús se sobreponían a los de todas las otras órdenes que

habían acudido a oír su predicación, y en el pago de Tacumbú, a una legua de la Asunción, varias piedras que le habían servido de púlpito, pues en la más alta de todas se veía impresas sus sandalias y el báculo. Desde el Paraguay se suponía que Santo Tomás había tomado el rumbo del Perú. Fray Alonso Ramos ("Historia de N. S. de Copacavana", cap. IX) creía que Santo Tomás había seguido la vía del Tucumán; pero el P. Lozano, basándose en que en el Tucumán no se conservaba tradición de Santo Tomás, mientras que en cambio la había en Santa Cruz, opinaba que el Apóstol se había encaminado directamente desde el Paraguay al Perú. Favorecía esta creencia el hecho de que, según el P. Juan Patricio Fernández, en un escollo del río Paraguay se descubría las plantas de un hombre que podía ser Santo Tomás. Además, Francisco de Alfaro, en una "Relación" citada por Lozano, había atestiguado que en Santa Cruz se decía que Pay Zumé había venido del Paraguay. Huellas llamadas de pies humanos y consideradas como de Santo Tomás, las había en la playa de San Vicente y en la Bahía de Todos los Santos, a dos leguas de la ciudad de San Salvador, en un paraje llamado Itapuá; en un pueblo llamado de San Antonio, no de la provincia del Paraguay, como escribió Gil González Dávila, sino de Chachapoyas, en el Perú; en Calango; en la losa de Itocó, de la provincia de Muso; en el valle de Ubaque, jurisdicción de Santa Fe de Bogotá; en Pueblo Hondo, del gobierno de Mérida; en Ambato; en el llano de Callo, y en Gonzanamá, en el Ecuador. Véase Fray Gregorio García, "Origen de los Indios Americanos"; Fray Antonio de la Calancha, "Crónica moralizadora de los Ermitaños de San Agustín en el Perú" (en ella se hallan todas las tradiciones que se conservaban en el Perú sobre Santo Tomás); Fray Alonso Ramos, "Historia de N. S. de Copacavana"; Fray Alonso de Zamora y los jesuitas Rivadeneyra, Nobrega, Francisco de Mendoza, Montoya, Techo, Ovalle, Vasconcelos y Nieremberg. De la piedra venerada en Ambato se hace mención en la "Descripción geográfica del antiguo distrito de Riobamba", de 1605, publicada en la "Colección..." de Torres de Mendoza, tomo IX. Todas las huellas mencionadas, según el criterio de los religiosos citados, forzosamente debían de pertenecer a Santo Tomás, pues éste era el único entre los Apóstoles, que tenía por costumbre dejar estampadas las huellas de sus pies en las rocas, conforme hizo también en Ceylán.

se dedicaban a la conversión de los infieles, y aun podían considerarse superiores a los del mismo sucesor de San Pedro (10).

Fuera de algunas dudas aisladas, tuvieron que pasar varios siglos antes que la crítica comenzara a deshacer la fábula jesuítica del Apóstol Tomás en América. La tradición se descubrió ser falsa y divulgada por los mismos misioneros (11). El camino de "ocho palmos de ancho" y de hierba

(10) Es el P. Lozano (*"Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay..."*, lib. VI, cap. XVI) quien, basándose en la Carta del P. Cataldino, escribió: "Tradición hallada entre los indios de haber profetizado el Apóstol Santo Thomé vendrían los de la Compañía de Jesús a predicar el Evangelio en las provincias del Guayrá: sirve mucho para que sean bien recibidos de los gentiles y se conserven las reducciones."

(11) En su "Diario de la Demarcación", escribía Juan Francisco de Aguirre: "Y se dice que es más, que cuando vinieron los españoles encontraron constante la tradición del camino del Brasil por donde vino el Apóstol al Paraguay y pasó al Perú. Hablando con sinceridad, todo esto último no merece fe, ni tan siquiera la menor sombra de probabilidad..." (y en nota): "He visto por gusto unas piedras de las que se dice pisó Sto. Tomás y no son otra cosa que mamarrachadas hechas al propósito. El estrecho de Sto. Tomé, Paraguay arriba, lleva el nombre porque los antiguos creyeron ver en las peñas del fondo iguales pisadas del Apóstol y su báculo." Respecto a las huellas de Tacumbú, el 8 de octubre de 1735 escribía el P. José Quiroga (*"Diario de la expedición al Río Paraguay para la demarcación de límites entre España y Portugal. Descripción del Río..."*): "Los geógrafos (don Manuel Flores, capitán de Fragata; don Antonio Baranda, teniente de navío, y don Alonso Pacheco, teniente de fragata) fueron a ver si sería huellas humanas... y volvieron afirmando que ni semejanza tenían de haber sido huellas de hombre." Don Julio Ramón César, en su *"Descripción histórica del Paraguay"* (hállase en la "Colección" de Mata Linares, t. LX, existente en la Real Academia de la Historia, de Madrid) habla desdeñosamente en el cap. "Las siete maravillas del Paraguay", de la "tradición vaga y sin fundamento", que dice que Santo Tomás pasó "predicando a los mismos indios, profetizándoles la venida en los siglos futuros, de algunos cristianos que les habían de sacar de sus idolatrías y convertir al cristianismo y otras muchas ociosidades inventadas por los espulsos que las fabricaban para ser exaltados a medida de su ambición y de sus crédulos devotos". M. Peterken declaró en la sesión del 12 de septiembre de 1877, del Congreso de Americanistas, que "comme l'action des agents atmospheriques tend

muy fina que por entre las selvas dejó señalado Santo Tomás al encaminarse desde el Brasil al Paraguay, sólo fué conocido a los jesuitas que nunca lo recorrieron, permaneciendo ignorado a todos los expedicionarios que siguieron aquella ruta (12). Las cruces extendidas por toda América y que a juicio de Lozano y demás partidarios de la venida de

a l'effacer (l'empreinte de l'Assomption) on a soin de la raviver de temps a autre".

(12) En 1613, el P. José Cataldino escribió a su Provincial Diego de Torres Bollo—el cual luego afirmó que en cierto valle de Quito había oído la tradición de un hombre blanco que predicaba una ley nueva—que, según la tradición conservada entre los indígenas, "el glorioso Santo Tomás Apóstol vino a sus tierras de azia el Mar del Brasil" y que "el camino por donde atravesó estos campos está todavía abierto sin haberse cerrado jamás ni haber crecido la hierba de él, con estar en medio del campo..." (Lozano, "Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay...", lib. VI, capítulo XVI.) Cuando el P. Montoya entró a las tierras de Tayati en 1624, creyó ver el camino del Apóstol Tomás, y recordando lo escrito por el P. Cataldino, escribió a su vez que aquel camino "tiene ocho palmos de ancho y en este espacio nace una muy menuda hierba, y a los dos lados de este camino crece hasta casi media vara..." ("Conquista Espiritual...", cap. XXII.) Convencido de que aquel camino debía seguir sin interrupción desde la playa de San Vicente hasta el Guairá, lo dibujó en un mapa, del cual se tiene noticia por estas líneas de Antonio Rodríguez de León Pinelo ("El Paraíso en el Nuevo Mundo", 1655, lib. II, cap. XII; "Hombres en el Nuevo Mundo anteriores al Diluvio"), citadas por Jiménez de la Espada: "El P. Ruiz de Montoya... viniendo a esta Corte, trajo un mapa de todas ellas (las reducciones jesuíticas) bien delineado, señalando en él este notable camino..." Charlevoix, al discurrir de la venida de Santo Tomás a América, también mencionó el "gran camino que va desde el Brasil al Guairá", y el P. Muriel, en sus notas a Charlevoix, agregó: "Dícese que se extiende este camino hasta el Perú y se distingue por el color de la hierba", refiriendo también que en el valle de las Salinas "hay una cueva que nunca ensucian con su estiércol los rebaños... en la cual se refiere que depositó el Apóstol Santo Tomás una cruz de madera, que luego se trasladó a San Francisco de Tarija". Aquel camino, según Lozano, los guaraníes lo llamaban Peabirú, y los españoles de Santo Tomé. Ahora bien, ni Alvar Núñez ni Ruy Díaz Melgarejo, al ir desde el Brasil al Paraguay, siguiendo la antigua ruta de Alejo García, tuvieron la más mínima noticia de que en aquellos lugares existiese un camino como el descrito por los jesuitas, y menos aún que por aquellas partes hubiese andado Santo Tomás.

los Apóstoles al Nuevo Mundo, habían sido dejadas por Santo Tomás o por San Bartolomé, eran signos indígenas, símbolos de los mitos de las religiones autóctonas, o señales hechas por los mismos misioneros y predicadores cristianos (13). Las raras disquisiciones filológicas con que se qui-

(13) Se supuso que en Méjico, en el Anahuac, hubiese llegado el cristianismo antes que Cortés, por unos adornos en forma de cruz que se descubre en la representación de Quetzalcoatl; pero dichas cruces se demostró que ni son latinas ni cristianas, sino el signo de la lluvia en pos del viento simbolizado y deificado en Quetzalcoatl. Además, sabemos por Fray Pedro Simón, quien lo leyó en una obra perdida de Gonzalo Jiménez de Quesada, que los indios solían dibujar un signo en forma de cruz sobre las sepulturas de los muertos por mordeduras de víboras y serpientes. Jiménez de la Espada sospecha que las señales o huellas del hombre blanco precolombiano, no son más que figuras simbólicas, esculpidas en antiguos monumentos gentilicios, donde se representaba probablemente el acto de pararse una estrella, cuyo signo eran los círculos concéntricos inmediatos a la imagen del pie, y cuya predilección por aquel lugar de descanso se demostraba en los reflejos y visos luminosos (vestidura de la estrella) de la piedra, cuando el sol o la luna la herían con sus rayos. También recuerda Jiménez de la Espada que los primitivos escandinavos empleaban el jeroglífico de las huellas de pies humanos, como se ve en las rocas grabadas de Løkeberg, en Bohuslan. ("Copt. rend. du Congrès inter. des sciences géographiques", t. I, pág. 320.) El explorador Hortsman, que iba en busca del Dorado, anotó en su Diario, el 16 de abril de 1749, estando a orillas del Rupunuri, entre los montes de Macarana, antes de llegar al lago Amucú, haber hallado rocas cubiertas de "varias letras"—según escribió en portugués—que, a juicio de Humboldt ("Cuadros de la Naturaleza", lib. I, cap. XXI), han de ser figuras informes de constelaciones como las que él admiró junto a la roca Culimacari, en las márgenes del Casiquiare. En el estudio de los círculos y huellas diversas grabados en las rocas de distintas partes de América, debería darse mayor importancia a la probable identificación con la escritura ógmica o esférica que en épocas prehistóricas la vemos extendida desde los druidas de Irlanda y Escocia y los siluros de Gales, hasta los *Hiberi veteres* (antiguos iberos) descritos por Tácito, y los actuales bereberes descendientes de los libios. Tal vez que las figuras que se supone imitativas de las constelaciones celestes, con sus ráfagas de luz representadas tanto por rayas rectas como curvilíneas, no sean más que grupos de escritura hemisférica como las de Escocia, de los antiguos iberos de Orihuela y las que aparecen grabadas en una peña de Cumaón y en los túmulos de Nagpûr (India). (Se han ocupado de la escritura hemisférica en Europa y en la India Sir

so identificar a Santo Tomás con el Quetzalcóhuatl mejicano se revelaron falsas y risibles (14). Y, por último, se demostró también que los nombres de Pay Zumé y Pay Abaré, con que se pretendía designar a un fantástico "Padre Tomás, hombre casto", eran los apelativos que los indios daban a los jesuitas (15).

John Rivett Carnac, en el "Boletín de la Real Academia de la Historia", t. XL, y el P. Fidel Fita en "Iberia Arqueológica Ante-Romana", contestación al discurso de ingreso en la Academia, de José Ramón Mélida.)

Respecto a las misteriosas cruces cristianas halladas en los monumentos americanos, no debe olvidarse que los frailes tenían gran empeño en grabar el mayor número de ellas. En 1570, Fray Francisco del Castillo descubrió una huaca en el valle de Xauxa, y al dar parte al Consejo de Indias, indicando cómo se debía entrar en ella, decía: "y luego bajarán cinco escalones y entrarán por los aposentos donde hallarán cruces y otras insignias e imágenes que yo tengo puestas, y sin temor ninguno pueden entrar y verán el ídolo con las demás cosas y ofrendas que en este aposento y en los demás hay..." (Apud. Jiménez de la Espada, loc. cit.) ¡Cuántas cruces que han hecho divagar a los eruditos sobre las incomprensibles influencias del cristianismo precolombiano, no tienen como origen más que una mano como la del fraile del Castillo!

(14) Refiere Andrés Lamas en su "Introducción" a la "Historia de la Conquista del Paraguay...", del P. Lozano (edición de 1873), que los escritores católicos de la conquista opinaban que el Quetzalcóhuatl mejicano era Santo Tomás, y para ello sostenían que el significado de la raíz *tam*, de Tomás, es el de mellizo, en griego dydimus, y que los mejicanos lo tradujeron pintando una culebra o cóhuatl, y un plumero precioso—Quetzatl—puesto sobre la culebra. También se alegaba que el Viracocha barbudo del Perú debía haber sido Santo Tomás, porque los peruanos dieron el nombre de Viracocha a los españoles. Tunapá igualmente fué convertido en un Apóstol anónimo que luego se identificó con Santo Tomás. El P. Calancha llama Tunapá a Santo Tomás y Taapac a su discípulo. Volviendo a Quetzacoalt, diremos que su identificación histórica e ideológica con Santo Tomás resulta materialmente imposible porque el rey de Tollán vivió ocho siglos después del discípulo del Señor. Tampoco puede ser Santo Tomás de Meliapor, pues éste murió en los siglos V o VI, o sea, tres o cuatro siglos antes del nacimiento de Quetzacoalt. Los primeros groenlandeses que llegaron a América—y entre los cuales se ignora si venían sacerdotes—llegaron a Norte América medio siglo después de la muerte de Quetzacoalt. (Véase la "Historia de la Iglesia en México", por el P. Mariano Cuevas, Tlalpan, 1921.)

(15) Pay Abaré, "hombre casto, apartado de mujeres", era el

La leyenda de Santo Tomás en América hizo cavilar a los historiadores del Nuevo Mundo, desde mediados del siglo XVI hasta nuestra época, en que no falta todavía algún crítico aficionado que por ignorar los documentos relacionados con dicha tradición, supone que podría demostrarse su autenticidad.

Las opiniones más diversas fueron emitidas tanto para defender como para negar la fabulosa peregrinación de los apóstoles precolombianos (16) hasta que, abordando de lleno

nombre que los guaranis daban a los misioneros y tal vez también a alguno de los indios predicadores que entre ellos aconsejaban la moral. Los sacerdotes cristianos se encargaron de atribuir el nombre de Pay Abaré al fantástico Apóstol. En cuanto al nombre Pay Zumé, se sabe que los indios lo aplicaban indistintamente a todos los misioneros y que éstos también lo atribuyeron al Apóstol misterioso. Véase, por ej., la "Acusación del fiscal, licenciado Villalobos, presentada al Consejo Real de las Indias, contra Cabeza de Vaca", visto tercero—Madrid, 20 de enero de 1546—(publicada por José Torre Revello en el apéndice a sus "Notas sobre el gobierno de Alvar Núñez Cabeza de Vaca en el Río de la Plata", en el "Boletín del Real Centro de Estudios Históricos de Andalucía", número único, 1927, en la cual se lee que durante el camino que hizo por tierra Alvar Núñez, "dexó rresçagados treze xpianos y murieron dos dellos y los demás escaparon diziendo que heran hijos de payzumé, que es el Comtsario fray bernaldo de armenta, fraile de la orden de S. Francisco". (Original en el Arch. de Indias, 52-5-2/10.) (De este Fray Bernardo de Armentia se ocupan los "Comentarios de Alvar Núñez". El P. Torquemada publicó una carta suya en "Monarquía Indiana", Madrid, 1723, y también se conserva otra en la citada signatura del Arch. de Indias.)

(16) El P. Juan de Velazco, en su "Historia del Reino de Quito", aceptaba la tradición, no sólo de la predicación en el Ecuador de Santo Tomás, sino también de San Bartolomé. Según Betanzos, el personaje misterioso se llamaba Tunapá, y después de aparecer en las costas de Manabí, había pasado al Perú; pero González Suárez, en su "Historia del Ecuador", contesta que en el litoral ecuatoriano no se ha hallado jamás ningún vestigio de semejante tradición y que los antiguos indios ecuatorianos tampoco confundieron sus dioses Kon y Pachacámac con el personaje misterioso cuyas huellas mostraban los Patlas en una roca cerca de Gonzanamá y los Puruhaes en las piedras de Huachi y de Callo. También se pensó que el Bóchica de Nueva Granada, a quien algunos llaman Nemtere Queteba y Tadóciate Fué, y que según Fray Pedro Simón (Cuarta Noticia, cap. III), había enseñado a los indios a hacer cruces y usar de ellas en las

la génesis de la leyenda, se enunció la teoría, muy plausible, de que los jesuitas pudieron suponer evangelizadores llegados a América de un modo milagroso, los indios predicadores que antes de la conquista aconsejaban, en provecho propio, la caridad y las buenas acciones. La historia, en efecto, recuerda muchos de estos predicadores indígenas, entre los cuales se hizo célebre un tal Uroboli, que menciona el mismo Lozano, y cuyos huesos veneraban los indios no lejos de Tacumbú y de la cueva de Paraguarí. Otro predicador guaraní es citado por el P. Ruyz de Montoya, en cuya vida y milagros sólo faltan los flechazos en la Bahía de Todos los Santos; y el Comisario Franciscano Fr. Bernardo de Armentía, dió cuenta al Oidor del Consejo de las Indias, Doctor Juan Bernal Díaz de Lugo, en una carta escrita desde el puerto de San Francisco, frente a Martín García, el 1 de mayo de 1538, de una antigua tradición que hablaba del Apóstol Santo Tomás y de un indio llamado Etiguará, que había predicado y profetizado antes de la conquista de los españoles (17).

pinturas de las mantas, pudiese ser el Apóstol San Bartolomé o Santo Tomás (así creían el P. Zamora y Fernández de Piedrahita). La idea fué rechazada por el general Joaquín Acosta ("Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada"), el cual declaró no haber hallado la piedra que en las orillas del río Saname, en territorio de Ubaque, se decía que tenía estampados los pies del Apóstol. Además, el Dr. Oviedo, en sus "Noticias curiosas para utilidad de los curas", 1761 (citado por José Manuel Groot en su "Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada", Bogotá, 1869), negó por completo la tradición de Santo Tomás, basándose en el hecho de que en todas partes donde los Apóstoles predicaron, establecieron iglesias que subsisten aún entre los bárbaros del Oriente. A más de los citados en el curso de este capítulo, han escrito sobre el supuesto hombre blanco y barbudo, Malvenda, "De Ante-Cristo"; Bozio, "De los signos de la Iglesia"; Montenegro, "Itinerario para párrocos de Indios"; Sandoval, "Historia de Etiopía"; Veytia, "Historia de México..." Larrainzar, "Estudios sobre la Historia de América, sus mitos y antigüedades"; Brinton, "Mitos heroicos americanos"; Charencey, "El mito de Votan o Estudios sobre los orígenes asiáticos de la civilización americana", etc.

(17) López de Gomara, en el cap. "Del puerto de Patos y de los que hay y puntas del cabo de San Agustín al río de la Plata", hace

Hoy en día la leyenda de los Apóstoles en América es considerada como "echadiza de frailes" por todos los críticos e historiadores que conocen a fondo las fuentes documentales. Tal vez que algún aficionado, apegado a las páginas de Lozano, medite aún sobre el aparente misterio de Pay Zumé y las huellas de Tacumbú; pero la ciencia no se preocupa de los rezagados y la verdad se impone por encima de todas las creencias y fanatismos.

Resumen y comentario del capítulo X.

Desde los primeros años del siglo XVI, comenzó a circular en América la sospecha de que el Apóstol Santo Tomás

una breve historia de Otiguará, el indio santo que el fraile Armentia y López de Gomara, supusieron en seguida enviado por Dios para anunciar la fe de Cristo y profetizar la llegada de los misioneros. Dice así: "El año de treynta y ocho aportó allí una nao de Alonso Cabrera, que yua por veedor al río de la Plata: el qual halló tres Españoles que hablaúan muy bien aquella lengua, como hombres que hauían estado allí perdidos desde Sebastián Caboto. Fray Bernaldo de Armenta q. yva por comisario y otros quatro frayles franciscos començaron a predicar la Santa fe de Christo, tomando por farauates aquellos tres Españoles y buatizaron y casaron hartos Yndios en breue tiempo. Anduvieron muchas leguas convirtiendo y eran bien recebidos donde quiera que llegauan: porque tres o quatro años antes, hauía passado por allí un indio santo llamado Otiguará, pregonando como presto llegarían christianos a predicarles: por tanto q. se aparejasen a recebyr su ley y su religión q. santissima era, dejando las muchas mugeres, hermanas y parientas, y todos los otros aberrecibles vicios. Compuso muchos cantares q. cantan por las calles en alabanza de la innocencia, aconsejó q. tratassen bien a los christianos y fuese. Por la amonestación deste creyeron luego la palabra de Dios y se bautizaron; y aun antes hauían hecho mucha honra a los Españoles q. vinueron huyendo allí del río de la Plata, de un recuento q. con los Yndios huuieron. Barrianles el camino y ofrecíanles comida, plumajes y encienso como a dioses."

Martín del Barco Centenera, en el Cantó XXV de la "Argentina", consignó en una nota la existencia de un antiguo predicador guaraní, al cual se llamo más tarde Pay Zumé y Santo Thomé: "Cosa muy común es entre los guaraníes, que antiguamente anduvo entre ellos predicando un santo hombre a quien ellos llaman hoy día Pay Çumé y Santo Thomé." Fray Pedro Simón (Cuarta Noticia, cap. XI) también da cuenta de haberse hallado rastros de un predicador, que (cap. XII) desapareció del pueblo de Iza después de dejar enseñados en buenas costumbres a los indios de aquel valle y de Tunja.

hubiese evangelizado los indios del Nuevo Mundo mucho antes del descubrimiento de Colón.

Las primeras menciones de la leyenda de Santo Tomás las hallamos en el Norte de la costa del Brasil; más tarde, en el Paraguay, en el Perú, y, por último, en el Ecuador y Colombia.

El origen de dicha leyenda, que al pasar de un autor a otro iba aumentando con nuevos episodios y milagros, no es más que el recuerdo de los "indios predicadores", que en todo tiempo—antes y después de la llegada de los españoles—, recorrieron las tribus como santones o hechiceros, profetizando y aconsejando la paz y la moral. Los misioneros, al oír la historia de aquellos hombres santos, pensaron en los versículos bíblicos que aseguran que el cristianismo fué predicado a todos los hombres que viven bajo el cielo, y aplicaron en seguida los nombres de "Pay Zumé"—cuyo significado en realidad no se puede afirmar que sea el de "Padre Tomás—y el de Pay Abaré, "Hombre Casto", a aquellos misteriosos predicadores que ellos suponían una sola persona e identificaban indistintamente con Santo Tomás Apóstol, Santo Tomás de Meliapur y San Bartolomé.

Favorecía la creencia en la peregrinación de Santo Tomás por todo el Continente americano, el descubrimiento que en diversas partes de América se hizo de supuestas huellas de pies humanos, como los que, según otra fabulosa tradición, Santo Tomás dejó estampados en Ceylán. Dichas huellas, señales de báculos, etc., se descubrió que sólo eran meras cavidades de las rocas o pictografías y jeroglíficos prehistóricas e indescifrados (18).

(18) En la llamada (13) hemos hablado de algunos signos indígenas en forma de cruz y de algunas señales hemisféricas, debidas a la mano del hombre, y que lo mismo pueden interpretarse como representación de constelaciones que como enigmáticos caracteres de la escritura ogmida. (Antonio Magni, en "Nuove pietre cupelliformi nei dintorni di Como", 1901, trae una abundante bibliografía sobre los más variados géneros de monumentos epigráficos.) Ahora mencionaremos brevemente las colosales pictografías que sobre grandes rocas representan las figuras de tigres, utensilios domésticos, el Sol

La leyenda de Santo Tomás en América tomó mucho vuelo y fué discutida desde antiguo, especialmente por Solórzano Pereira, porque la evangelización del Continente Ameri-

y la Luna. Según Humboldt, en "Cuadros de la Naturaleza" (lib. I, cap. XXI, "Imágenes grabadas en las rocas"), se las encuentra en la llanura frondosa que ciñen los ríos Orinoco, Atabapo, Negro y Casiquiare; en Carcara y Uruana. La serie de rocas cubiertas de imágenes simbólicas puede seguirse desde el Rupunuri, el Esequibo y la cadena de Pacaraima, hasta las márgenes del Orinoco y las de Yupura. A algunas millas de Encaramada se encuentra en medio de la sabana la roca Tepú-Merema, o sea, la roca pintada, la cual tiene pictografías muy semejantes a las que vió Humboldt junto a Caycara. Las mismas rocas esculpidas se encuentran también entre el Casiquiare y el Atabapó y en las lejanas soledades de la Parima. (Este hecho lo menciona Horstmann en su "Diario", del cual Alejandro de Humboldt leyó una copia que poseía J. B. Bourguignon D'Anville.) Según Roberto Schomburgk, las figuras simbólicas de la cuenca del Esequibo, cerca de las rápidas de Waraputa, se parecen a las de la isla Saint John, una de las Virgenes, y cuyo origen caribe, al sentir de Humboldt, es innegable. Sin embargo, Humboldt no cree que sean obras de caribes y supone que deben remontarse a una civilización antiquísima, en que aún no se conocía ni los nombres ni el parentesco de las razas que se distingue hoy. En contra de la opinión de Humboldt puede alegarse la galeota española pintada a orillas del río Negro y vista por Schomburgk, lo cual demuestra que esas figuras se hacían aún por los indios posteriores al siglo XVI. (Cf. "Reisen in Guyana und am Orinoko...", 1841, pág. 500.) En general, según Schomburgk, el área en que se encuentra rocas con figuras grabadas, abarca unas doce mil millas cuadradas. En el departamento de Cundinamarca, jurisdicción de Fusagasugá, se encuentra las pictografías de Chinauta. Más célebre es la piedra de Anacutá, de la cual se ocupa Lázaro M. Girón en "Las piedras grabadas de Chinauta y Anacutá", 1892. La piedra de Pandi (dep. de Cundinamarca) tiene en una de sus caras pintadas varios rectángulos con dibujos geométricos que recuerdan los de las mantas de los indios y que tal vez podrían compararse a las placas grabadas de la Patagonia, que según Héctor Greslebin ("Physis", Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales", t. IX, págs. 223-233; diciembre de 1928) también representan esquemas de tejidos, especialmente de ponchos. Respecto a las célebres columnas de Leiva y Ramiriquí (Colombia), sólo diremos que las describió Manuel Vélez en "Papel Periódico ilustrado", de 1883. No debemos tampoco olvidar los "cojines del diablo", en las cercanías de Tunja, los cuales son dos ruedas de piedra, redondas, planas y grabadas, adheridas a la roca viva. Hállanse separados unos veinte centímetros, y según la tradición—de la cual siempre hay que desconfiar—en uno se arrojaba el Zaque de Tunja, y en el otro, su mujer, en el acto de

cano por uno de los Apóstoles daba sobre el Nuevo Mundo mayores derechos al Papa que al Rey de España.

Los jesuitas, por su parte, aprovecharon la leyenda para hacer creer a los indios y a las demás órdenes religiosas, que su venida y predicación había sido profetizada por Santo Tomás, y que, por tanto, ellos tenían más derechos en la conversión de los indios que todas las demás órdenes.

A fines del siglo XIX y principios del XX, los críticos comenzaron de lleno el análisis y destrucción de la absurda tradición de la peregrinación de Santo Tomás y San Barto-

adorar el Sol. (Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, "Historia de Colombia".) En un bosque al Oriente de Pacho (dep. de Cundinamarca) hay un imponente obelisco esculpido, del cual se ha ocupado, entre otros, R. Guerra Azuola, en "Apuntamientos de viaje" (1853). Las piedras escritas y los ídolos grabados tanto sobre las rocas como sobre los vasos depositados en los sepulcros de la Sierra Nevada de Mérida, región Muysca, han sido estudiados por A. Gocring, en "Mittheilungen des Vereins für Erdkunde zu Leipzig", 1874. Aristides Rojas, en sus "Estudios indíjenas", habla de las rocas pintadas y esculpidas de Venezuela, cerca de las cumbres de Hilaria; y Agustín Saint Hilaire ("Second voyage au Brésil"), de las inscripciones del valle que se extiende al pie de Tijuco. En el Perú también se encuentra inscripciones misteriosas, ya casi borradas por el tiempo, y que abundan en las grandes cumbres. Mariano E. de Rivero y Tschudi se ha ocupado de ellas en sus "Antigüedades peruanas" (Viena, 1851). Como es natural, todas las pictografías y jeroglíficos mencionados, así como otros que no incluimos en la serie, no pertenecen a una misma época ni a una misma civilización. De ellos no se ha hecho un estudio crítico comparativo general, sino menciones aisladas y curiosas. Por nuestra parte, suponemos que muchos de los jeroglíficos americanos tienen un valor eminentemente ideográfico y que otros representan el tránsito entre el arte y la caligrafía. En su estudio no debería olvidarse el ideogratismo decorativo que hace de una simple raya en ziz-zas—como en vasos prehistóricos egipcios e ibéricos—la figuración del agua del río o del mar, y que al hallarse en vasos votivos, colocados en los sepulcros, puede fácilmente tener un valor mágico. Las estilizaciones—tanto antropomorfas, como zoomorfas y eskeiomórficas—asimismo representan un papel muy importante, sobre todo cuando se sabe interpretarlas y no se ignora que la estilización suele ser el resultado de la incapacidad artística y representar una cultura posterior y más decaente a la de los modelos bien definidos, todo al contrario de lo que a primera vista podría suponerse.

iomé en América, relegando la historia de los Apóstoles en el Nuevo Mundo, al cúmulo de las leyendas inventadas por el fanatismo.

CAPITULO XI

LOS NAUFRAGOS OLVIDADOS

Fugge tra le selve spaventose e scure,
Per lochi inabitati, ermi e selvaggi.

LODOVICO ARIOSTO.

SUMARIO: Las historias de náufragos abandonados y de conquistadores perdidos en las selvas. Primeras noticias de españoles extraviados en las regiones del Amazonas y del Orinoco. Los datos obtenidos por Jorge Spira y Orellana. Los náufragos de Ordás y de Alonso de Herrera. Los marineros huidos de las naves de Cabral, en 1500, y una probable aclaración del misterio. El mito de los Césares. La expedición del Capitán Francisco César desde Sancti Spiritus. Las noticias divulgadas por César eran el trasunto del Perú. La tradición del viaje de César recogida por Guzmán. Las noticias de César se suponen pertenecientes a los náufragos del Estrecho. El desastre de Alcazaba. La expedición costeada por el Obispo de Placencia. El naufragio de la nao capitana y el abandono de los náufragos en el Estrecho. Historia de las otras naves. Primeras leyendas sobre los náufragos de la Armada del Obispo de Placencia. Análisis crítico de las antiguas tradiciones. Nombres con que se designaba la conquista de los Césares. Expediciones en busca de los Césares y de otras provincias ilusoriamente ricas. Las cruzadas de Hernandarias y de Jerónimo Luis de Cabrera. Intento de descubrir los Césares desde el Paraguay. La imaginaria ciudad de la Trapalanda o de los Césares. El supuesto espejismo del Cuzco. Los misioneros en busca de los Césares. Las salidas del P. Mascardi. Nuevos fundamentos de la leyenda de los Césares. Los indios dan noticia de las ciudades de los mismos españoles, desfigurándolas y haciéndolas irreconocibles a sus propios habitantes. La descripción de la Ciudad de los Césares divulgada por Silvestre Antonio de Rojas. Ofrecimiento de ir a evangelizar a los Césares, del P. de la Cruz. Los Césares según los PP. Quiroga, Lozano y Falkner. Las noticias propagadas por Ignacio Pinuer y sus expediciones en busca de los Césares. Las declaraciones sobre los Cé-

sares contenidas en los "Autos" de Valdivia. Los establecimientos ingleses y las noticias que los indios daban de los Césares. La última expedición a los Césares del P. Menéndez. Resumen y comentario del capítulo XI.

La historia de los naufragos abandonados en islas desiertas o en regiones inhospitalarias, ha dado origen a inolvidables novelas leídas durante nuestra juventud con honda emoción, entre sueños de países maravillosos.

Hoy, que la disciplina de las investigaciones históricas nos ha apartado de las lecturas deleitosas, hallamos en las primitivas crónicas de la conquista americana, historias reales, mucho más sugestivas y, al parecer, fantásticas, que las de las novelas de otros tiempos (1).

(1) Todo un libro ocuparía la historia de los naufragos y conquistadores extraviados en tierras incógnitas, algunos desaparecidos para siempre y otros vueltos a la civilización después de largos años de soledad o de cautiverio. Fernández de Oviedo y otros cronistas hacen mención de naufragos cuyas historias debieron ser tan cautivantes como la de Robinson Crusoe. En el capítulo "Genios y Figuras" de "Las huellas de los Conquistadores", por Carlos Pereyra, se hace mención de algunos de esos conquistadores abandonados en tierras salvajes, por castigo de crímenes; de naufragos, de prisioneros y hasta de enamorados de la vida de la selva, que se convertían en verdaderos indios blancos. Aquí sólo recordaremos a Juan de Cartagena y al clérigo Pedro Sánchez de la Reina, abandonados por Magallanes en las frías costas de la Patagonia; los naufragos de una expedición enviada por Balboa a dar cuenta de sus descubrimientos, encontrados por Cortés—como relata Bernal Díaz del Castillo—gracias a unos indios que repetían la palabra *Castilán*; y el caso de Gonzalo Guerrero, del cual contó a Cortés Jerónimo de Aguilar que cuando él le propuso volver entre los cristianos, aquél dijo: "Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerra. los vos con Dios, que yo tengo labrada la cara e horadadas las orejas. ¿Qué dirán de mí, desde que vean esos españoles, ir desta manera? E ya veis estos mis tres hijos cuan bonicos son. Por vida vuestra, que me deis desas cuentas verdes, que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las dieron, de mi tierra..." Cuando en octubre de 1525, la expedición de Loaysa pasó por la isla de San Mateo, cerca de la equinoccial, "encontraron muchos huesos de hombres, edificios de casas, y se halló hincada una gran cruz de madera, con unas letras que decían: "Pedro Fernández pasó por aquí el año de mil quinientos y quince." Sin duda pocas historias igualaron en emoción a la de Diego de Guzmán, de

En verdad ninguna fantasía humana podrá superar en belleza y en misterio el hechizo que rodeaba el recuerdo de aquellos náufragos y conquistadores olvidados, cuyas voces parecían llegar desde el fondo de las selvas sombrías y de las costas heladas, hasta los oídos de sus hermanos que los buscaban empeñosamente sin poderlos hallar.

Aquellos hombres perdidos en tierras desconocidas, que con el tiempo se hacían tan salvajes como los indios y hasta llegaban a ser sus "caciques", dejaron por entre las selvas

cual refiere Gonzalo Silvestre que "habiendo caminado los españoles dos leguas (de Naguatex) echaron de menos a un caballero natural de Sevilla, que había por nombre Diego de Guzmán, el cual había ido a esta conquista como hombre noble y rico, con muchos vestidos costosos y galanos, con buenas armas y tres caballos que metió en la Florida, y se trataba en todo como caballero..."; pero tenía el vicio del juego, "y pasando adelante en la pasión y ceguera de su juego, había perdido una india de su servicio, que por su desdicha le había cabido en suerte, de las que el gobernador prendió... Averiguóse así mismo que muy llanamente había pagado todo lo que había perdido, salvo la india, y que había dicho al ganador que le esperase cuatro o cinco días, que él la enviaría a su posada, y que no se la había enviado, y que la india faltaba juntamente con él". "Con mucho menos—dice Carlos Pereyra—se ha hecho más de una novela." Ya hemos tratado, en su lugar, la historia de los náufragos de Solís, abandonados en Santa Catalina, de los cuales cinco llegaron hasta el Perú, ni hablamos de aquellos hombres que, en una expedición al Zenú, "comenzaron a irse quedando por el camino—escribe el P. Aguado—, arimados a árboles, pericidos de hambre, contando de los regalos que en Italia habían tenido..." Conocida es la aventura de Cabeza de Vaca, en la Florida, así como la tragedia de aquel Pedro Calvo Barrientos o Gonzalo Calvo de Barrientos, que afrentado por haberle hecho cortar Pizarro las orejas, se fué a las remotas tierras de Chile, adonde nadie lo viese. En 1538, al llegar al Puerto de los Patos, Alonso Cabrera halló tres náufragos de Caboto, que fueron muy útiles como intérpretes, para la predicación a los indios. Por último anotaremos que hasta los frailes solían huirse de entre los cristianos para llevar en las selvas una vida de completa libertad y abandono. Hernando de Montalvo, en su "Carta" escrita desde San Salvador el 29 de marzo de 1576, refiere que al llegar la armada de Juan Ortiz de Zárate "en este puerto se uyeron dos frayles de los diez que sembararon en España franciscos y un capitán del navío nombrado el patax el qual se llamaua pedro de arauz natural de la villa (error por ciudad) de orduña en vizcaya con cinco soldados..."

americanas un vago recuerdo de su mísera existencia que fué tachado de leyenda.

Esta leyenda analizada en sus fuentes documentales, se revela de una autenticidad y realidad indiscutibles, constituyendo el único recuerdo que nos queda de la ignorada historia de aquellos héroes anónimos tragados por el silencio de las selvas tenebrosas e infinitas.

En el Amazonas y en el Orinoco subsistió largo tiempo la creencia de que por aquellas regiones había españoles perdidos desde hacía muchos años. La primera noticia que se tuvo de ellos parece que fué en el año de 1528: "...atravesando por los llanos de Venezuela un capitán que con cierta gente había salido de Coro... entre la gente que este capitán llevaba se divulgó o derramó esta nueva de que de aquella vanda del Sur, que es, como he dicho, lo que llaman el Dorado, había españoles, y desde entonces dura esta fama hasta oy, sin más claridad, pues las naos o gente de Ordás se perdió el año de treynta, y esta fama tuvo origen el año de veinte y ocho.. Síguese desto clara y evidentemente ser esta noticia de españoles en las sierras del Sur cosa fabulosa y soñada" (2).

A juicio del P. Aguado, esta "noticia" no era más que

(2) Aguado, "Historia de Venezuela", lib. IV, cap. VIII. En el lib. II, cap. IX, el P. Aguado da más detalles de esta noticia. Dice que la gente de Jorge Spira llevaba como guía a una pobre india con una cuerda al cuello. La india, viéndose maltratada, comenzó a lamentarse diciendo que otros españoles sólo la habían obligado a que les hiciese de comer y les lavase la ropa, dejándola, al cabo de algunos días, volver contenta a su casa. El gobernador y todos los suyos se extrañaron enormemente, e interrogando a la india, ésta contestó "por el faraute o ynterprete... que ciertos hombres de la suerte y manera de los que allí estaban, habían subido por el río arriba por donde ellos la querían llevar... y que estaban diez jornadas de allí el río abaxo... donde los cristianos tenían hecho otro palenque fuerte en que se recogían y estaban fortificados... y eran ya muy viejos, y que tenían muchos hijos ya grandes e yndias que les servían, los quales no tenían para defensa de sus personas sino solas dos espadas, y los demás usaban la armas de la tierra, que eran arcos y flechas y que asimesmo no tenían caballos... mas que tenían perros..." El mismo episodio lo refiere Fray Pedro Simón en la "Tercera Noticia", cap. IX.

invención para "persuadir a los gobernadores que consientan juntar gente para yr a buscarlos"; y en efecto citaba una Real Cédula de 1559 a la Audiencia del Nuevo Reino de Granada para que se levantase informe respecto a aquellos españoles perdidos; pero que "aunque diligentemente lo procuraron, no hallaron ninguna evidencia ni claridad de ello y así se dexó caer" (3).

(3) Aguado, "Historia de Venezuela", lib. II, cap. IX. Fray Pedro Simón también consigna que "las noticias que daba esta india siempre se tuvieron por cosa de burla, en especial por lo que decían que estaban ya muy viejos y tenían hijos muy grandes..." En la "Segunda Noticia", cap. XVIII, al hablar de la gente de Diego de Ordás que se perdió a la entrada del Marañón, dice que las noticias de naufragos misteriosos que tuvieron Jorge Spira y Felipe de Uten, fueron invenciones de algunos capitanes, "como se ve en una información que dió de esto, el año de mil quinientos y cincuenta y siete, el Capitán Pedro Rodríguez de Salamanca, en la Real Audiencia de Santafé, pretendiendo con este color de que en aquellas Provincias había españoles perdidos, se les diese comisión y gente para irlos a buscar cubriendo con esto el seguir las noticias que por otros caminos se han tenido, de las muchas riquezas..." Diego de Ordás, que salió de Sevilla a principios de 1531, llegó al Marañón, pero no se atrevió a remontarlo, y su teniente general, Juan Cornejo, encalló el navío perdiendo algunos hombres. "Aunque muchos quisieron decir que se habían conservado en tierra, también se perdieron entre los indios", dice Herrera en la Dec. IV, lib. X, cap. IX. Juan de Castellanos cantó asimismo la historia de los naufragos de Ordás: "El Ordaz escapó con buen consejo—Y fué donde llevaba los intentos,—Mas no pudo salir el Joan Cornejo—Con otros que pasaban de trescientos.—Muy juntos a la tierra naufragaron—Sin dalles sinsabor reventazones—Y así dicen que todos escaparon—Y entraron por jamás vistas regiones,—Hasta que descubrieron y toparon—Grandes y poderosas poblaciones—Adonde se hallaron y han valido—Multiplicando siempre su partido—Esta nueva vendían por muy cierta—Muchos que yo traté y he conocido;—Mas es una ficción clara y abierta—Y cuento para mi desvanecido,—Pues si tal gente ya no fuera muerta—Hubiera a cual partes respondido:—Ansí que no será juicio vago—Decir que perecieron todos luego" (Elegía IX. Canto I.) Si Castellanos hubiera analizado la "Relación" del P. Carvajal, habría sabido que de estos naufragos tal vez tuvo noticia la gente de Orellana en su descenso por el Marañón. Fray Pedro Simón sabía reconocer el misterio que siempre envolvió a los naufragos de Ordás: "Pero en cuanto toca a la pérdida de estos soldados de Ordás, es ciertísimo que se perdieron, o en la mar, o en el río, o entre los indios, fuera de los de la una barca, como ya hemos dicho y diremos". Nada puede impedir—repetimos—que de estos naufragos hayan tenido una vaga noticia los compañeros de Orellana.

En el Marañón, durante la expedición de Orellana, refiere el P. Carvajal que una india "de mucha razón, dijo que cerca de aquí y la tierra adentro, estaban muchos cristianos como nosotros y los tenía un señor que los había traído el río abajo; y nos dijo cómo entre ellos había dos mujeres blancas, y que otros tenían indias y hijos en ellas; estos son los que se perdieron de Diego de Ordás, a lo que se cree, por las señas que daban que era a la banda del Norte".

Ante la dificultad por resolver el misterio, la mayoría de los críticos pensaron en un engaño por parte de los indios o en una falsedad del P. Carvajal. Sin embargo, ante la pluralidad y concordancia de las informaciones, no puede admitirse una "mentira de indios". Tampoco podemos dudar del P. Carvajal, pues ya hemos visto, en el caso de las Amazonas, que en su curiosa "Relación", el P. Carvajal consignó fielmente todos los pormenores del viaje y noticias obtenidas, no cometiendo más error que el de aplicar el nombre de Amazonas a las Vírgenes del Sol y mujeres escogidas del Perú, suponiendo que éstas serían las indias guerreras del Marañón. Además, no siendo cierta aquella "Relación", cualquiera de los tantos expedicionarios hubiera podido desmentirla, hecho que nunca ocurrió.

Ahora bien; las noticias de cristianos perdidos, que tuvieron Jorge Spira y la gente de Orellana, lo mismo pueden referirse a un solo grupo de españoles abandonados, que a dos o más. Orellana pudo oír hablar de algunos sobrevivientes de los naufragos de Ordás, o con menos probabilidad, de los que se perdieron durante la expedición de Alonso de Herrera (4), pero también pudo tener noticia de los mismos cristianos que intentó buscar Jorge Spira. En consecuencia, la dificultad se reduce a aclarar las misteriosas noticias que recogió Spira. Ello no es imposible. En contra de lo que su-

(4) Castellanos insinúa que los españoles de que oyó hablar Orellana, podrían ser los de la expedición de Alonso Herrera; pero Medina, en "El descubrimiento del Amazonas", declara lo contrario, pues la expedición de Herrera se verificó en 1535, dirigiéndose a las regiones que se extienden al Norte del Amazonas.

pusieron los primitivos cronistas—que antes de la expedición de Spira y del desastre de Ordás no se hubiesen extraviado cristianos en aquellas regiones—nosotros podemos demostrar que desde los primeros tiempos del descubrimiento de América, unos portugueses quedaron abandonados en la Tierra de Santa Cruz. No se sabe si aquellos hombres fueron cuatro, cinco o nueve (5). Su historia sólo la conocemos por las menciones de Vaz de Caminha y de Cantino; y lo cierto es que aquellos infelices jamás volvieron y quedaron para siempre perdidos en las misteriosas selvas del Brasil.

¿No serían aquellos hombres los “ya muy biejos, y que tenían muchos hijos ya grandes e yndias que les servían”, de

(5) Pedro Vaz de Caminha, en su “Carta” donde habla de los habitantes del Brasil, vistos por Cabral en 1500, dice: “Creo que con estes dous desgrados que aquy ficam, ficam mais dous grumetes, que esta noute se sayram desta naao no esquite fugidos, hos quaaes nom vijeram mais.” (Se refería a dos “degradados” abandonados en aquella costa, y a otros dos grumetes que huyeron para quedarse en aquel encantado país.) (La carta de Caminha se publicó en “Art de verifier les dates”, t. XIII, págs. 445 y siguientes; en “Corographia Brasili-ca”, pág. 33, de Manuel Ayres do Casal, y en otras obras sobre el Brasil.) El diplomático Cantino, en una carta escrita al Duque de Ferrara el 17 de octubre de 1501 (original en el Archivo de Módena, Cancellaria Ducale, “Dispacci dalla Spagna”, citada por Henry Harris en “The Discovery of North America”) le refería: “Mettero un termine il quale hora ha posto in uso questo Re; tutti coloro quali nel suo regno commettono cose digne di gran pena overo di morte, tutti quegli fa pigliare ne alcún ne amaza, et servandoli con templo gli manda in questi lochi et insule ritrovate, et imponelo questo, che se mai per alcún tempo ritornarono de dende gli harano lassati per terra a Lisbona, perdonali el delicto, et fali mercede di cinque cento ducati, ma credo io che rari ve ne se tornarono, benché in un locho che si chiama Santa Croce, per essere dilectevole di bona aria et di dolcissimi frutti abundante, fugarono cinque marinari de le nave del Re, et non volsero piu tornare in nave, et li restarno.” Ahora bien: estos “cinco marineros” que huyeron en Santa Cruz, ¿son los “dos grumetes” que huyeron de la nave de Cabral, más los otros “dos degradados” que en el mismo lugar se dejó abandonados? Todo parece indicar que sí, aunque también podría darse que se tratara de gente distinta, resultando de este modo nueve los hombres perdidos en el Brasil. Además, hay que tener en cuenta que nada sabemos de los marineros abandonados o perdidos de expediciones clandestinas, especialmente de naves portuguesas y francesas.

cuya existencia oyó hablar Jorge Spira en lo profundo del Orinoco? Todos los informes se complementan y corroboran; sólo falta la voz del corazón que nos diga que sí.

Ahora, desde las selvas del Brasil, trasladémonos a las regiones del Plata, de donde hemos de descender, arrastrados por un mito, hasta las heladas cumbres de la Tierra del Fuego.

Nos hallamos con Caboto en el fortín de Sancti Spiritus. Es el año 1529, en el mes de octubre. El hechizo de la Sierra de la Plata desde largos meses mantiene en un orgasmo a la gente de Caboto. Las soñadas riquezas parecen llamar desde la lejanía; pero ante ellas se impone la inmensidad de la naturaleza invencible. Entonces, Caboto, mientras "estuvo ocupado en hacer ciertos bergantines, dió licencia a quince personas para que fuesen por la tierra adentro a descubrir las minas de oro e plata e otras riquezas que hay en aquella tierra..." (6).

Los expedicionarios se dirigieron, "los unos por los quirandíes, e los otros por los curacuraes, e los otros por el río del Curacuraz" (7). De aquellos hombres sólo volvieron a los cuarenta o cincuenta días, el Capitán Francisco César (8) con "siete o seis personas" (9). Todos ellos "decían que había tanta riqueza que era maravilla, de oro e plata e piedras

(6) Respuesta del testigo Juan María a la pregunta 37 en el interrogatorio presentado por Caboto en el pleito con Catalina Vázquez. Según el testigo Juan de Valdivielso, la gente enviada por Caboto fueron catorce hombres.

(7) Respuesta del testigo Pedro Morales a la pregunta 37.

(8) Falta una biografía completa del capitán Francisco César. Su historia yace informe y dispersa en los documentos acumulados por Medina, en su "Sebastián Caboto", y en los primitivos cronistas de Indias, como ser: Oviedo, lib. XXVII; Herrera, Dec. VI, lib. IV; Juan de Castellanos, "Elegías", parte III, Canto I; Fernández de Piedrahita, "Conquista del Nuevo Reino de Granada", parte I, lib. III, y Ruy Díaz de Guzmán, el cual nos ocuparemos en breve. También son útiles las notas de Groussac a "La Argentina" de Guzmán, en particular los números 59, 60, 61 y 62.

(9) Respuesta del testigo Nicolao de Nápoles, maestro de la nao "Santa María del Espinar", a la pregunta 41.

preciosas e otras cosas" (10). Entonces, "el dicho capitán General y el capitán Diego García y los otros capitanes y oficiales de Su Magestad, acordaron de hacer una entrada a las dichas minas por la tierra adentro a dejar las naos e fortalezas a buen recabdo..." (11).

¿Qué vieron aquellos hombres en su expedición? Las declaraciones en el Proceso de Caboto hablan de "tanta riqueza que era maravilla"; pero según los soldados de Caboto, que más tarde se incorporaron a la Asunción, y cuyas tradiciones recogió Guzmán (12), César y sus compañeros debieron oír

(10) Respuesta del testigo Pedro Morales a la pregunta 41. Corrobora todo lo expuesto el testigo Juan de Valdivielso contestando a la misma pregunta: "Dijo que este testigo sabe cómo después de llegado el dicho Capitán General a la fortaleza, y el Capitán Diego García, dentro de ocho días vino el Capitán Francisco César con obia de siete personas... e que este testigo es uno de los que vino con el dicho Francisco César de descubrir las minas, e dijeron todos al dicho Capitán Sebastián Caboto que ellos habían visto grandes riquezas de oro e plata e piedras preciosas..."

(11) Respuesta de Juan de Valdivielso a la pregunta 41. El testigo Pedro Morales declara en la misma pregunta que "vido entrar en consulta al dicho Capitán General e al dicho Diego García e oficiales de Su Magestad para proveer de ir a las minas; pero que este testigo no sabe lo que se proveyeron, más de vellos entrar en consulta".

(12) Según Ruy Díaz de Guzmán, lib. I, cap. IX, César y su gente llegaron de vuelta a la fortaleza de Caboto después del desastre del discutido Nuño de Lara, hallándola "dicierta y asolada", lo cual es completamente erróneo, pues los documentos publicados por Medina prueban que César llegó a Sancti Spiritus antes del asalto de los indios, contribuyendo con su relación a la segunda expedición de Caboto, y Diego García por el Paraná y Paraguay. Prosigue Guzmán diciendo que entonces, César y su compañía regresaron hasta "una Cordillera altissima... Dedonde Caminando por la Costa del Sur muchas leguas salieron así Atacama y Tierra de los lipés" y de allí llegaron al Cuzco "alttiempo q. Francisco Pizarro acauaua de Prender Ataguallpa inga en los tambos de Jauamarca". En la Ciudad de los Reyes—siempre siguiendo a Guzmán—César conoció al Capitán Gonzalo Sánchez Garzón, "de quien tomo las rrelaciones y discurso q. en este Capittulo tengo referido", concluye Ruy Díaz. Ahora bien: aunque sepamos positivamente que César regresó a España con Caboto en la "Santa María del Espinar" para volver luego al Nuevo Mundo y actuar en la parte Norte del Continente Sud Americano, no tenemos seguridad de que haya pasado al Perú y conocido a Gonzalo Sánchez

de los indios de las Pampas de San Luis y Mendoza, la historia del Inca y de los pueblos peruanos, ricos en oro y plata, ganados y "grandísima cantidad de ropa bien tejida" (13).

Garzón. Tal vez que éste haya oído de otros conquistadores venidos de Venezuela y de Nueva Granada la historia de las aventuras, entonces famosas, del Capitán César, y se las haya referido a Guzmán, de cuyo viaje al Perú y poco felices campañas contra los Chiriguanes, hay documentos fidedignos (véase nuestra "Historia del Gran Chaco", cap. IV, "Guerra y Conversión de los Chiriguanes"). Además, los descendientes de los soldados de Caboto que vivían en la Asunción, pudieron suministrar a Guzmán numerosos detalles de lo referido por César a la vuelta de su expedición.

(13) Guzmán, lib. I, cap. IX, dice que Caboto envió a César y a sus compañeros en busca del camino "para entrar al rico Reyno del Pirú y sus confines". Esto, como se sabe, fué discurrido *a posteriori* por el autor de "La Argentina", pues Caboto despachó a aquellos hombres con la esperanza de que encontrasen las minas de oro y plata. Prosigue Guzmán refiriendo que los expedicionarios, después de atravesar "una cordillera que viene de la costa de la mar y va corriendo así al poniente y septentrión, se va a juntar con la general y alta Cordillera del Perú y Chile, haciendo la una y la otra muy grandes y espaciosos valles poblados de muchas naciones", se encaminaron hacia el Sur y "entraron en una Provincia de Gran suma y multitud de gente muy rica de plata y oro que tenían mucha suma de ganados y carneros de la tierra, de cuya lana labraban grandísima cantidad de ropa bien tejida. Estos naturales obedecían a un Señor que los gobernaba..." Con este señor, los expedicionarios estuvieron algunos días siendo muy bien tratados, hasta que "César y sus compañeros le pidieron licencia para volverse; y siéndoles concedido, les mandó dar a cada uno muchas piezas de oro y plata y muy buena ropa, toda cuanta pudieron traer, trayendo consigo algunos indios que les acompañaron y vinieron sirviendo por mandado de su señor". Esta relación de Guzmán no se halla probada por ningún documento, y seguramente no representa más que una tradición falseada. Lo indudable, es que César y sus compañeros, al oír hablar vagamente a los indios de las llanadas de San Luis y Mendoza, de un Señor lejano, con muchas riquezas, carneros, ovejas de la tierra y buenos tejidos, hayan dicho que lo vieron y fueron recibidos por él. También podría suponerse que ese fantástico encuentro haya sido inventado y divulgado por la gente de Sancti Spiritus al enterarse de las noticias traídas por César. Algo de todo esto debe de haber ocurrido, como parece comprobarlo la Real Cédula dada en Madrid el 1.º de septiembre de 1532, a los oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla, "para que tomen informaciones y probanzas a Antonio Ponce, Alguacil, por sí y en nombre de Nicolás Nápoles, Enrique Gutiérrez y Francisco César.

El mismo espejismo del Perú, pero con un colorido distinto al que ofuscó a Caboto y a García, ilusionó también a César. En la costa del Brasil y en el Río de la Plata se conocía la existencia de las minas de Charcas con el nombre de la Sierra de la Plata, en tanto que en la región recorrida por César, se vislumbraba el aspecto civilizado y rico del Imperio Peruano.

Generalmente se supone que la aventura de César haya sido el núcleo original del mito de la ciudad encantada de los Césares, que entre nubes y ensueños recorrió toda la cordillera Andina, desde las Sierras Peruanas hasta los hielos del Estrecho.

La realidad de la leyenda, es que las "maravillas" vistas u oídas por César y sus compañeros—y que sólo eran una visión esfumada del lejano y auténtico Perú—se creyó que perteneciesen a los naufragos que en diversas ocasiones se perdieron para siempre en el Estrecho de Magallanes.

El mito de los Césares, por tanto, nació de hechos históricos rigurosamente ciertos, pero extrañamente confundidos en la imaginación de los conquistadores. Aunque siempre se

que fueron en el armada de Sebastián Caboto". (Arch. de Indias, 152-1-1. Signatura moderna: Indiferente General, 2495.) El fondo de las noticias consignadas por Guzmán, como vistas por César, no es más que un trasunto borroso del Inca, de las riquezas y civilización quechua. Ya dijimos que es completamente imaginario el regreso al Perú del Capitán César. En este viaje, Guzmán asegura que "vinieron a subir una cordillera altísima y áspera de la cual mirando el hemisferio vieron a una parte el mar del norte y a la otra el sur". Guzmán tiene suficiente sentido crítico para no creer en esto, pero supone que "fueron engañados de unos grandes lagos que por noticia se sabe que caen de esta otra parte del norte que mirando de lo alto les pareció ser el mismo mar". El deán Gregorio Funes ("Ensayo de la Historia Civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay", lib. I, cap. I), consignaba que según la tradición, César y sus compañeros "atravesaron desde Sancti Spiritus el vasto Tucumán hasta unirse con los conquistadores del Perú". Lo escrito por Guzmán y el hecho de haberse localizado desde Chile la ciudad de los Césares en las inmediaciones del lago Nahuel Huspí, hicieron creer que César hubiese llegado hasta ese lago, lo cual resulta materialmente imposible por numerosas circunstancias, entre otras por el poco tiempo que estuvo ausente en su única salida desde Sancti Spiritus.

distinguió la aventura de César y de los náufragos en el Estrecho, reconociendo, desde Guzmán, que "de cuyo nombre (de César) comúnmente llaman a esta tierra la Conquista de los Césares" (14), nunca se ha analizado el mito en sus partes constitutivas, demostrando cómo el esplendor del Perú entrevisto por César se atribuyó a los náufragos perdidos en el Estrecho de Magallanes y a sus fabulosas ciudades, creadas por la fantasía de los conquistadores.

Una vez fundamentado el mito en los reflejos peruanos aplicados a las fantásticas poblaciones de los náufragos en la Patagonia y Tierra del Fuego, la leyenda de los Césares tuvo vida propia, pero siempre dependiente de la civilización chilena y argentina. Es por esto que el mito cambia de fisonomía con el transcurso de los siglos, según el prisma con que se le veía desde ambas vertientes de la cordillera.

Ahora iniciemos la historia de los Césares con la de los náufragos perdidos en el brumoso Estrecho de Magallanes.

El primer grupo de náufragos que quedó abandonado en el Estrecho, fueron parte de los hombres que componían la Armada del cosmógrafo portugués Simón de Alcazaba. Llegadas las naves al Estrecho y comprobada la horrible esterilidad de la tierra, muchos de los expedicionarios se sublevaron, matando a Alcazaba con la intención de dedicarse a la piratería; pero los leales dominaron la conspiración, ejecutaron a los cabecillas y dejaron abandonados en la costa a gran número de marineros. De los doscientos ochenta hombres enrolados en Sanlúcar, volvieron tan sólo unos ochenta. Los restantes, o fueron muertos o quedaron perdidos en la Tierra del Fuego (15).

(14) Podemos confirmar lo dicho por Guzmán, insistiendo en que el nombre del Capitán César fué el que dió origen a la denominación de los Césares, con estas líneas de la declaración del escribano de Santiago del Estero, Jerónimo de Calleja, en la "Información hecha en el Tucumán ante el Gobernador Juan Ramírez de Velazco, en 1589". (Declaraciones reproducidas por Morla Vicuña en la pág. 184 de su "Estudio Histórico sobre la Patagonia y Tierra del Fuego"): "... la dicha jornada, que llaman la Sal y Trapananda y *Noticias de César*..."

(15) La Capitulación con Alcazaba se tomó en 1534. Es intere-

Después del fracaso de la expedición de Alcazaba, el Rey de España capituló otra expedición al Estrecho con Francisco de Camargo, haciendo cuentas sobre las ilusorias riquezas que se había de repartir (16); pero no pudiendo Camargo iniciar el viaje, su hermano, el Obispo de Placencia, don Gutierre de Vargas Carvajal, que costeaba la expedición, puso a su frente a un Comendador de Burgos, llamado Frey Francisco de la Rivera, lugarteniente de Camargo, al cual se transfirió la capitulación hecha con éste el 25 de julio de 1539.

La armada del Obispo de Placencia, así llamada por haberla costado don Gutierre, se hizo a la vela a fines de 1539, y llegó al Estrecho el 20 de enero de 1540 (17).

sante esta Real Cédula publicada por Morla Vicuña y copiada por Ciro Bayo en su literaria disertación sobre "Los Césares de la Patagonia" (Madrid, 1913): "La Reina. Ilustre Priora tía (va dirigida a la abadesa de Santa Ana en Avila): Sabed que Simón de Alcazaba, caballero de la Orden de Santiago, fué por nuestro mandado a conquistar y poblar la provincia de León, que es en las nuestras Indias, en la cual jornada murió, donde gastó toda su hacienda y de su mujer, de manera que ella y sus hijos no tiene con qué se sustentar. Agora doña Isabel de Sotomayor y su hija me ha hecho relación que está muy pobre y tiene voluntad y devoción de servir a Nuestro Señor y permanecer en esa casa, y me suplicó escribiese la mandádeses recibir por monja en alguna de las principales filiaciones de esa casa, y yo, considerando todo lo susodicho, lo he habido por bien; por ende yo vos ruego y encargo mucho proveáis como en alguno de los principales monesterios que son filiaciones de esa casa, donde hubiere más disposición, sea recibida por monja, que en ello recibiré de vos acepto placer y servicio. De Valladolid, a 30 días de enero de 1538 años. Yo la Reina."

(16) Así consta en la Capitulación de Francisco de Camargo: "Primeramente: mandamos que todo el oro y plata, piedras o perlas, que se obiere en batalla o en entrada de pueblo, o por rescate con los indios, o de minas, se nos aya de pagar e pague el quinto de todo ello. Item: que de todo el otro oro y plata y piedras y perlas y otras cosas que se hallaren e obieren así en enterramientos, sepolturas o huacas, o templos de indios, como en los otros lugares de solian ofrecer sacrificios a sus ydolos, o otros lugares Relixiosos, o enterrados en caso o heredad... se nos pague la meytad sin descuento de cosa alguna."

(17) Para la historia de la Armada del Obispo de Placencia seguimos principalmente los estudios y documentos de Ramón Guerrero

A los dos días, al intentar avanzar, naufragó la nao capitana, salvándose, por fortuna, todos sus tripulantes en la costa. La nave que iba al mando de Gonzalo de Alvarado, siguió en el mismo intento, pero fué arrastrada por las corrientes, y después de pasar seis semanas en el Puerto de las Zorras, en la isla grande de la Tierra del Fuego, se vió obligada a regresar a España, llevando la noticia del desastre. De las dos naves restantes que componían la expedición, una—la dirigida por Alfonso de Camargo, pariente de Francisco—consiguíó atravesar el Estrecho y llegar al puerto de Quilcas, en el Perú, donde fué desecha y vendida, y la otra desapareció, sin que jamás se haya podido averiguar su paradero.

Ahora bien: ¿Qué fué del Comendador Frey Francisco de la Rivera y de todos los tripulantes de la nao capitana? ¿Qué fué de los hombres embarcados en la cuarta nave del Obispo de Placencia? (18).

Vergara ("Anuario Hidrográfico de Chile", año 1879, págs. 449 y siguientes). Morla Vicuña ("Estudio Histórico sobre la Patagonia y Tierra del Fuego"); la "Relación del viaje de las naves del Obispo de Placencia", de Andrés García de Céspedes (copiada en la "Colección" Muñoz y publicada en la de Torres de Mendoza, t. V, págs. 560 y siguientes), y la carta escrita desde Lisboa el 19 de julio de 1541 a un tal Lázaro Alemán, en Sevilla, haciendo "relación del suceso de la Armada del Obispo de Placencia, que salió de España en el año de 1539, compuesta de cuatro navíos, para el Estrecho de Magallanes, donde llegaron a mediados del mes de enero de 1540". (Original en el Archivo de Indias y citada por Morla Vicuña. La copia que había pertenecido a Felipe Bauzá se encuentra en el Museo Británico de Londres, Sección Eg. núm. 1.816.)

(18) La nao de Gonzalo de Alvarado al regresar a Europa equivocó la derrota y llegó al Cabo de Buena Esperanza, donde, por causa de un temporal, quedaron abandonados cinco hombres enviados a reconocer qué tierra fuese aquella. En las costas de Guinea se quedaron otros tripulantes, y por fin llegó la nao a Lisboa. La nave de Camargo fué la primera que por el Estrecho llegó al Perú. Ya hemos dicho que fué deshecha y vendida. Uno de sus mástiles sirvió de asta de bandera en la plaza de Lima, y muchas de sus tablas se utilizaron para fabricar puertas para la casa de los Pizarro. En España, por las noticias que llevó Alvarado, se creía que Fray Francisco de la Rivera y sus ciento cincuenta compañeros se hallasen vivos en el Estrecho, esperando socorro. Así consta en una Cédula de Carlos V, de 1541.

Todas las investigaciones resultaron vanas y el misterio se cierne sobre su historia. No es de presumir que aquellos hombres salvados en tierra, aún con armas y mantenimientos, murieran en seguida. Se adaptarían al ambiente o se trasladarían solos o en masa a otras regiones, viviendo tal vez largos años perdidos en aquellas tierras. Los indios fueguinos no podían ignorar su existencia, que se transmitiría de tribu en tribu, desde el fondo de la Patagonia hasta los españoles de Chile, Córdoba y Tucumán.

La imaginación de los conquistadores nunca olvidó aquellos naufragos misteriosos. Se les suponía apartados del mundo, casados con indias y formando una ciudad fantástica. Decíase que un tal Sebastián de Arguello, supuesto Comandante de la nao capitana, se había erigido en Patriarca y Emperador de los Césares (19). Años después, los antiguos

a la Priora del Hospital del Rey, donde se hallaban la hermana y las sobrinas de Frey Francisco de la Rivera: "... y ahora nos somos informados que yendo el dicho frey Francisco de la Rivera a la dicha conquista con tiempo contrario, dió el navio en que iba al través, y él y la otra gente que en él iba, salieron a una isla que diz que está junto al dicho Estrecho, donde al presente quedan..." En 1553, Francisco de Ulloa, enviado por Pedro de Valdivia, avanzó hacia el Estrecho, y unos dos años después, don García Hurtado de Mendoza, hijo del Virrey Marqués de Cañete, mandó al Estrecho a Juan Ladriero y al piloto Hernán Gallego, con cuarenta hombres, los cuales lo recorrieron de mar a mar. Nada se supo en estas expediciones de los naufragos del Comendador Rivera. Habían pasado desde entonces diez y ocho años. En 1557, después de aparecer en el Perú un famoso cometa con la cola dirigida hacia el Estrecho, pasó por éste, en "El Pelicano", Sir Francisco Drake. Hasta la fecha se ignora si Drake tuvo noticia de los naufragos famosos. Nada de ello aparece en su historia, ni en los últimos documentos descubiertos en 1912 por Zelia Nubttal.

(19) El primero en hablar de él es el P. Diego de Rosales en su "Historia General de Chile" y en la "Conquista Espiritual". Otros cronistas repiten lo dicho por Rosales, olvidándose todos del verdadero jefe Frey Francisco de la Rivera. Escribe Morla Vicuña que en ninguno de los registros relativos a la expedición de Camargo ha hallado nombramiento o título alguno extendido a nombre de Arguello. Sólo encontró una información de servicios hecha en 1579 por un tal Sebastián de Arguello; pero en ella, el interesado no dice haberse hallado en el Estrecho con Frey Francisco de la Rivera. Expone que sir-

conquistadores de la Tierra del Fuego, recordaban haber oído, en las remotas latitudes australes, claras referencias a los náufragos del Obispo de Placencia (20). La crítica

vió en Flandes hasta 1538, que acompañó a Inglaterra a Felipe II, en 1555, y que luego pasó a la Florida con Pedro Méndez de Avilés, y de allí a la Nueva España, donde ejerció varios cargos de justicia y administración durante diez y seis años. Entre los años 1538 y 1555 pudo haber tomado parte en la expedición del Obispo de Placencia; pero su silencio demuestra lo contrario, a menos que pensemos que, dada su actuación, haya preferido callar su aventura. (Esto sólo es una presunción.) Este personaje vivió en Méjico hasta fines del siglo XVI, casado con Inés de Carvajal, hija de Iñigo de Carvajal y de Inés Pimentel, y nieta del Alonso de Pimentel que aprestó el navío en que fué al Perú, en 1548, don Alonso de Montemayor al auxilio de La Gasca contra Gonzalo Pizarro. (Morla Vicuña, "Estudio Histórico.") También se tiene noticia de un Juan de Arguello, que en 1539 consiguió un permiso para llevar esclavos a Indias. Tal vez que éste embarcara en la armada del Obispo de Placencia.

(20) En la "Probanza de la gente española que vino en la armada del Obispo de Placencia" hecha en Santiago del Estero y en San Miguel de Tucumán, durante el año 1589, por orden del gobernador don Juan Ramírez de Velazco (estudiada por Morla Vicuña en su ob. cit.), Jerónimo de Vallejo, escribano del Cabildo de Santiago del Estero declaró haber oído a Alderete, en el viaje que hizo con él a España en 1555, que en su expedición a la Patagonia, hecha por orden de Valdivia, había tenido noticia de la existencia de los náufragos del Obispo de Placencia. Lo mismo declararon Alonso de Tula Cerbin, escribano Mayor del Tucumán, y el capitán Pedro Sotelo de Narváez, especificando este último que lo que decía lo había sabido de los soldados que acompañaron a Alderete. Fray Reginaldo de Lizárraga después que unos soldados que habían acompañado al general Lorenzo Bernal al descubrimiento de unas minas de plata tras de la Cordillera Nevada, le dijeron que unos indios les revelaron la existencia de unos cristianos que estaban a la ribera de un río, a treinta jornadas, y que entonces el general Bernal les envió una carta diciéndoles que en Roma reinaba Gregorio XIII y en España Don Felipe, que en el Perú era Virrey don Martín Enriquez, y en Chile gobernador don Alonso de Sotomayor. A pesar de habersele enviado papel para que contestasen, aquellos náufragos no dieron señales de vida. Además, el P. Lizárraga recordaba que un tal Juan de Espinosa había oído decir en 1557 a muchas personas de crédito, como el capitán Peñaloza y Diego Pérez, que al otro lado de la Cordillera los indios habían hablado de unos cristianos que habían intentado llegar a Chile; pero, que no pudiendo pasar, por la gran multitud de indios, se habían vuelto, dejando cruces señaladas en los árboles y una carta en una olla. Espinosa confirmó la declaración de Lizárraga, agregando que en tiempos de la

moderna demuestra que en el fondo de aquellas declaraciones anidaban la confusión y el error, cuando no la mentira; pero, entretanto, la fama falsa o auténtica de los fabulosos habitantes del Estrecho seguía su carrera de ensueño, dejando en las mentes los gérmenes de encantadas leyendas (21).

gobernación de Rodrigo de Quiroga había oído en casa de Alonso de Escobar, en Santiago de Chile, que los indios puelches afirmaban que aquellos naufragos de la Patagonia tenían espadas, perros bravos y muchos hijos, y que el jefe era un viejo a quien llevaban en andas, llamado Juan de Quirós. Esto, a juicio de Espinosa, debía ser cierto, porque en el Perú se lo había confirmado un tal Juan Enriquez, antiguo tripulante de la nave del Obispo de Placencia que llegó al puerto de Quilcas, asegurándole que aquel Quirós había sido su capitán y se había quedado en el Estrecho. El testigo Juanes de Artaza, declaró que en 1566, en la posada de Juan Jofré, en Santiago de Chile, se mostraba una espada y un clavo pertenecientes a los misteriosos cristianos de la Patagonia, y que de mano en mano habían llegado hasta allí. El capitán Blas Ponce refirió que en 1583 conoció a un francés muy anciano, llamado Ibaceta, el cual contaba que yendo cierta vez en un navío extranjero por la Mar del Norte, había visto a unas cien leguas al Sud del Río de la Plata un navío de españoles que se decía era uno de los de la armada del Obispo de Placencia. Además, en cierto lugar de la costa patagónica, los indios habían dicho por señas a los tripulantes de su navío que en la tierra adentro había otros hombres como ellos, con arcabuces, que les quitaban la comida a las mujeres. Lo mismo había oído en otro lugar de aquella costa, en su segundo viaje hecho dos años después.

(21) Muchos de los detalles referidos por los declarantes en la "Probanza" hecha por orden de Ramírez de Velazco, concuerdan con lo consignado en los documentos relativos a la expedición de la armada del Obispo de Placencia, lo cual demuestra un indiscutible fondo de verdad; pero otros, aunque también rigurosamente históricos, pertenecen a empresas y expediciones distintas, lo cual prueba asimismo que en la tradición de los naufragos en el Estrecho entraron episodios de las más variadas procedencias. Analizando la citada "Probanza", Morla Vicuña explica que don Juan y don Martín de Quirós no embarcaron en la armada del Obispo de Placencia, sino en la de Diego Flores de Valdés, que en 1581 se dirigió al Estrecho bajo las órdenes de Pedro Sarmiento de Gamboa. De dos hechos históricos, resultó, por tanto, uno fabuloso. Lo mismo le ocurrió a Ibaceta. Este, en 1583, contaba uno ochenta años, y según él había visto la nave perdida cuando tenía quince. Hacía, por tanto, unos sesenta o sesenta y cinco años que a su cuenta había ocurrido aquel encuentro, mientras que, en cambio, la armada del Obispo había viajado tan so-

Inconscientemente, "lo de César" las maravillas que en su entrada desde Sancti Spiritus habían visto "los Césares", o sea, los soldados del Capitán Francisco César, se entremezclaban con el rumor de los náufragos abandonados. Tal vez alguien, confundiendo fechas, se imaginaba que César, en su entrada, había llegado hasta aquellos solitarios de la Patagonia (22). En fin, la historia de César, que Guzmán oyó en el Perú, descendió a Chile hasta dar su nombre a las

cuarenta años antes. La nave que vió Ibaceta fué simplemente una de la armada de Loaysa, la "San Gabriel", que se separó al mando de Rodrigo de Acuña, y que, en efecto, fué vista y atacada por naves francesas. Lo único en que se equivoca Morla Vicuña es en creer que los cristianos vistos por los indios que interrogó Ibaceta en su segundo viaje, "debían ser los que, bajo las órdenes de Nuño de Lara, había dejado Sebastián Caboto en el fuerte de Sancti Spiritus". Respecto al fracaso de la armada de Sarmiento de Gamboa, sólo diremos que en una de las tentativas para penetrar en el Estrecho se perdió una nave con doscientos de los seiscientos soldados que se dirigían a Chile. En el Estrecho, Sarmiento de Gamboa fundó los fuertes "Nombre Jesús" y "Real Felipe". Como los mantenimientos no bastaban, volvió a España en busca de ellos; pero en el camino cayó en mano de unos corsarios ingleses que lo llevaron a Londres. Entretanto, los soldados que quedaban en el Estrecho, fueron muriendo poco a poco. Un marinero llamado Tomé Hernández, recogido en enero de 1587 por Tomás Cavendish y escapado de su navío en un puerto de Chile, declaró que él era el último sobreviviente de la gente abandonada en el Estrecho. Algunos lo creyeron, pero otros supusieron, con razón, que debían haber quedado más náufragos en aquellas regiones. El P. Lizárraga, según dice en "La Crónica de Chile", conoció en Córdoba al escribano de la armada de Sarmiento de Gamboa, llamado Montemayor, el cual le refirió que en cierto lugar del Estrecho habían visto en la playa una media ancla, una sonda, pedazos de tablas y un medio mástil, y sobre una roca, cavada una cruz y tres renglones, de los cuales no habían podido leer más que una M, una O y una D. Más adelante, sobre un cerro redondo, cercado de una pared, un árbol de navío hincado, como de mesana.

(22) En una carta atribuida por Manuel Ricardo Trelles a Centenera, y publicada en el t. IV de "El pasado Argentino", se lee: "Sería importante que V. M. dividiese aquella gobernación en dos, dando a la una por cabeza a Buenos Aires, con Santa Fe y Concepción, pueblo nuevo en el río Ypití, que suena tanto como Bermejo, con toda la conquista de aquella banda del río, que es hacia el estrecho, llamada de los Césares, por un fulano César que la descubrió, que se tiene por cierto es muy rica de oro y jente..."

leyendas que circulaban sobre los naufragos del Estrecho. Creemos confirmar esta tesis con el hecho de que los nombres con que se distinguía otras conquistas más o menos fabulosas, se aplicaron también a la ya mitológica odisea de los Césares patagónicos (23).

(23) Así, por ejemplo, Guzmán (lib. I, cap. VI) dice que Francisco de Mendoza, durante su expedición de 1542, que vino a salir al Paraná (véase nuestra "Historia del Gran Chaco", cap. X)), tuvo noticia de los Comechingones que "a la parte del sur había una provincia muy rica de plata y oro, a quien llamaban Yungulo, que se entiende ser la misma noticia que en el Río de la Plata llaman los Césares, tomado del nombre de quien la descubrió". (No olvidemos, por lo que pueda significar, que entre la gente de Mendoza iban cuatro soldados que habían pertenecido a la armada del Obispo de Placencia.) El deán Gregorio Funes (lib. II, cap. X), parafraseando a Lozano (lib. IV, cap. XIII), escribía que Abrego organizó otra expedición, "fomentando una preocupación popular: el descubrimiento de los Césares o Trapalanda". Esta confusión entre la Trapalanda y los Césares; aparece también en los documentos. En 1562, Francisco de Villagra encargó a Juan Jofré la repoblación de Mendoza, la fundación de San Juan de la Frontera y el descubrimiento, al Sur de las provincias de Cuyo, de las Provincias de los Césares, Telan, Linlin, Trapalanda y Conlara. En los "Poderes e instrucciones que el Cabildo de la ciudad de Córdoba del Tucumán dió al capitán Hernán Mexía Mibal...", fechado en Charcas, en 1589 ("Anales de la Biblioteca", t. X, pág. 217), se le ordena "pedir al rrey nuestro señor alargue o de por toda la vida la governación desta tierra al governador Juan ramirez de velazco con el descubrimiento de la gran noticia de la trapalanda que llaman de los césares de que se tiene gran noticia..." En la información que acompaña, un testigo declara "que el dicho governador gonçalo de abrego salió desta ciudad con muchos vezinos della y soldados, y que este testigo fué uno de ellos, con los quales fué para ei dicho descubrimiento de la trapalanda que llaman de los sesares... y que descubierto y poblado los sesares, podría rredundar mucho provecho según se tiene notiçia de que ay mucha rriqueza entre los natrrales..." Otro testigo especifica que "gonçalo de abrego... se volvió del camino por faltarle las guías". Oñez de Loyola, nombrado gobernador de Chile, también pensaba pasar la cordillera para descubrir la Trapalanda y los Césares. En la parte de la misma información que cita Morla Vicuña, el testigo Sotelo Narváez declara que el Adelantado Alderete pretendía "hacer la dicha jornada llamada Jornada de la Sal, y que esa provincia se conoce también con los nombres de Lin Lin o la Trapananda..." El testigo Jerónimo de Calleja, que había estado en España con Alderete en 1554, aseguró que le había oído hablar "de la mucha gente de indios que había de la otra parte de la Cordillera de Chile, corriendo a la mar del Norte, y de como en ella

Entretanto, no faltaban expediciones militares que en diversos rumbos se lanzaban al descubrimiento de los Césares y de otras provincias desconocidas, ilusoriamente ricas (24).

había gente española que se había quedado allí de la que venía en la armada del Obispo de Placencia, y que había algunos de ellos, los cuales tenían paz con los indios naturales de aquellas Provincias e era causa estar juntos con indias de las de la dicha provincia y en ellas tener hijos, mediante lo cual habían con los indios amistad e daban lo necesario que había menester, y que era tanta la gente que había, que para conquistalla era necesario mucha cantidad de gente e bien armada...

(24) A más de las expediciones citadas en la nota anterior, podemos recordar la que Hernandarias llevó a cabo en 1604 con unos doscientos hombres, marchando cerca de doscientas leguas hasta las márgenes del Río Negro, de donde regresó. (Guzmán habla de esta expedición, que salió "en busca de la noticia que se dice de los Césares", en el lib. I, cap. II.) Hernandarias había tenido noticia, por los soldados de Sotomayor, de los naufragos de la armada de Sarmiento de Gamboa que habían quedado en el Estrecho. No puede negarse que en su intento habrá anidado la esperanza de rescatarlos. En su información al Rey, Hernandarias sólo le decía que para la conquista de los Césares "juntó doscientos hombres y los proveyó de todo lo necesario, y caminó con ellos cuatro meses con grandísimos trabajos por la esterilidad de la tierra y ser inhabitable, por lo cual enfermaron todos y le fué necesario volverse..." Hernandarias no desesperó. Hallábase convencido que la ciudad de los Césares debía estar "más arrimada a la cordillera que va de Chile para el Estrecho, y no a la costa del mar". Así escribía al Virrey de Lima recomendando para dicha empresa a don Jerónimo Luis de Cabrera, el cual partió de Córdoba en 1622 con cuatrocientos hombres, doscientas carretas y seis mil cabezas de ganado, en busca de los Césares. Lo único que halló fueron grandes plantaciones de manzanos, sin duda dejados por "los Césares osornenses", los desventurados colonos de Villa Rica y Osorno que, atacados por los indios, se perdieron en su intento de llegar, a través de las pampas, hasta Buenos Aires. Pasamos por alto los intentos de descubrir a los Césares, de Pérez de Zurita, Aguirre y Castañeda, gobernadores de Tucumán, así como el del licenciado Luis del Peso, en 1620, del cual habla el deán Fúnez en el lib. II, capítulo XVI. Muy interesante es el bando de Juan de Torres de Navarrete, dado en la Asunción el 23 de febrero de 1586 con objeto de alistar la gente para una expedición que debía salir al cabo de dos años en busca de los Césares. Torres Navarrete dice: "Me ha parecido hacer una jornada y población en la noticia de los Césares o Elelin, dicho por otro nombre, por tener bastante relación de la mucha copia de naturales que hay en la dicha parte para los atraer al gremio cristiano y a la obediencia de S. M. y otrosí por la gran noticia de ri-

El mito patagónico se había adornado con una bella ciudad, que, con el tiempo transcurrido desde el naufragio de la Armada del Obispo de Placencia, habían erigido aquellos naufragos en las soledades ignotas del lejano Sud (25).

quezas que tienen los dichos naturales..." (Hállase original en el Archivo Nacional de la Asunción, núm. 312, vol. XL, núm. 21. Fue publicada por el doctor Manuel Domínguez con una introducción sobre "Elelín o la Tierra de los Césares", en "El alma de la raza", páginas 161 y siguientes.) Las provincias ilusoriamente ricas a que nos referimos en el texto, eran, entre otras, las de la Sal y de los Indios Coronados. En la "Información" de servicios de Pedro de Villagra, hecha en Santiago de Chile en 1562, el testigo Gaspar Chacón a la pregunta 48 declara: "Queste testigo vido salir al dicho Pedro de Villagra con gente a descubrir lo que había detrás de la gran cordillera porque se tenía nueva había gente y unas salinas y vido volver al dicho Pedro de Villagra de las dichas salinas con mucha sal y diziendo había mucha noticia adelante." (Los demás testigos contestan en términos más o menos iguales.) En una carta de don García Hurtado de Mendoza, escrita en la ciudad de Cañete de la Frontera el 19 de enero de 1558, leemos: "...pienso... yr este verano o al principio del otro, a la conquista y pacificación de la tierra que dicen de los Coronados, que tengo noticia que es muy buena y de gran población..." Del descubrimiento de los Coronados se habla también en cartas del Cabildo secular de la Concepción de Chile, de 1558. (Documentos reproducidos por Morla Vicuña, ob. cit.).

(25) Decía el jesuita Guevara (Dec. VI, parte I), "Trapalanda es provincia al parecer imaginaria, situada hacia el Estrecho de Magallanes, o, por lo menos, en la Provincia Magallánica, en cuyos términos ponen algunos la ciudad o ciudades de Césares, por otro nombre Patagones... Hacíanlos christianos de profesión con Iglesias y Baptisterios, imitadores en ceremonias y costumbres de catholicos; con campanas a las puertas de las iglesias para congregar el pueblo a las funciones eclesiásticas." Alguien que había logrado hablarles, "sólo entendió estas cláusulas: Nos Dios tener; Papa querer; Rey Saver...". Lozano, Guevara y Funes hablan de la declaración que hicieron dos marineros, Pedro de Oviedo y Antonio de Cobo, supuestos moradores de la Ciudad de los Césares. Decía Guevara: "Ay quien oyó las Campanas; ay quien comunicó y vió a los Césares; ay finalmente quien asistió a la fundación de la ciudad y habitó muchos años en ella..." y prosigue: "Estos Césares, desde el principio se publicaron por naufragos de la Armada de don Gutiérrez de Caravaxal, y en poco más de veinte años que corrieron desde el naufragio hasta la entrada de Aguirre, a los Comechingones, les crecieron tanto los pies que desde entonces se llaman Patagones por la grandeza de los pies." (Ya se sabe que la etimología de patagones viene de patak, una centuria, que eran los indios que habitaban en San Julián cuando, en 1520, se de-

Los eternos sueños de oro que dieron forma a aquel espejismo del Perú llamado Patiti, revolotearon igualmente en torno de la Ciudad de los Césares, haciéndola imaginar grande, populosa y rica, como si ella también fuese un reflejo desconocido del maravilloso Cuzco (26).

tuvo allí Hernando de Magallanes.) También se hablaba de un joven holandés que en el reinado de Carlos II había estado en Trapalanda.

(26) En un expediente ya citado, de 1601, que hemos leído en el Archivo de Indias, Sección quinta, Audiencia de Charcas, núm. 111, se resumen de la siguiente manera todas las ilusiones que flotaban sobre la Patagonia y el Estrecho de Magallanes: "A estotra banda de Buenos Aires ala vanda del Sur, a setenta leguas, ay unos sepulcros en que, por razón de los yndios, se entiende que ay muchos metal (es) que, a lo que ellos señalaron, es oro... cien leguas más adelante está una provincia que llaman los Césares, la gente de la qual viben en cassas de piedra y andan vestidos y se sirben de vasijas de plata y oro y tienen suxetos algunos de los yndios sus comarcas que no son tan pulíticos. Esta conquista es aora la más deseada en estas partes ansi de los destas provincias como de las otras comarcas. Ay más adelante hacia el estrecho otros yndios entre los quales ay algunos descendientes de blancos, según ellos dicen, y andan bestidos y tienen espadas y andan a cauallo. Pero no en caualllos, antes las señas que dan son borricos; créese questos son de los que ynbíó el obispo de Placencia al estrecho de Magallanes, los quales traxeron a aquella tierra garañones y embras dellos. Desde alli adelante ay indicios de ser la tierra muy rica, por lo que yo aberigüé con dos ingleses en el Rio de Geneyro cuando boluió segunda vez apasar el estrecho Tomás Candi, ques lo siguiente: Queen 48 grados ay unos gigantes destremada grandeça, los quales, auíendoles dado los yngleses gente entierra, sellevaron nueve ingleses echándolos al ombro por una pierna, y aviendoseles encallado el nauío se le hacían pedaços apedradas, hasta que con la marea desencalló y entonces con la artillería y mosquetería mataron dieciséis dellos. Queen el mismo estrecho desembocan muchos ríos, los quales en sus bocas tienen grandísima cantidad de perlas, las quales certificaua Tomás Candi ser mejores que las de la yndia y tan fáciles de pescar que todas las ueces que ay baxamar quedan en seco los ostiones en grandísima cantidad... y afirman auer tanta cantidad queen uno de los nauíos que lleuó Tomás Candi, cuyo maestre se llamaua Tobías, no hubo marinero ni soldado que no lleuase un saquillo de perlas..." La descripción que al principio de este documento se hace de la Ciudad de los Césares, recuerda vagamente las que los indios del Paraguay y del Chaco hacían del Cuzco y de la riqueza peruana. Sin duda el mismo estilo de aquellas relaciones se aplicó en este documento para describir la Ciudad de los Césares. Manuel Domínguez, en "El alma de la raza", página 96, escribió: "La Ciudad de los Césares, o era un espejismo, o Cuzco, que, por la confu-

De esta manera, el mito se agigantaba y extendía. Ya hemos visto que, a pesar de hallarse confinado en los extremos de la Patagonia, se le intentaba buscar desde el remoto Paraguay. Su fama sonó tanto o más que la del Paítiti y fué el último ensueño que se esfumó en las llanuras inmensas y vacías, desapareciendo por fin entre las cumbres andinas, cuando la audacia de las exploraciones hubo traído la desilusión de lo conocido.

No sólo los conquistadores corrieron tras la sombra de los náufragos abandonados y de sus fantásticas ciudades; también los misioneros quisieron recordar a aquellos cristianos perdidos la palabra de Dios, y con este motivo no debemos olvidar los intentos del desgraciado P. Nicolás Mascardi (27).

Salió de Chiloé a fines de 1670, guiado por una "princesa" india llamada Huanguelé, "Estrella", convertida al cristianismo, que había prometido llevarlo a la Ciudad de los Césares. Lo acompañaban también algunos caoneros y taladores. Desde el lago de Nahuelhuapí despachó con los indios cartas escritas en castellano, latín, griego, italiano, araucano, puelche y poya a "Los Señores Españoles establecidos al Sur de la laguna Nahuelhuapí". En contestación, unos indios trajeron un cuchillo, un pedazo de espada y otros objetos, diciendo que se los habían dado dos hombres vesti-

sión de los relatos, se siguió buscando después de conquistada." Sin embargo, la sospecha del doctor Domínguez—que los Césares pudiesen ser una visión del Cuzco—, y que él no fundamenta en ninguna demostración documental, aunque digna de ser meditada, no nos parece probable. La leyenda de los Césares no tuvo siempre un mismo fondo. El aspecto con que se veía los náufragos que en distintas ocasiones habían quedado abandonados en el estrecho, variaba según las relaciones de los indios, y éstas, según los conocimientos que los salvajes adquirían de los mismos españoles. Era aquél un eco recíproco.

(27) En busca de los Césares había salido, en 1662, el P. Jerónimo de Montemayor (Alcedo, "Diccionario", art. "Césares"). A mediados del siglo XVIII, durante el Gobierno en Buenos Aires de don José Andonaegui, se fomentaron las misiones jesuíticas en la Patagonia, con la esperanza de reducir a los indios "de la nación, Patagones o Césares".

dos de blanco, con los cabellos y la barba largos. Mascardi creyó que éstos serían los Césares, pero en Chile se pensó que más bien debían ser los últimos náufragos de una nave perdida poco tiempo antes en las proximidades del Estrecho. En 1672, Mascardi llevó a cabo otra entrada desde Nahuelhuapí hasta el Atlántico, donde encontró los restos del campamento de Juan de Narbrough, que por orden del Rey de Inglaterra había salido a explorar la Patagonia y tomar posesión del Estrecho. Mascardi fué muerto poco después en la misma misión de Nahuelhuapí (28).

Los datos de los Césares que obtuvo Mascardi y los descubrimientos que hizo, prueban que los indios, al ser interrogados si tenían conocimiento de cristianos, respondían afirmativamente, sin mentir, pues se referían a náufragos perdidos en costas lejanas, a campamentos de marinos extranjeros o a poblaciones españolas cuyos nombres desconocían, pero habían entrevisto en la lejanía o conocían por relación de otros indios (29). No olvidemos que, tanto en las selvas

(28) Hemos seguido, para la biografía del P. Mascardi, la "Historia general del Reino de Chile", del P. Diego de Rosales, con prefacio de Benjamín Vicuña Mackenna; la "Historia de Chile", del P. Olivares, y "Los Césares de la Patagonia", de Ciro Bayo, quien dió vida literaria a los episodios referidos. El P. Claudio Clemente, en sus "Tablas cronológicas" (en que se contienen los sucesos eclesiásticos y seculares de España, Africa, Indias orientales y occidentales, desde su principio hasta el año 1642. Valencia, 1689), escribe en el año 1670 que el P. Mascardi descubrió la Ciudad de los Césares, lo cual es un error, como hace observar el P. Feijóo citando al P. Manuel Rodríguez, el cual, en su "Índice cronológico peruano", dice que el P. Mascardi entró en 1670 a predicar a los indios poyas, con ánimo de pasar a los Césares, pero que no lo consiguió, pues fué martirizado en 1673. Las "Annuaes de la Compañía de Jesús", en los años correspondientes, traen importantes datos sobre los itinerarios y relaciones del P. Mascardi.

(29) La dificultad de las comunicaciones y lo vagamente que los indios llevaban las noticias a través de la Pampa y de la Patagonia, hacía que la misión de Mascardi en Nahuelhuapí fuese creída la Ciudad de los Césares por la gente de Buenos Aires. Al mismo tiempo, los detalles confusos que los indios daban a Mascardi de los cristianos de Buenos Aires y de otras poblaciones, hacían surgir en la mente del misionero la imagen de la tan buscada ciudad. El cacique Melicurá, que se presentó a Mascardi como proveniente de los Césares, con una

del Brasil, como en el Chaco y en la Patagonia, los indios se comunicaban todos entre sí, haciendo correr una misma noticia de un extremo a otro del Continente. Quienes se engañaban eran los mismos españoles: en cualquier noticia que daban los indios, ellos veían los Césares. No los culpemos por sus errores. Aquellos hombres, alucinados por una leyenda enloquecedora, que nosotros analizamos fríamente en la soledad de nuestro gabinete de estudio, ignoraban la historia de los naufragios y las exploraciones llevadas a cabo por barcos extranjeros, que aparecían clandestinamente. Además, como en el caso del Paitití, no podían concebir que los indios les hablasen de las poblaciones de donde ellos mismos acababan de salir.

Durante todo el siglo XVIII, la Ciudad de los Césares, cuyos habitantes, según los informes del P. Feijóo—el cual seguía la "Historia de Chile", del P. Alonso de Ovalle—arababan "con rejas de oro", fué buscada aún con más ahinco que en los primeros tiempos de la conquista.

Un tal Silvestre Antonio de Rojas estuvo más de doce años haciendo gestiones para que se le encomendase en España y en Chile la conquista de los Césares. Rojas, que al caer prisionero de los Peguenches había llegado a ser su cacique, describía la Ciudad de los Césares en términos verdaderamente fantásticos; pero las autoridades nunca la dieron crédito (30).

carta del "Capitán de los huincas", sólo traía un certificado de buena conducta de don José Martínez de Salazar, gobernador de Buenos Aires, firmado en el fuerte de esta ciudad el 15 de agosto de 1673.

(30) Rojas imprimió y repartió en el virreynato del Perú un folleto titulado "Derrotero de un viaje desde Buenos Aires a los Césares, por el Tandil y el Volcán, rumbo al Sudoeste, comunicado a la corte de Madrid, en 1707, por Silvestre Antonio de Roxas que vivió muchos años entre los indios Peguenches" (Pedro de Angelis lo publicó en su "Colección de obras y documentos..."). Rojas decía que "En la otra banda de este río grande (que se vadea a caballo en tiempo de cuatresma, que lo demás del año viene muy crecido) está la Ciudad de los Césares españoles, en un llano poblado, más a lo largo que al cuadro, al modo de la planta de Buenos Aires. Tiene hermosos edificios de templos y casas de piedra labrada y bien techados al modo de

Un franciscano llamado Pedro Jerónimo de la Cruz, se ofreció en 1724, desde Montevideo, a evangelizar a los Césares, que conocía por las narraciones que le había hecho su padre; pero tampoco fué atendido. El 11 de agosto de 1746, el jesuita José Quiroga escribía al Gobernador y Capitán General de Buenos Aires "sobre el descubrimiento de las Tierras Patagónicas en lo que toca a los Césares", citando el caso de una cautiva que, llevada a lejanas regiones del Sud Oeste, encontró unas casas con gente blanca y rubia, que le parecieron españoles, pero que no la entendieron cuando les habló en castellano (31). El P. Lozano no se atrevía a negar la existencia de aquella región encantada y mencionaba tres ciudades que la fantasía popular atribuía a los Césares (32).

España: en las más dellas tienen indios para su servicio y de sus haciendas. Los indios son cristianos que han sido reducidos por los dichos españoles. A las partes del Norte y Poniente tienen a la cordillera Nevada, donde trabajan muchos minerales de oro y plata, y también cobre; por el Sudoeste y Poniente, hacia la cordillera, sus campos con estancias de muchos ganados mayores y menores, y muchas chacaras donde recogen con abundancia granos y hortalizas... Carecen de vino y aceite, porque no han tenido plantas para viñas y olivares. A la parte del Sur, como dos leguas, está la mar, que los proveen de pescado y marisco..."

(31) La "Carta" de José Cardiel fué reproducida por De Angelis en su "Colección...". Cardiel suponía que los Césares podían ser sobrevivientes de los naufragios ocurridos en el estrecho de Magallanes, y con razón afirmaba que "no hay mentira que no sea hija de algo". En cuanto a la gente blanca y rubia hallada por la cautiva española, nada tiene de extraño, pues los etnólogos han señalado repetidas veces en la Patagonia casos de indios rubios.

(32) Aquellas ciudades eran la del Muelle, la de los Sauces y la de Hoyos. En Chile se hablaba de otra ciudad, próxima al estero de Cahuelmo, llamada Santa Mónica del Valle. En el "Capítulo de una carta del P. Pedro Lozano al P. Juam de Alzola, sobre los Césares, que dicen están poblados en el estrecho de Magallanes" (publicada por De Angelis), el P. Lozano da distancias en leguas, sin dudas ni vacilaciones, y dice que "circunda a dichos Césares una laguna de muchas leguas, la que les sirve de fortificación y muro contra las invasiones de los indios Caribes, como son los Peuelches, Muyuluques y otras naciones". Termina declarando: "Con todo eso, yo no lo creo, y sólo envié dicho papel, como antes dije a Vuestra Señoría Reverendísima, para que se entretuviese en el viaje, para lo cual cualquier patraña sirve; pero ésta no deja de tener su apariencia de verdad".

En 1760, el P. Tomás Falkner publicaba un "Derrotero desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la Ciudad Encantada", describiendo la ciudad casi con las mismas palabras que Silvestre Antonio de Rojas (33).

Un entusiasta de la Ciudad de los Césares, que se pasó la vida soñando con ella, fué don Ignacio Pinuer (34). En

(33) Hállase inserto en la "Colección", de Angelis. Decía Falkner en su "Derrotero", que para llegar a la Ciudad de los Césares había que pasar las sierras del Tandil y la laguna de Guaminí, el río de las Barrancas, el cerro Payen y los ríos Diamante, San Pedro y del Estero o de los Ciegos, hasta los indios Puelches, en la boca de un valle donde nace el río Hondo. Siguiendo hacia el Sur se encontraba a tres leguas el río Azufre, y a las treinta leguas otro río grande, "muy ancho y muy apacible en sus corrientes; y este río nace en la cordillera de un valle grande, espacioso y muy alegre, en donde están y habitan los indios Césares. Es una gente muy crecida y agigantada, tanto que, por el tamaño del cuerpo, no pueden andar a caballo, sino a pie. Estos indios son los verdaderos Césares; que los que vulgarmente llaman así no son sino españoles que anduvieron perdidos en aquella costa y que habitan junto al río que sale del valle, en las inmediaciones de los indios Césares; y por la cercanía que tienen a esta nación les dan vulgarmente el mismo nombre, no porque en realidad lo sean". En su "Descripción de la Patagonia...", publicada en Hereford, en 1774 (véase la edición de la Universidad de la Plata, de 1911, página 100), Falkner considera una leyenda los Césares descendientes de los antiguos naufragos (Ciro Bayo no está en lo cierto cuando escribe: "Se conoce que Falkner no creía en la existencia de los Césares de la Patagonia, pues ni los menciona ni nunca se le ocurrió buscarlos"). En tiempos de Falkner estaba de moda suponer que los Césares no eran más que los indios cercanos a la laguna de Nahuelhuapi. Alcedo, siguiendo en parte a Coletti, escribió que los Césares eran una "nación bárbara de indios del Reyno de Chile, al Sur...", y al hablar de la laguna de Puyegué, dijo: "en sus inmediaciones dicen que habitan algunos indios de los Césares". En el mapa de Quirós publicado en 1618 se leía al Este de los Andes: "Provincia de los secares", y al Oeste de un lago: "Al rededor destas lagunas ay muchas poblaciones de Yds. que llaman secares".

(34) De este Pinuer se ocupó largamente don Pedro Usauro Martínez de Bernabé en "La verdad en campaña". (Hemos consultado la copia que de la segunda parte de esta obra existe en la "Colección" de Benito de la Mata Linares, existente en la Real Academia de la Historia, de Madrid, tomo IX, desde la pág. 576 en adelante. En la página citada hay una nota de J. T. Medina, que dice: "Este es un trabajo de don Pedro Usauro Martínez de Bernabé, chileno, natural de

la "Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de españoles, que hay entre los indios al Sud de Valdivia, e incógnita hasta el Presente, por el Capitán Don Ignacio Pinuer", escrita en 1774 y publicada por De Angelis en su "Colección...", Pinuer describe una ciudad fortificada, con foso y puente levadizo, asegurando que sus habitantes se defienden con artillería, "lo que se sabe fijamente, porque

Valdivia, i forma la segunda parte de su libro intitulado "La verdad en campaña".) Después de algunas disertaciones sobre la falsedad de la tradición de los Césares, don Pedro Usauro desliza la muy justa observación que la historia creada por los españoles "ha trascendido a la incultura de los indios". Del "Patricio de esta plaza, don Ignacio de Pinuer", dice que en 1772 se dirigió a Su Majestad hablándole de las supuestas poblaciones construidas por los retirados de Osorno al pie de la laguna de Pueyegucé, y afirmándole que había allí dos ciudades muradas, cuyos habitantes poseían infinitas riquezas y estaban sujetos a un reyezuelo. Agrega Usauro que cuando, en 1714, el gobernador de Valdivia, don Joaquín de Espinosa, hizo hacer ciertas averiguaciones respecto a los Césares, unos emisarios que se habían encargado de llevar unas cartas a aquellas gentes y traer la respuesta, "a pocos días no sólo se verificó la falacia del ofrecimiento, sino que los mismos agentes declararon que las noticias que habían relacionado eran las mismas que tenían comprendidas por haberlas oído a don Ignacio Pinuer, pael principal en asuntos de Césares". En los "Autos", de Valdivia, sobre los Césares (nueve volúmenes con más de cuatrocientos folios escritos casi todos por don Pedro Usauro), Fray Buenaventura Zárate declara, *in verbo sacerdote*, que cierto indio Donado, de su orden, en su convento de Santiago, le confesó que había "oydo a sus mayores que había poblaciones de españoles al pie de la cordillera, junto a la laguna de Pueyegué...". La declaración era interesante, pero todo ello aquel indio terminó por decir que lo había oído en casa de don Ignacio Pinuer... El 15 de septiembre de 1776 Pinuer salió de Valdivia con ochenta soldados en busca de los Césares de la laguna de Peyegué. En el camino, después de pasar el llano de Culchilleufú, fundaron el fuerte de la Concepción del Río Bueno. Llegados a la laguna, hallaron en la margen opuesta al indio Turin, que en su idioma significa "Traidor", de más de ochenta años, el cual se ofreció a guiarlos a los Césares. Así anduvieron entre bosques espesos, hasta que llegaron a la laguna de Llayquigüé, en cuyas márgenes acamparon, preparándose para vadearla; pero aquella noche desapareció el indio Turin. Vueltos al rancho de Turin, lo hallaron haciéndose el enfermo, temeroso de que los habitantes de la ciudad de los Césares "le podrían quitar la vida por haverlos descubierto". A pesar de este fracaso, Pinuer no desmayó e inició una segunda entrada para reconocer la laguna de Peyegué y sus inmediaciones, hasta que, habiéndose ase-

a tiempos del año la disparan", y que usan lanzas y puñales, aunque "no he podido averiguar si son de fierro". En cambio, no tenían fusiles, pero "sólo se sientan en sus casas en asientos de oro y plata". Según Pinuer, los indios contaban que aquellos misteriosos pobladores "usan sombrero, chupa larga, camisa, calzones bombachos y zapatos muy grandes". No se había averiguado si también usaban capa, porque los indios "sólo los ven fuera del muro a caballo; en contra, se sabía perfectamente que vestían "de varios colores" y que eran blancos, con "barba cerrada, y por lo común de estatura más que regular". Además, aquella buena gente, eran "inmortales, pues en aquella tierra no morían los españoles", por lo cual, "no cabiendo ya en la isla el mucho gentío, se habían pasado muchas familias, de algunos años a esta parte, al otro lado de la laguna, esto es, al Este, donde han formado una nueva ciudad". El cacique Marimán había divisado esta ciudad desde el Cerro de los Cochinos, que se halla en la laguna de Rauco, y estaba convencido que eran los españoles de Osorno. También el cacique Pascual, que tenía su tribu al otro lado del río Bueno, "expuso que cerca de su casa hay un cerro bajo o loma, de donde no sólo se divisa la ciudad, sino hasta la ropa blanca que lavan". Todas estas exageraciones, verdaderamente infantiles, que sólo demuestran que los indios, o repetían las descripciones que oían a los españoles, o se referían a las mismas ciudades de los cristianos, desfigurándolas hasta hacerlas irreconocibles a sus propios habitantes, eran vivamente discutidas a fines del siglo XVIII, negadas en absoluto por unos y creídas hasta en sus más mínimos detalles por otros (35).

gurado en Valdivia que alguien había oído tiros de cañón de los Césares, Pinuer preparó una tercera entrada, siempre con los mismos soldados. Llegaron al volcán de Osorno y de allí divisaron llanos muy extendidos—dice Usauro—"con tierras bajas, unos grandes lagos, muchos bosques y ninguna otra señal de población que unas humadas de pocos ranchos de indios dispersos; notaron muchos arenales y ríos, pero ni ciudades, ni castillos, ni caminos, ni señales de tales poblaciones de Césares..."

(35) Entre incrédulos ya hemos hablado de Usauro, y respecto a

Allá por el año 1790, la bella leyenda de la Ciudad de los Césares hizo sospechar a los avisados Virreyes de Buenos Aires, que los indios que hablaban de cristianos en las latitudes australes descubrían, sin saberlo, establecimientos fundados por ingleses u otros extranjeros (36). Por tanto, se fomentaron los viajes a las regiones del Sud, de los cuales no viene al caso que nos ocupemos aquí.

Antes de terminar la larga historia de la Ciudad Encantada, queremos anotar el nombre del último enamorado que la buscó. Fué el fraile asturiano, de la Orden franciscana, Francisco Menéndez. El 12 de enero de 1792, Menéndez descubrió por segunda vez Nahuelhualpí, y en otra entrada desde Chiloé al mismo lago, los indios del lugar le revelaron que a orillas de un río que salía de Nahuelhuapi (el río

los convencidos de la existencia de los Césares sólo mencionaremos a don Manuel Joseph de Orejuela, cuyos pedidos de auxilios para emprender la conquista de los Césares dieron lugar a los "Autos" de Valdivia, ya citados, cuyas declaraciones juradas, y todas acordes, hicieron tal efecto en el fiscal que éste, en 1782, no dudó de la existencia de los Césares. En su "Informe y dictamen", publicado por De Angelis, hace una síntesis de todos los testimonios, entre los cuales es curioso recordar el del indio Santiago Pagniqué, que decía "Que tienen iglesia, lo que sabe por otro que estuvo allí seis días en tiempo que hicieron una procesión, y que la tienen cubierta de plata, que parece una ascua". También hablaba aquel indio, que, según los "Autos", era "de corto entendimiento", de las habitaciones, comercios y armas de aquellos cristianos, lo cual demuestra que, sin duda, se refería a alguna población de españoles cuyo nombre había olvidado o nunca había conocido. Lo notable del caso es que el fiscal que entendió en los "Autos" de Valdivia, al discurrir de los países imaginarios demuestra conocer al escéptico P. Feijóo, pues—aunque no lo cita—emplea sus propias palabras (véase también las Reales órdenes para que se favorezca la expedición a los Césares proyectada por Manuel Joseph de Orejuela, en el tomo V de las "Memorias de los virreyes del Perú"). A principios del siglo XVIII, Guillermo Dampierre creyó en la existencia de una Ciudad de Césares que debía hallarse hacia los 48° al Sur. La Condamine también admitió poblaciones de gente blanca por los 51°, suponiéndolos Césares. Otros navegantes que hallaron en la Tierra del Fuego algún perro y caballos perdidos, sospecharon que también podría haber españoles abandonados.

(36) En 1790, el virrey de Buenos Aires, don Nicolás Arredondo, creía que las revelaciones del cacique Calpisquís se refiriesen a probables fundaciones extranjeras.

Negro) a las muchas jornadas, había una ciudad—"Chico Buenos Aires"—con campanas, casas y numerosos *aucahuincas* con calzones blancos y chaquetas, que sembraban y hacían pan.

El cacique que dió estos datos, fué tan expresivo, que hasta demostró cómo amasaban, y por último, agregó que el Cacique de aquella ciudad se llamaba Basilio y había llegado hasta allí a recoger manzanas. Menéndez oía arrobado, convencido que por fin daría con los verdaderos Césares; pero en su avance hacia aquella ciudad misteriosa, se vió detenido por el Cacique Chuliaquín, el cual le obligó a volver atrás. Menéndez tal vez nunca supo que aquella ciudad, que él suponía de los Césares, era el Carmen de Patagones, y que el Cacique Basilio era don Basilio Villarino, que por Real orden de 1782 había llevado a cabo la exploración del Río Negro (37).

La leyenda de los Césares patagónicos fué el último mito que murió en América. Los albores de la gran rebelión que trajo la Independencia, hicieron olvidar el ensueño de los náufragos olvidados. Más tarde, la guerra a los indios pampeanos dió el golpe definitivo a los postreros vestigios de aquella ilusión. La ciudad errante, flor encantada de las latitudes australes, se esfumó en el horizonte lejano, siempre virgen y siempre deseada, huyendo ante el avance impetuoso de la civilización. ¡Se fueron los náufragos abandonados que en el remoto Estrecho y en las islas de los misteriosos lagos andinos habían construído bellas ciudades alegradas por rumor de campanas! Ya nadie sueña con las le-

(37) Para las andanzas del P. Menéndez es imprescindible la consulta de sus "Diarios", publicados con eruditas anotaciones en 1899 por Francisco Fonk. Ciro Bayo los utilizó grandemente en "Los Césares de la Patagonia", la única obra, hasta la fecha, que a pesar de su carácter literario y de su falta de construcción científica, estudia en conjunto la leyenda del estrecho de Magallanes. Entre los artículos dedicados a los Césares, hechos con fines de pasatiempo y basados en el natural interés que inspira el tema, sólo merece citarse "Las ciudades quiméricas", de Roberto J. Payró, publicado en "Nosotros", de Buenos Aires, núm. 218.

gendarias poblaciones de las cuales los indios daban tan minuciosos detalles. La perfumada tradición, después de haber muerto en la memoria de los viejos pobladores de Chiloé, ha refugiado su tembloroso recuerdo en algunos documentos olvidados que los insensibles historiadores analizamos friamente, destruyendo todas las briznas de poesía y ensalzando, en aras de la crítica, la materialidad del desengaño y de la desilusión.

Resumen y comentario del capítulo XI.

*Fra i mortali scendiam; ma qui sovente
Torna almen colla mente.*

ERMINIA FUÁ FUSINATO.

Al evocar la historia de los náufragos olvidados en los primeros tiempos de la conquista americana, hemos tratado de unas tradiciones del Orinoco y del Amazonas y del mito patagónico de los Césares.

En 1528 comenzó a divulgarse en Venezuela la voz de que en lo profundo de las selvas había cristianos perdidos. Esta noticia la oyeron también Jorge Spira en el Orinoco y Orellana en el Marañón. Los primitivos cronistas juzgaron que la fabulosa existencia de españoles abandonados debió ser una artimaña para inducir a nuevas exploraciones, y que aquellos supuestos náufragos no podían ser los de Ordás por haber llegado éste al Orinoco tres años después del comienzo de aquella fama. Sin embargo, a nuestro juicio, nos parece que ni los indios ni los conquistadores podían inventar casi al mismo tiempo una idéntica leyenda de náufragos abandonados en el Orinoco y el Amazonas. Orellana pudo muy bien oír hablar de algunos sobrevivientes del navío perdido de Ordás, y en cuanto a las noticias de Jorge Spira y a las que se obtuvieron antes que él, tampoco podemos suponerlas fábulas, pues en el mismo año en que Cabral descubrió el Brasil, fueron abandonados en aquellas costas algunos marineros, en tanto que otros se quedaban allí voluntariamente.

Había, por tanto, antes de Jorge Spira, españoles extraviados en las selvas, sin contar la posibilidad de naufragos desconocidos pertenecientes a expediciones clandestinas portuguesas y francesas.

El mito de los Césares comienza con la entrada que desde Sancti Spiritus hizo tierra adentro en 1529 el Capitán de Caboto, Francisco César. En su vagancia por las pampas de San Luis y Mendoza, César "oyó" hablar vagamente del Inca y del esplendor de la civilización quéchua. Estas "maravillas" entrevistadas por César, andando los años, se supuso que las hubiese visto realmente, comunicándose también César con aquel "Señor" fabuloso. Así lo escribió Guzmán, consignando en sus páginas una tradición completamente alterada.

Algunos años después, la imaginaria popular convencióse que las maravillas "vistas" por César—y que sólo eran, como dijimos, un reflejo del Perú—pertenecían a los naufragos de las Armadas de Alcazaba y del Obispo de Placencia, que en distintas ocasiones quedaron abandonados en el Estrecho de Magallanes sin que nunca se volviese a saber nada de ellos.

Desde entonces, los conquistadores no olvidaron a sus compañeros abandonados en el Estrecho. Se hablaba de ellos con aires de misterio, repitiendo las confusas noticias que daban los indios de cristianos perdidos en aquellas regiones, y organizando salidas en su busca, que sólo sirvieron para el mayor conocimiento de la Tierra del Fuego y de la Patagonia. Entretanto, la imaginación creaba una fabulosa ciudad que siempre huía entre las brumas lejanas, y de la cual a veces se oía hasta los disparos de su artillería...

A fines del siglo XVII y principios del XVIII, la ciudad errante de los Césares patagónicos se reforzó con nuevos fundamentos que le dieron otros brillos. Al hablar de cristianos y de ciudades remotas, los indios revelaban la existencia de lejanos campamentos de exploradores y corsarios extranjeros, y aun de flamantes ciudades fundadas por los mismos españoles. Otros indios hablaban de las poblaciones

adonde habían estado una vez, ignorando su nombre, o de las cuales tenían noticia por sus parientes y compañeros. De esta manera, la Ciudad de los Césares se adornó con detalles vulgares, propios de todas las ciudades de Chile, de la Provincia de Buenos Aires, del Tucumán y del Río Negro.

La Ciudad Encantada de la Patagonia fué buscada hasta fines del siglo XVIII. Tras de su ensueño corrieron muchos héroes, disipando sus fortunas y perdiendo sus vidas. Los Césares fueron el último mito de la conquista americana. Aún vive, a las faldas de la cordillera andina, algún viejo cacique centenario que recuerda vagamente las ansiosas preguntas que los perseguidores de los Césares le hacían de una ciudad lejana. La moderna juventud y el olvido que para las cosas del pasado tienen los adelantos de la civilización, ofuscaron las débiles luces de la ciudad fantasma que guiaban en el desierto las esperanzas de los misioneros y de los exploradores. Sin embargo, como podría decir Bernal Díaz, "estos no son cuentos viejos ni de muchos años pasados, de historias romanas ni ficciones de poetas..."

Nuestro siglo ha relegado a los intactos archivos y a las polvorientas crónicas, las bellas leyendas de la conquista, aquellas rosas de las latitudes australes que con su perfume de misterio embriagaban a los delirantes conquistadores, como si un afán ardiente de destrucción de lo que fué, le impulsase a desvelar todos los enigmas, a matar todos los ensueños.

Haec scripsi non otii abundantia, sed amoris erga te.

ADDENDA

En el Cap. I, llamada (1) hemos hablado de la "Gran Tierra" misteriosa, el mítico Continente regido por Chronos. Ese "otro mundo" o tierra austral llamado Antíctonos, figura en mapas de la antigüedad clásica, como por ejemplo en el de Estrabón. En una edición de 1485 fué reproducido el mapa de Macrobio, en el cual, al Sud del viejo mundo, hállase dibujado un continente austral denominado "Antipodum nobis. Incognita". (Tierra de los Antipodas a nosotros. Incognita.) También San Isidoro de Sevilla y el Venerable Beda hicieron referencia a una tierra incógnita austral que sin duda es la misma de la cual hablaban los antiguos geógrafos alejandrinos. Llegando al mapa de San Beato de Liébana, que se conserva en Turín, diremos que en el hay una inscripción que traducida significa: "Además de las tres partes del Orbe, hay una cuarta parte situada tras del Océano ulterior llamada hoy hemisferio inferior o del Sur, la cual, desconocida para nosotros a causa de los ardores del Sol, se cree que su territorio está ocupado por los fabulosos antipodas." En el siglo XII, el árabe Edrisi escribía que en el Océano hay muchas islas, algunas habitadas y otras desiertas, pero que los navegantes no se atreven a separarse del Continente. ("Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrisi. Texte arabe publié pour la première fois d'après les manuscrits de Paris et d'Oxford avec une traduction, des notes et un glossaire", por R. Dozy y M. J. de Goeje.) En 1436, Andrés Bianco anotaba junto a la Antilia: "Questo he Mar de Baga", con lo cual se demuestra que mucho antes que lo cruzara Colón, ya era conocido el Mar de Bagazo o de Sargazo. Entre 1472 y 1474, se pretende que Juan Vaz Corte Real y Alvaro Martius Homen, descubrieron la Terra Nova de los Bacalaos. También en 1472, el 12 de enero, se habló de una isla llamada "La Aparecida", que ya había hecho buscar el Infante Don Fernando. (Torre de Tombo, Chancillería de D. Alfonso V, lib. XXXIII, fol. 33 v. Cf. la "Introducción" a la "Historia de la Colonización portuguesa del Brasil", por Malheiro Dias, donde se establece el conocimiento que antes de Colón se tenía de las tierras Occidentales.) Los datos apuntados prueban y corroboran la tesis desenvuelta en el Cap. I: que desde los tiempos más remotos se tuvo siempre, hasta el descubrimiento de América, la certeza indiscutible de una tierra misteriosa que debía hallarse al Oeste y Sud del Atlántico.

En el mismo Capítulo, llamada (2), damos cuenta de algunos mapas en que aparece la isla de San Brandan. También se la encuentra en el de Gracioso Benincasa, de 1471.

En la llamada (4) del Cap. I mencionamos mapas anteriores al descubrimiento de América, en los cuales figura la isla del Brazi!. Además se la halla en el mapa Catalán de 1375, en el de Andrés Bianco, de 1436, en el de Gracioso Benincasa, de 1471, y en el de Andrés Benincasa, de 1476. (Para el estudio del mapa Catalán de 1375 puede consultarse Buchon et Tastu, "Notice d'un atlas en langue catalane de l'an 1375", París, 1841, y Sophus Ruge, "Geschichte des Zeitalters Eutdeckungen", 1881.)

Siempre en el mismo Capítulo citamos varios mapas que dibujan en el Atlántico la misteriosa isla Antilia. Ahora añadimos estos otros que también la incluyen: los Portulanos de Becario, de 1426, de Bartolomeo Pareto, de 1475, y los de Benincasa, de 1476 y 1482. (Para ampliar estos estudios debe leerse el "Examen Critico" y la "Historia de la Geografía del Nuevo Continente", de Humboldt; la "Historia de América", de Winsor; la "Geographische Ephemeriden", de Allgemeine; los "Mappamondi, Carte nautiche e Portolani del Medioevo...", de Gustavo Uzielli; la "Historia de la Geografía en la Edad Media", de Lelewel; la "Historia de la Geografía", de Vivien de Saint Martin, y "La Cartografía en la Edad Media", por Antonio Blázquez.)

En la llamada (30) del Cap. I citamos el trabajo de M. de Lollis sobre las notas de Colón en las páginas de algunos de sus libros. Ahora no debemos pasar por alto el artículo del Dr. Fritz Streicher, S. J., publicado en "Investigación y Progreso", de Madrid, números 7 y 8, correspondientes a julio y agosto de 1929, titulado: "Las notas marginales de Colón en los libros de Pedro Aliaco, Eneas Silvio y Marco Polo, estudiadas a la luz de las investigaciones paleográficas". Quiso la casualidad que parte de los estudios de esta obra los realizáramos en la Real Academia de la Historia, en compañía del P. Streicher, precisamente mientras él llevaba a cabo el análisis de algunas firmas de Colón y del manuscrito del P. Las Casas. El Dr. Streicher, en su artículo aludido, llega a la conclusión que de las dos mil quinientas notas marginales que aún subsisten en los libros que pertenecieron a Colón, sólo doscientas se pueden considerar como escritas por el mismo Colón. Las notas de la "Imago Mundi", impresa probablemente entre 1480 y 1483, no son obras de un solo autor, sino de varios, entre los cuales se cuenta Colón. El estudio de las notas de la "Imago Mundi" demuestra que en su conjunto se entrecruzaron las más diversas corrientes espirituales del feneciente siglo XV, cuyos puntos de encuentro se hallaron al fin en los conventos de La Rábida y Santa María de las Cuevas. Ambos conventos influyeron poderosamente en la formación de Colón, pero en orientaciones distintas. La Rábida fué la verdadera escuela cosmográfica de Colón, en tanto que la amistad

con el monje Gorricio hizo caer a Colón, en los últimos años de su vida, en los ensueños apocalípticos y adventísticos. El cartujo Gaspar Gorricio enriqueció con sus notas tanto el libro de las Profecías como el ejemplar de Marco Polo.

En el Resumen y Comentario del Cap. I, llamada (42)), hemos hecho relación de algunos viajeros que en la Edad Media recorrieron el Oriente, por lo cual afirmamos que aquellas regiones no eran desconocidas en Europa. Confirmamos lo dicho con algunos documentos publicados por Antonio Rubio y Lluch en "*Documents per l'història de la Cultura Catalana Mig Eval*", citados por Segundó de Ispizua en el t. II de su "*Historia de la Geografía y de la Cosmografía en las edades Antigua y Media...*" (Madrid, 1922.) Son los marcados con los números 274, 411 y 428, y atestiguan que: El 17 de julio de 1374, en Valencia, el Infante D. Juan pidió a Fray Nicolás de Termens el libro que había escrito Fray Theodosio de lo que había visto en las partes de la Tartaria; el 8 de abril de 1391, en Zaragoza, el Rey D. Juan solicitó al Conde de Foix que le enviase un fraile Menor que contaba muchas maravillas de las tierras del Preste Juan; en Valencia, el 11 de abril de 1394, el Rey D. Juan volvió a pedir que se le presentase un hombre llegado del Gran Kan de Tartaria.

En el Cap. II, llamadas (18) y (19), hablamos de unos pigmeos del Chaco que según el P. Techo salían de sus cuevas sólo de noche, por temor de ser acometidos por los pájaros, demostrando cómo esa fábula tenía un antecedente en el mapa catalán de 1375, donde se menciona hombres de cinco palmos de altura que valientemente se defienden de las grullas. Aquí probamos cómo la fábula consignada por el jesuita Del Techo era corriente en las narraciones maravillosas de la Edad Media. Así, por ejemplo, en la edición castellana del "*Libro de las Maravillas*", de Mandeville, se ve un grabado en el cual un pigmeo combate contra un par de grullas.

En el Cap. VI, llamada (2), citamos la etimología corriente del nombre de las Amazonas. Debemos también mencionar la opinión de Klaproth ("*Magasin Asiatique*", t. I), según el cual la palabra Amazona podría derivarse de las voces persas "*Hemen zen*" (todas mujeres) o del eslavo "*Same zony*" (solas mujeres). Igualmente no debemos olvidar que en Europa, aún en el siglo XVII, se creyó que existían Amazonas en el Cáucaso, como se lee en la "*Relación de la Cólquide o Mingrelia*", por el P. A. M. Lamberti ("*Viajes al Norte*", coleccionados por Thévenot, t. VII). Klaproth opina que, en efecto, en el septentrión del Tibet hubo un estado gobernado sólo por mujeres. (Véase el t. II de las "*Religiones de la antigüedad*", de Guignaut, 1849, citado por Ispizua en el t. I de su "*Historia de la Geografía y Cosmografía...*") En la obra de Guignaut hay una docta disertación sobre el origen, mitos y representaciones de las Amazonas.

En el mismo Cap. VI, llamada (7), hemos citado las "mujeres que conciben del viento", antiquísima creencia pagana que el piloto de la nave en que Pigafetta acompañó a Magallanes, suponía existentes en las proximidades de Java Menor. Ahora bien: en la "Polyhistoria", de Solino, autor del siglo III, y del cual se hicieron ediciones antes del descubrimiento de América, en Parma, en 1480, y en Venecia, en 1481, se lee que cerca de Ulisipo (Lisboa) las yeguas se emparejaban con el viento Favonio (del Este), o sea, que en vez de unirse a los caballos "se casaban con el espíritu del aire". Tenemos así que lo que narraba el piloto del cual habla Pigafetta, era una noción corriente para las personas de alguna lectura.

Al exponer en el capítulo VIII todas las noticias documentales que se conocen sobre el portugués Alejo García, primer descubridor del Paraguay, del Chaco y de Charcas, no hemos anotado algunas afirmaciones fantásticas relativas a su nacimiento. Helas aquí: Michaud, en su "Biografía Universal", y Laurosse en su "Diccionario Enciclopédico", consignan, sin ninguna prueba, que Alejo García había nacido en Alentejo, en 1485. Joao Ribeiro, en su "Historia del Brasil" (séptima edición, pág. 301), lo supone nacido en la región de San Paulo, y el consejero Pereira Pinto, en sus "Apontamentos ao Direito Internacional" (tomo III, pág. 127), también cree que Alejo García era brasileño. En cambio, Méndes de Almeida escribió que García había llegado a América con Vespucci. Estos errores no tuvieron como base más que la fantasía y falsas deducciones de sus autores.

En el Cap. XI, llamada (21), reseñamos brevemente la historia de los naufragos de Pedro Sarmiento de Gamboa en el Estrecho de Magallanes. Pueden completarse nuestras noticias con el compendio del derrotero de Sarmiento de Gamboa publicado por Bartolomé Leonardo de Argensola en su "Historia de las Malucas" (lib. III y IV) y con la "Relación" del viaje de Oliveiro de Noort, inserta en la "Colección" de los viajes que sirvieron para la formación de la Compañía de las Indias Orientales, en Holanda. Refiere Noort que cuando Tomás Candish llegó a la ciudad de San Felipe, en 1587, tomó cuatro cañones que estaban enterrados en cada uno de los bastiones; que la ciudad era agradable y ventajosa, cerca de bosques y de agua, que tenía su iglesia y una media horca con un hombre ahorcado. Al pasar los ingleses por aquella ciudad encontraron muchos cadáveres vestidos y téndidos por las casas, muertos de hambre y algunos devorados por las fieras. Los pocos sobrevivientes abandonaron la ciudad, inficionada por el gran número de cadáveres, vagando un año por las costas en busca de mantenimientos, hasta que veintiún hombres y dos mujeres, todos los que quedaban de los cuatrocientos pobladores, intentaron tomar el camino del Río de la Plata, adonde no llegaron nunca, según refirió el último sobreviviente, llamado Hernando, apresado por los ingleses. (Debe consultarse asimismo la "Relación y Derrotero del

Viaje y Descubrimiento del Estrecho de la Madre de Dios, antes llamado de Magallanes", por Pedro Sarmiento de Gamboa, publicado con una "Noticia de la expedición que después hizo para poblarle", en Madrid, el año de 1768.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
Capítulo I.—Las islas fantásticas del Océano tenebroso y del descubrimiento de América... ..	5
Resumen y comentario del capítulo primero... ..	21
Capítulo II.—La fábula de los Gigantes y de los Pigmeos... ..	27
Resumen y comentario del capítulo II... ..	38
Capítulo III.—El mito de los Caribes... ..	41
Resumen y comentario del capítulo III... ..	47
Capítulo IV.—La fuente de la eterna juventud... ..	49
Resumen y comentario del capítulo IV... ..	57
Capítulo V.—Las Siete Ciudades encantadas... ..	59
Resumen y comentario del capítulo V... ..	68
Capítulo VI.—Las Amazonas, vírgenes del Sol... ..	71
Resumen y comentario del capítulo VI... ..	101
Capítulo VII.—El Dorado... ..	103
Resumen y comentario del capítulo VII... ..	141
Capítulo VIII.—La Sierra de la Plata... ..	145
Resumen y Comentario del capítulo VIII... ..	194
Capítulo IX.—El lago donde dormía el Sol... ..	197
Resumen y comentario del capítulo IX... ..	223
Capítulo X.—Los apóstoles en América... ..	227
Resumen y comentario del capítulo X... ..	238
Capítulo XI.—Los náufragos olvidados... ..	243
Resumen y comentario del capítulo XI... ..	274
Addenda... ..	277
Índice... ..	283

ESTA PRIMERA EDICION SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE
SAEZ HERMANOS, CALLE DEL NORTE,
NUMERO 21, MADRID, EL DIA
20 DE SEPTIEMBRE DE
1920